

Un *thriller* sobrecogedor que nos transporta
a las entrañas de Auschwitz



EL
ELEGIDO

ANDREW GROSS

m̄

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

INFORME DEL PROYECTO MANHATTAN

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10
11
12
13
14

SEGUNDA PARTE

15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

TERCERA PARTE

35
36
37
38

39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50

CUARTA PARTE

51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69

70

71

72

73

74

75

76

77

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

París, 1944. El físico Alfred Mendl es capturado, separado de su familia y enviado al campo de concentración y exterminio de Auschwitz. Los nazis no saben que la mente de Alfred posee conocimientos que podrían empezar una guerra... o terminarla.

Poco después, en Washington, y tras haber escapado del gueto de Varsovia, el joven Nathan Blum recibe un encargo casi suicida: infiltrarse en el lugar más inaccesible de la tierra, un auténtico infierno, con la misión de encontrar y rescatar al hombre que puede asegurar la victoria definitiva para los aliados.

ANDREW GROSS

EL ELEGIDO

Traducción de
Rogelio Alejandro Romero Álvarez

mī

*A mi suegro, Nate Zorman, por las historias contadas
y aquellas que aún no se han contado*

21 de agosto de 1943

Varios informes recientes dados a conocer tanto en periódicos como a través del servicio secreto muestran indicios de que los alemanes podrían tener en su poder una nueva y poderosa arma que se espera que estará lista entre noviembre y enero [1944]. Al parecer, existen muchas probabilidades de que esta nueva arma se trate del programa Tube Alloy [investigación clandestina para desarrollar armas nucleares, es decir, en las que se emplea uranio]. No es necesario describir las consecuencias que podrían suscitarse si esto resultara ser cierto.

Es posible que los alemanes tengan, para finales de este año, suficiente material para producir una gran cantidad de artefactos, los cuales verían la luz al mismo tiempo en Inglaterra, Rusia y este país. En ese caso, la esperanza de neutralizarlos sería casi nula... Esto podría dejar particularmente a Gran Bretaña en una posición en extremo precaria, pero existiría la esperanza de que nuestro bando pudiese contraatacar antes de perder la guerra, siempre y cuando el ritmo al que opera nuestro propio programa Tube Alloy se acelere drásticamente durante las siguientes semanas.

EDWARD TELLER y HANS BETHE, físicos participantes en el Proyecto Manhattan, a ROBERT
OPPENHEIMER

PRÓLOGO

La habitación privada se encuentra en el cuarto piso del ala geriátrica del hospital Edward Hines Jr. para veteranos, en las afueras de Chicago. Ancianos encorvados recorren los pasillos en sus batas de hospital, con enfermeras que los escoltan y catéteres en los brazos.

Entra una mujer, de unos cincuenta y tantos años pero aún con una apariencia juvenil, bien vestida, con una chaqueta acolchada y corta de Burberry, una bufanda color verde oliva y el oscuro cabello recogido en una cola de caballo. Ve a su padre sentado en una silla; nunca le ha parecido tan pequeño, tan frágil, ni siquiera en los dos meses posteriores al funeral. Por primera vez alcanza a distinguir las huesudas y prominentes líneas de sus pómulos, aunque conserva una cabellera bastante abundante, canosa pero no del todo blanca. Una manta cubre su regazo, la televisión está encendida. La CNN. Si había algo que nunca fallaba, incluso a la mitad de un partido de los Chicago Bears, durante el Día de Acción de Gracias y con todos los nietos a su alrededor, era su padre pidiendo que pusieran las noticias. «¡Sólo para enterarme de lo que está pasando! ¿Qué tiene de malo?» Sin embargo, esta vez tiene la mirada perdida y no ve nada más que el vacío.

Ella se percata de que le tiembla la mano.

—¿Papá?

La enfermera del turno de día que está sentada frente a él deja su libro y se levanta.

—¡Mire quién ha venido!

Él apenas aparta la mirada del televisor; ya no oye tan bien del lado derecho. Su hija le sonríe a la enfermera, una mujer grande y negra de Santa Lucía a quien contrataron para estar prácticamente todo el tiempo con él. Cuando su padre al fin la ve, su rostro se ilumina y esboza una sonrisa.

—Hola, cariño.

—Te dije que vendría, pap a.

Ella se agacha para darle un abrazo y un beso en la mejilla.

—Te he estado esperando —dice él.

— Ah, s ı?

—Claro.  Qu  otra cosa podría hacer aqu ı?

La mirada de ella se dirige a la repisa que se encuentra junto a su cama, más específicamente a las cosas que trajo consigo y colocó ahí después de su última visita, un mes antes.

La placa de «Hombre del Año» del Colegio de Abogados del Norte de Illinois que estaba en la pared de su oficina. La foto de sus padres en la Gran Muralla china. Una instantánea del yate Hatteras de once metros de eslora que tenía en Júpiter, Florida, el cual ya habían puesto a la venta. Fotos de sus nietos, entre ellos, los hijos de ella, Luke y Jared.

Recuerdos de una vida plena y feliz.

—Greg ha dicho que vendría un poco más tarde. —Su marido—. Tenía algunos negocios que atender.

Por «negocios» se refería a algunos asuntos que tenía que resolver en relación con la vieja casa de Highland Park y a algunas cuestiones relativas a la herencia de su madre.

Su padre alza la mirada.

— Negocios?  Aqu ı?

—Cosas sin importancia, pap a... No te preocupes, nosotros nos encargaremos.

 l asiente dócilmente.

—Est  bien.

Hace un año, se habría puesto sus gafas y habría insistido en revisar cada documento y cada factura personalmente.

Ella acaricia con afecto su cabellera, muy abundante aún.

—Así que..., noventa y dos, ¿eh? Sigues siendo bastante guapo, papá.

—No estoy mal para ser un viejo. —Se encoge de hombros con una sonrisa huesuda—. Pero tampoco estoy para correr maratones.

—Bueno, tal vez el próximo año, ¿no? —le dice ella mientras aprieta su brazo—. ¿Cómo está en realidad? —pregunta a continuación dirigiéndose a la enfermera—. Espero que se esté portando bien.

—Oh, siempre se porta bien —responde ella riendo—. Pero, de hecho, no habla demasiado últimamente, desde que falleció su esposa. Duerme mucho. A veces damos un paseo por el hospital. Tiene algunos amigos a los que le gusta ir a ver. La mayor parte del tiempo permanece sentado, justo como está ahora, y ve la tele. Le gustan las noticias, desde luego. Y el béisbol...

—A decir verdad, nunca ha sido un hombre de muchas palabras —admite su hija—. A no ser que se trate de negocios. O de sus preciados Cubs. Los adora. Sobre todo, teniendo en cuenta que ni siquiera sabía lo que era el béisbol cuando vino a este país. Ciento siete temporadas de sequía y subiendo, ¿verdad, papá?

—Pero no me rindo —responde con una sonrisa.

—No, apuesto a que no. Oye, ¿quieres dar una vuelta conmigo? —Se agacha junto a él y coge su mano temblorosa—. Te contaré cosas sobre Luke. Acaba de ser aceptado en la Universidad del Noroeste, tu *alma mater*, papá. Es un chico inteligente. Y está en el equipo de boxeo. Igual que tú...

Una mirada de preocupación aparece en el rostro de su padre.

—Dile que tenga cuidado con esos granjeros de la Universidad de Michigan. Son muy grandes. Y hacen trampa... Sabes que son...

Por el sonido que hace, parece como si quisiese agregar algo. Algo importante. Pero sólo asiente, se reclina en su silla y se queda contemplando el vacío. Sus ojos se ensombrecen.

Ella acaricia su mejilla.

—¿En qué piensas todo el tiempo, papá? No sabes cómo desearía que me dejaras entrar en tu mente, aunque fuera por una vez.

—Es probable que no piense mucho, no desde... —dice la enfermera, evitando mencionar a su esposa—. No estoy muy segura de que sea del todo consciente de lo que sucede a su alrededor.

—Claro que soy consciente —replica él de golpe—. Perfectamente consciente. —Se vuelve para mirar a su hija—. Es sólo que... olvido algunas cosas de vez en cuando. ¿Dónde está tu madre? —Mira en derredor, como si esperase verla en su silla—. ¿Por qué no está aquí?

—Mamá ya no está con nosotros, papá —contesta su hija—. Murió. ¿Recuerdas?

—Ah, sí, murió. —Asiente y sigue mirando al vacío—. A veces me confundo.

—Siempre fue un hombre muy enérgico —le dice su hija a la enfermera—. Aunque también es verdad que siempre tenía una especie de tristeza que nunca llegamos a comprender del todo. Creíamos que se debía al hecho de haber perdido a toda su familia en Polonia durante la guerra. Nunca supo qué fue de ellos. Alguna vez intentamos localizarlos, sólo para descubrir lo que en verdad les había ocurrido. Existen registros, pero él nunca quiso saber lo que contenían, ¿verdad, papá?

Su padre se limita a asentir, su mano izquierda sigue temblando.

—Mira, tengo algo que mostrarte. —Saca una bolsa de plástico de su bolso. Ésta contiene algunas cosas que le gustan. La revista *The Economist*. Unas cuantas fotos nuevas de sus nietos. Una tableta de chocolate Ghirardelli —. Nos topamos con algo... mientras limpiábamos la casa. Estábamos revisando algunas de las cosas viejas que mamá tenía guardadas en el desván. —Saca una caja de cigarros puros de la bolsa—. Mira lo que encontramos...

Abre la caja. Ésta contiene algunas fotografías viejas. Una de su padre y su madre durante la segunda guerra mundial, recibiendo una medalla de dos militares de alto rango. Un pasaporte viejo y papeles de la milicia. Una foto en blanco y negro, pequeña y arrugada, de una mujer rubia y hermosa en una barca de remos, con el borde delantero de su gorra de marinero blanca levantado. La primera página de un concierto de Mozart partida por la mitad y pegada con cinta adhesiva. Una lustrosa pieza de ajedrez blanca, una torre.

Por un segundo, los ojos de su padre parecen iluminarse levemente.

—Y esto... —Le muestra una bolsa de terciopelo y saca algo de ella.

Es una medalla, una cruz de bronce con un águila que cuelga de una cinta azul y roja. La bolsa tiene algo de polvo; se nota que lleva mucho tiempo

guardada en la caja. Ella coloca la medalla sobre la palma de su mano.

—No es una insignia cualquiera, papá. Es la Medalla al Mérito Militar.

El anciano contempla la cruz durante un segundo antes de apartar la mirada. Es evidente que no se alegra de verla.

—Sólo la otorgan por actos de extrema valentía. Los chicos investigaron al respecto. Jamás solías tocar el tema de tus experiencias durante la guerra, cuando vivías en Polonia. Sólo sabemos que estuviste en...

Se detuvo. Siempre que el tema se desviaba a los horrores vividos en «los campos», su padre se apartaba o salía de la habitación. Durante varios años, se negó incluso a usar manga corta, y nunca le mostraba a nadie su número.

—Mira... —le dice mientras le entrega una foto de él con un grupo de oficiales militares—. Ni siquiera habíamos visto esta foto antes. ¿Cómo es posible? Fuiste un héroe.

—No fui un héroe. —Niega con la cabeza—. No lo entiendes.

—Entonces ayúdame a entenderlo —le dice ella—. Siempre hemos querido saber la verdad, por favor.

Abre la boca, como si se dispusiese a decir algo al fin, pero entonces niega con la cabeza de nuevo y vuelve a mirar al vacío.

—Si no hiciste algo importante, ¿por qué te dieron esa medalla? —le pregunta su hija. Le muestra la fotografía de la hermosa mujer en la barca—. Y ¿quién es ella? ¿Era parte de tu familia allí, en Polonia?

—No, no era parte de mi familia...

Esta vez, su padre coge la partitura y la observa con detenimiento. Hay un brillo distante en sus ojos. Una sonrisa tal vez, algo enterrado hace tiempo que ha vuelto a la vida inesperadamente.

—Así son muchos —dice la enfermera—. No quieren recordar los viejos tiempos. Sólo guardan todos esos recuerdos para siempre, hasta que...

—Dolly... —murmura finalmente su padre.

—¿Dolly? —Su hija toca su brazo.

—Era la abreviatura de *Doleczki*. Quiere decir «hoyuelos». —Una sonrisa de lo más leve se dibuja en su rostro—. Ella tocaba tan bien por aquel entonces...

—¿Quién, papá? Por favor, dime quién es ella. Y cómo fue que obtuviste

esto. —Coloca la medalla en la palma de su mano—. Ya no hay motivo para que sigas ocultándolo.

Su padre deja escapar un suspiro, un suspiro que parece haber estado conteniendo toda una vida. Finalmente, se vuelve para mirar a su hija.

—¿De verdad quieres saber?

—Sí. —Se sienta junto a él—. Todos queremos saber, papá.

Él asiente.

—Entonces, tal vez haya llegado el momento. —Mira la fotografía nuevamente. Los recuerdos lo invaden como la arena del desierto invade una tumba con el paso del tiempo—. Sí, tengo una historia. Pero si de verdad quieres conocerla toda, debes saber que no empieza con ella. —Deja la foto sobre la mesilla—. Empieza con dos hombres. En un bosque. En Polonia.

—Dos hombres... —repite su hija, tratando de alentarle a que siga hablando—. Y ¿qué hacían esos hombres?

—Corrían. —El anciano desvía la mirada, pero esta vez sus ojos están llenos de vida y de recuerdos—. Corrían tratando de salvar sus vidas...

PRIMERA PARTE

1

Abril de 1944

El ladrido de los perros se oía cada vez más cerca, ya debían de estar a unos pocos metros de distancia.

Los dos hombres se abrían paso entre rasguños por el espeso bosque polaco de noche, aferrados a la orilla del río Vístula, a unos cuantos kilómetros de Eslovaquia. Sus cuerpos debilitados clamaban de agotamiento, no resistirían mucho más. Su vestimenta estaba andrajosa y sucia; se habían deshecho ya de los zuecos mal ajustados que llevaban, los cuales resultaban inútiles en el espeso bosque, y su hedor era más parecido al de un par de animales cazados que al de dos hombres.

Pero al fin la persecución había terminado.

—*Sie sind hier!* —Oyeron los gritos en alemán detrás de ellos. «¡Por aquí!»

Durante tres días y tres noches habían permanecido escondidos bajo las pilas de madera que se hallaban en la parte exterior de la alambrada que rodeaba el campo. Asimismo, habían ocultado su olor de los perros utilizando una mezcla de tabaco y queroseno. Oían el sonido de las botas de los guardias al pasar junto a ellos, a unos centímetros de ser descubiertos y arrastrados de vuelta hacia una muerte inimaginable para cualquier hombre, incluso en ese lugar.

Entonces, la tercera noche, habían salido a rastras de su escondite, ocultos

por la oscuridad. Viajaban sólo de noche y robaban los restos de comida que hallaban en las granjas que encontraban en su camino: nabos, patatas crudas y calabacines. Los devoraban como animales famélicos. En todo caso, era mejor que la bazofia con que los habían mantenido vivos a lo largo de los últimos dos años. Como sus cuerpos ya no estaban acostumbrados a ingerir sólidos, solían vomitar. Alfred se había torcido el tobillo el día anterior y ahora trataba de seguir adelante renqueando.

Pero alguien los había visto. Unos cientos de metros más atrás habían oído a los perros y los gritos en alemán, que sonaban cada vez más cerca.

—*Hier entlang!* —«¡Por aquí!»

—¡Vamos, Alfred! ¡Rápido! —exhortaba el más joven a su amigo—. Tenemos que seguir avanzando.

—No puedo. No puedo. —De pronto, el hombre que cojeaba tropezó y cayó por un terraplén, con los pies ensangrentados y en carne viva. Se quedó allí sentado, al borde del agotamiento—. No puedo más. —Los gritos se oían de nuevo, más cercanos esta vez—. ¿Qué más da? Se acabó. —La resignación en su tono de voz confirmaba lo que ambos ya sabían en el fondo: la suya era una causa perdida. Habían sido derrotados. Habían llegado tan lejos; sin embargo, estaban a unos cuantos minutos de ser alcanzados por sus perseguidores.

—Alfred, tenemos que seguir —insistió su amigo.

Corrió por la pendiente y trató de levantar a su compañero de fuga, quien, pese a que estaba en los huesos, parecía un peso muerto.

—Rudolf, no puedo. Da igual. —El hombre herido permaneció allí sentado, totalmente vencido—. Tú sigue adelante. Toma... —Le entregó la bolsa que llevaba. Contenía la prueba que necesitaban para salir de allí: hileras de nombres, fechas y mapas, la prueba irrefutable de los crímenes atroces que el mundo debía conocer—. ¡Vete! Les diré que te perdí de vista hace horas. Así tendrás algo de tiempo.

—No. —Rudolf lo levantó—. ¿Acaso no juraste que no morirías allí, en aquel infierno? Y ¿sólo para dejarte morir aquí?...

Podía verlo en la mirada de su amigo. Lo había visto ya en cientos de miradas en el campo, en los ojos de aquellos que se habían dado

definitivamente por vencidos. Miles de ojos.

A veces morir es más sencillo que seguir luchando.

Alfred permaneció allí, respirando con dificultad, casi sonriendo.

—Ahora vete.

Proveniente del bosque, a unos metros de distancia, oyeron un chasquido. El sonido de alguien amartillando un fusil.

Se quedaron helados.

«Se acabó», pensaron ambos a la vez. Los habían encontrado. El miedo hizo que el corazón les diera un vuelco.

Dos hombres emergieron entonces de la oscuridad. Ambos portaban atuendos de civiles y fusiles; sus rostros tenían un aspecto áspero y estaban cubiertos de hollín. Claramente no se trataba de soldados. Tal vez fueran granjeros del lugar. Tal vez los mismos que los habían entregado.

—¿Resistencia? —preguntó Rudolf. El último rayo de esperanza que quedaba en su cuerpo destellaba en su mirada.

Por un instante, ninguno de los dos hombres habló. Uno de ellos se limitó a amartillar su arma. Después, el más grande de los dos, un hombre con barba que llevaba una gorra de caza arrugada, asintió.

—¡Entonces ayúdenos, por favor! —imploró Rudolf en polaco—. Venimos del campo.

—¿El campo? —El hombre observó sus uniformes de rayas sin comprender.

—¡Miren! —Rudolf estiró el brazo y les mostró los números que llevaba grabados en la piel—. Auschwitz.

A juzgar por la intensidad del ladrido de los perros, estaban a punto de alcanzarlos. Sólo faltaban unos metros más. El hombre de la gorra miró hacia el lugar de donde provenía el sonido y asintió.

—Coge a tu amigo y sígueme.

2

*Principios de mayo
Washington, D. C.*

Ésa era la primera vez que se lo invitaba a sentarse en compañía de gente tan distinguida, y el capitán Peter Strauss esperaba que, después de lo que tenía pensado proponer, no fuera la última.

Era una tarde de lunes lluviosa, y los ánimos alrededor de la mesa del Despacho Oval de la Casa Blanca eran tan sombríos como el cielo plomizo en el exterior. La noticia respecto a los dos fugitivos, Rudolf Vrba y Alfred Wetzler, había llegado a oídos del círculo de confianza del presidente Roosevelt unos cuantos días después de que éstos hubieran logrado cruzar la frontera polaca rumbo a Eslovaquia.

Strauss era uno de los oficiales más jóvenes a cargo de Bill Donovan; sin embargo, ya era jefe de operaciones de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos, y ya que él mismo era judío, sabía que las sospechas de que existían campos nazis de exterminio, y no sólo de trabajos forzados, circulaban desde 1942, cuando se filtraron varios informes provenientes de grupos de judíos europeos acerca de que cien mil de ellos habían sido obligados a abandonar los guetos de Varsovia y Łódź, y probablemente habían sido asesinados. Pero los relatos de primera mano de los dos fugitivos de Auschwitz, sustentados por los documentos que habían sustraído de las oficinas administrativas de los campos, en los que se detallaban nombres,

números y los procesos industriales de liquidación en masa, daban crédito a los peores temores en la mente de todos.

Alrededor de la mesa oval, Roosevelt, su secretario de Guerra, Henry Stimson, el secretario del Tesoro, Robert Morgenthau, William Donovan, su jefe de espionaje y cabeza de la Oficina de Servicios Estratégicos, y el ayudante de Donovan, el capitán Peter Strauss, revisaban cuidadosamente el informe y evaluaban su significado. Lo que resultaba aún más preocupante eran las declaraciones de los fugitivos, quienes aseguraban que los campos de exterminio se expandían rápidamente y que el ritmo de las ejecuciones masivas por medio de asfixia con gas se había incrementado. Miles de prisioneros eran liquidados sistemáticamente cada semana.

—Y éste es solamente uno de los muchos campos de exterminio que existen —declaró sombríamente Morgenthau, quien también era judío y cuya prominente familia de banqueros de Nueva York había procurado que los relatos de los fugitivos llegaran a manos del presidente—. Los informes sugieren que hay muchas docenas más. Hay familias completas que son enviadas a las cámaras de gas tan pronto como llegan. Incluso pueblos enteros.

—Y ¿cuáles son nuestras opciones, caballeros? —Un desalentado Franklin D. Roosevelt observó a todos los presentes en la mesa. Un tercer y sangriento año en guerra, la preocupación por la invasión que se avecinaba, la decisión de postularse para un cuarto mandato y el avance de su enfermedad incapacitante habían hecho estragos en él, pero no habían logrado debilitar su tono combativo—. No podemos quedarnos sentados y permitir que sigan suscitándose estos actos inadmisibles ni un minuto más.

—El Congreso Judío Mundial y la Junta de Refugiados de Guerra nos suplican que bombardeemos el campo —aconsejó el secretario del Tesoro—. Simplemente no podemos seguir de brazos cruzados más tiempo.

—Y ¿qué lograríamos exactamente con eso? —preguntó Henry Stimson, quien había servido durante el mandato de dos presidentes anteriores a Roosevelt y había dejado su retiro para administrar los esfuerzos de guerra en el país—. Sólo matar a muchos prisioneros inocentes. Nuestros bombarderos apenas pueden ir y volver con una carga completa. Sufriríamos pérdidas

considerables. Y bien sabemos que vamos a necesitar todos y cada uno de esos aviones para lo que viene.

La fecha era mayo de 1944, se habían infiltrado rumores, incluso hasta los rangos de Strauss, acerca de los preparativos finales que se llevaban a cabo para la próxima invasión de Europa.

—Entonces, al menos podríamos arruinar sus planes y bombardear las vías del tren —sugirió Morgenthau, quien estaba desesperado por convencer al presidente de tomar las medidas necesarias—. Los prisioneros son transportados hasta allí en trenes cerrados. Cuando menos, con eso lograríamos desacelerar el ritmo con el que se llevan a cabo los exterminios.

—¿Bombarderos volando sobre Europa de noche y lanzando ataques de precisión en vías de tren? Como usted dice, hay muchos de esos campos, ¿no es así? —repuso Stimson, expresando así su escepticismo—. Señor presidente, me parece que lo mejor que podemos hacer por esas pobres personas es llegar hasta ellas y liberarlas lo más rápido posible. No patrocinar ataques mal planeados, desde mi punto de vista.

El presidente tomó aire y se quitó las gafas de montura metálica; los profundos surcos alrededor de sus ojos reflejaban el aspecto pálido de un hombre en conflicto. Muchos de sus amigos más cercanos eran judíos y le exigían que se tomaran acciones. Su mandato había introducido más judíos en el gobierno que ningún otro anterior. Y, como un ser compasivo y humano que siempre buscaba brindar esperanza y elevar al hombre común, sentía más rechazo por el informe de atrocidades que acababa de leer que por cualquier otro que hubiese pasado por su escritorio durante la guerra, incluso más que por la trágica pérdida de vidas estadounidenses en las playas del Pacífico o la desaparición de tropas en el mar, camino de Inglaterra.

Sin embargo, Roosevelt era realista y sabía que su secretario de Guerra tenía razón. Había demasiados asuntos por delante, todos ellos de suma importancia. Además, los grupos antijudíos seguían teniendo fuerza en el país y, pensando en ganar unas cuartas elecciones, los informes sobre bajas en el ejército por tratar de salvar predominantemente vidas judías no serían muy bien recibidos.

—Bob, sé lo duro que es esto para ti. —Colocó su mano sobre el hombro

de su secretario del Tesoro—. Te aseguro que es duro para todos nosotros. Lo que nos lleva a la razón por la que estamos aquí reunidos esta noche, caballeros. Nuestro proyecto especial. ¿Catfish, se llama? —Miró al líder de la OSS, el coronel Donovan—. Dime, Bill, ¿tenemos alguna esperanza real de que este proyecto siga adelante?

Catfish era el nombre conocido sólo por algunos para la operación encubierta que Strauss tenía a su cargo, la cual consistía en sacar de contrabando a un individuo en particular de Europa. Un judío polaco, quien, según los hombres de Roosevelt, era vital si querían ganar la guerra.

Desde 1942 se sabía que a los portadores de ciertos documentos de identidad latinoamericanos se les otorgaba un trato especial en Varsovia. Durante varios meses, a cientos de judíos polacos y holandeses se les habían emitido documentos falsificados de Paraguay y El Salvador para lograr salir de Europa. Muchos habían llegado hasta el norte de Francia, donde eran recluidos en un campo de internamiento en la localidad de Vittel mientras sus casos eran analizados por escépticos funcionarios alemanes. Por mucho que los nazis dudaran de la autenticidad de esos papeles, no podían permitirse el lujo de enfadar a los países latinoamericanos neutrales, cuyos regímenes autoritarios, de hecho, simpatizaban con su causa. La manera en que estos refugiados en particular habían logrado adquirir dichos papeles, que se compraban en secreto a través de emisarios antinazis en las embajadas paraguayas y salvadoreñas de Berna, así como su dudosa procedencia, había sido siempre un asunto turbio. Lo que tampoco resultaba claro era cómo los contactos que simpatizaban con Estados Unidos se las ingeniaban para llevarlos hasta las manos del mismísimo sujeto que trataban de sacar a escondidas (alias *Catfish*) y su familia. Durante un tiempo, las perspectivas parecían esperanzadoras. En dos ocasiones se había logrado arreglar un transporte que los sacara de Europa, por Holanda y Francia. Sin embargo, los alemanes habían bloqueado su salida en cada ocasión. Luego, tan sólo tres meses antes, un informante de Varsovia había sacado a la luz los presuntos orígenes de los papeles, y ahora el destino de todos los judíos de Vittel, incluido el de aquel a quien deseaban con tanta desesperación, estaba por completo en el aire.

—Me temo que nos hemos topado con un obstáculo, señor presidente —dijo Donovan—. Ni siquiera estamos seguros de que esté ahí.

—Y, si lo está, no sabemos si aún sigue con vida... —añadió Stimson, el secretario de Guerra—. Hemos perdido todo contacto con la situación.

Los emisarios que habían difundido los documentos habían sido arrestados y se encontraban ahora en prisiones nazis.

—Me dicen que todavía necesitamos a ese hombre. A toda costa. —El presidente se dirigió al secretario de Guerra—. ¿Eso sigue siendo cierto?

—Como a ningún otro —aseguró Stimson—. Casi lo logramos en Rotterdam, incluso habíamos reservado un transporte. Pero ahora... —Sacudió la cabeza sombríamente, cogió su pluma y señaló un pequeño punto en el mapa de Europa que se encontraba en el atril, junto a la mesa de negociaciones.

Un lugar llamado Oświęcim. En Polonia.

—¿Oświęcim? —Roosevelt se puso de nuevo las gafas.

—Oświęcim es el nombre polaco para Auschwitz, señor presidente —dijo el secretario de Guerra—. Que, a la luz del informe que acabamos de leer, es el motivo por el que todos estamos aquí.

—Ya veo —asintió el presidente—. ¿Así que ahora es uno más de los cinco millones de judíos sin rostro que han sido sacados de sus hogares a la fuerza en contra de su voluntad, sin papeles y sin identidad?

—Y tampoco sabemos cuál será su destino... —terció Morgenthau, el secretario del Tesoro, sacudiendo la cabeza con seriedad.

—Es el destino de todos nosotros el que está en juego, caballeros —dijo Roosevelt mientras apartaba su silla de ruedas de la mesa—. Y ustedes están aquí para decirme que hemos hecho todo lo posible para encontrar a ese hombre y sacarlo de ahí, y que ahora está perdido. Nosotros hemos perdido.

El presidente rodeó la mesa. Por un instante, nadie respondió.

—Tal vez no hayamos perdido del todo, señor. —El líder de la OSS se inclinó hacia delante—. Mi colega, el capitán Strauss, ha analizado la situación detenidamente y cree que podría existir una última opción...

—¿Una última opción?

La mirada cansada del presidente se enfocó en el joven ayudante.

—Sí, señor.

El capitán tenía la apariencia de un hombre de unos treinta años; también parecía haber comenzado a perder algo de cabello, tenía la pinta de un graduado de la Escuela de Derecho de Columbia. Un joven bastante inteligente, según le habían dicho a Roosevelt.

—Muy bien, hijo, tiene toda mi atención —anunció el presidente.

Strauss se aclaró la garganta y miró a su jefe una última vez. Luego abrió su carpeta.

—Adelante —le dijo Donovan asintiendo—. Cuénteles su plan.

3

Enero, cuatro meses antes
Campo de internamiento de Vittel
durante la ocupación alemana de Francia

—¡Papá, papá, despierta! ¡Están aquí!

El estridente sonido de los silbatos atravesó el aire frío de la mañana. El doctor Alfred Mendl despertó en su estrecha litera, abrazado a su esposa, Marte, protegiéndola del frío de enero. Su hija, Lucy, estaba de pie junto a ellos, nerviosa y agitada. Había estado frente a la ventana cubierta con una manta en la apretada habitación, la cual estaba diseñada para albergar como mucho a cuatro personas, y que ahora compartían con otras catorce. No era el lugar idóneo para que una chica pasara su vigésimo segundo cumpleaños, como había sido su caso la noche anterior. Amontonados en colchones infestados de piojos, durmiendo entre sus descuidadas maletas y sus escasas pertenencias, todos se agitaron bajo sus mantas y abrigos con la expectativa de que claramente algo estaba pasando.

—¡Papá, mira!

En el terreno de fuera, la *milice* francesa iba de habitación en habitación, golpeando las puertas con sus porras.

—¡Levantaos! Salid de la cama, judíos holgazanes. Todos los que tengáis pasaportes extranjeros, coged vuestras cosas y venid con nosotros. ¡Vais a marcharos!

El corazón de Alfred dio un vuelco. Después de ocho duros meses, ¿al fin había llegado el momento?

Saltó de la cama, aún con los pantalones de *tweed* arrugados y la camiseta de lana puestos, los cuales lo mantenían caliente. Todos habían dormido con sus ropas más abrigadas durante casi todas las noches a lo largo de varios meses, y las lavaban siempre que tenían oportunidad. Estuvo a punto de tropezar con la familia que estaba acostada en el suelo junto a ellos. Cada mes, se turnaban los sitios para dormir.

—¡Quiero que todos los que tengan pasaportes extranjeros recojan sus cosas y salgan! —les ordenó un oficial vestido de negro después de abrir la puerta de golpe.

—¡Marte, levanta! Júntalo todo. ¡Tal vez hoy sea el día! —le dijo Alfred a su esposa con un sentimiento de esperanza, una esperanza que había sido pisoteada muchas veces en el último año.

La habitación cobraba vida lentamente mientras todos los presentes murmuraban. La luz apenas entraba por las ventanas cubiertas por las mantas. Vittel era un campo de internamiento en el noreste de Francia. De hecho, constaba de cuatro hoteles de seis pisos que formaban un círculo alrededor de un gran patio; no eran precisamente hoteles de «cuatro estrellas», como solían bromear entre ellos, ya que estaban rodeados por tres hileras de alambre de espino y vigilados por patrullas alemanas. Había miles de personas encerradas allí, incluidos prisioneros políticos y ciudadanos de países neutrales, o enemigos que los alemanes esperaban intercambiar. Por otra parte, a los judíos, en su mayoría de descendencia polaca y holandesa, cuyo destino estaba en manos de Berlín, se los mantenía juntos en un solo lugar. El oficial francés que entró en su habitación se abrió paso entre los cuerpos que crujían, golpeando a las personas con la porra a su paso.

—¿Es que no me habéis oído? Todos vosotros, os quiero en pie y con vuestras pertenencias recogidas. ¡Rápido, rápido! ¿Por qué perdéis el tiempo? Os vais de aquí.

A los que se movían con lentitud los empujaba bruscamente con su porra y abría de una patada sus maletas, que estaban esparcidas por el suelo.

—¿Adónde vamos? —preguntaba la gente en múltiples idiomas y

acentos: polaco, yidis y un francés muy malo, mientras se apresuraban a preparar sus cosas.

—Ya lo veréis. Ahora moveos. Ése es mi único cometido. Ése y que cojáis vuestros papeles. Ya lo descubriréis abajo.

—¡Coger nuestros papeles! —Alfred miró a Marte y a Lucy con el corazón esperanzado.

¿Al fin habría llegado su momento? Su familia y él habían esperado allí durante tanto tiempo... Ochos duros meses, después de haberse abierto camino con los documentos de identidad falsificados que habían llegado a sus manos por parte del emisario de la embajada de Paraguay en Varsovia. Primero hasta la frontera suiza por Eslovaquia y Austria, donde fueron rechazados; luego, en tren por el territorio ocupado de Francia hasta Holanda, siempre bajo la protección de la embajada paraguaya en Varsovia, haciéndose pasar por un extranjero empleado como docente en la Universidad en Leópolis. En una ocasión, lograron llegar literalmente hasta el muelle de Rotterdam, donde debían embarcar en un buque de carga sueco, el *Prinz Eugen*, que los llevaría hasta Estocolmo. Llegaron con los papeles de tránsito en la mano, sólo para ser rechazados de nuevo, ya que sus documentos debían ser autenticados. Al estar literalmente en el limbo, fueron enviados de vuelta a Vittel, mientras que varias organizaciones judías de Suiza y Estados Unidos, así como gobiernos británicos, argumentaban a su favor y ejercían presión para que los gobiernos de Paraguay y El Salvador validaran sus documentos. Desde entonces, se los había retenido allí, en una especie de infierno diplomático, siempre bajo la promesa de que revisarían su caso. Un día más, solamente un día más mientras el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania y las embajadas latinoamericanas llegaban a un acuerdo. Alfred y su familia incluso habían aprendido español por su cuenta, para que su caso resultara más convincente. Desde luego, eran conscientes de que sus documentos no valían ni el papel en el que estaban impresos. Alfred era polaco, había nacido en Varsovia y dado clases de física en la Universidad de Leópolis, después de haber pasado años en Praga y Gotinga junto a algunas de las mentes más brillantes en el campo de la física atómica. Hasta que le quitaron su puesto un año antes, además de tirar y quemar sus diplomas.

Marte era de Praga, que actualmente estaba bajo el dominio de los nazis, pero había sido una ciudadana polaca durante años. Todos sabían que lo único que había impedido que fuesen enviados a algún lugar y desapareciesen para siempre eran esos papeles, aun cuando fueran sospechosos, que habían sido arreglados por un personaje desconocido con la promesa de que sacarían a la familia de allí y la enviarían a Estados Unidos, donde él sería recibido calurosamente por Szilard y Fermi, sus antiguos colegas. Aun así, todo el sufrimiento que habían soportado durante esos últimos meses no podía compararse con lo que habrían tenido que enfrentarse en casa. Meses antes, se había enterado de que la Universidad de Leópolis había sido desalojada, al igual que las de Varsovia y Cracovia. Sus colegas, los que quedaban, habían sido ejecutados, arrojados a la calle o enviados a algún lugar lejano junto con sus familias, y nadie había vuelto a saber de ellos.

«Coged vuestros papeles», había dicho el oficial. ¿Sería ésa una buena o una mala señal? Alfred no lo sabía. Pero todos a su alrededor parecían haber cobrado vida y vibraban de nervios y expectación. Tal vez todo se había resuelto al fin. Tal vez finalmente podrían marcharse.

No había pasado ni un solo día en el que no soñase con presentar su trabajo a personas que buscaran el bien común y no a esos nazis.

—Vamos, cariño, ¡date prisa!

Ayudó a su esposa a llenar su maleta. Marte estaba muy frágil últimamente. Se había resfriado en noviembre y parecía que el catarro se había alojado permanentemente en su pecho. Además, parecía haber envejecido diez años desde que habían empezado su viaje.

Habían tenido que dejarlo casi todo al marcharse. Su porcelana fina, su colección de frascos de farmacia antiguos, todos los premios que él había recibido y prácticamente todas sus pertenencias de valor, salvo algunas fotografías y, desde luego, su trabajo. Metieron lo poco que habían podido llevarse en pequeñas bolsas. Cuando llegó el momento de marcharse, tuvieron que hacerlo en un solo día.

—¡Date prisa, Lucy! —Alfred reunió sus papeles y los lanzó al interior de su portafolios de cuero junto con unos cuantos libros que había traído consigo. Podía perder su ropa, sus diplomas académicos, las fotografías de

sus padres en el río Vístula en Varsovia, sus pertenencias más preciadas. Incluso sus mejores zapatos. Pero su trabajo, su trabajo tenía que salvarse. Sus fórmulas y su investigación. Todo dependía de que pudiera llevárselas. Algún día, el porqué resultaría evidente. Lo envolvió todo junto deprisa, lo echó en su portafolios y lo cerró—. Marte, Lucy, tenemos que irnos.

Algunos de los presentes en la abarrotada habitación se quedaron allí y les desearon lo mejor a aquellos que se marchaban, como prisioneros despidiéndose de un compañero recluso que había sido absuelto.

—Nos encontraremos en una vida mejor —les decían, como si supiesen de antemano que sus destinos no serían tan prometedores como el suyo. Un extraño vínculo familiar se había formado entre aquellas personas que se habían visto forzadas a compartir sus vidas durante meses en extrema cercanía.

—¡Que Dios os acompañe! ¡Adiós!

Alfred, Marte y Lucy se abrieron paso y se fundieron con el río de gente que avanzaba por los corredores exteriores en dirección al patio. Los padres sostenían a sus hijos; los hijos y las hijas ayudaban a los mayores mientras éstos bajaban lentamente la escalera para no ser pisoteados en medio de la apresurada multitud. Una vez abajo, fueron arreados hasta el patio grande, temblando por el frío de enero, murmurando y preguntándose qué sucedería a continuación. Por encima, había una aglomeración de aquellos que se habían quedado, apretados contra la barandilla para mirar.

—Papá, ¿qué nos va a pasar? —preguntó Lucy mientras observaba a los guardias alemanes con sus ametralladoras en mano.

—No lo sé —respondió Alfred mirando a su alrededor.

Había alemanes, como siempre, pero no tantos como para pensar que algo malo les ocurriría. Todos se apiñaron en medio del aire frío. Comerciantes, profesores, contables, rabinos. Todos con sus largos abrigos de lana y sus sombreros de fieltro.

Se oyeron unos silbatos. Un capitán de aspecto oficioso de la milicia francesa local, seguido por un oficial alemán, se acercó a la muchedumbre y les ordenó a todos que formaran en fila con sus papeles en la mano. El alemán llevaba un abrigo de lana gris con la insignia de la Abwehr, la

organización de inteligencia militar secreta, lo que preocupó a Alfred.

Él y su familia cogieron sus maletas y se unieron a la fila.

El oficial francés recorrió la hilera, familia por familia, inspeccionando sus documentos y sus rostros detenidamente. A algunos les ordenaba quedarse donde estaban; a otros les indicaba que avanzaran al otro lado del patio con un gesto de la mano. Había guardias armados por todas partes. Y perros que ladraban fuertemente y tiraban de sus correas, asustando a algunos de los niños más pequeños y a algunos de los padres también.

—Será estupendo librarse de este lugar —dijo Marte—. Con independencia de adónde vayamos a parar.

—Lo será —convino Alfred, aunque percibía algo que no le gustaba en la actitud de los soldados. Tenían sus gorras bajas y las manos en las armas. No había ni rastro de ligereza o fraternidad en su comportamiento.

Aquellos que no hablaban francés eran enviados a un lado del patio sin saber lo que estaba pasando. Una familia húngara, le pareció a Alfred, gritaba fuertemente en su lengua materna mientras un soldado francés trataba de separarlos del grupo. Después, de una patada, abrió una de sus maletas, que estaba llena de artículos religiosos; el anciano y su esposa trataron de levantarlos a toda prisa, pero en vano. Otro hombre, que se trataba claramente de un rabino con una barba larga y blanca, le mostraba con frustración y sin cesar sus papeles al capitán de la *milice*. El oficial francés finalmente se los arrojó de vuelta y el anciano y su esposa se agacharon para recogerlos del suelo, con el mismo afán que si se tratase de billetes de mil eslotis.

«No —pensó Alfred—, esto no pinta nada bien.»

El capitán y su supervisor alemán siguieron avanzando por la fila. Los soldados y los guardias empezaron a usar gradualmente más fuerza para refrenar a los presentes.

—No os preocupéis, ya han revisado estos documentos varias veces —les aseguró Alfred a Marte y a Lucy—. Seguro que pasarán la inspección.

Sin embargo, un sentimiento de preocupación había empezado a surgir dentro de él al percatarse de que cada interacción parecía resultar en frustración e ira. La gente era bruscamente lanzada hacia la creciente multitud, acordonada por guardias fuertemente armados.

Más allá de las paredes, oyeron el silbido de un tren que se detenía.

—¿Lo veis? Van a llevarnos a algún sitio. —Alfred trató de parecer optimista por su familia.

Finalmente, el oficial francés llegó hasta ellos.

—Documentación —les ordenó impasible.

Alfred le entregó los papeles que mostraban que tanto él como su familia se encontraban bajo la protección del gobierno paraguayo y que no habían sido más que residentes en Polonia durante los últimos siete años.

—Hemos esperado mucho tiempo para ir a casa —le dijo en francés al oficial, cuyos ojos negros recorrían los papeles sin observarlos detenidamente; sólo alternaba su mirada entre los documentos y sus rostros, como lo habían hecho otros en múltiples ocasiones durante los pasados ocho meses sin ningún incidente.

El oficial de las SS estaba de pie detrás de él, con las manos juntas detrás de la espalda y con una apariencia de estatua que hacía que Alfred se sintiera intranquilo.

—¿Ha disfrutado de su estancia aquí en Francia, señorita? —le preguntó a Lucy el capitán de la *milice* en un español aceptable.

—Sí, señor —respondió ella, lo suficientemente nerviosa como para que Alfred se percatara de ello al oír su voz. ¿Quién no se habría puesto nervioso? —. Pero estoy lista para irme a casa al fin.

—Estoy seguro de que lo está —asintió el capitán. Luego se colocó frente a Alfred—. Dice aquí que es usted profesor, ¿no es así?

—Sí. Física electromagnética.

—Y ¿dónde adquirió estos documentos, monsieur?

—¿Qué? ¿Que dónde los adquiriré?... —tartamudeó Alfred al responder. Sus entrañas estaban hechas un nudo a causa del miedo—. Fueron emitidos por la embajada paraguaya en Varsovia. Le aseguro que son válidos. Mire, ahí lo puede ver... —Se acercó para mostrarle al oficial el sello y las firmas.

—Me temo que estos papeles son falsos —dijo el capitán de la *milice*.

—¿Disculpe?

—No valen nada. Me temo que son tan falsos como su español, mademoiselle. Así que, en lo que respecta a todos ustedes... —alzó la voz

para que todos los presentes pudieran oírlo— ya no se encuentran bajo la protección de los gobiernos de Paraguay y El Salvador. Hemos determinado que estos visados y pasaportes no son válidos. Ahora son prisioneros del gobierno francés, el cual, dada su situación, no tiene otra opción más que entregarlos a las autoridades alemanas.

Se oyó un grito ahogado que provenía de la multitud. Algunos exclamaban: «¡Por Dios, no!». Otros se limitaban a mirar a la persona que estaba junto a ellos y a murmurar: «¿Qué ha dicho?... ¿Que los documentos no son válidos?».

Para horror de Alfred, el oficial francés empezó a destruir sus documentos en pedazos. Lo único que los había mantenido con vida los últimos diez meses, su única ruta hacia la libertad, se dispersaba en las manos de aquel hombre en trozos que caían en los zapatos de Alfred.

—Ustedes tres —dijo el oficial mientras los empujaba bruscamente—, hacia allí con los demás. —Y siguió avanzando por la fila sin decir una palabra más—. Siguintes.

—¿Qué ha hecho? —Alfred se agachó para recoger los pedazos del documento del suelo y tiró del brazo del oficial—. Esos papeles son totalmente válidos. Han sido inspeccionados muchas veces. Mire, mire... —Apuntó a la hoja rota que contenía la firma—. Somos ciudadanos paraguayos que quieren volver a casa. ¡Exigimos tener permiso de tránsito!

—¿Exigís tener permiso de tránsito? —El oficial de las SS que iba siguiendo al capitán de la *milice* finalmente habló—. Podéis estar seguros de que vais a transitar.

Dos guardias se abrieron paso hasta ellos y los sacaron de la fila empujándolos con sus armas.

—Coged vuestras cosas. ¡Moveos! ¡Allí! —Señalaron a la multitud conformada por otras personas que tenían pasaportes latinoamericanos y que ahora estaban siendo acorraladas por los guardias. Así como los guardias los rodeaban, un sentimiento de profundo desaliento empezaba a invadirlos.

La gente comenzó a gritar para expresar su indignación y sus objeciones, mientras mostraban sus documentos. Ocho meses de espera, de expectación, encerrados en gallineros. Sus sueños de libertad habían quedado deshechos

en un instante. El oficial francés anunció en varios idiomas que todos los que tenían ese tipo de documentos debían reunir sus pertenencias en cinco minutos y abordar el transporte que los aguardaba a las afueras del campo.

—¿Adónde nos llevan? —gritó aterrada una mujer. Durante meses, como un brote de tifus, habían circulado rumores en el campo de internamiento sobre lugares oscuros en los que la gente desaparecía para siempre.

—A la playa —repuso uno de los oficiales franceses en tono burlón—. Al sur de Francia. ¿Adónde, si no? ¿No es ahí adonde queréis ir?

—Tenemos un tren expreso listo para vosotros. No os preocupéis —dijo otro entre risas y con el mismo sarcasmo—. Vosotros, los aristócratas latinoamericanos, viajaréis en primera clase.

El caos se extendió como un reguero de pólvora. Algunos simplemente se negaban a aceptar su destino. El viejo rabino y su esposa se sentaron en su equipaje y se negaron a moverse. Otros gritaron furiosos en respuesta a los guardias vestidos de negro. Y, ya que el verdadero propósito de lo que hacían había quedado expuesto y que la multitud empezaba a rebelarse, los guardias comenzaron a acercarse, arreando a las personas como ovejas hacia la puerta principal y blandiendo sus armas.

—No os separéis —le indicó Alfred a Marte y a Lucy, sosteniendo sus maletas firmemente.

Fueron separados momentáneamente por un grupo de gente que se abría paso al frente, maldiciendo y mostrando sus papeles desacreditados en medio de un ataque de ira. La multitud comenzó a agitarse. Los guardias se acercaron más, usando sus fusiles a modo de picas. El rabino de barba blanca y su esposa seguían sin moverse; un guardia alemán había tomado el control y les gritaba como si estuviesen sordos:

—*Aussen*. —«Fuera»—. ¡Levantaos! Ahora.

Empezaron a estallar peleas. Había rostros ensangrentados, golpeados por los fusiles. Algunos ancianos cayeron al suelo y la multitud pasó por encima de ellos a pesar de las súplicas y los gritos desesperados de aquellos que se habían detenido a ayudar.

Sin embargo, no había otra opción más que marcharse. Familia tras familia. Todos cogieron sus pertenencias con preocupación. La *milice* los

empujó en dirección a la entrada con sus porras y sus fusiles. Algunos rezaban, otros gimoteaban, pero todos, a excepción del rabino y su esposa, avanzaban. Los guardias se habían infiltrado entre la multitud y pateaban su equipaje.

—¿Esto es tuyo? ¡Cógelo o se queda!

Los arrearon como ganado por la puerta de alambre improvisada de Vittel, los perros ladraban y tiraban de sus correas; en medio de los gritos de indignación, los lamentos y los gemidos que se oían por todas partes, todos se dejaban llevar por sus más grandes temores.

—¿Qué sucede, papá? —preguntó Lucy asustada.

—Vamos, no te alejes —dijo Alfred agarrando su maleta, la de Marte y su portafolios—. Tal vez sólo vayamos a otro campo de internamiento como éste. Hemos pasado por situaciones peores. —Trataba de aparentar todo el optimismo que podía, aunque en lo más íntimo sabía que no sería así. Ahora ya no tenían papeles. Y la salud de Marte empeoraba cada vez más.

Pasaron por la entrada principal; era la primera vez en ocho meses que cruzaban la alambrada.

Un tren de carga los esperaba en la vía. En un principio, todos asumieron que no era para ellos. Más bien para ganado o caballos. Después, se sobresaltaron por el ruido tan repentino de las puertas al abrirse de golpe. Los guardias franceses se quedaron atrás. Ahora, los soldados que se encontraban junto a la vía eran alemanes, lo que llenó de terror los corazones de todos.

—Aquí está vuestro transporte de lujo, judíos —dijo uno de ellos entre carcajadas—. Por favor, permitidme que os ayude. —Golpeó a un hombre en la cabeza con la culata de su fusil—. Todos adentro.

Primero, la gente se resistió, objetó y peleó. Ése era un transporte para cerdos, no para personas. Después se oyeron dos estallidos como disparos de ametralladora detrás de ellos y todos se volvieron a mirar. El rabino de barba blanca y su pobre esposa yacían en el suelo junto a su equipaje, en medio de un charco de sangre.

—¡Oh, Dios mío, van a masacrarnos! —gritó una mujer.

Todos corrieron hacia el tren. Uno por uno, se apresuraron a subir, empujando a viejos y jóvenes por igual, tirando de sus pertenencias detrás de

ellos. Si no podían cargar su equipaje o si alguien se detenía para subirlo primero, éste les era arrebatado y arrojado a un lado del tren. Su ropa, sus fotografías y sus artículos de aseo personal quedaban esparcidos por el andén.

—¡No! ¡Ésas son mis pertenencias! —gritó una mujer.

—Sube. Sube. No las necesitarás. —Un guardia la empujó por la espalda.

—Aquí no hay asientos —dijo alguien.

Alfred ayudó a Marte y a Lucy a subir y alguien lo empujó desde atrás. Cuando todos pensaban que el vagón ya estaba lleno, los guardias seguían metiendo más gente a empujones. En cuestión de minutos, apenas si podían respirar.

—¡Ya no hay sitio! ¡Ya no hay sitio! Por favor... —gimió una mujer—. Nos vamos a ahogar aquí dentro.

Siguieron llenándolo aún más.

—¡Por favor, no quiero ir! —gritó un hombre por encima de los alaridos.

—Vamos, ¿quieres acabar como ellos? —le dijo otro, instándolo a seguir adelante mientras se volvía para señalar al rabino y a su esposa en el patio.

—Mi hija, mi hija. ¡Sophie...! —gritó una mujer.

—¡Mamá! —chilló a lo lejos una niña que era arrastrada por la multitud hacia otro vagón.

Los guardias seguían empujando y subiendo gente con todo lo que pudiesen cargar, hasta que el vagón de tren quedó más abarrotado de lo que Alfred podría haber imaginado.

Luego, la puerta se cerró de golpe.

Al principio, sólo había oscuridad. La única luz proveniente del exterior era la que se colaba a través de las rendijas de la puerta. Se oían algunos lloriqueos en medio de la penumbra, pero después todos guardaron silencio. La clase de silencio que sucede cuando nadie tiene ni idea de lo que ocurrirá después. Prácticamente no había espacio para moverse, ni siquiera para levantar los brazos o para respirar. El vagón apestaba, el hedor de ochenta personas embutidas en un espacio que estaba diseñado para albergar la mitad de eso. Muchos de ellos no se habían bañado desde hacía semanas.

Se quedaron así, escuchando los gritos y los gemidos del exterior, hasta que se oyó un silbato y, con una sacudida, el tren empezó a moverse. Ahora

la gente lloriqueaba, sollozaba y rezaba nuevamente. Lograron mantener una posición vertical apoyándose unos sobre otros en medio de la oscuridad. En un rincón había dos jarras: una de ellas estaba llena de agua, aunque apenas era suficiente, teniendo en cuenta el número de personas que había en el vagón, y la otra estaba vacía. Alfred comprendió para qué era esa otra.

—¿Adónde nos llevan, Alfred? —preguntó Marte en voz baja mientras el tren cobraba velocidad.

—No lo sé. —Buscó su mano y la de Lucy y las sostuvo firmemente—. Pero al menos estamos juntos.

4

El *Gruppenführer*, el coronel Martin Franke, salió a las vías en el exterior del campo de internamiento mientras el tren se alejaba. Todo había terminado. Los judíos estaban ya en camino. El engaño había salido a la luz y ahora no había más recurso para ellos. Lo único que había tenido que hacer era colgar el anzuelo el tiempo suficiente hasta que alguien lo mordiera. Esos judíos se pelearían hasta por un pedazo de tripa a medio comer que encontraran tirado en el suelo, incluso si eso significaba sacrificar a uno de los suyos. Observó mientras el último vagón avanzaba rumbo a quién sabía dónde. Allí donde se dirigían, ningún pasaporte o visado volvería a servirles de nada.

—Capitán —saludó al oficial francés, cuyos hombres ahora estaban limpiando el desastre del patio, incluidos los dos o tres necios que yacían rodeados de su propia sangre; aquellos que habían sido utilizados como ejemplo. Cualquier rastro de aquellos que habían subido al tren dejaría de existir—. Buen trabajo, capitán.

—Disculpe, coronel... —El oficial francés se agachó y recogió unos documentos de identidad que estaban dispersos por el suelo—. Pero ¿en realidad eran...?

—¿Eran qué? —Franke lo miró—. Hable.

—¿En realidad eran falsificados? Los pasaportes. ¿Eran documentos falsificados?

Franke le quitó el documento de las manos, el cual tenía una marca de bota. Posiblemente los mismos judíos lo habían pisoteado en su afán por

subir al tren.

—Y ¿qué importa eso? —dijo encogiéndose de hombros—. No iban a ir a ningún sitio, desde el principio fue así.

—Lo siento, coronel...

—Asegúrese de que el resto de los documentos queden en nuestro registro —dijo Franke sin responder a su pregunta.

—Sí, *Herr Gruppenführer*. —El capitán saludó y luego se alejó.

Franke se cerró el pesado abrigo gris de oficial que lo protegía del frío. Había viajado durante dos días desde Varsovia, y ¿dónde estaba ahora? No estaba en París, en un cálido y abarrotado café, con una botella de médoc añejo y la nariz enterrada entre los senos de alguna camarera francesa de vida alegre sentada en su regazo. No. Estaba despachando a un montón de asustados e irrelevantes judíos en una prisión situada en medio de un jodido bosque. No pasaba un día en el que no extrañara su antiguo puesto. Un año antes, era parte del agregado militar de Alemania en Lisboa; una tarea fácil, en la que había podido pasar la guerra asistiendo a fiestas en el bar de la azotea del hotel Mundial y afinando sus habilidades diplomáticas. Con un poco de suerte, habría llegado a ser jefe de misión al cabo de un año, y, a partir de ahí, sin importar cuál fuese el resultado de la guerra, habría tenido la suficiente influencia para negociar: sobornos. Venta de visados de salida. Obras de arte robadas de los muros de palacios y almacenadas en bodegas.

Pero su secretaria, Lena, un bombón que no sabía ni escribir a máquina con la que había estado revolcándose durante casi toda la misión, había resultado ser parte de una red de espionaje británica y había escapado a Londres con los nombres de la mitad de los integrantes de la red *Abwehr* que había en Lisboa y una libreta llena de códigos de contacto. Había expuesto a la mitad de sus contactos en Europa y Gran Bretaña. Dishonrado, Franke fue transferido a Varsovia. Sección G. Sabotaje, documentos falsos, contactos encubiertos con ciertos grupos minoritarios. Allí, toda la comida era hervida, y el único pescado que había provenía de las malditas alcantarillas. Eso por no mencionar el frío. Era la clase de frío que calaba hasta los huesos y nunca se iba del todo. En comparación, Lisboa le parecía el sur de Francia. Y, por si eso fuera poco, su esposa, cuya familia era dueña de una boyante fábrica de

metal en Stuttgart, lo que le permitía a él permitirse lujos como el lino y las latas de caviar (cuando su propia familia apenas se las arreglaba para poner comida en la mesa), le había escrito para decirle que iba a dejarlo.

Aun así, Franke había llegado a la conclusión de que el frío era mejor que una cápsula de cianuro. Ahora servía a su país en esa guerra retorciendo brazos y dirigiendo a informantes para destapar a los simpatizantes de la resistencia en la frontera polaca o a judíos necios que seguían ocultándose en el sector ario. Un trabajo que, desde luego, estaba muy por debajo de sus capacidades, pero había que decir que su red de informantes era la que había logrado descubrir a los traidores encargados de la embajada de Paraguay en Varsovia, la fuente de las falsificaciones ilegales. Franke se caracterizaba por ser un hombre dispuesto a hacer lo que fuese necesario, por el medio que fuese, para lograr su objetivo. Había sido detective cuando vivía en Essen. Y no uno de esos ostentosos lameculos que iban directos a los titulares de prensa, sino la clase de detective que no dejaba una sola página sin volver, que se arrodillaba si era necesario para encontrar hasta el más mínimo rastro de evidencia, y un hombre que siempre estaba alerta para detectar cualquier oportunidad que lo beneficiara. De lo contrario, tendría que pasar el resto de la guerra en esa olvidada ciudad o, si las cosas empeoraban, como empezaba a percibir, hasta que lo enviaran al frente, en el este, para acabar recibiendo un disparo, posiblemente de parte de sus propios hombres, mientras los exhortaba a mantenerse firmes y enfrentarse a las hordas rusas que ganaban terreno. Últimamente, Franke anhelaba una sola cosa: volver a demostrar su valía a sus superiores en Berlín.

A pesar de todo, ése había sido un buen día. Su red había sacado a la luz al informante en Varsovia que había delatado a los suyos. El rastro iba desde los guetos de Varsovia hasta las embajadas de Paraguay y El Salvador. Doscientos cuarenta judíos. Obviamente, teniendo en cuenta el panorama general, era tan sólo una gota en el océano. Sin embargo, esos doscientos cuarenta judíos habían llegado a despertar el interés de los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, y de quienes Berlín necesitaba desesperadamente pruebas incuestionables, si es que pensaba desafiar la soberanía de dos naciones latinoamericanas neutrales y resolver su polémica

situación. Seguramente recibiría una mención desde Berlín, tal vez incluso el reconocimiento de Canaris, admitiendo que se habían apresurado demasiado en el trato que le habían dispensado en Lisboa. O tal vez el reconocimiento del mismísimo *Reichsmarschall*. Todos tendrían que reconocer su labor.

Porque un hombre como Franke, que se había criado en las fábricas de fundición de hierro en Essen, sabía que no era tan complicado. Lo único que hacía falta era seguir su instinto y no tener miedo de ensuciarse las manos. Ése era el problema de todos esos estirados de la Abwehr: estaban demasiado ocupados con sus cócteles y coqueteando con las esposas de los dignatarios como para diferenciar a un informante de un cantinero. Pero Franke era una persona dispuesta a arriesgarlo todo para cumplir con lo que debía.

Lamentablemente, por ahora tenía que volver a Varsovia y a los dos meses de invierno que le quedaban por delante. Otro éxito como ése y tendrían que ofrecerle regresar a su antiguo puesto. Quizá lo enviarían a Ginebra esa vez, como se permitía soñar de vez en cuando.

Tal vez incluso a París.

La última columna de humo ya se había desvanecido mientras el tren tomaba una curva. Su trabajo allí estaba hecho. Franke sacó el documento de identidad abandonado que el capitán le había entregado. La página del visado que había caído en el andén, donde aparecía una fotografía. Bastante bonita para ser judía. De unos doce años, con coletas y una sonrisa de felicidad. Leyó el nombre: Elena Zeitman. «*Zeitman*. No importa», pensó. La dobló con cuidado y la guardó en su bolsillo. No sabía la ubicación exacta adonde la habían enviado. Algún campo de trabajo en Polonia, según había oído. Lo que sí sabía, mientras observaba el tren perdiéndose en la distancia, era que, sin importar el destino que le esperase, ningún visado o pasaporte en el mundo le serviría ya de nada.

5

Enero, al día siguiente

Sentado frente a su escritorio en la sede de la OSS, en Washington, D. C., Peter Strauss leyó el telegrama del agregado de la Junta de Refugiados de Guerra en Berna, Suiza, con una sensación de desaliento.

El telegrama detallaba cómo varios civiles habían sido retenidos en el campo de internamiento de Vittel, al noreste de Francia; civiles que buscaban salir de Europa bajo la protección de ciertos pasaportes latinoamericanos.

Los mismos pasaportes que tanto le interesaban. Y los mismos que él había ayudado a preparar. El telegrama decía lo siguiente:

Es mi deber informarlo de que la protección de dichos solicitantes ha sido permanentemente denegada. Se ha determinado que los documentos se obtuvieron ilícitamente. Todos los portadores fueron reunidos y embarcados en un tren cerrado. Destino: campo de trabajo al sur de Polonia. Creemos se trata de un pueblo llamado Oświęcim.

Strauss volvió a leer el telegrama con un vacío en el estómago. Había pasado un año. Un año de planearlo todo cuidadosamente, de lograr que los documentos llegaran a manos del único hombre al que buscaban, de explorar una ruta para que él y su familia salieran de Polonia y cruzaran el territorio ocupado, de llevar a cabo en secreto los arreglos para el transporte. Un año de

pedir al gobierno paraguayo que resistiera la presión diplomática ejercida por Alemania y los apoyara.

Un año perdido.

«Todos los portadores fueron reunidos y embarcados en un tren cerrado. Destino: campo de trabajo al sur de Polonia.»

Strauss dejó el telegrama sobre la mesa. La Operación Catfish había llegado a su fin.

Como hijo de un cantor de sinagoga, quien podía recitar las oraciones y la Torá tan bien como podía recitar su propio nombre, Strauss sentía aún más profundo el vacío en su estómago. El hermano de su padre seguía en Viena; no tenía idea de cuál había sido su destino, o el de su familia. De algún modo, Strauss había puesto todas sus esperanzas en esa misión, y su certeza de que el resultado de esa guerra sería positivo dependía enteramente de su éxito.

Y ahora ambas se habían desmoronado.

—¿Alguna respuesta, señor? —preguntó el joven teniente que le había entregado el comunicado y seguía allí parado.

—No. —Strauss se encogió de hombros con tristeza—. Ninguna respuesta.

Se quitó las gafas de montura metálica y empezó a limpiarlas.

—Entonces ¿se acabó? Doscientos cuarenta de ellos... —preguntó el auxiliar. Hasta ahí llegaba el conocimiento del teniente al respecto—. Lo siento, señor.

—Doscientos cuarenta vidas... —asintió Strauss—. Sin duda valía la pena salvarlas a todas. Pero sólo una era indispensable.

6

Cuatro días después

Oyeron el silbido del vapor y notaron la sacudida de los frenos. Después de haber pasado tres agonizantes días comprimidos en ese encierro maloliente, el tren finalmente se detuvo.

—¿Dónde estamos? —preguntaba la gente en medio de la oscuridad. Era de noche—. ¿Alguien puede ver algo?

Durante un rato, el tren sólo permaneció parado. Se oían gritos en alemán en el exterior y perros que ladraban.

—He oído que dejan que los perros ataquen a la gente inmediatamente al bajar del tren —dijo alguien—. Simplemente los dejan elegir.

—Cállate —replicó severamente una mujer—. Estás asustando a los niños.

De pronto oyeron el traqueteo de las cerraduras que se abrían, así como lo hicieron las puertas del tren instantes después, de par en par. El aire frío se coló en el interior, al igual que las luces deslumbrantes.

—*Rauss, rauss.* ¡Todo el mundo fuera! ¡Fuera! *Schnellen.* Más rápido. — Algunos soldados vestidos de gris y armados con porras entraron en el tren y empezaron a tirar de la gente para que bajaran de los vagones—. ¡Moveos! ¡Ya! Permaneced juntos en el andén con vuestras cosas.

Con el miedo recorriendo sus venas, Alfred, Marte y Lucy descendieron del abarrotado vagón, al tiempo que cerraban sus chaquetas para protegerse

del penetrante frío y se cubrían los ojos para escudarse del agudo resplandor. Durante el interminable viaje, al menos cuatro personas habían muerto en el vagón: una anciana que estaba enferma; otra de ellas, una mujer embarazada, que simplemente cayó al suelo y se dio por vencida, y también dos niños pequeños. Por unos breves instantes, Alfred había dudado si Marte se salvaría; en su hacinamiento el ruido en su pecho parecía empeorar cada vez más. Había muy poco que comer, salvo lo que la gente había llevado consigo y estaba dispuesta a compartir. Y la sed..., sus gargantas estaban totalmente secas. Solamente había un momento al día en el que podían beber agua.

—¿Recuerdas nuestra luna de miel en Italia? —Alfred había tratado de animar a Marte durante el viaje—. ¿Recuerdas lo mucho que te enfadaste conmigo?

—Porque compraste pasajes de tercera clase —asintió ella. Su voz era casi tan débil como un murmullo.

—Era lo único que podía pagar. Aún no trabajaba como profesor —le había explicado él a Lucy mientras los vagones se mecían de atrás hacia delante—. Retrospectivamente, ahora no parece tan malo, ¿verdad? —le había dicho a Marte riendo.

—Tu padre siempre ha sabido cómo convertir un experimento fallido en una lección de vida —le había dicho Marte a Lucy, bromeando.

Luego había apoyado la cabeza sobre él y había tosido. Eso hacía que el tiempo pasara un poco más rápido.

Ahora, en el andén, se oían gritos por todas partes, y también ladridos. Varias luces destellaban. Al fondo, Alfred alcanzaba a distinguir guardias con metralletas. Otros guardias vestidos de negro tocaban estridentes silbatos y arreaban a todo el mundo a su alrededor.

—¡Por ahí! ¡Vosotros, dejad vuestras cosas donde están! Alguien se ocupará de ellas.

Durante los últimos meses, Alfred había llegado a detestar a los guardias franceses de Vittel. Sin embargo, los franceses ya no estaban allí, y tenía la sensación de que el trato que habían conocido antes se convertiría en un preciado recuerdo en comparación con lo que les esperaba ahora.

—No os separéis —dijo mientras ayudaba a Marte en medio de la

creciente multitud—. Al menos ya hemos salido de ese tren olvidado de la mano de Dios. Mirad... —Señaló hacia arriba, donde había unas letras en forma de arco sobre la verja.

—¿Qué dice, papá? —preguntó Lucy. Era una frase en alemán.

—«El trabajo os hará libres.» ¿Lo ves? Tienes que recuperar las fuerzas, Marte. Si trabajamos aquí, estaremos a salvo. Ya lo verás.

Ella tosió, asintió y, empujada por la bulliciosa multitud, se agachó para recoger su maleta.

—A ver... —le dijo Alfred, cogiéndola de sus manos—. Déjame ayudarte.

Mientras los vagones empezaban a vaciarse, todo el mundo se amontonaba en el andén. Madres sosteniendo las manos de sus hijos, gente reconfortando a los ancianos, sin saber lo que vendría a continuación. Todos habían oído rumores acerca de esos oscuros y terribles lugares, donde la gente desaparecía para siempre. De pronto, para su sorpresa, comenzó a oírse música. Una orquesta que tocaba. ¿Cómo podía ser? Era Schubert, Alfred estaba seguro. Había escuchado su música en Praga, en el Rudolfinum.

—El Concierto para violín de Schubert en re mayor —confirmó alguien.

—Mirad, si hasta tienen una orquesta aquí. —Alfred rodeó a Marte con un brazo—. ¿Qué opinas, Lucy? —Trataba de parecer animado—. No puede ser tan malo.

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

Los guardias de negro con insignias de las SS se abrieron paso a codazos entre la multitud.

—Las mujeres y los niños, formaos por aquí. Todos los hombres, incluidos los padres... —dijo uno mientras señalaba en la otra dirección—, por aquí. No os preocupéis, es sólo para procesaros. Volveréis a reunirlos pronto.

—Deberíamos tratar de mantenernos juntos —indicó Alfred, levantando sus dos maletas y apretando la que llevaba bajo el brazo.

—¡Oye, tú! —Un gran guardia con una gorra negra de las SS lo empujó—. Mujeres y niños, a la izquierda. Y tú, allí.

—*Meine frau ist nicht gut* —le suplicó Alfred en alemán—. Mi esposa..., ella está enferma. Necesita cuidados especiales.

—No te preocupes, aquí se ocuparán bien de ella. La verás pronto. Todos estaréis felices. Sólo dejad todas vuestras pertenencias.

Se había formado una enorme pila de maletas y carteras en el andén, como la de un grupo de turistas que aguardaran su transporte.

—Pero ¿cómo las encontraremos? —preguntó una mujer que llevaba un chal de piel—. ¿Cómo sabremos qué pertenece a quién?

—No os preocupéis, todo se resolverá —dijo el oficial alemán sonriendo amablemente—. Ahora, simplemente avanzad, de prisa, hacia allí, a paso rápido... Vosotros dos también...

En medio de la gente que se cruzaba, los perros que ladraban y los oficiales que arreaban a todo el mundo, Alfred se percató de la presencia de un grupo de hombres que vestían uniformes de rayas azules y grises y pequeñas gorras. Se abrían paso entre la multitud y recogían las maletas y las carteras abandonadas por la gente, lanzándolas a un montículo que aumentaba rápidamente de tamaño. Estaban jorobados, como trabajadores esclavizados, y esqueléticos; evitaban a toda costa entablar contacto visual con los recién llegados mientras llevaban a cabo su labor, aunque la mirada de uno de ellos pareció posarse sobre Alfred. Sus facciones demacradas y oscuras, la cabeza afeitada y los ojos hundidos, que daban la sensación de reflejar un interior carente de alma, parecían contar una versión diferente de la que se les había dado respecto a la calidad de vida en ese lugar.

—¡Las mujeres y los niños deben ir aquí! *Schnellen!* ¡Rápido! —gritó un alemán a la vez que agarraba a Marte y a Lucy del brazo y las arrastraba.

En cuestión de segundos, se habían separado de Alfred empujadas por la muchedumbre.

—¡Marte! —Trató de ir tras ellas—. ¡Lucy!

—¡Alfred! —respondió su esposa mientras el sonido de su nombre se ahogaba en medio del escándalo provocado por los gritos y los lamentos, en tanto que ella trataba desesperadamente de alcanzarlo.

—¡Papá! —exclamó Lucy—. ¡Estoy aquí!

Alfred soltó sus maletas y trató de abrirse paso hasta ellas, con el miedo apoderándose de él mientras los empujaban cada vez más lejos.

—Por favor, necesito llegar junto a mi esposa y mi hija. Ellas...

—No te preocupes, estarán bien. Las verás pronto —intervino un oficial de las SS. Apuntó en la otra dirección—. Tú, allí.

—Estoy seguro de que os veré pronto —les gritó Alfred—. Sed fuertes. Encontraré la manera de contactar con vosotras.

—¡Te quiero, Alfred! —gritó Marte.

En medio del oscuro mar formado por la multitud, él logró distinguir una última mirada por parte de su esposa, una mirada llena de súplica, y pudo ver en sus ojos rendidos una determinación que nunca había visto.

Se despidió de ellas con la mano y esbozó una sonrisa esperanzadora, aunque la tristeza y el terror se habían apoderado repentinamente de su corazón, así como el presentimiento de que, tal vez, no volvería a verlas.

—Yo también os quiero a las dos.

Ya habían desaparecido de su vista.

Muchas de las personas que estaban en el andén enunciaban sus despedidas finales, bañadas en lágrimas, y expresaban sus súplicas inútiles. «¡Cuidaos mucho!», «Nos veremos pronto», «Cuida de nuestro hijo», se decían entre ellos. «No te preocupes, lo haré.» Los guardias les dijeron a los hombres que dejaran sus maletas y todas sus pertenencias. Alfred agarró su portafolios con fuerza. Uno de los prisioneros con el uniforme de rayas se acercó a él y trató de quitárselo.

—No —dijo Alfred, y lo agarró con más fuerza—. Éstos son mis libros. Mis fórmulas.

—No te resistas —repuso el prisionero en voz baja—. Te dispararán.

—No, no lo soltaré —contestó Alfred mientras apretaba el portafolios entre los brazos.

—No te preocupes, viejo, no necesitarás tus fórmulas aquí —replicó el prisionero.

Un oficial alemán se acercó entonces a ellos esbozando una sonrisa de diversión.

—Sólo hay una fórmula aquí, y la aprenderás muy pronto, te lo prometo.

—Soy físico. Esto contiene toda mi investigación. El trabajo de toda mi vida, *Herr Obersturmführer* —dijo Alfred al percatarse de su rango.

—Éste es tu trabajo ahora —dijo el oficial, señalando con un gesto a los

prisioneros que arrojaban sus pertenencias al montón. A continuación, trató de quitarle el portafolios de las manos—. Hazlo bien y tal vez dures aquí. Tu alemán es bastante bueno. —Señaló una fila—. Ve hacia allí.

—Por favor... —Alfred siguió resistiéndose—. No.

En un instante, la amabilidad del alemán se transformó en algo totalmente distinto.

—¿Es que no me has oído? ¡He dicho que lo sueltes, judío! —Llevó la mano hasta la funda de su pistola y sacó una Luger—. ¿O prefieres que tu estancia aquí sea muy corta?

—Dáselo. Por favor —suplicó el prisionero con lo que parecía ser una advertencia funesta en la mirada.

Alfred podía percibir la rabia y la ira en la rigidez de los ojos y el cuello del oficial alemán. Sabía que era cuestión de segundos, sería abatido allí mismo, junto a las vías, tal como les había ocurrido al viejo rabino y a su esposa en Vittel. Tenía que permanecer con vida, aunque sólo fuera por el bienestar de Marte y de Lucy. Tenía que volver a verlas.

A regañadientes, soltó el portafolios.

—Ahora, ve hacia allí. —El alemán lo empujó hacia la fila donde se formaban los hombres más jóvenes—. Tu conocimiento del alemán será de utilidad. —Hizo sonar su silbato y se dirigió a otra persona.

Alfred observó cómo el prisionero cogía su portafolios de cuero y lo lanzaba a la montaña de maletas y pertenencias que crecía más a cada minuto. Horrorizado, vio entonces cómo el cierre se abría y páginas y páginas de su trabajo (ecuaciones, fórmulas, la investigación detrás de documentos que había escrito para la *Academic Scientifica* y el *Zeitschrift für Physik*, el trabajo de veinte años) lentamente se deslizaban fuera del maletín y se esparcían como escombros sobre la creciente pila de bolsas, mochilas, juguetes y muñecas, hasta que desaparecieron, todas y cada una de las páginas, como cuerpos lanzados con indiferencia a una fosa común y cubiertos por los recién llegados.

«Si supieran lo que era eso...»

Le entregaron un uniforme, le indicaron que se dirigiera a un edificio de procesamiento y se cambiara. Por encima de los lamentos ubicuos del andén

y las despedidas y los gritos desesperados de «¡Te quiero!» y «¡Sé fuerte!», Alfred creyó oír su nombre. Se volvió, con un brote de esperanza en el corazón.

—¡Marte!

Pero seguramente se trataba de otra persona gritándole a alguien más. Buscó entre la multitud un último atisbo de sus mujeres, pero se habían ido. Después fue empujado por la muchedumbre. «Veintiocho años...», se dijo. En todo ese tiempo, rara vez habían pasado un solo día separados. Ella había pasado a máquina todos sus trabajos de investigación y había escuchado cientos de sus conferencias con antelación para corregir su sintaxis y su cadencia. Ella le preparaba pasteles dulces y de carne, y cada jueves, él llegaba a casa con flores que había comprado en el mercado de la calle King Stanislaw, camino a casa desde la universidad. Una sensación de pánico lo invadió: la sensación de que no volvería a verla. A ninguna de las dos. Todos morirían en ese lugar. Rezó para que estuviesen bien. Más adelante, vio que la fila en la que estaba formado se separaba en dos hileras más. Tuvo el presentimiento de que en una viviría y en otra moriría. Pero era demasiado tarde para el miedo o para las oraciones.

Al mirar atrás y ver sus papeles esparcidos como hojas muertas en la pila de maletas y pertenencias de la gente, la pequeña parte dentro de él que aún era capaz de experimentar miedo o esperanza dejó de sentir.

Esa parte de él había muerto.

7

Finales de abril, tres meses después
Lisboa

Un Opel negro se detuvo junto a la acera frente al aeropuerto de Lisboa y Peter Strauss subió al asiento trasero, empapado por el agua de la lluvia.

No llevaba su gorra de oficial ni su uniforme de capitán debajo del impermeable. Sólo una chaqueta deportiva y unos pantalones de franela arrugados, debido al vuelo de dos horas en el que había viajado desde Londres. Con su maleta y su portafolios de cuero podría haber pasado por uno de los muchos hombres de negocios que trataban de sacar provecho de la guerra, vendiendo acero y comida o comprando tungsteno portugués, dado que Lisboa era uno de los últimos y más exitosos centros de comercio que aún operaban en Europa.

—Capitán Strauss —lo saludó el conductor de origen suizo que trabajaba para la Junta de Refugiados de Guerra mientras cogía sus maletas—. Sé que ha tenido un largo viaje. ¿Le apetecería pasar por el hotel para refrescarse?

—Gracias —respondió Strauss. Había tomado un vuelo diplomático nocturno a Londres. Luego, había pasado dos días absorto en llamadas secretas y telegramas para concretar una reunión, la misma que era el motivo de su viaje—. Pero, si no le importa, preferiría proseguir con lo que he venido a hacer.

—Muy bien. —El conductor colocó la maleta de Strauss en la parte

delantera y subió detrás del volante—. Todos lo están esperando. ¿Ya ha estado antes en Estoril?

Al cabo de unos cuarenta minutos llegaron a la costa, a un lujoso centro turístico costero, hogar de un glamuroso casino donde la realeza desplazada de Europa apostaba visados de salida en trajes de gala, mezclándose con espías británicos y alemanes. El coche se detuvo frente a una casa de dos pisos con el tejado de tejas situada frente al mar, detrás de una verja de hierro alta y una pared exterior de estuco: «Rua do Mare, 114». La villa podría haber pertenecido a cualquier familia portuguesa adinerada que buscase privacidad y agradables vistas al mar; sin embargo, era el retiro de verano del arzobispo católico. Las altas paredes y la ubicación remota, lejos de los centros de espionaje de Lisboa y de las multitudes que invadían la región en verano, la hacían la ubicación ideal para que los hombres por los que Strauss había viajado se reunieran.

La verja de entrada se abrió y el Opel se detuvo en el patio. En el centro había una gran fuente estilo florentino. Alguien salió a recibirlo, un hombre de baja estatura, bien vestido y con barba de chivo que se presentó como Ricardo Oliva, del Comité Internacional de Rescate, y escoltó a Strauss por una galería abovedada hasta la casa principal. En una amplia habitación, donde predominaba una gran chimenea de piedra y un candelabro de techo con velas, un pequeño grupo lo estaba esperando. El primero en saludarlo fue el ayudante del arzobispo, un hombre medio calvo de unos cincuenta años que llevaba un hábito negro y un crucifijo y que se presentó como monseñor Correa.

—Gracias por organizar esta reunión —dijo Strauss mientras estrechaba la mano del clérigo—. Y, por favor, agradezca a su excelencia que nos haya ofrecido la privacidad de su hogar.

—La privacidad es la única arma que tenemos hoy en día —asintió el monseñor—. Pero albergamos la esperanza de que, pronto, estos asuntos tan viles lleguen a ojos del mundo entero y vean la luz. De hecho, hay asuntos más urgentes que la neutralidad política o religiosa. Incluso en medio de una guerra.

—Nosotros también tenemos esa esperanza —convino Strauss.

A continuación, recorrió la estancia mientras le presentaban a varios de los representantes de los grupos de refugiados en Berna y Estocolmo, dos rabinos ortodoxos de barba que no hablaban nada de inglés, a los cuales Strauss saludó en hebreo con el tradicional «*Shalom, rebi*», y finalmente, a Alexander Katzner, del Congreso Judío Mundial, cuyos esfuerzos para tratar de sacar judíos de contrabando del territorio ocupado eran bien conocidos en casa. Todos parecían recibir a Strauss con gran expectación.

—Nos alegra que esté aquí —lo saludó amablemente Katzner—. Ha llegado la hora de que el mundo vea lo que sabemos que ocurre desde hace tiempo.

—Ahora, su presidente debe ver a lo que nos hemos estado enfrentando —dijo uno de los representantes de la Junta de Refugiados—. Y tomar medidas.

—Por favor, por favor..., dejen que nuestro huésped respire un poco. ¿Le apetece algo de comer, capitán? —Monseñor Correa tomó a Strauss del codo—. Sé que ha tenido un viaje largo.

Él le dio las gracias, pero rechazó educadamente la invitación.

—Si no le importa, me gustaría empezar cuanto antes.

—Desde luego. Entiendo. En ese caso, pase por aquí... —El monseñor abrió una puerta doble adyacente y condujo a Strauss hasta un espacioso y formal comedor—. Lo están esperando.

Frente a la larga mesa de madera, en cuyo centro había dos candelabros dorados, se encontraban sentados Rudolf Vrba y Alfred Wetzler.

Ambos hombres eran morenos y delgados, vestían trajes que parecían demasiado grandes para ellos, y se quedaron sentados mientras todos entraban en la habitación. Habían salido del campo tan sólo unas semanas antes y su cabello apenas comenzaba a crecer. Wetzler, a quien Strauss reconoció por fotografías, lucía un pequeño bigote. Su compatriota checo, Vrba, fumaba, aparentemente nervioso, mientras permanecía sentado. Un miembro checo de la Junta de Refugiados de Guerra hizo las veces de intérprete.

Primero, Strauss estrechó sus manos y los felicitó por su valiente huida.

—Ambos demostraron un valor extraordinario. El mundo entero está en deuda con ustedes. —Alguien depositó una taza de café solo frente a él con un terrón de azúcar.

El checo tradujo y los dos hombres asintieron, ligeramente entusiasmados.

—Éste es su informe —dijo Katzner, miembro del Congreso Judío Mundial, empujando un grueso fajo de hojas frente a Strauss—. Pero creo que ya está al tanto de los detalles importantes. La situación actual ya no es un secreto desde hace mucho tiempo. Lo que todos aquí quieren saber es ¿por qué ha tardado tanto la respuesta? Lo que los nazis están librando en nuestra contra no es una guerra; es un asesinato.

—Yo soy militar, no diplomático —repuso Strauss—. Pero les aseguro que incluso el presidente está al tanto de la situación.

—Usted también es judío, ¿no es así? —le preguntó un sueco de la Junta de Refugiados.

Strauss asintió.

—Sí.

—Entonces, usted más que nadie debería tener esto muy claro. Miles y miles mueren cada día. ¿Cómo es que su gobierno no ha tomado cartas en el asunto?

—Al gobierno de Estados Unidos le interesan todas las vidas que se ven amenazadas por el régimen nazi —dijo Strauss, aunque las palabras se estancaban en su interior como un pedazo de carne sin digerir y le sonaban del todo huecas.

Sin duda, para esas personas, su visita era una señal de que la clase de respuesta militar por la que tanto habían implorado pronto llegaría. Que Estados Unidos, hogar de la mayor parte de la población judía en el mundo fuera de Europa, enviaría un ataque aéreo a los campos o bombardearía las vías de tren que llevaban a ellos. Que su visita al fin traía consigo la tan anhelada esperanza de los Aliados.

No obstante, ése no era el motivo de su visita.

Asintiendo, casi como si se disculpase, Strauss dirigió su atención a Vrba

y Wetzler. Abrió su portafolios y sacó una carpeta.

—Tengo una fotografía que me gustaría mostrarles a ambos. —El checo tradujo sus palabras. Strauss sacó entonces una instantánea de ocho por diez y la deslizó sobre la mesa. Primero hacia Rudolf Vrba, que la miró de reojo—. ¿Reconocen a este hombre?

Mientras el checo traducía, el fugitivo miró a Strauss sin la más mínima señal de reconocimiento.

—En el campo —siguió diciendo Strauss—. ¿Lo vieron? ¿Creen ustedes que estaba allí?

Lentamente, Vrba cogió la fotografía de Alfred Mendl.

Vrba tenía el cabello corto y oscuro, la nariz chata y afilada, y unas cejas bajas. Su boca tenía una curvatura ascendente en un lado, lo que le daba un aire casi pícaro. Mientras Strauss aguardaba, Vrba miró la foto con detenimiento. Finalmente, miró de nuevo a Strauss.

—Lo siento —dijo en un inglés entrecortado al tiempo que negaba con la cabeza.

Strauss sintió una punzada de decepción. Ésa era su última esperanza. La última esperanza de mucha gente. Un año de trabajo que pendía de un hilo. Le pasó la foto a Wetzler. Éste tenía una expresión más despierta, con una frente alta y unas pobladas cejas. Analizó la imagen durante largo rato, pero finalmente la deslizó por la mesa de vuelta a Strauss, encogiéndose de hombros con indiferencia.

—Por favor —insistió Strauss—, mírenla otra vez. Es muy importante.

Wetzler la examinó de nuevo, casi someramente, y luego estiró el brazo para coger un cigarrillo portugués. Al hacerlo, la manga se le subió y los ojos de Strauss se dirigieron a los números azulados que el fugitivo tenía en la parte inferior de su muñeca. Wetzler encendió el cigarrillo y le dio una calada. Luego habló durante un rato en checo, sin apartar la mirada de Strauss ni por un segundo.

—El señor Wetzler quiere saber... —empezó a traducir finalmente el checo— ¿qué ha hecho este hombre para merecer su atención por encima de todos los demás? Cientos de personas inocentes mueren día tras día. Mujeres, niños. Tan pronto como bajan de los trenes, se los priva de todas sus

posiciones y se los gasea. Todos ellos son buenas personas... —Wetzler hablaba deprisa, y el intérprete hacía todo lo posible para seguirle el ritmo—. Todos llevan, o llevaban, vidas que valían la pena. ¿Quién es este hombre por quien ha viajado desde tan lejos sólo para averiguar si se encuentra allí?

Wetzler deslizó la foto por la mesa nuevamente, como si esperase una respuesta.

—No hay respuesta —dijo Strauss mirándolo a los ojos—. Sólo hay urgencia. Aunque entiendo su petición. Y la llevaré conmigo a mi regreso para comunicarla y asegurarme de que llegue a los niveles más altos del gobierno. Tiene mi promesa.

El fugitivo resopló y sacudió un poco de ceniza sobre el cenicero. Sus ojos se dirigieron a su amigo, Vrba, como si existiese una especie de acuerdo tácito entre ellos. Después de aguardar un momento, Strauss se dispuso a meter la foto de Mendl de vuelta en su portafolios.

De pronto, Rudolf Vrba comenzó a hablar en un inglés con fuerte acento al tiempo que asentía de mala gana:

—Él está allí. El hombre que busca. Claro que eso fue hace dos meses. Mueren a cientos día tras día. ¿Así que quién sabe a ciencia cierta si...?

Strauss sintió un brote de optimismo recorriéndole el cuerpo. «Él está allí.» Ésas eran precisamente las palabras que quería oír, las palabras por las que había cruzado el océano.

—¿Cómo puede estar seguro? —le preguntó al checo—. Seguramente había miles de rostros allí. Y es posible que su aspecto sea diferente ahora. Todo ha cambiado.

Un recuerdo era una cosa, pero Strauss necesitaba una confirmación. Algo firme.

Vrba se encogió de hombros.

—Él era una especie de profesor, ¿no es así? Al menos, así lo llamaba la gente.

—Sí. —Strauss asintió. Notaba el pulso acelerado—. Lo era.

—Además, está la cuestión del séptimo inferior derecho...

—¿«Séptimo inferior derecho»?... —Strauss lo observó confundido. Anotó el código en una libreta—. ¿Qué es eso?

—Molar inferior derecho. Estudié odontología en mi país. Una vez me lo trajeron, por un absceso. —Su boca pícara se curvó hasta formar una sonrisa —. En el campo, nunca prestaba mucha atención a los rostros. Pero nunca olvido un diente.

8

Esa noche, Strauss estaba sentado en el bar del hotel Sao Mamede, en una oscura calle lateral, a un mundo de distancia del ruido y la vida festiva del casino. Y más lejos aún del hotel Palacio Estoril y su bullicioso bar con paneles de madera, donde los espías alemanes y británicos socializaban mientras bebían coñac; un lugar en el que todo el que entraba seguramente terminaría en la lista negra de alguien.

Además de él, sólo había una pareja en el bar, bebiendo Aperol y besuqueándose en un rincón tranquilo.

Allí, nadie notaría su presencia. Ningún recepcionista revisaría sus mensajes. Strauss releyó el telegrama que acababa de enviar de vuelta a Washington, D. C.

Iba dirigido a un número de télex que se había establecido, de manera que su mensaje llegaría a manos del coronel Donovan sin que nadie más lo inspeccionara. El mensaje describía, principalmente, los detalles mundanos de su viaje. Los clientes que había visto, órdenes pendientes. Una solicitud para el Departamento de Minerales. Todo era falso, desde luego. Inventado.

La única línea del mensaje que tenía alguna importancia era la última.

«No va a ayudarnos, ¿no es cierto?», le había dicho Alexander Katzner después de la admisión de Vrba y Wetzler, una vez que el verdadero propósito de la visita de Strauss había quedado claro.

«No. No puedo.»

Strauss había estudiado la Torá hasta su adolescencia. La familia de su

padre aún tenía parientes en Europa. Pensaba en los números que había visto grabados en la muñeca de Wetzler. Si fuese posible enviar aviones para bombardear esos sitios de mierda, él pilotaría el primero.

El camarero se le acercó.

—Whisky escocés —pidió él—. El mejor que tenga.

Normalmente no bebía, pero esa noche, mientras imaginaba cuál sería la reacción de Donovan, una copa parecía ser lo más indicado.

«Cientos de personas inocentes mueren día tras día. ¿Qué ha hecho este hombre para merecer su atención por encima de todos los demás?», le había preguntado Wetzler.

«¿Cómo es que usted no lo siente? —le había dicho uno de los funcionarios de la Junta de Refugiados, mirándolo a los ojos—. ¿Siendo judío?»

Sí, claro que lo sentía. Y le dolía horrores no poder responder.

Simplemente ése no era el motivo por el cual estaba allí.

El camarero le sirvió su whisky. Strauss se lo bebió de un trago y sintió que su corazón se iluminaba. Sonrió al imaginar la respuesta de su jefe al recibir las noticias, a más de cuatro mil kilómetros de distancia.

Pidió otro whisky.

«Un absceso...» Strauss no pudo evitar reír y sacudir la cabeza. Al menos ya sabían dónde estaba. En un lugar que se asemejaba más al infierno que a la vida. Ahora, lo único que tenían que hacer era sacarlo de allí.

«La pesca aquí promete —había escrito al final del telegrama—. Prepare su caña. El *catfish*^[1] está en el lago.»

9

*Principios de mayo, dos semanas después
Washington, D. C.
La misma reunión en la Casa Blanca,
con Roosevelt, Stimson, Morgenthau y Donovan*

El presidente se quedó mirando a Strauss, quien dejó sus papeles sobre la mesa.

—Hablamos de este hombre que se encuentra en Auschwitz, capitán... Dijo que podría existir otra opción, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Strauss al tiempo que se volvía para mirar a su superior, Donovan. El jefe de la OSS hizo un gesto para indicarle que continuara—. Si no podemos comprar su salida de allí, ni intercambiarlo —el capitán se aclaró la garganta—, entonces sugiero que simplemente nos lo llevemos.

Al principio, nadie dijo nada.

—¿Nos lo llevemos...? —Morgenthau, el secretario del Tesoro se lo quedó mirando como si no lo hubiese oído bien—. ¿Quiere decir entrar así, como si nada? ¿En un campo de exterminio vigilado por miles de alemanes? ¿En medio del territorio ocupado de Polonia?

Strauss percibió la dudosa reacción de los presentes. Sin duda, ése era el escenario más importante en el que jamás se había presentado. «Y tal vez sea el último», pensó por un momento. Miró al secretario del Tesoro, uno de los confidentes más allegados al presidente, un hombre a quien sin duda tenía

que convencer, y asintió con firmeza:

—Sí, eso es lo que sugiero, señor.

Strauss miró a continuación a Henry Stimson mientras el aire en la habitación parecía volverse denso por el escepticismo que reinaba en ella.

—Dice que necesitan a ese hombre, ¿no es así, señor secretario?

El secretario de Guerra del presidente Roosevelt asintió a regañadientes.

—Era profesor, en Leópolis. Física electromagnética. Es una de las dos personas en todo el mundo que tiene esa experiencia precisa. Me temo que, sin él —miró al presidente—, nuestra gente en el lejano Oeste consideraría que nos quedamos atrás.

Era la primera vez que Strauss oía la expresión «lejano Oeste», pero evidentemente se trataba de algo importante. Dentro de la red de inteligencia militar, se rumoreaba que estaban cerca de entregar un arma de magnitud trascendente.

—¿Quiere decir que es uno de los dos...? —Roosevelt tenía la mirada fija en Stimson.

—Sí. Pero, según el general Groves —intervino el jefe de la OSS—, es el único que no trabaja actualmente con los alemanes en sus propios experimentos con uranio.

—Ya veo.

Se estaban llevando a cabo experimentos científicos secretos de fisión nuclear para producir una reacción en cadena capaz de crear un arma mil veces más poderosa que cualquiera que el mundo hubiese visto antes. Los avances en dichos experimentos estaban en constante competición para obtener el mayor progreso en ambos lados del Atlántico, en Estados Unidos, en los Álamos, Nuevo México (el «lejano Oeste»), a cargo del físico Robert Oppenheimer y su supervisor militar, el general Leslie Groves. En la habitación, solamente Roosevelt y su secretario de Guerra sabían a ciencia cierta todo lo que estaba en juego en esa carrera, y sabían también que el resultado de la guerra probablemente favorecería al ganador.

—En ese caso —dijo el capitán Strauss mientras miraba a todos los que estaban sentados alrededor de la mesa—, esto es lo que propongo que hagamos.

—¿Quiere decir una incursión? —Ahora era el turno del presidente de cuestionarlo—. ¿En territorio nazi? ¿Enviar a un pelotón, abatir a los guardias, encontrarlo y sacarlo de allí?

—No, señor presidente —explicó Strauss. Abrió una carpeta y sacó un mapa, un croquis del campo que Vrba y Wetzler habían dibujado personalmente—. Una incursión resultaría imposible, dada la alta seguridad del lugar. Además, hay destacamentos de tropas adicionales en los alrededores. No puede hacerse por la fuerza, al menos, no tan rápidamente. Hay miles de prisioneros allí. Me dicen que los tienen identificados por números, ni siquiera por nombres. Lo vi en Lisboa. —Extendió el brazo—. Números grabados en las muñecas de los prisioneros.

Roosevelt se estremeció; luego, se dirigió a Donovan.

—Entonces ¿cuál es su plan?

—Un hombre. —El jefe de la OSS cogió el mapa de Vrba—. Lo dejamos de noche cerca de allí. Lo ponemos en contacto con partisanos locales, después de haberlos puesto sobre aviso. Así, podemos meterlo a escondidas en el campo. Después tendrá setenta y dos horas para encontrar su objetivo y salir ambos de allí.

—¿Un solo hombre? ¿En ese lugar? Sería como encontrar una aguja en un pajar —dijo Henry Stimson—. Siempre y cuando siga con vida...

—Sí, estoy de acuerdo —coincidió Donovan—. Es un gran riesgo, con pocas probabilidades. Pero, según entiendo, el riesgo de no tener a ese hombre de nuestra parte también es considerable.

—Un solo hombre... —dijo Morgenthau, expresando en voz alta lo que todos estaban pensando—. ¿Quién podría siquiera pensar en emprender esta misión? Ya ha leído acerca de las atrocidades que ocurren en ese lugar. Si lo atrapan o no logra salir, sería un suicidio. Y es un hecho que lo atraparán, coronel Donovan, puede estar seguro de ello. Y entonces ¿qué? —Miró a Roosevelt—. Pondría en peligro todas las grandes negociaciones que estamos llevando a cabo en este momento. El propio Eichmann está preparado para intercambiar miles de vidas judías. Y no podríamos enviar a un agente entrenado, destacaría entre la gente en cuestión de minutos. Tendría que ser alguien que hablara el idioma, de aspecto convincente...

—Creo que tenemos un candidato —interrumpió Peter Strauss mientras abría otra carpeta y les pasaba una fotografía.

Era la imagen de un hombre de facciones semíticas y tez oscura. De unos veintitantos años. El rostro enjuto y demacrado, con los ojos oscuros.

—No es un agente. Es teniente de logística aquí, en Washington —explicó Strauss—. Actualmente se dedica a decodificar telegramas alemanes y polacos. Su nombre es Nathan Blum.

—¿Es judío? —preguntó Morgenthau, cogiendo la fotografía y observándola cuidadosamente.

—Sí.

Stimson miró al capitán de la OSS con incredulidad.

—¿Quiere infiltrar a un traductor que nunca se ha separado de su escritorio en un campo de trabajo en territorio enemigo en una de las misiones encubiertas más críticas de la guerra? ¿Está loco?

El secretario de Guerra no ocultaba el desdén que sentía por lo que él consideraba imprudencia por parte de la OSS en muchas de sus empresas; toda la comunidad de logística lo sabía.

—No es sólo un traductor. Llegó aquí desde Varsovia en 1941 —explicó Strauss—. Se escabulló del gueto de Cracovia y arriesgó su vida para llevar un documento religioso muy preciado hasta Suecia. Pasó un año en la Universidad del Noroeste, donde fue el campeón de boxeo de la escuela en la categoría de peso ligero. Después de eso, se alistó en el ejército. Habla cuatro idiomas con fluidez, incluyendo polaco y alemán.

—Y ¿cree que estará dispuesto a hacer esto? —Roosevelt observó la fotografía y luego se la devolvió a Strauss—. ¿Regresar al mismo lugar donde arriesgó su vida para escapar? ¿En una búsqueda casi imposible para encontrar a un hombre?

—Creemos que hay bastantes posibilidades de que acepte —intervino el coronel Donovan—. Solicitó la oportunidad de hacer algo más anteriormente.

—Oh, definitivamente esto es «hacer algo más» —repuso burlescamente Stimson.

—Por otro lado, hay algo que...

—¿Qué es? —La mirada animosa de Roosevelt se posó sobre él.

—Toda su familia fue asesinada por los alemanes seis meses después de que él llegará aquí. —Donovan miró al presidente a los ojos—. Según dicen aquellos que lo conocen, él siente que los dejó morir.

10

Al día siguiente

Sede de la OSS, Washington, D. C.

Nathan Blum estaba sentado en su escritorio, uno entre la fila de doce, en el sótano del edificio C de la oficina central de la OSS en Washington. Acababan de llegar una pila de telegramas, algunos en polaco, otros en ruso y ucraniano, usualmente codificados, provenientes de sus partidarios en los territorios ocupados de Polonia y Ucrania. Ya que Blum era un analista de grado C, era su trabajo traducirlos desde la lengua de origen y después enviarlos, de acuerdo con su nivel de prioridad, al personal correspondiente en su departamento, el cual era conocido como UE-5 en el edificio, o Actividades Subterráneas en Europa. El 5 correspondía a Polonia, y este departamento se encargaba de contactar y coordinar todas las actividades insurgentes que se llevaban a cabo allí.

Esa mañana habían recibido una serie de fotografías que habían sido enviadas dentro de una bolsa sellada desde Londres. Las imágenes mostraban restos de cohetes que habían sido recogidos por la resistencia polaca del río Bug, cerca del pueblo de Siemiatycze, al este de Polonia. Dos semanas antes de eso, habían interceptado telegramas en los que se detallaba cómo dos importantes científicos alemanes del laboratorio secreto de misiles en Peenemünde se dirigían a esa área de Polonia, en donde los nazis aparentemente habían construido una especie de instalación de pruebas

secreta. Ahora Blum entendía mejor por qué. Dos días antes, los partisanos que se encontraban cerca de Siemiatycze habían informado de un destello que había aparecido en el cielo durante la madrugada, el cual había caído de vuelta a la tierra en espiral. Claramente se trataba de la prueba fallida de alguna especie de misil secreto. Al combinar ambos informes en su mente, Blum estaba seguro de que esas fotografías no eran de unos restos cualquiera. Eso era importante, estaba prácticamente convencido de ello. Posiblemente la prueba de la supuesta arma dirigida de los nazis, el V2, un cohete que podrían lanzar desde su país hasta la indefensa Inglaterra. Los restos en sí estaban en manos de la resistencia polaca, esperando ser transportados a otra ubicación desde la cual los llevarían a Inglaterra para que fuesen revisados por un grupo de expertos. A esa operación se la conocía como Operación Most, que significa «puente» en polaco.

Las imágenes que Blum tenía en sus manos bien podrían resultar ser uno de los avances más grandes del sistema estratégico de guerra.

Aunque tenía apenas veintitrés años, y a pesar de que era el enlace cotidiano con el Armia Krajowa (AK) —el grupo principal de la resistencia polaca que estaba activamente involucrado en una guerra de sabotaje y asesinatos detrás de las líneas enemigas y que hacían que la vida en el debilitado frente nazi en Rusia fuese un verdadero infierno—, Blum había pasado el último año en ese mohoso sótano, deseando poder hacer más por la causa. Tan sólo tres años antes, había sido estudiante de Economía en la universidad de su ciudad natal, Cracovia, a la vez que seguía interpretando a Liszt y a Chopin al piano con el único afán de complacer a su madre, aun cuando él prefería la música más contemporánea de Fats Waller y los artistas de jazz estadounidenses que habían invadido todo el continente con su música. Tocaba bastante bien, aunque no le llegaba ni a la suela de los zapatos a su hermana menor, Leisa, quien tocaba el clarinete; todos decían que algún día llegaría a tocar con la orquesta nacional. Su padre era el dueño de la mejor tienda de Cracovia, ubicada en la calle Floriańska, con un pequeño taller en el piso de arriba. Vendían sombreros de fieltro, borsalinos, fedoras, incluso los pequeños sombreros tirolenses de *tweed* que eran tan populares entre los austríacos y los alemanes en esos días. Hasta sombreros

para rabinos. Los sombreros no tenían país ni nacionalidad, como solía decir su padre. Antes de que llegaran los nazis, vivían en un espacioso apartamento en la calle Grodzka, cerca de la basílica de Santa María, y no en el barrio judío. Los clientes de su padre eran empresarios, funcionarios del gobierno, profesores, rabinos y hasta miembros de familias reales exiliados. Había música en su vida, arte y amigos de todos los sectores de la sociedad polaca. Hablaban polaco, no yidis. Ni siquiera seguían una dieta *kosher*.

Su madre siempre contaba la misma historia, la de aquella vez que había visitado a su tía Rosa, quien solía quejarse: «Sé que a ti no te importa, pero ¿no podrías por lo menos poner un cuchillo para untar la mantequilla en el pan y otro distinto para cortar la carne?». A lo que su madre respondía: «Pero ¿acaso no sabes, querida tía, que la carne se fríe en mantequilla?».

Su pobre tía se puso pálida.

Claro que eso fue antes de 1941, cuando se obligó a todos los negocios judíos a cerrar, y todos los judíos fueron enviados al gueto.

En la universidad, Blum se unió al movimiento político libre juvenil. Incluso ayudó a publicar un boletín antifascista: *HeHaluc HaLohem* («El pionero de la lucha»). Después, en octubre, se informó a los judíos de que ya no podían estudiar allí. Saquearon la tienda de su padre y la marcaron con una gran estrella amarilla; también les entregaron y los obligaron a utilizar brazaletes y parches. Luego los forzaron a cerrar, después de sesenta años en el negocio, después de dos generaciones que habían vendido sombreros a los caballeros más distinguidos de Polonia. En el gueto, tuvieron que mudarse a un apartamento estrecho y en mal estado en la calle Józefińska con sus primos, la familia Herzlich; doce personas compartiendo cuatro pequeñas habitaciones. Blum se convirtió en lo que se conocía como un «hurón en la pared»; sacaba correspondencia del lugar con regularidad, enviaba mensajes para las familias, traía comida y las medicinas que hacían falta y hasta transportaba dinero para guardarlo y pasaba armas de contrabando. Su amigo de la universidad, Jakob Epstein, había crecido en esa área y le mostró a Blum todas las alcantarillas y los túneles, las puertas entre edificios que nadie conocía, los escondites ocultos en caso de que los persiguieran, incluso los abismos debajo de la sinagoga y los pasajes sobre los tejados, hasta que

llegaron a conocerlos tan bien como cualquier ladrón local. Si lo capturaban mientras trataba de pasar algo de contrabando, sin duda lo matarían y habría severas represalias también para su familia. Lo que Blum tenía a su favor más que nada era su rostro inocente y cierta cualidad que hacía que la gente confiara en él, ocultando su resolución interna.

Una vez, para evitar que lo capturaran, tuvo que esconderse debajo del chasis de un camión que transportaba tropas alemanas justo al mismo tiempo en que se llevaba a cabo una redada; luego rodó por el suelo para salir y se ocultó detrás de unos cubos de basura mientras el camión se alejaba, con las tropas aferradas a un costado. En otra ocasión lo detuvieron frente a la puerta de entrada con fajos de dinero y cartas, los cuales había cosido a su mochila, y mostró un pase falsificado que decía que era un empleado de Struhl, una fábrica de azúcar alemana que se encontraba fuera del sector. «Pareces algo joven para ser un empleado.» El guardia lo observó con escepticismo. «No soy el gerente —respondió Blum, sin dejar que el miedo lo traicionase—, sólo el barrendero.» Lo dejaron pasar. En otra ocasión le dispararon mientras huía por un tejado; afortunadamente, la bala apenas rozó su brazo, un recordatorio de la verdadera magnitud del peligro al que se enfrentaba, aunque su madre lo trató como si estuviese herido de muerte.

En la primavera de 1943, cerraron el gueto permanentemente y el trato que recibían los judíos y sus familias empeoró. Prevalecía entre ellos una sensación de incertidumbre, rumores de ejecuciones en Łódź y Varsovia. Deportaciones en masa que se dirigían a lugares inciertos, en donde las personas desaparecían para siempre. El rostro de su padre quedó marcado con una tristeza perpetua. Todo lo que su propio padre y él habían construido se había perdido. Todos los clientes pertenecientes al gobierno que había tenido a lo largo de los años, las relaciones que había forjado con algunas de las familias más adineradas de Cracovia, que ahora ni siquiera se molestaban en responder a sus cartas. Cierta día, sacaron a Epstein, el amigo de Blum, de su apartamento y se lo llevaron a la sede de la Gestapo en Dom Śląski. Nadie volvió a saber de él. La madre de Blum rezó para que dejara lo que hacía; era sólo cuestión de tiempo antes de que atraparan a Nathan también. Poco tiempo después, el rabino Morgenstern buscó la ayuda de su padre. La

sinagoga más representativa de Cracovia atesoraba un Talmud muy importante que se remontaba al siglo XII, con un comentario escrito por un estudiante del venerable Maimónides en persona. El sagrado documento tenía que sobrevivir a cualquier precio, como habían acordado los ancianos del templo. Y ¿quién estaba mejor preparado que nadie para pasarlo de contrabando y entregarlo para que estuviese a salvo en las manos indicadas?

Blum.

Él no quería marcharse, ni abandonar a sus padres y a su hermana, quien siempre había sido su amiga más cercana. Los rumores de las deportaciones masivas corrían como la pólvora en el gueto. ¿Quién cuidaría de su familia? ¿Quién estaba mejor capacitado para cuidar de ellos? Algunos de sus amigos hablaban sobre quedarse en el gueto y presentar batalla.

Pero su padre insistió en que ese Talmud era un tesoro tan grande como cualquier otro en cualquier sinagoga de Europa. Además, ¿qué esperanza tenía Nathan si se quedaba allí? Sólo terminar como su amigo Jakob, secuestrado por la Gestapo. Y muerto, sin duda. «Algún día pasará —le insistía a Blum—. ¿Dónde estará tu madre entonces?» O se lo llevarían en una de las deportaciones masivas. ¿De qué habría servido quedarse en ese caso? Al menos, así había esperanza. Blum podría llegar al norte de las vías subterráneas. Primero, en un camión de leche; después por el Vístula en una barcaza hasta la ciudad portuaria de Gdynia, y luego atravesaría el Báltico hasta Suecia en un buque de carga. Era un gran honor que lo hubiesen elegido para esa misión, había dicho su padre. Al final, la presión que éste ejercía acabó por convencer a Blum y accedió contra sus propios deseos. Le llevó un mes hacerlo, pero finalmente Blum entregó el documento, el cual estaba atado y envuelto como una salchicha, en una agencia de judíos refugiados en Estocolmo. Tenía una prima, por parte de su madre, que vivía en Chicago, y ella puso el dinero necesario para que él pudiese viajar a Estados Unidos, así que Blum, de apenas veinte años, y sin hablar una sola palabra de inglés, pero habiendo pasado un año y medio huyendo de los alemanes, emprendió el viaje a través del Atlántico.

Aprendió inglés rápidamente, viendo películas y practicando con sus primos; tenía una habilidad innata para los idiomas. Al año siguiente, lo

aceptaron en la Universidad del Noroeste, a la cual asistió durante un año y en donde retomó sus viejas asignaturas. Un día llegó la noticia de que, en represalia por el asesinato de un oficial de la Gestapo, los alemanes habían entrado en el gueto, habían sacado a todos los habitantes del edificio donde vivía la familia de Blum, entre ellos, su padre, su madre y su hermana, y los habían matado. Así como a sus primos, los Herzlich. «Cuarenta por uno», así lo llamaron. Cuarenta inservibles vidas judías por cada alemán caído. La carta que había llegado de contrabando describía el cuerpo ensangrentado de su padre, colgado junto con los cuerpos de otros hombres durante días, sin enterrar y pudriéndose en la plaza pública, como un recordatorio para cualquiera que tuviese ideas similares en la cabeza. Isidor Blum había sido un hombre amable, cuya única pasión en la vida, además de su familia, era ayudar a los demás a elegir el sombrero perfecto para sus cabezas, incluyendo cabezas alemanas y austríacas entre ellas. Y la pobre de Leisa, de quien todos aseguraban que un día tocaría con la orquesta nacional polaca. Ella ni siquiera sabía de política. Sólo sabía de Mozart y de sus escalas. A Blum se le partía el alma al pensar en ella; la echaría de menos más que a nadie.

Lo único en lo que podía pensar era que, de haberse quedado allí, jamás los habría dejado salir. Se habría percatado de los camiones que llegaban y habría encontrado alguna solución: el estrecho pasaje que partía de su edificio, el cual había usado después del toque de queda en cientos de ocasiones: por el sótano, hasta el callejón que llevaba a la fábrica de camisas de al lado y, de ahí, hasta la calle Lwowska. O por el tejado, en caso de que los alemanes estuviesen ya en el edificio, hasta llegar al número 10 de la calle Herzl, para bajar por la escalera de incendios hasta el callejón. De haber estado allí, les habría advertido que nunca salieran a la plaza. Él había visto en persona cómo lidiaban los alemanes con los actos de contraataque.

Después de esa noticia, la vida universitaria ya no significaba nada para él. Se encontraba en un lugar extraño, estudiando materias que no tenían significado para él, en un idioma nuevo. Todos sus seres queridos se habían ido. De cualquier modo, después de Pearl Harbor, todos los alumnos empezaron a alistarse, así que Blum también lo hizo, con la esperanza de ser el primero en marchar a Polonia para librar orgullosamente a su país de los

odiados *szkopy* («cerdos alemanes»). No obstante, debido a su habilidad con los idiomas, lo asignaron al área de logística. Era un gran honor, le dijeron. Ésa era la mejor manera de servir.

Un año después, seguía allí.

Había un grupo en particular en plena formación en ese momento: soldados jóvenes, en su mayoría judíos de ascendencia alemana, que estaban siendo entrenados en logística en Fort Ritchie, al oeste de Maryland. Esos soldados serían enviados como parte de una invasión (que todos veían venir) y ayudarían a interrogar a los prisioneros alemanes y a establecer contacto con los partisanos locales. Blum ya había hecho la solicitud a su superior para que lo transfirieran. Ahí sólo se quedaba sentado en un sótano, usando las habilidades que había perfeccionado cuando era niño. Sellando y traduciendo papeles y enviándolos a sus superiores. Pero si lo enviaban allí, al menos podría arriesgar su vida por su familia. Ese sentimiento no había dejado de atormentarlo ni un solo día: que él se hubiera marchado, mientras todos sus seres queridos se habían quedado para morir. Anhelaba hacer algo verdaderamente relevante antes de que la guerra llegara a su fin. De otro modo, la imagen de su familia muerta quedaría grabada en su mente para el resto de sus días. Preguntó e insistió hasta que se convirtió en una molestia. Le dijeron que estaban revisando su expediente. Pronto lo informarían.

Pero esa mañana... Metió las fotografías de los restos que habían llegado desde Londres en un sobre de papel manila marcado como URGENTE y lo envió «A la atención del capitán Greer» por los canales habituales. En su fuero interno, sentía orgullo de que hubiesen sido los combatientes polacos quienes hubieran arriesgado su vida para encontrarlo. Estaba seguro de que las personas indicadas estarían examinándolas «del derecho y del revés» en cuestión de un día. Luego, empezó a revisar y a enviar los otros telegramas que habían llegado ese día. Desde Pilawa. Łódź. Desplazamiento de tropas avistado en la frontera ucraniana. Puente en el río Bog volado bloqueando las rutas de retirada para los alemanes. Varsovia en llamas. Había llevado algún tiempo, pero los polacos al fin estaban luchando.

Pensó en sus padres el día en que lo habían embarcado en su nuevo viaje.

—No quiero ir —le había dicho a su padre—. Me necesitáis aquí, con vosotros. ¿Quién os cuidará, si no?

—Dios nos cuidará —le había respondido su padre, que no era religioso—. Dios siempre protege a los justos, ¿no es así? —Le hizo un guiño como si se tratase de un chiste entre Blum y él y añadió—: Especialmente si esa persona lleva el sombrero adecuado.

A continuación, se quitó el suyo, un preciado Homburg que su propio padre había usado, y lo colocó en la cabeza de Nathan, cepillando el fieltro e inclinando el ángulo ligeramente, sólo lo suficiente. Su padre solía decir que podías juzgar el carácter de un hombre por su elección de sombrero más que por cualquier otra cosa.

—Aún no nos ha abandonado, Nathan. —Le dio una palmada a su hijo en el hombro—. Ahora vamos con el rabino, ¿de acuerdo? Antes del toque de queda. —Se detuvo y observó a Nathan durante largo rato.

—¿Qué?

—La próxima vez que te vea tal vez ya te haya crecido la barba —le dijo su padre, y se le nubló ligeramente la mirada—. Pero nunca serás más hombre para mí de lo que lo eres hoy.

Se abrazaron y, al sentir los brazos de su padre a su alrededor, Blum supo con certeza en ese mismo momento que no volvería a ver a ninguno de ellos.

—Blum...

Sus pensamientos volvieron de golpe al presente. El oficial de servicio, un hombre pelirrojo grande y de hombros anchos llamado Sloan, que solía jugar al fútbol cuando estaba en la Universidad de Virginia, se acercó a su escritorio.

Él se puso en pie.

—Señor.

—Descansa. Se te requiere en la sala principal.

—¿La sala principal?... —Ahí era donde todos los peces gordos trabajaban. Blum sólo había estado allí una vez, el día en que llegó, en las

oficinas administrativas, para recibir su asignación y firmar los papeles de confidencialidad.

Blum sintió una corriente circulando por sus venas.

—¿Departamento de personal? —preguntó con la seguridad de que su transferencia a Fort Ritchie al fin había sido aceptada.

—No exactamente. —El oficial rio, consciente de lo que ocurría—. El jefe quiere verte arriba.

—¿El jefe? —Blum se lo quedó mirando como si estuviera bromeando—. ¿A mí?

—Espabila, teniente. —El pelirrojo alto asintió y le arrojó su gorra—. El coronel Donovan.

11

Una teniente segundo escoltó a Blum, gorra en mano, entre filas de secretarias y ruidosos télex, hasta una sala con varios despachos alfombrados en el tercer piso.

—Espere aquí. —La oficial llamó a la puerta del que estaba en la esquina y se asomó—. El teniente Blum está aquí, señor.

—Que pase, por favor —dijo una voz.

Sin creerlo del todo, Blum entró en el gran despacho, que tenía una alfombra roja y un sólido escritorio de roble flanqueado por una bandera estadounidense y una de las fuerzas aliadas, así como un retrato del presidente Roosevelt en la pared.

El coronel William Donovan, a quien Blum sólo había visto en un par de ocasiones durante sus visitas a la cárcel, y cuya mano había estrechado una vez cuando el jefe pasó junto a su escritorio, estaba de pie detrás de su mesa. Era de estatura mediana, torso ancho, con una fuerte nariz irlandesa, una barbilla sólida, como la de un boxeador profesional, y unos ojos estrechos y profundos. Todos sabían que había ganado la Medalla al Honor por actos de valor extraordinario en la guerra anterior, los mismos actos que le habían granjeado el apodo de *el Salvaje Bill*. Junto a la larga mesa de negociaciones había otro oficial de pie. Era más bajo, delgado, con el cabello oscuro que ya empezaba a encanecer ligeramente, pese a que tenía un rostro juvenil con los labios finos.

Blum no tenía idea de cómo era posible que la persona responsable de

toda la red de logística militar de Estados Unidos supiese quién era él.

—El teniente Blum, ¿no es así? —El coronel Donovan, de cabello canoso, rodeó su escritorio.

—Señor. —Blum dio un paso vacilante y luchó contra el impulso de mirar hacia atrás para comprobar si había otro oficial con el mismo nombre de pie detrás de él.

—¿El teniente Nathan Blum, asignado a la Cuarta División, UE-5...? —recitó rápidamente el jefe de la OSS al ver su indecisión—. He llamado al oficial correcto, ¿verdad?

—Sí, señor, soy yo.

—En ese caso, relájese, teniente. ¿Por qué no se sienta por aquí? —Donovan señaló con un gesto la larga mesa de negociaciones, en donde el capitán estaba de pie al otro lado—. Por favor... —dijo apuntando a una silla cerca de la cabecera. Luego sacó su propia silla a mitad de la mesa y se sentó—. ¿Una taza de café?

Blum sentía como si tuviera las piernas de goma; tomó asiento.

—Por favor.

—¿Cómo lo toma, teniente? —preguntó el jefe.

Una secretaria entró con una bandeja y la colocó al otro extremo de la larga mesa.

—Solo, por favor, señor.

—Yo también. Desde que era niño. Hay muchas cosas que pueden meter a un viejo irlandés en problemas, pero, en mi experiencia, el café no es una de ellas, tanto como uno pueda tomar...

Blum, quien había recibido disparos antes de cumplir los veinte y había logrado pasar controles con alemanes que no habrían dudado ni un instante en ejecutarlo allí mismo, nunca había sentido su corazón latir a tanta velocidad como ahora, hablando cara a cara con el hombre responsable de la vasta red de logística militar de Estados Unidos. Sus ojos asimilaban lo impresionante que resultaba el despacho a su alrededor.

—Puede relajarse, teniente. Todos los informes indican que ha hecho usted un trabajo de primera aquí. Le presento al capitán Strauss. —Asintió en dirección al oficial delgado de facciones oscuras—. Él ha estado a cargo de

algunas operaciones que le he asignado personalmente. Veo en su expediente que solicitó ser transferido a ese nuevo grupo que están montando en Fort Ritchie los muchachos de ascendencia judío-europea...

—Sí, señor —respondió Blum. Aún vacilaba un poco al dirigirse a alguien de mayor rango y educación en su nueva lengua—. Me gusta lo que hago aquí, señor. Es sólo que... siento que podría servir mejor...

—No hace falta dar explicaciones, hijo —lo interrumpió el coronel—. Están formando un muy buen grupo allí, y no tengo duda de que sería de gran ayuda.

—Gracias, señor.

La secretaria sirvió el café.

—Es sólo que el capitán Strauss y yo también estamos organizando una operación. He hablado con sus superiores y me han expresado su deseo de hacer algo... ¿Cómo decirlo?... Algo más.

—Sí, señor. Es correcto —respondió Blum con el corazón acelerado por la expectación.

—Pues ya está haciendo algo, hijo. La gente a mi cargo me dice que es uno de los traductores más competentes que tenemos. Ese trabajo ya es de por sí de suma importancia —asintió— y ayuda en nuestros esfuerzos por ganar esta guerra. De hecho, he leído algunos de los comunicados que ha enviado.

—Es muy amable de su parte, señor. —Por dentro, Blum sintió un arrebato de orgullo. El Salvaje Bill Donovan sabía de su existencia.

—Sí, justamente el capitán me estaba hablando... de su familia, en Polonia.

Blum miró al otro oficial, quien había guardado silencio hasta el momento. Asumió que aquello que lo había motivado a alistarse aparecía en su expediente.

—Sí, los mataron en Cracovia, mi ciudad natal —dijo tratando de sonar tan objetivo como pudo—. Le dispararon a un oficial de la Gestapo en el gueto, así que sacaron a todos los habitantes del edificio donde se encontraba mi familia y los ejecutaron como una forma de retribución, allí mismo, en la plaza. Lo llamaron «Cuarenta por uno».

—Sí —asintió sombríamente el coronel Donovan—. Me temo que estoy al tanto de todo eso. Mi más sentido pésame —añadió—. Mi padre también murió cuando era joven. Aunque fue por causas naturales. Es una gran carga para cualquiera. Para un hombre de su edad... —Tomó un sorbo de café.

—También mi hermana —dijo Blum—. Ella tocaba el clarinete. Tenía mucho talento. Todos decían que algún día tocaría para la orquesta nacional polaca. Pero eso fue hace mucho tiempo. Era un mundo distinto. En fin, gracias, señor.

Donovan dejó la taza sobre la mesa y observó a Blum, que casi sentía que podía ver a través de él, como si lo estudiase con sus duros y profundos ojos irlandeses. Más que eso, como si lo midiera de algún modo. El impresionante entorno, el enorme escritorio, la larga mesa, los objetos de bronce en la habitación, las banderas oficiales..., todo eso hacía que Blum se sintiera casi diminuto.

—Veo que logró llegar hasta aquí, a Estados Unidos, por su cuenta —dijo el coronel.

—Sí, señor —confirmó él. Empezaba a tener el presentimiento de que aquello no tenía que ver con su traslado—. Pero con ayuda. El Armia Krajowa me ayudó a llegar a Gdynia, por el norte...

—¿El Ar-nia Krajora...? —preguntó Donovan, mutilando el polaco como un vaquero texano de apariencia enjuta que Blum había visto tratando de hablar español en una película.

—Significa el Ejército Nacional. La resistencia polaca. Desde ahí, un diplomático sueco hizo los arreglos necesarios para que pudiera llegar a Estocolmo. Tengo un primo en Chicago y él...

—Estoy bien familiarizado con el AK, teniente —lo informó el jefe de la OSS.

—Desde luego, señor —dijo Blum.

—Entonces ¿por qué decidió usted...? —Donovan empujó su silla hacia atrás; la chaqueta color caqui de su uniforme estaba decorada con varios galones por su rango y su valor—. Seguro que había millones de hombres jóvenes como usted que deseaban salir como una flecha de allí.

—¿Salir como una flecha, señor?... —Blum lo miró—. Lo siento, no

estoy seguro de...

—Es sólo una expresión, hijo. Significa salir rápidamente de un lugar. La oí en una película de vaqueros.

—A mí también me gustan las películas de vaqueros. Tendré que ver ésa. —Blum se percató de que el jefe aún aguardaba su respuesta—. Me pidieron que pusiera un paquete muy importante a salvo. Un texto histórico. El Talmud de nuestro templo. Es una recopilación de leyes e interpretaciones de la Torá... —Esta vez, Donovan sólo sonrió y miró a Strauss como indicación de que también sabía lo que era el Talmud—. Fue escrito en el siglo XII por un rabino famoso. Aunque me gustaría que constara, señor, que yo no lo pedí.

—¿Qué fue lo que no pedí, hijo? —repuso el jefe de la OSS.

—No pedí marcharme. Yo quería quedarme y hacer lo que pudiera allí. Y cuidar de mi familia.

—Habría sido un suicidio quedarse allí, hijo, sobre todo teniendo la oportunidad de salir. Ahora lo sabe, ¿no es así?

—Sí, lo sé. —Blum miró a Strauss, el capitán callado, y se preguntó si él también era judío—. Pero, de cualquier modo, eso no me habría hecho cambiar de opinión. Se trataba de mi familia, señor. Estoy seguro de que me entiende.

—Desde luego. Lo entiendo perfectamente. Aun así, uno debe tener nervios de acero, ¿no es así? Su expediente dice que fue un muy buen informante el tiempo que estuvo allí. En Cracovia. Eso requiere mucho valor. ¿Tiene sangre fría, hijo?

Blum se encogió de hombros y sintió la mirada del coronel fija en él. Aun así, no era la clase de cosa que uno suele decir sobre sí mismo.

—Ha habido muchas ocasiones en mi vida, señor, desde que los nazis llegaron, en las que he tenido que hacer lo que fuese necesario para sobrevivir.

—Sí, creo que entiendo a qué se refiere. —Donovan asintió—. Cada uno de nosotros tenemos que entregarnos de algún modo. De formas que nunca habríamos imaginado. En situaciones que te ponen a prueba. —Todos sabían que el jefe había mantenido una posición firme cuando había sido herido en varias ocasiones, salvando así a toda su unidad. Hojeó el expediente de Blum

un poco más, luego lo dejó sobre la mesa—. Así que estamos dispuestos a darle esa oportunidad, hijo, la que tanto ha pedido, si está dispuesto...

—¿La oportunidad de qué, señor? —Blum le devolvió la mirada; estaba seguro de haberse perdido en la conversación en algún momento.

—De hacer algo más. ¿No es eso lo que pidió, teniente? —El jefe de la OSS bebió otro sorbo de café y dejó la taza—. Como usted dijo, de hacer lo necesario.

12

Llenaron sus tazas mientras el capitán Strauss, de quien Blum sabía ahora con certeza que era judío, posiblemente de ascendencia alemana, explicaba detalladamente por qué lo habían llamado.

Su explicación fue un poco vaga al principio.

—Como sabe, teniente, Polonia se ha convertido en un lugar extremadamente despiadado... para ser judío. Por tanto, pedirle a alguien, a una persona que logró salir de allí, arriesgándose enormemente, y luego empezó a construir una nueva vida... que considere, como un gran sacrificio personal para su nuevo país..., tal vez incluso para el mundo... —Strauss se aclaró la garganta y miró a Blum—. Desde luego, no habría consecuencias negativas si considerara que lo que vamos a pedirle es demasiado para usted.

Tanto Donovan como Strauss tenían la mirada fija en Blum. Hubo un silencio prolongado en la estancia.

—¿Quieren que... vuelva? —dijo Blum cuando al fin comprendió exactamente qué era lo que le estaban pidiendo.

—No sólo volver... —replicó el capitán. Se puso de pie con su carpeta en la mano y rodeó la mesa para sentarse finalmente junto a Blum—. Queremos que nos ayude a localizar a alguien allí. En Polonia. Y que lo traiga de vuelta.

—¿Sacarlo de Polonia? —Blum seguía mirándolos fijamente, sin poder creer del todo lo que estaba oyendo—. Saben lo difícil que sería eso.

El capitán asintió.

—Me temo que lo que le proponemos es incluso un poco más complicado

que eso, teniente... —Inhaló profundamente y abrió su carpeta—. Sin duda habrá oído hablar acerca de los campos de trabajo que hay allí, ¿no es cierto?

—Desde luego, aunque le ruego me disculpe, capitán, pero esos sitios no tienen nada de campos de trabajo más que el nombre. Según lo que dicen, la gente que es enviada allí desaparece para siempre. Familias, pueblos enteros. De hecho, son más bien campos de exterminio —dijo Blum—. Creo que ambos lo sabemos.

Strauss no respondió, pero al observar el gesto de reconocimiento que hizo con la cabeza y la mirada fija de Donovan, a Blum le quedó claro lo que querían.

—Quieren enviarme de vuelta a Polonia. ¿A uno de esos... campos? —preguntó.

—A un lugar llamado Auschwitz. —El coronel Donovan tomó la iniciativa—. Me parece que el verdadero nombre del pueblo es Oświęcim. ¿Lo conoce?

Tal vez no específicamente por ese nombre, pero Blum asintió como uno asiente cuando es mejor no expresar en voz alta algo terriblemente grave e inexpresable. Sin embargo, por toda Europa había rumores provenientes de los judíos sobre lo que ocurría en esos lugares; lugares tan oscuros, tan llenos de maldad y de muerte, que el simple hecho de concebir su existencia era un gran peso para la mente.

—Sí, he oído hablar de él.

—Necesitamos a alguien que esté familiarizado con el área y hable el idioma. Y que... —Strauss lo observó— encaje.

—¿Encaje...? —repitió Blum, sin estar muy seguro aún de lo que le pedían.

—Lo que estamos proponiendo, teniente —dijo el hombre conocido como el Salvaje Bill inclinándose hacia delante y fijando sus profundos ojos sobre él—, es infiltrarlo allí, en el campo, y que usted traiga a alguien de vuelta consigo.

—¿Del campo? —Blum le devolvió una mirada de consternación—. ¿A quién...?

—Buena pregunta. —El capitán Strauss intervino en nombre de su jefe—.

Pero me temo que aún no podemos compartir esa información con usted. — Sacó un mapa de su carpeta, una representación ampliada del área que rodeaba el campo—. Podemos dejarlo allí en avión. De noche. Aquí. — Señaló un punto—. Está a unos veinte kilómetros del campo. ¿Alguna vez ha saltado, Nathan? No lo he visto en su expediente.

—¿De un avión? No. —Blum negó con la cabeza—. Sólo durante la instrucción.

—No importa. Nosotros lo guiaremos. Únicamente tendrá que hacerlo en una ocasión. Una vez en tierra, podemos reunirnos con la resistencia local. Sabemos cómo organizarlo. Podemos lograr que entre usted como parte de un equipo de trabajo cotidiano. Ésa es la parte fácil. Aparentemente, los trabajadores locales entran y salen del terreno rutinariamente.

—¿Está seguro de eso? —insistió Blum. Lo pintaban como si fuese lo mismo que dar un paseo en el ferrocarril de Chicago: «Primero tomas la línea L hasta la calle Lake, luego cambias a la línea del sur, hasta Garfield, y después...».

—Como podrá imaginar... —Donovan se inclinó hacia delante esbozando una sonrisa irónica—, meter a alguien en un lugar como Auschwitz no suele ser el problema.

—Sí, desde luego —dijo Blum, componiendo esa misma sonrisa de manera inconsciente—. Y ¿podrían sacarme con esa persona y traernos de vuelta?

Su mente no dejaba de darle vueltas al asunto y a los riesgos que éste implicaba. El simple hecho de entrar en Polonia sería bastante difícil. Detrás de las profundas líneas enemigas. El simple salto lo aterraba. ¿Y si no lograba reunirse con la resistencia local? Quedaría varado allí. Solo. O si no conseguía encontrar a ese hombre, siempre y cuando lograra infiltrarse en el campo. O si los alemanes lo descubrían. Sería una muerte segura.

—Sí —asintió Strauss convencido—. Estoy bastante seguro de que sí.

—Pero, una vez dentro, debe saber que estará completamente solo —dijo el coronel Donovan—. Diseñaremos su ropa de obrero para que pueda transformarse en un uniforme del campo. No sabemos con exactitud dónde se encuentra esa persona. Para ser sincero, ni siquiera estamos seguros de que

siga con vida. Tiene cincuenta y siete años y no goza de muy buena salud, por lo que debe de tener el aspecto de setenta y siete. Y, por lo que hemos oído... —el jefe apoyó su carnoso dedo índice sobre la mesa y frunció el ceño—, estar en ese lugar no es precisamente pan comido.

—Sí, he oído los rumores —asintió Blum—. ¿Puedo fumar?

—Adelante —dijo el coronel Donovan, quien cogió un cenicero y se lo acercó.

Blum sacó un paquete de Lucky, le dio un golpecito a la punta y encendió un cigarrillo.

Strauss cogió un mapa rudimentario hecho a mano de su carpeta y lo deslizó por la mesa.

—Éste es el campo.

Había un perímetro doble de alambre, con varias torres de vigilancia. También, docenas de lo que parecían ser barracones para los prisioneros, llamados *bloques*, todos numerados. Cerca de este campo, había otro para las mujeres. Los ojos de Blum se dirigieron a un pequeño edificio rectangular con el siniestro nombre de CREMATORIO.

—Sabemos que estuvo aquí hace un mes. Sabemos cómo lograr que entre y salga. Lo que necesitamos es que usted lo encuentre una vez dentro. Tenemos una ruta de escape que funcionará, estamos convencidos. También tenemos los nombres de varias de las personas que se encuentran dentro del campo, como otros prisioneros e incluso guardias con los que podría contar. Pero debe saber que sólo dispondrá de setenta y dos horas y no habrá manera de comunicarse con usted. El avión de rescate aterrizará precisamente en el lugar en el que lo dejó, y sólo una vez. Únicamente puede quedarse allí unos minutos y luego se marchará. Tendrá que estar allí cuando llegue.

—¿Y si no estoy?... —preguntó Blum, mirándolos.

—Si no está, entonces me temo que estará totalmente solo. —El coronel Donovan cruzó los dedos—. En un lugar muy hostil. Si pierde ese avión, no hay billete de vuelta, hijo.

—Setenta y dos horas... —Blum analizó las posibilidades en su mente. Ninguna de ellas tenía un resultado particularmente agradable—. Y, si lo encuentro, ¿están seguros de que querrá venir conmigo?

—La verdad, teniente —Strauss se recostó en su silla—, es que una vez allí no estamos completamente seguros de nada. No sabemos cuál es su estado de salud actual. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta que siga con vida.

—Y ¿aun así están dispuestos a arriesgar tanto para enviarme allí?

Strauss miró a Donovan.

—Sí. Así es.

—Y ¿tampoco puedo saber quién es ese hombre? ¿O por qué es tan importante?

—Me temo que no —dijo el coronel Donovan—. No en este momento. Por ahora, sólo podemos mostrarle una fotografía. Y, obviamente, tendrá su nombre.

Blum dejó caer un poco de ceniza en el cenicero.

—Estaría arriesgando mi vida por este hombre —dijo observando los rostros de ambos—, ¿y ni siquiera pueden decirme lo que hace?

El capitán asintió.

—Sí, me temo que ése es el caso, teniente.

Blum contempló el mapa, asimilando toda la situación. Era cierto que hablaba el idioma y tenía la apariencia indicada. Así que, como Strauss había dicho, «encajaría». También era cierto que ya había escapado antes. Pero ¿y si no lograba encontrar al hombre? ¿O si no lograba salir? Quedaría desamparado. Su familia ya estaba muerta. Posiblemente muchos de sus amigos también. No le quedaba nada allí.

—¿Cómo saben todo eso? —preguntó Blum mientras devolvía su mirada hacia ellos—. La disposición del lugar. Cómo entrar. Esas reuniones que pueden organizar con la resistencia local.

Strauss sacó otras dos fotos de la carpeta.

—Hace una semana estuve en Portugal, donde me reuní con estos dos hombres, quienes lograron escapar de Auschwitz hace un mes. Son los primeros en lograrlo.

»Rudolf Vrba... —dijo el capitán, colocando la foto sobre la mesa— y Alfred Wetzler. Son checos. Ellos me lo contaron todo. La disposición del campo. La rutina que hay. El área que lo rodea. Los prisioneros que podrían ser de utilidad. Los guardias que podríamos comprar. Este mapa es suyo. Es

exacto hasta hace un mes. Funcionará, Nathan. Incluso han accedido a ayudarnos con esta misión.

Los ojos de Blum volvieron al mapa: el doble perímetro de alambre, las torres de vigilancia marcadas. Sus ojos se detuvieron en el edificio rectangular.

—Y ¿qué les dijeron los fugitivos sobre lo que sucede aquí?

Señaló el lugar que tenía la palabra CREMATORIO escrita sobre él.

Strauss no respondió inmediatamente. Miró a su jefe. Luego asintió con una especie de circunspección.

—¿Está seguro de que quiere saberlo?

—Me están pidiendo que arriesgue mi vida para regresar a un lugar del que tuve la dicha de escapar, para encontrar a una sola persona, cuya ocupación ni siquiera puedo conocer. ¿Cuál es esa expresión...? —Miró a Donovan—. ¿Una aguja en un pajar? Así que, sí, ¿qué sucede ahí? —Blum colocó su dedo en el edificio nuevamente—. Creo que es justo que sepa a qué podría enfrentarme si voy y si todas sus detalladas preparaciones no funcionan del todo.

—No quería decir como parte de esta misión, teniente. —Strauss le dirigió una mirada a Donovan y añadió—: Quería decir... —se aclaró la garganta— como judío. Gasean a la gente ahí. —Se humedeció los labios—. En grandes cantidades. Miles. Decenas de miles. Más. Luego queman sus cuerpos. Son hornos. —El capitán señaló el edificio del mapa sobre el cual Nathan había preguntado—. Aunque lo que acabo de decirle es estrictamente confidencial y no puede repetirlo, ya sea a alguien de uniforme —observó a Blum con una mirada llena de seriedad— o a un civil.

Un gran vacío invadió los intestinos de Blum. «Hornos.» Se recostó en la silla, su rostro palideció, sintió náuseas y un nudo en el estómago. «Gaseados.» Inhaló una gran cantidad de aire por la nariz y dejó salir lo que acababa de oír. «Miles. Decenas de miles. Más.» Todos habían oído hablar de esos horrores. Una matanza a una escala sin precedentes. Aun así, todos rezaban para que fuese sólo un rumor. Ahora se daba cuenta de que todo era verdad. Y podía ver algo más detrás de la mandíbula apretada y el aspecto decidido del rostro del capitán de la OSS: pesar y dolor, grabados en la

determinación fija de sus ojos.

—*Bisse yid?* —preguntó Blum, hablando en yidis. «¿Es usted judío?»
Strauss se detuvo un momento antes de responder. Luego asintió.

—Sí.

—Y este hombre... —Blum colocó su dedo índice sobre el mapa del campo—. ¿Esto no ayudará a ninguno de ellos? ¿A las personas que ya están ahí?

—A ninguna, tristemente. —El capitán negó con la cabeza y Nathan se percató de que ya se había hecho esa pregunta a sí mismo.

Blum asintió, de la misma manera que lo haría un pariente cercano que acaba de recibir graves noticias familiares, y se apoyó en el respaldo de su silla.

—Gente gaseada... Ese hombre, del cual no puedo saber nada... Solamente setenta y dos horas para encontrarlo... De lo contrario, no habrá forma de volver... —Miró a Donovan—. Si no le importa que se lo diga, coronel, sabe usted regatear al máximo.

—Sí —respondió el jefe de la OSS, riendo entre dientes—. Y eso no es todo, me temo. Necesitamos que nos dé una respuesta pronto.

—¿Cómo de pronto? —preguntó Blum mientras apagaba su cigarrillo.

—Mañana —dijo Donovan a la vez que se ponía de pie.

—¿Mañana...? —Blum abrió unos ojos como platos a causa de la sorpresa.

El jefe se puso de pie, apoyó una mano en el hombro de Blum y sonrió de nuevo.

—Si no me equivoco, teniente, fue usted quien expresó su interés por hacer algo más.

—Sí. —Blum se puso en pie también.

—Está haciendo un gran trabajo, hijo —dijo el coronel—, por su nuevo país. Estoy seguro de que el traslado que solicitó con los chicos de Ritchie se aprobará en cualquier momento, si es que así lo desea. —Extendió su mano—. Puede imaginar lo importante que es esta misión y lo mucho que dependemos de ella.

—Gracias, señor —respondió Blum. El apretón de manos del jefe era

firme y fuerte—. Pero tengo una pregunta, si me permite.

—Claro, adelante. —Su mano seguía sujetando la de Donovan.

—Ese hombre..., si es que logro recuperarlo. ¿Esto salvará o costará más vidas, al final?

—Al final... —El jefe asintió; el lado oscuro y las sombras de la guerra estaban grabados en su profunda mirada—. La respuesta es ambas cosas, me temo.

Blum asintió, cogió su gorra de la mesa y dio un paso hacia la puerta.

—Gracias, señor. —Entonces se detuvo y dudó por un momento. Sentía que algo crecía dentro de él, tal vez valor o estupidez, lo decidiría después. Se dio la vuelta—. Sólo una cosa más...

Donovan ya se encontraba detrás de su escritorio con un informe entre las manos. Strauss, que estaba recogiendo los papeles de su carpeta, alzó la mirada.

—¿Sí? Adelante.

—No me han dicho cuál es su plan para sacarme de allí.

13

Aquella noche, después de que casi todos en la base se hubieran acostado ya, Blum estaba fumando un cigarrillo en la escalera trasera de los cuarteles oficiales, cerca de la calle K. Los truenos retumbaban a lo lejos en el cielo.

Si la reunión que había tenido temprano ese día en el edificio A hubiese sido para confirmar su transferencia a Fort Ritchie, tal vez Blum lo habría celebrado yendo a ver una película, una nueva, *Tener y no tener*, con Bogart y Bacall, basada en el libro de Hemingway, la cual estaban pasando en la base. También había una chica con la que había salido en un par de ocasiones, la prima de un vecino de Chicago. Ella trabajaba en el departamento de cosmética en Woodward & Lothrop, la gran cadena de almacenes. Era bonita y se reía con facilidad, lo que siempre le recordaba a su hermana. Y, a diferencia de muchas de las oficiales de su unidad, a ella parecía no importarle su acento europeo.

En vez de eso, simplemente se quedó en su barracón. El sentimiento que lo invadía era similar a aquel que había tenido la noche que había salido de Cracovia, cuando tuvo el presentimiento de que se estaba despidiendo de su familia por última vez. Que se le había presentado una elección en la que no intervenía la lógica y que no podía evaluar adecuadamente; aun así, sabía que era una decisión que tenía que tomar.

«¿Esto salvará o costará más vidas, al final?»

«Ambas cosas», había dicho el coronel Donovan.

La noche era cálida. Le recordaba a muchas de las noches que había

pasado en casa; la humedad solía ser tan densa que uno casi podía untarla en un pan con mermelada cuando no había mantequilla, solía decir su madre.

¿Cómo podía elegir? «¿Esto salvará o costará más vidas?» ¿Qué otros datos podía usar para decidir? Eso era lo que su padre le habría preguntado al coronel. Casi podía oír su voz pausada, con la pipa en la mano, mientras hacía la pregunta.

¿O qué habría dicho el rabino Leitner, su instructor? Blum recordaba algo de la Mishná, uno de tantos dogmas de la ley judía que le habían metido en la cabeza en habitaciones con poca luz cuando era niño, mientras sus pensamientos salían volando por la ventana e iba a cosas que le resultaban mucho más divertidas: jugar al fútbol con sus amigos en el parque Krasinski o el ganso que su madre le habría preparado para más tarde durante el *sabbat*, con sopa de cebada y *kreplach*, además de una *kompot* de manzanas y ciruelas guisadas.

«*Pidyon shvuyim*», así era cómo se expresaba en hebreo.

«Redención de un cautivo.»

Mientras le daba una calada a su cigarrillo, Blum recordó cómo el viejo rabino le había preguntado una vez, con el eco de su voz resonando en las esquinas de la sinagoga vacía, si pagar un rescate por la libertad de un rehén al final costaría o salvaría vidas. O tal vez, le había explicado, sólo traería más penuria y sufrimiento. «Lo que es bueno no se puede comprender del todo a corto plazo. ¿Lo entiendes, Nathan?» El rabino había salido de detrás de su escritorio. Era cierto que se salvaría una vida, había admitido. Sí. «Pero entonces ¿habría otros a quienes se llevarían y retendrían del mismo modo? ¿Deberían utilizarse los fondos destinados a mejorar el templo para este rescate, dejando así que éste se deteriore? Claro que, si se tratase de tu hijo o tu hermano —había dicho el rabino, encogiéndose de hombros—, la respuesta no es tan clara.»

Para Blum, si hacía lo que Strauss y Donovan le habían pedido, no sería tanto comprar una vida de vuelta, sino dar la suya en su lugar, como si la ofreciese como rescate. En efecto, él sería el rescate. Sentado allí, sonrió al ver en su mente al viejo rabino acariciando su barba gris, pensativo y murmurando de qué otro modo podría uno determinar si pagar o no por el

prisionero si uno no conoce la respuesta a esa pregunta. «¿Esto salvará o costará más vidas, al final?» Claro, quitando de la ecuación la variable de a quién pertenecía de hecho la vida que se buscaba salvar, un hermano o un completo desconocido. Ésa era la única respuesta.

Blum se puso a pensar que, desde que los nazis habían llegado a Cracovia por primera vez, cuando él tenía diecisiete, ya ninguna respuesta era sencilla.

Recordó que sus padres y su hermana habían renunciado a sus vidas para que él pudiera estar allí en ese momento. Había muchos otros que podrían haber sido elegidos en su lugar. Por ejemplo, Perlman o Pincas Schreive, recordó. Eran tan hábiles como él eludiendo alemanes. ¿Por qué no los habían escogido a ellos? El destello de esperanza en los ojos de su padre, en medio de la tristeza de su última despedida, acudió a la memoria de Blum. La esperanza se atenuaba, ya que ambos presentían los destinos que les aguardaban, como ramas divergentes del mismo árbol.

Y regresar ahora, reflexionó Blum, en una misión más suicida que esperanzadora. Por un hombre cualquiera, del que no conocía más que su rostro y su nombre, cuyo verdadero valor tal vez nunca llegaría a conocer. Eso haría que su decisión de marcharse de Cracovia —«era un gran honor», como había insistido su padre— no hubiera servido de nada si terminaba por renunciar a su vida en el mismo lugar en el que ellos habían renunciado a las suyas para que Nathan se marchara.

Entonces ¿de qué otro modo podría decidirse? Había visto los ojos sombríos del coronel esperando encontrar una respuesta. «Puede imaginarse lo importante que es esta misión y lo mucho que dependemos de ella...» Su mirada era igual que la de su padre la última vez. Pero luego había dicho: «Ni siquiera sabemos a ciencia cierta que siga con vida».

Las probabilidades en contra del éxito de la misión eran considerables. Se había percatado claramente de ello en la seriedad que se reflejaba en los rostros de Strauss y de Donovan. Más allá de la necesidad y la importancia estratégica que representaba ese hombre, ambos sabían exactamente a qué estaban enviando a Blum.

Buscó su cartera y sacó la pequeña fotografía de él y de Leisa que guardaba allí. Ella tenía catorce años y estaba sentada en el alféizar de la

ventana abierta, en la casa de campo que su familia tenía en Masuria. Él apenas tenía edad para empezar a afeitarse.

—Tengo un regalo para ti —le había dicho ella.

Estaban sentados en el balcón que daba a la escalera de incendios de su minúsculo apartamento de la calle Józefińska; sus piernas colgaban por el borde.

—No quiero que te vayas —añadió Leisa.

Él balanceó los pies.

—Yo tampoco quiero irme.

—Entonces ¿por qué...? —le suplicó ella—. Dile a papá que has cambiado de opinión.

Cuando él tenía seis y ella tres, su padre le había hecho prometer que siempre cuidaría de su hermana, en la escuela, en el parque. Incluso una vez, cuando ella era pequeña, su padre la había levantado juguetonamente por encima de la ventana del cuarto piso, diciendo: «La dejaré caer, a menos que prometas que siempre la cuidarás». «Lo prometo, lo prometo», había gritado Blum, sin darse cuenta de que había una repisa debajo de Leisa y de que ella no había estado en peligro en ningún momento.

—Tengo que ir —le respondió a su hermana—. El templo depende de ello. Estarás bien. Le he dicho a mi amigo Chaim que te cuide en caso de que algo suceda.

—¿Weissman? Es un tarado —repuso Leisa arrugando la nariz.

Ciertamente, Chaim era pomposo y vanidoso. Pero conocía los caminos y los callejones para escapar del peligro tan bien como cualquier otra persona en el gueto, y siempre parecía preguntarle a Blum sobre Leisa.

—No obstante, si algo sale mal y viene a buscarte, debes ir con él. —Blum la miró directamente—. Incluso si mamá y papá no lo hacen. Esto es importante, Leisa. Debes prometérmelo.

Ella simplemente se quedó mirando la calle bajo sus pies, observando a un vendedor que empujaba un carrito cargado de vegetales cuatro pisos por debajo de ellos.

—Necesito que me lo prometas —repitió Nathan.

—Está bien, lo prometo —accedió ella finalmente.

Él la observó más detenidamente.

—Tienes mi palabra. Lo haré.

Blum sonrió.

—Bien.

Pasó un rato antes de que ella lo mirara.

—¿Crees que volveremos a vernos?

—Por supuesto —respondió él—. Apuesto mi vida a que así será.

—Ya veremos. No estoy tan preocupada por nosotros, Nathan, como lo estoy por ti. Papá siempre se las arregla. Estados Unidos es un lugar tan distinto... Y tú no hablas ni dos palabras de inglés.

—Eso no es cierto. Sé cómo decir «¡Manos arriba!». —Lo dijo con esa pronunciación lenta, como arrastrando las palabras, que había oído en películas del Oeste, e imitó la forma de una pistola con los dedos.

—No bromees, Nathan. En fin, tengo algo para ti. Espera aquí.

Entró en el apartamento y volvió un minuto o dos después con una hoja de partitura. Era el Concierto para clarinete en la mayor de Mozart, uno de sus favoritos. Era el que había tocado en los recitales del conservatorio el año anterior. Cogió la primera página y la arrancó.

—¡No, Leisa!

Luego la dobló a lo largo y cortó la hoja justo por la mitad.

—¿Ves?... —Dobló uno de los lados en un pequeño cuadrado—. Tú te quedarás con esta mitad y yo con la otra. Cuando nos veamos de nuevo, volveremos a unirlos. Así. —Desdobló la suya y las juntó otra vez; los compases y los pasajes volvieron a encajar perfectamente—. Éste será nuestro pacto, ¿de acuerdo? Es como un resguardo. No lo perderás, ¿verdad?

—Tendrán que matarme para quitármelo —dijo él sonriendo.

—Bueno, prefiero que no dejes que eso pase. —Su hermana lo miró; sus ojos oscuros se veían grandes y su mirada, ensombrecida con un presentimiento desconocido—. Pero lo mismo digo. —Rodeó el cuello de su hermano con los brazos—. Te echaré de menos, Nathan.

—Yo también te echaré de menos, Doleczki.

Ella no lo soltaba.

—Hagas lo que hagas, Leisa, no dejes de tocar. Es parte de ti, de lo que eres. Nunca dejes que alguien te lo arrebate.

—No lo haré —dijo ella; su cuerpo temblaba de miedo.

—Y, recuerda, cuando las cosas empeoren...

—Sí, Chaim. —Asintió con la cabeza enterrada en el pecho de Blum—. Si tú lo dices...

Frente al barracón, Blum desdobló la partitura que había conservado durante tres años.

«Wolfgang Ama... —decía en la parte de arriba de su mitad—. *Concerto ein...*»

Después, los compases iniciales.

Cerró los ojos e imaginó que Leisa sostenía su mitad cuando llegaron las balas. Al menos, sabía que la sostenía en su corazón.

Un par de soldados pasaron corriendo por su lado y él se puso de pie. Ambos saludaron:

—Señor.

Blum les devolvió el saludo.

«Estoy seguro de que el traslado que solicitó con los chicos de Ritchie se aprobará en cualquier momento —había dicho Donovan—, si es que así lo desea.»

Recordó que en su *bar mitzvá* en Cracovia había hablado de la *Aliyá*. Como todos los judíos, él había hecho la promesa de ir a Tierra Santa algún día. Una promesa que la mayoría no podría cumplir. Así que, tal vez y de algún modo, ésa sería su *Aliyá*. Honrar a sus padres y sus muertes. Su herencia. No a Jerusalén, la Tierra Santa, sino a un campo en medio de los bosques del sur de Polonia donde ocurrían cosas terribles.

Su tierra prometida.

Para encontrar a un solo hombre.

Sin billete de vuelta.

Dobló la partitura de Leisa en un cuadrado y la guardó en su cartera, junto

a la pequeña foto de ella que también llevaba allí. Aplastó su cigarrillo con el pie, cogió su gorra y entró. Se detuvo por un segundo. Pensar en ella, cosa que trataba de evitar en esos días, lo había hecho derramar una lágrima.

Meses después de que se hubiera enterado del destino de su hermana, también lo habían informado de lo siguiente: Chaim Weissman había muerto al caer de un tejado en la calle Limanowa mientras huía de los alemanes la misma mañana en que habían asesinado a la familia de Blum.

Cuando el camión que transportaba a las tropas se detuvo frente a su edificio y los alemanes les ordenaron a todos que salieran —«*Schnell!*»—, ella probablemente había esperado, justo como Nathan le había hecho prometer. Escondida en el hueco de la escalera, aguardando. Tal vez estuvo así hasta el momento en que entraron de golpe y la arrastraron gritando por la escalera.

«Él vendrá, él vendrá —se había dicho probablemente a sí misma—. Nathan me lo prometió.»

Incluso cuando ya estaban todos en fila contra la pared y llegaron las balas.

14

A la mañana siguiente, antes de su turno, Blum volvió a la sala principal y preguntó por el despacho del capitán Strauss, que resultó ser un pequeño cubículo mal iluminado en el tercer piso, al final de un largo pasillo. Permaneció de pie frente a él unos segundos, se quitó la gorra y llamó a la puerta.

El capitán alzó la mirada de los mapas y los informes que leía; parecía complacido de verlo.

—Teniente.

El despacho de Strauss estaba a un mundo de distancia del de su jefe. La única fuente de iluminación era una lámpara brillante sobre el escritorio de metal, aparte de la poca que entraba por una ventana cerrada. Una de las paredes estaba llena de estantes con libros apilados y carpetas pesadas. En la otra pared había un mapa de Polonia y otro de Europa. Blum vio dos fotografías enmarcadas sobre el escritorio. Una hermosa mujer de cabello oscuro, posiblemente la esposa del capitán, con dos niños, y otra de una pareja mayor; el hombre de la imagen llevaba un traje oscuro y tenía una barba corta, mientras que su esposa lucía un vestido blanco y un sombrero.

Strauss se echó hacia atrás en su silla y esperó.

—Así pues, ¿cuándo tengo que marcharme? —fue todo cuanto dijo Blum.

El capitán curvó los labios en una sonrisa. Se puso de pie y extendió la mano.

—Pasado mañana. Hacia Gran Bretaña, por lo menos. La fecha de la

misión en sí está programada para finales de mayo. Eso nos da dos semanas allí para prepararnos. Familiarizarse con el terreno local y el campo. Lo que puede esperar encontrar dentro. Tendrá que perder algunos kilos, lo que no debería ser muy difícil, teniendo en cuenta lo que nos dan de comer últimamente.

Blum sonrió.

—El jefe estará contento. ¡Sin duda estará muy contento! —Strauss se sentó en el borde de su escritorio—. Querrá felicitarlo en persona, desde luego. Hoy está en The Hill. Si no le importa, ¿puedo ver sus muñecas?

—¿Mis muñecas?... —preguntó Blum mientras las extendía.

Strauss asintió, mientras daba la vuelta a su muñeca izquierda.

—No tendrá problema con las agujas, ¿verdad?

—Agujas... —Nathan negó con la cabeza—. No. ¿Por qué?

—No se preocupe, se lo explicaremos después. Sé que todo esto está ocurriendo muy deprisa. ¿Hay alguien aquí que deba saberlo?

—¿Aquí? ¿Quiere decir en Estados Unidos? Sólo un amigo, tal vez. Nadie especial. Tal vez mi primo y su esposa, que viven en Chicago. Ellos me trajeron.

—Sólo debemos asegurarnos de mantener el verdadero motivo de su viaje en secreto. ¿Y si les decimos que se trata de un simple despliegue? De cualquier modo, están enviando a muchísima gente estos días. No hace falta mencionar nada más.

—Entiendo.

—Oh, y también está esto... —Strauss extendió la mano sobre su escritorio y abrió una carpeta de la que sacó una fotografía—. Supongo que no hay motivo para no mostrarle esto ahora.

Era un hombre de mediana edad, de unos cincuenta y tantos tal vez. Tenía un rostro duro pero agradable, mejillas caídas, gafas de montura metálica y cabello canoso peinado de lado.

—Éste es su hombre —dijo el capitán—. Aunque es posible que no esté exactamente así ahora.

Blum recorrió la fotografía de arriba abajo con la mirada.

—No se preocupe, para cuando hayamos terminado, tendrá cada arruga

de su rostro memorizada.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Blum.

El hombre de la imagen tenía una apariencia afable, aunque al mismo tiempo su mirada era seria, llena de sabiduría. Tenía un lunar en un lado de la nariz. Blum se preguntó quién era y qué era lo que sabía. ¿Por qué su vida, por encima de la de todos los demás, valía tanto como para que Blum arriesgase la suya?

—Su nombre es Mendl. Con una «e». Alfred. Es profesor. De Leópolis. Me temo que eso es básicamente todo lo que puedo decirle por ahora.

—Mendl... —murmuró Blum en voz alta—. ¿Cuál es su especialidad?

—Física electromagnética. Algo complicado. ¿Usted sabe mucho de eso?

—Sé que una manzana cae al suelo si uno la suelta.

Strauss sonrió.

—Ése es más o menos mi límite también. Pero mucha gente inteligente aquí que sí sabe del tema opina que el conocimiento de Mendl es indispensable. Y eso hace que cualquier riesgo que corramos por traerlo de vuelta valga la pena. Espero que sepas, Nathan, si no te importa que te tutee, ya que básicamente pasaremos las siguientes dos semanas pegados el uno al otro, que esta misión, tan difícil como parece, llega hasta los rangos más altos. Y no sólo en este edificio, no sé si sabes a lo que me refiero. Lo único que puedo decirte es que al aceptar esta misión estás haciendo un gran servicio a tu país.

Blum asintió y súbitamente se sintió lleno de orgullo.

—Gracias, señor.

—Lo que me preguntaste ayer... —Strauss se sentó nuevamente y lo miró—. Si era judío. De hecho, mi padre es cantor en una sinagoga. —Le dio la vuelta a la foto que tenía en su escritorio, la del hombre de traje oscuro con su esposa—. Su congregación está en Brooklyn. El templo Beth Shalom. Todos siempre le preguntan por qué... por qué no estamos haciendo más para ayudar. Se oyen tantas cosas horribles acerca de lo que está pasando en Europa... Siempre le digo que estamos haciendo todo lo que podemos, pero en el fondo de mi corazón sé que ésa no es una buena respuesta. Acortar la maldita guerra todo cuanto sea posible, sacar a los nazis del poder, ésa es la

única respuesta. Y esto..., lo que nos estás ayudando a hacer, si es que tenemos éxito, y aunque no puedo contar muchos detalles de lo que está en juego, será de más ayuda que cualquier cosa que nosotros podamos hacer. ¿Te importa...? —Strauss estiró la mano y cogió la foto de Mendl con una sonrisa que parecía llena de arrepentimiento—. Es la única que tengo por ahora. No te preocupes, para cuando llegue el momento de irte, estarás familiarizado con cada poro de este rostro. Entonces, informaré a tu oficial superior. Supongo que hay alguien que podrá ocupar tu lugar, ¿no es así?

—Mojowitsky —dijo Blum—. Está en la EU-4. Es bastante fuerte.

—Bien, entonces... —El capitán de la OSS asintió y se puso en pie.

Blum se levantó también.

—Si no te importa —Strauss se quitó las gafas—, tengo curiosidad respecto a algo...

—¿Qué?

—Supongo que ambos hemos pensado en los riesgos de lo que estás haciendo. No puedo imaginar..., es decir, el coronel Donovan y yo no somos tan buenos vendiendo ideas...

—¿Quiere saber por qué he aceptado ir?

—Sí. Teniendo en cuenta, claro está, que yo me apuntaría sin pensarlo si cumpliese con los requisitos que buscan.

Blum esbozó una pequeña sonrisa. Dirigió su mirada a las estanterías metálicas en la pared. Entre los archivos y las gruesas carpetas, vio un par de libros de cuero en hebreo. El padre de Strauss era cantor.

—Veo un Talmud. ¿Por casualidad tiene una Mishná ahí también?

La Mishná Sanedrín era el credo escrito más antiguo de la ley judía de la Torá, algo que al hijo de un cantor le habrían leído desde sus primeras lecciones.

—En alguna parte —respondió el capitán, encogiéndose de hombros—. Puede ser.

—Capítulo cuatro, versículo cinco. No tengo una manera mejor de explicarlo.

—Capítulo cuatro, versículo cinco... Veré si puedo encontrar una entonces. ¿Algo más?

—No, señor.

Strauss lo saludó; Nathan le devolvió el saludo.

—De hecho, una última cosa... —dijo Blum, dándose media vuelta al llegar a la puerta—. Sí hay algo a lo que temo.

—Espero que no sea a los espacios reducidos —repuso el capitán—. Las cosas podrían llegar a ponerse «apretadas» una vez te dejemos allí.

—No. —Blum negó con la cabeza y sonrió—. A las alturas.

Cuando el teniente se marchó, Strauss se quedó sentado frente a su escritorio durante largo rato. Se sentía optimista. ¡La Operación Catfish estaba nuevamente en marcha! Levantó el teléfono para informar a Donovan —el jefe se alegraría mucho—, pero luego lo pensó mejor y dejó el auricular. Se puso de pie y revisó los estantes que Blum había mencionado. El libro estaba debajo de una pila. Ni siquiera sabía por qué lo tenía. Definitivamente no era por ningún sentimiento religioso que tuviese en esos días. En los últimos tres años, sólo había ido al templo en Yom Kipur. Tal vez para complacer a su padre, quien le había dado los libros sagrados a Strauss antes de que éste se marchase para cumplir con su deber; su padre estaba decepcionado porque su hijo, después de asistir a la Facultad de Derecho y al servicio militar, se hubiese alejado de la fe.

«Un día volverás —le había dicho—. Lo harás.»

La Mishná Sanedrín.

Strauss sacó el libro y se sentó, hojeando el ejemplar de cuero azul hasta que lo encontró: capítulo cuatro, versículo cinco.

Era la historia de Adán. Algún académico sin nombre, Strauss no tenía ni idea de quién se trataba, había escrito su comentario del texto, resaltado en rojo.

Después, mientras empezaba a leer el pasaje que Blum había mencionado, se permitió sonreír.

Sabía exactamente lo que seguía; era una de las primeras cosas que le habían hecho aprender en sus clases de religión. Pensó en Blum y en la familia que éste había dejado atrás. Todos estaban muertos ahora. Y él se

sentía responsable por ellos. Lo que hacía era algo valeroso. Pero no tan valeroso cuando lo has perdido todo. Todo excepto una cosa. Lo único que le quedaba. Y lo único que importaba.

—Prosperidad —murmuró Strauss para sí—. Para todos nosotros.

Luego leyó la siguiente página, aunque se la sabía de memoria:

Fue por esta razón que el hombre fue creado como una persona, para enseñaros que quienquiera que destruya una vida es considerado por las Sagradas Escrituras como alguien que ha destruido un mundo entero; quienquiera que salve una vida es considerado como alguien que ha salvado un mundo entero.

SEGUNDA PARTE

15

Abril

En el bloque treinta y seis, el barracón que compartía con otras doscientas cincuenta personas (dos en cada cama), las marcas que Alfred había hecho indicaban que llevaba ya tres meses en el campo. El gélido invierno polaco finalmente había dado paso a un deshielo tardío y lodoso.

El mismo día que llegó se habían llevado sus libros, sus papeles, todo. Probablemente habían terminado quemados como la basura normal y corriente que uno saca de la cocina. «Si tuviesen la más mínima idea...» A pesar de todo, sentía una leve satisfacción, ya que ése era un destino mucho mejor para su investigación que el que esos monstruos hubiesen logrado usar su trabajo para sus propios fines.

Según lo que había oído, incluso estando en Vittel, los alemanes estaban haciendo progresos en su búsqueda por crear un isótopo fisible. Sabía que estaban trabajando en ello en un laboratorio en Haigerloch, en el río Eyach, usando agua pesada de Noruega. Pero enriquecer el uranio era sólo el primer paso de un largo proceso. Después tenían que extraer el plutonio del uranio y luego separar el isótopo fisible, conocido como U-235, de su primo más pesado, el U-238, el cual Fermi, según había oído, había logrado aislar con éxito en su ciclotrón en Chicago. Y, para conseguir eso, existían diversos métodos que aún no habían sido probados. Se podía bombardear los isótopos con ondas electromagnéticas. Lawrence había demostrado que un átomo

eléctricamente cargado que viaja a través de un campo magnético se mueve en un círculo cuyo radio es determinado por su masa. Los átomos U-235, que eran más ligeros, seguirían un arco más estrecho que los U-238, que eran más pesados. Pero separar las cantidades necesarias podría llevar años.

Luego estaba el asunto de la difusión térmica, la circulación de hexafluoruro de uranio entre camisas de agua fría y vapor a alta presión.

Pero el mejor camino que se podía seguir, según la investigación de Alfred, era la difusión gaseosa, lo cual quería decir que podían separar los isótopos necesarios bombeando gas de uranio contra una barrera porosa; las moléculas más ligeras pasaban más rápido que las moléculas pesadas. La tasa de derrame de un gas es inversamente proporcional a la raíz cuadrada de su masa nuclear. Tarde o temprano, tendrían ese problema. Los alemanes, los estadounidenses y los británicos. Aunque había oído, después de su huida a Londres desde la parte ocupada de Dinamarca, que Bohr estaba en Estados Unidos, así que tal vez los Aliados habían combinado esfuerzos. Y sólo había dos hombres en el mundo que habían estado trabajando en ese tipo de investigación. El otro, Bergstrom, estaba con los nazis ahora, según sabía. Para Bergstrom, su trabajo era lo primero, sin importar quién lo patrocinara, y permanecer con vida. Alfred también había oído que los estadounidenses estaban haciendo avances.

En ese momento sabía, mientras anotaba algunas fórmulas con lo que quedaba de la escasa luz, que debería haberse marchado hacía mucho tiempo. Todos lo habían presionado para que lo hiciera. «Ve hasta Copenhague — había insistido Bohr—. Puedes trabajar conmigo. Será más seguro para Marte y para Lucy.» Pero Leópolis era su hogar; Marte tenía familia allí. Habían construido una vida. Había sido seguro durante dos años, protegido por los rusos bajo el pacto de no agresión. Pero, después de que los rusos huyeron, viajar por Europa se había vuelto imposible. Y, cierto día, unos hombres que llevaban camisas de color marrón y esvásticas, unos chicos en realidad, entraron de golpe en su despacho y le dijeron que ya no era profesor, sino sólo un judío bolchevique. Arrancaron sus libros de las estanterías, destruyeron sus papeles (gracias a Dios, siempre guardaba su trabajo verdaderamente importante en casa) y lo empujaron por la escalera. Todo

esto delante de la señora Zelworwicz, quien había trabajado con él en el laboratorio durante once años. Alfred podía considerarse afortunado. A muchos de sus colegas los arrastraron hasta la plaza principal y los mataron a tiros. En poco tiempo, habían obligado a todos los judíos a trasladarse al gueto. Había rumores por todos lados acerca de deportaciones masivas a los campos.

Dos meses después, un emisario de la embajada paraguaya en Varsovia logró encontrarlo y se reunió con él en un café en la calle Varianska para explicarle que «había un modo de salir».

Había considerado empezar de nuevo en Estados Unidos con Marte y Lucy. Tal vez buscar un puesto como profesor. En la Universidad de Chicago con Fermi, o en California con Bethe y Lawrence. Tal vez hasta con Bohr. Todos ellos ganadores del Premio Nobel. Desde luego, como científico, él nunca había estado a su altura en lo que respecta a la parte teórica. Pero, como investigador, su trabajo también tenía mucho valor. «Y mírame ahora...», pensó Alfred mientras contemplaba con melancolía el barracón. Había gente arrastrándose de vuelta a sus literas, como fantasmas exhaustos y sin alma. Los pocos que poseían algo que habían logrado intercambiar por cigarrillos los inhalaban ávidamente. Tan sólo en su servicio de trabajo habían muerto dos personas ese día. Uno había recibido un garrotazo en la cabeza y había caído muerto allí mismo; el otro, debido al cansancio, simplemente se había dado por vencido y le habían disparado.

Sí, en definitiva, había esperado demasiado.

Marte estaba muerta; en el fondo estaba seguro de eso, tanto como que aún podía evocar su hermosa imagen en su mente. Había enfermado en Vittel, y sólo había empeorado en el tren. Esos animales ni siquiera desperdiciaban sopa con los enfermos como ella. El único motivo por el que él había sido dirigido hacia la izquierda y le habían permitido vivir era que hablaba alemán tan bien como cualquier *volksherren*, lo cual era una cualidad muy valiosa allí.

Y Lucy..., su hermosa y dulce Lucy. Probablemente había fallecido también. Alfred había tardado en casarse y su hija había sido un tesoro inesperado para él, como descifrar la teoría atómica y el principio de los

orígenes al mismo tiempo. Poco tiempo antes, había oído a través de la esposa de un compañero de barracón que Lucy había contraído el tifus, lo cual era prácticamente el equivalente a una sentencia de muerte en ese lugar. El propio Alfred empezaba a sentir cómo sus fuerzas se iban desvaneciendo. «Y ¿por qué no?» ¿Qué propósito tenía mantenerse fuerte y con vida? Cada día, cientos desaparecían en la nada. Barracones enteros. Los guardias decían que sólo habían sido trasladados a otro campo de trabajo, Monowitz, el que quedaba cerca de allí. «Están bien allí», solían decirles. Pero todos sabían la verdad. El hedor que emanaba del edificio de tejado plano que se encontraba cerca de la entrada era bastante condenatorio, mientras que la oscura columna de humo que provenía del cercano Birkenau, ubicado justo al oeste, y que quedaba suspendida sobre el campo, era un recordatorio diario para ellos. *Himmelstrasse*. El «camino al cielo», se llamaba. Y todos ellos lo recorrerían tarde o temprano.

El «camino a la muerte» era un mejor nombre para él.

Uno o dos meses antes, Alfred había empezado a juntar partes de su trabajo anotándolas en cualquier resto de papel que encontrase. Recorría y repetía cientos de progresiones en su mente, diez años de investigación, empezando con las suposiciones básicas: la velocidad a la que los gases se difunden es inversamente proporcional a la raíz cuadrada de sus densidades, la ley de Graham; los múltiples métodos para separar el isótopo U-235 necesario de su primo mucho más abundante, el U-238. Todo esto anotado en el reverso de etiquetas de alimentos que robaba de la cocina o listas de nombres arrugadas y abandonadas en la nieve. Reescribiendo las progresiones interminables de fórmulas y ecuaciones. Había garabateado bocetos del isótopo mientras éste pasaba por sus múltiples fases radiactivas; su visión respecto al tipo de membranas por el cual tendrían que pasar; incluso sus propios pensamientos respecto a las posibilidades de activación del «artefacto» en sí, que era como lo habían llamado, en su estado más teórico: un dispositivo que supuestamente aprovecharía la enorme energía explosiva producida por las reacciones en cadena que se suscitaban al separar el isótopo. Había discutido esa posibilidad por primera vez con Szilárd en una conferencia en Manchester, en 1935. Reescribió gran parte de su propia

investigación temprana en su cabeza. Discursos que había ofrecido a la *Academic Scientifica*, clases que había impartido. Su trabajo con Otto Hahn y Lise Meitner en el instituto Kaiser Wilhelm en Berlín. Diez años de investigación, todo lo que pudiese recordar, almacenados en los rincones de su cerebro. Al menos eso lo mantenía cuerdo. Lo escribía todo y metía los papeles en una lata vacía de café que guardaba en el suelo debajo de su litera, y que ocultaba siempre que los guardias de las SS o su perverso *kapo* ucraniano, Vacek, entraban.

Seguramente todos los que se encontraban allí con él lo consideraban una imagen patética: el viejo profesor, murmurando solo dentro del mundo lejano de su cabeza, anotando sus interminables ecuaciones y pruebas. «Y ¿para qué?», decían entre risas. No eran más que tonterías que pronto morirían junto con él en ese lugar.

Pero no eran tonterías. Ni un solo número. Todo tenía un significado. Y había que salvarlo. La vida allí estaba en manos de un régimen inútil y sin sentido: sólo resiste cada día, duerme y luego empieza otra vez. Evita entablar contacto visual con los guardias y trata de sobrevivir. «*Schnellen!*» Más rápido, más rápido.

Pero el pensamiento tenía que continuar, ¿no es así? Ése era el principio de la existencia. Incluso si era solamente para declarar que su vida no carecía de importancia. O que aún había esperanza en medio de ese infierno, u orden en medio del caos. Así que cada tarde se tumbaba en su litera, con los pies doloridos e hinchados a causa de sus zuecos de madera mal ajustados, le daba la espalda a su compañero y escribía todo lo que pudiese recordar. Porque sabía que, en las manos indicadas, esas «tonterías» lo eran todo. Incluso pagarían un rescate por ellas. Sin embargo, cada día sentía cómo su propia voluntad se iba debilitando. A causa de su edad y su facilidad para los idiomas, le asignaban trabajos más sencillos. Pero no sabía cuánto tiempo podría sobrevivir. Sabía que un día se convertiría en uno más de tantos a los que no les quedaba más que ver un arma delante de ellos y rendirse.

—Profesor... —susurró Ostrow, un excontable de Eslovaquia y el recolector más hábil del lugar, arrodillándose junto a su litera e interrumpiendo su trabajo—. ¿Le apetecería un pequeño bocadillo para su

comida de mañana? Nuestro cocinero se ha arriesgado sobremanera para procurar esa rara exquisitez.

El eslovaco le mostró un trozo de queso crujiente envuelto en una servilleta mugrienta; probablemente lo había sustraído de un basurero alemán, y allí era tanpreciado como una lata de caviar.

—Dáselo a François o a Walter —dijo Alfred. Por la apariencia de ambos, su último día bien podría llegar en cualquier momento—. Además, no tengo nada para intercambiar.

—¿Nada para intercambiar? Sin duda bromea —repuso el recolector lo suficientemente fuerte como para que todos a su alrededor lo oyeran—. Dos de sus fórmulas y es todo suyo. Si me da una ecuación completa, le consigo un filete.

Algunos de sus vecinos rieron entre dientes.

— E es igual a mc al cuadrado —contestó Alfred—. ¿Qué te parece ésa? Y, por favor, el mío lo quiero al punto.

Hubo unas cuantas risas más. Era bueno reír en ese lugar, incluso si él era el objeto del chiste.

De pronto, se vieron interrumpidos por el estridente sonido de los silbatos. Un grupo de guardias entró de golpe, golpeando las paredes fuertemente con sus porras.

—¡Todo el mundo fuera! ¡Fuera, escoria! *Schnell!*

Cada corazón en la habitación se detuvo de repente. Cada vez que oían un silbido o cualquier otra cosa que fuese inesperada por parte de los alemanes, todos sentían el temor de que su hora había llegado y todo había terminado para ellos.

El *Hauptscharführer* Scharf entró en el bloque, acompañado por otros dos guardias y Vacek, su *kapo* sin alma, detrás de ellos. Scharf era uno de los guardias más brutales de las SS. Por su manera de actuar, daba la impresión de que la única recompensa por pasar la guerra en ese miserable campo era infligir tanto dolor y sufrimiento a los prisioneros como fuese posible. Alfred lo había visto ejecutar al menos a veinte o treinta con sus propias manos, por algo tan simple como dejar caer la pala después de diez horas de trabajos forzados con apenas una gota de agua, o por tropezar o caer cuando él gritaba

«*Schnell! Schnell!*». Vacek no era más que un delincuente de poca monta de Smolensk, quien, allí, se había convertido en una temida amenaza. Tenía un método eficiente y rápido para matar a los prisioneros a garrotazos: un golpe en la parte trasera de las piernas para que la persona cayera de rodillas y luego uno en la parte posterior de la cabeza para acabar con ellos. Alfred no podía creer que un judío, sin importar su calaña, fuese capaz de hacer eso a otro judío. Todos iban a morir allí tarde o temprano, incluso los *kapos*. ¿Qué suma de dinero podrían pagarles que fuese suficiente para prolongar el sufrimiento infligiendo más miseria en los demás?

—*Aussen! Aussen!* —exclamaron los alemanes, «fuera, fuera», golpeando sus porras contra las paredes y las literas de madera—. *Schnell!*

Alfred metió sus papeles rápidamente en el suelo debajo de su cama y colocó la tabla. Después, salió para formar.

—¡Más rápido, más rápido, gusanos infestados de piojos! —Los oficiales los golpeaban con sus porras en las costillas—. ¡Corred! Te hablo a ti, viejo. ¡Muévete!

A pesar de ser abril, el aire seguía siendo frío durante la noche; todos se miraron los unos a los otros con preocupación y se apiñaron para conservar el calor. Cualquier cambio en la rutina siempre era motivo de alarma. Esperaron las temidas órdenes de marchar. Todos sabían hacia dónde. De cualquier modo, sólo era cuestión de tiempo, y todos allí sabían que el suyo se agotaría en algún momento.

—¡Formad! —gritaron los guardias, golpeándolos con sus porras.

Todos se agruparon en una sola fila.

—¿Y bien? ¿Qué tal está ese filete? —Alfred se acercó para murmurar al oído de Ostrow, quien había quedado formado junto a él.

El muy ladino había despedazado el queso robado y lo había ocultado en trozos dentro de sus pantalones; los trozos habían caído por el espacio entre sus piernas y sus pantalones hasta el suelo, y él los había machacado en la tierra con sus zuecos.

—Un poco duro, profesor, para ser honesto —respondió con una sonrisa cómplice.

Después de unos cuantos minutos, se dieron cuenta de que ése no era el

fin, solamente una inspección. Aun así, si los guardias encontraban algo, también sería motivo de alarma. Desde fuera podían oír a los soldados destrozando sus catres, volcando sus endebles colchones infestados de pulgas y golpeando el suelo con sus porras, tratando de localizar posibles escondites.

—Tal vez el cocinero se haya ido de la lengua —murmuró Ostrow inclinándose hacia delante.

—No lo creo —respondió Alfred—. Dudo mucho que estén buscando comida.

Vacek los golpeó con su porra en la espalda.

—¡Silencio!

Minutos después se oyeron unos gritos que provenían del interior del bloque, acompañados de la voz agitada de Scharf. Todos sintieron un nudo en el estómago. El sargento salió sosteniendo una cuchilla de metal improvisada que los prisioneros habían hecho con la tapa de una lata de conserva, sólo para cortar las sobras de pan y queso robado que lograban obtener.

—¿Se puede saber de quién es esto? —preguntó el sargento mayor, alzando la cuchilla.

Su mirada acusadora recorrió la fila. Con esa mirada ardiente, la nariz chata y los labios gruesos, el bastardo hasta parecía un carnicero. Todos se quedaron helados. Nadie hizo el menor ruido. No era raro que castigasen a todo un bloque por el delito de un solo prisionero. Si había algo que nadie quería hacer era exasperar a Scharf cuando estaba ya de por sí enfurecido.

—¡Hablad! —les ordenó Vacek, el *kapo*, zigzagueando entre las filas. Se llevó una mano a la oreja—. ¿Se os ha comido la lengua el gato? ¿He oído algo? —Jugaba con ellos como niños, con lo que sólo conseguía que lo odiaran aún más. Se detuvo detrás de Ullie, un panadero de Varsovia y uno de los amigos de Alfred—. ¿Tienes algo que decir, panadero? —preguntó cerca de la oreja de Ullie.

Él cerró los ojos. La cuchilla era suya. Sabía que había llegado su fin.

—¿Nada? —Vacek cogió su porra y la encajó en las corvas de Ullie, haciendo que éste cayese de rodillas al suelo.

—Era sólo para la comida, *Herr Hauptscharführer* —suplicó, aceptando su culpabilidad. Sus ojos temblaban de terror—. Sólo para eso. Lo juro.

Alguien lo había delatado.

—¿Sólo para la comida, dices?... —Scharf asintió como si estuviese de acuerdo, pero todos sabían que eso sólo era una actuación—. Bueno, en ese caso está bien. ¿No es cierto, Vacek? Digo si era sólo para la comida... Aunque creo que un cuchillo va mejor para cortar comida. —Su tono era claramente de burla. Caminó alrededor de Ullie—. ¿No crees que un cuchillo va mejor, panadero?

—Sí, señor. Desde luego.

Era un chiste. Un chiste amargo. Lo único que les permitían tener eran cucharas para comer la escasa sopa, preparada con patatas podridas y, si tenían suerte, una fina rodaja de carne asquerosa en el fondo del tazón.

—¿No está de acuerdo conmigo, Herr Vacek?

—Sí, señor —asintió el ucraniano, sus ojos iluminándose con el deseo servil que sentía por complacer a sus despiadados jefes.

—Por favor, señor... —suplicó Ullie agachando la cabeza, pero ya sabía lo que le esperaba. Sus ojos buscaron inútilmente a sus pocos amigos, como si se despidiese por última vez.

—*Herr Hauptscharführer!* —exclamó otro guardia mientras salía corriendo del barracón con una gran lata en la mano, la cual, como sabía Alfred, contenía todos sus papeles. Sintió un hueco en el estómago.

Scharf sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa, sin molestarse siquiera en preguntar a quién pertenecían; se acercó a Alfred.

—Y ¿qué tenemos aquí, profesor? —El asesino de las SS lo fulminó con la mirada—. ¿Sigue con sus tontas fantasías? ¿Acaso no le enseñamos que debía abandonarlas? —Sacó un puñado de papeles, los arrugó y luego hizo una bola con ellos—. Para ser profesor, parece que no aprende usted muy bien. Herr Vacek, ¿tiene una cerilla?

—Claro —respondió el ucraniano, y se la entregó.

—Sólo son escritos, *Herr Hauptscharführer* —suplicó Alfred—. No significan nada para nadie aquí, excepto para mí.

—¡Quien fuiste no significa nada aquí! —gritó el sargento. Encendió la cerilla y le dirigió a Alfred una mirada y una fría sonrisa mientras los papeles comenzaban a arder. Los soltó y éstos cayeron al suelo; los bordes se

arrugaban y crepitaban—. ¿No lo entiendes? Olvida quién fuiste. Ahora no eres más que un trabajador. Un maldito número. Tu vida depende de mi voluntad. ¿Lo entiendes?

—Sí, *Herr Hauptscharführer*.

—No estoy muy seguro de que lo entiendas. Pero con gusto te lo recordaré. ¡Mira!

Sacó su Luger y la colocó en la parte posterior de la cabeza de Ullie.

—¿Creías que habíamos olvidado para qué habíamos venido, panadero? —Ullie agachó la cabeza; sabía lo que venía a continuación—. La próxima vez que alguien piense en esconder armas, ¡que recuerde esto! —Scharf apretó el gatillo. Ullie cerró los ojos y dejó escapar un gemido.

El arma no disparó.

Scharf maldijo y apretó el gatillo nuevamente. Nada otra vez.

—¡Mierda! —La oprimió contra la cabeza de Ullie y siguió intentándolo. Clic, clic, clic. El arma hacía el mismo sonido cada vez que trataba de disparar. Sus ojos estaban iluminados por la ira—. Cabo —le dijo a uno de los otros guardias—, deme su arma.

El *Rottenführer* se acercó a él, desabrochando la funda de su pistola. Entonces, alguien gritó el nombre de Scharf desde el cuarto del guardia principal.

El sargento mayor se dio la vuelta.

—Es el capitán Niehooltz —respondió el guardia—. Solicita su presencia en la caseta. De inmediato.

Los músculos del cuello de Scharf quedaron tensos y expuestos como un cable a punto de romperse. Con frustración, pateó al panadero en el costado, quien seguía de rodillas en el suelo.

—¿Para qué desperdiciar una puta bala contigo? Vuelve a la fila, saco de mierda. De todos modos, pronto te llegará la hora.

Se alejó echando chispas.

Vacek lo siguió, balanceando su porra y riendo burlonamente.

—¡La próxima vez, panadero! Acabaría contigo yo mismo, pero si existe un hombre que merece un aplazamiento, sin duda eres tú. —Se alejó también.

Temblando, Ullie se dio la vuelta en el suelo; su tez se veía tan blanca

como la luna. Se había cagado encima.

—De vuelta entre los vivos, camarada. —Uno a uno, los demás lo ayudaron a ponerse de pie.

Alfred se quedó observando los restos de su trabajo, que ahora no eran más que ceniza en la tierra. Se agachó, tal vez había uno o dos papeles que pudiera rescatar. Entonces, se detuvo.

¿Cuál sería su propósito ahora? Scharf debería haberle puesto fin a todo para ambos con un disparo en la cabeza en ese mismo momento. Todos los días construían hornos nuevos. La gente ya ni siquiera llegaba al campo; los enviaban en trenes directamente a Birkenau y desaparecían. Cien mil húngaros, según le habían dicho, solamente en la última semana. Todos ellos morirían allí.

Pobre Ullie. ¿Acaso habría sido el peor modo de marcharse? Un disparo en la cabeza. Se quedó observando los restos de su trabajo que ardían lentamente, con los bordes crepitando.

Diez años.

¿Qué propósito tenía seguir aplazándolo? Cómo deseaba que alguien se lo explicase.

16

En el campo, el trabajo nunca terminaba. Estaban extendiendo las vías del tren hasta la entrada de Birkenau, el campo vecino donde se llevaban a cabo las verdaderas matanzas. Doble turno, día y noche. A tan sólo tres kilómetros de allí había una planta química IG Farben en construcción. El colmo del asunto era que les ahorra a los nazis el coste de transporte de todos los gases letales.

Diariamente, los equipos de trabajo se formaban después de la primera comida del día. Obreros de la construcción, electricistas, pintores y cavadores con azadas y palas. Filas interminables que se alineaban y contaban incesantemente; se pasaba lista una y otra vez. Todos marchaban hacia una jornada laboral de doce horas como una procesión al ritmo de la música entusiasta que tocaba una orquesta. Y, nuevamente, al caer la noche; exhaustos y maltrechos, llevaban a los muertos en carretones, al ritmo de las mismas animadas melodías.

Aun así, también había períodos de inactividad. Antes de que terminaran de formarse para empezar con el trabajo; en los breves minutos después de pasar la lista o después de una comida. O durante el día, si acaso te ponían en uno de los turnos de noche. Y, si tenías la suerte de que te llevaran a la enfermería uno o dos días, era como tener vacaciones.

El trabajo más reciente de Alfred, debido a su edad, era limpiar el lodo de las bicicletas de los oficiales a diario. Pulía y pulía sin parar y raspaba el lodo de las llantas. La semana siguiente a la inspección de Scharf, mientras

reemplazaba una rueda pinchada, recibió instrucciones del *Obersturmführer* Meitner de escoltar a un prisionero a la enfermería. En su camino hacia allí, se topó con una pequeña multitud que observaba a dos prisioneros que jugaban al ajedrez.

Uno de ellos era un hombre de mediana edad con los ojos sombríos y una expresión seria conocido por ser el campeón del campo. El otro era un chico, no podía tener más de dieciséis años, o al menos eso parecía. Jugaban con piedras talladas para imitar más o menos la forma de las piezas, sobre un tablero improvisado con una tabla de cartón. Los alemanes les permitían hacer eso. Así como permitían, e incluso exigían, que la orquesta tocara mientras llegaban los trenes con nuevos reclusos y cuando los trabajadores marchaban para cumplir con su trabajo. La música proporcionaba un leve sentimiento de normalidad cotidiana y hasta algo de cultura al campo, en contraste con la muerte y la locura que reinaba en el lugar. Se decía que el nivel de los jugadores de ajedrez era alto, y, de vez en cuando, los guardias de las SS dejaban sus porras y sus armas para observar las partidas durante un rato. Se decía que hasta el propio doctor Mengele se interesaba en ellos de vez en cuando. Eran casi como los gladiadores de la antigua Roma; cuantas más partidas ganaras, más probabilidades tenías de seguir con vida.

Después de dejar a su paciente, Alfred se mezcló entre la multitud que observaba la partida. No había jugado mucho desde que había dejado la universidad, pero le intrigaba de todos modos. Reinaba un silencio absoluto. Los oficiales de las SS y los desfavorecidos prisioneros, quienes vivían temerosos de ellos en todo momento, de pie juntos y comentando con los de su mismo rango, totalmente absortos. Para cuando Alfred llegó, la partida de aquel día iba a la mitad del juego. Después de cada jugada, el jugador viejo se quitaba las gafas de montura metálica y amasaba su rostro pastoso, claramente nervioso. Por el contrario, su joven oponente tenía un aire relajado. Hasta un principiante podría haberse dado cuenta de que el chico llevaba ventaja. Incluso los alemanes murmuraban y asentían entre ellos admirados de la facilidad con la que el joven estaba venciendo al otro.

—¿Seguro que quieres continuar con esta partida? —preguntó el muchacho mientras se echaba hacia atrás y colocaba ambas manos detrás de

la cabeza.

—Esa clase de presunción ha sido la perdición de jugadores mucho mejores que tú —respondió su oponente con el ceño fruncido, rechazando la invitación a retirarse.

—Porque si muevo el alfil hacia donde está el caballo que protege a tu rey, eso pone a tu torre en un verdadero aprieto —le indicó el joven.

—No soy tonto —respondió el campeón.

—No me cabe la menor duda. Entonces, si muevo mi peón hacia el alfil que protege a tu dama, en caso de que decidieras salvar la torre..., probablemente también te darás cuenta de que... —Hasta Alfred se daba cuenta de que el siguiente movimiento del chico le daría el control absoluto del tablero. El resultado era inevitable.

El jugador viejo continuó amasando su carrillo unos momentos, tratando de aplazar su destino, y después asintió silenciosamente con un suspiro de derrota, abandonando así la partida.

—¡Tenemos un nuevo campeón! —aclamó la multitud.

—¡El joven Rey Wolciek! —dijo otro, coronándolo.

Hasta los alemanes hablaban entre sí, impresionados. Dos de ellos intercambiaban unos cuantos billetes que sin duda habían apostado. Después, el guardia que había perdido la apuesta se dirigió a la multitud:

—Se acabó la diversión, pedazos de mierda. Es todo, moved el trasero y volved al trabajo. ¿Me habéis oído? —Alzó su porra frente a algunos holgazanes; ya no estaba de buen humor—. ¡Ahora!

En ese momento, los alemanes podían volver al verdadero asunto que los ocupaba: matarlos a todos ellos.

Mientras la multitud se dispersaba, una atractiva mujer rubia que llevaba un vestido estampado y un cárdigan llamó la atención de Alfred. Parecía haber aplaudido con mucha efusividad al concluir la partida. También notó que los oficiales de las SS la saludaban y se dirigían a ella con educación. Cuando la multitud se dispersó por completo, volvió a entrar en la enfermería.

—Hermosa, ¿verdad? —le dijo el prisionero que estaba junto a Alfred, dándole un codazo amistoso. Era un francés que llevaba un triángulo rojo en

el uniforme, lo cual quería decir que era un prisionero político.

Alfred le respondió en francés:

—¿Quién es ella? ¿Una enfermera tal vez? No la había visto antes.

—No lo sé —respondió el otro encogiéndose de hombros—. Pero se nota que es una fanática del ajedrez. Ya la había visto observar las partidas con anterioridad. Inteligencia y belleza, qué buena combinación, ¿verdad?

—Sí, muy buena combinación —dijo Alfred. Sus pensamientos lo transportaron de inmediato al recuerdo de su hija, Lucy, y eso lo entristeció.

—Ese chico también es algo especial, ¿no? —siguió diciendo el francés mientras volvían al barracón—. Ha vencido a todos sus oponentes. Aparentemente, tiene memoria fotográfica. Asegura que puede recordar cada partida que ha jugado.

—¿Ah, sí?

—Una vez estuve con él en el barracón. No conocía a nadie allí, a excepción de una persona, un primo de Łódź o un lugar así. Alguien le propuso una prueba de memoria. Dijo que lo haría por cincuenta eslotis cada uno. Le preguntamos que de dónde iba a sacar dos mil eslotis si perdía, y el mocoso respondió engreídamente que eso no importaba, ya que no iba a perder. Así que todos accedimos. Le dijimos nuestros nombres y el de nuestras ciudades natales también, sólo para hacerlo más difícil. Estimo que éramos unas treinta personas allí. —El francés se detuvo frente a un barracón—. Éste es mi bloque. Veintidós.

—¿Y...? —le dijo Alfred, incitándolo a terminar la historia.

El francés se encogió de hombros.

—El chico recitó de memoria todos los nombres correctamente. Todos y cada uno. Alguien se molestó y los acusó a él y a su primo de haber montado todo ese circo, así que después, uno por uno, nos dijo el nombre de nuestra ciudad natal. Increíble, ¿verdad?

—Sí, pero he conocido a muchos hombres y mujeres jóvenes con mentes así. El secreto es darle a una habilidad parecida algún uso práctico.

—Y ¿qué es lo que haces tú, si me permites que te pregunte? —dijo el prisionero—. Enseñar, supongo...

—Por desgracia, en la actualidad, me dedico al negocio de los

transportes. —Alfred le mostró el neumático de bicicleta.

—Sí, todos hemos encontrado nuevas ocupaciones aquí, ¿no es cierto? —dijo el francés entre risas—. Yo era el alcalde de mi pueblo.

—Y ¿cuál es su nombre? —preguntó Alfred mientras se quitaba las gafas y se limpiaba el sudor del sol de la tarde de la frente.

—Wolciek, me parece —respondió el francés antes de entrar en su barracón—. Leo. Ve a verlo si todo va bien.

Ambos sabían exactamente lo que quería decir «si todo va bien».

—Sólo ten cuidado con tu dinero, podría costarte cincuenta eslotis.

17

Una semana después, Alfred se topó de nuevo con el chico jugando, esta vez contra un oponente de nombre Markov, un estonio que, según decían, había sido el campeón de su nación. Leo utilizó la defensa india de rey y, para deleite de la multitud, derrotó al hombre con mucha más experiencia en sólo veinte jugadas.

Incluso Markov aplaudió sus habilidades.

Alfred también se percató de la presencia de la atractiva mujer rubia otra vez, apoyada en la barandilla de la escalera de la enfermería, sumamente interesada en el juego. Pero, tan pronto como terminó, regresó a la enfermería, acompañada por las educadas reverencias de los guardias alemanes. Debía de ser una enfermera. O tal vez una nueva doctora.

Al dispersarse la multitud, Alfred se acercó al ganador, cuyos bolsillos estaban repletos de bocadillos y cigarrillos bien ganados.

—¿Puedo hablar un momento con usted, *pan*[2] Wolciek?

—¿Conmigo? ¿Lo conozco, señor? —le preguntó el chico. Era normal sospechar de los demás en ese lugar. Todos, incluso aquellos con uniformes de rayas, podían querer obtener algo de alguien que, creían, podría protegerlos un poco más, o incluso podían resultar ser espías.

—Bueno, cuando estaba en las universidades de Gotina y Leópolis, me llamaban *Herr Doktor* Mendl —se presentó Alfred—. Pero, aquí, supongo que Alfred a secas está bien.

—Y yo era simplemente Leo en Łódź —dijo el chico sonriendo—. Pero

aquí me he convertido en el Rey Leo.

—Bueno, es un placer conocerte por cualquier nombre, joven amigo. — Tenía un rostro fresco, el cabello rubio claro y unos brillantes ojos azules—. Dicen por ahí que tienes una memoria excepcional. Sin duda sabes mucho sobre ajedrez, por lo que he visto.

—Si con eso logro sobrevivir aquí un día más, me doy por bien servido... Cuando vivía en Łódź, era el campeón juvenil, antes de que nos forzaran a mudarnos al gueto, después la mayor parte de la competencia desapareció. El ajedrez ya no parecía tan importante. Y ¿qué hay de usted, profesor? ¿Usted juega?

—No desde que estaba en la universidad —admitió Alfred—. Y, como puedes ver, ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Bueno, aquí todos tenemos básicamente la misma edad —dijo Leo, sonriendo filosóficamente—, ya que nadie sabe si un día cualquiera podría ser el último. En fin, ha sido un placer conocerlo, *Herr Doktor*, pero, si no le importa, me temo que tengo que...

—¿Eres tan bueno en matemáticas y ciencias como lo eres en este juego? —Alfred le hizo frente—. Nosotros solíamos decir que el cerebro sin aplicación es como la belleza sin bondad. Es un desperdicio.

El chico se encogió de hombros.

—Me temo que la mayor parte de mi formación académica se hizo a un lado cuando nos obligaron a mudarnos al gueto. Aunque —sonrió arteramente— imagino que podría hacerle una rápida demostración, si tiene curiosidad.

—Sería un honor.

El chico tenía unos rasgos suaves, cabello rubio donde aún no se lo habían cortado, un rostro estrecho con los ojos despiertos y claramente un ingenio tan agudo como su habilidad para jugar al ajedrez, con cierta arrogancia para equiparlo.

—¿Podría proporcionarme su fecha de nacimiento, *Herr Professor*?

—Como ya he dicho, soy un hombre viejo. Tal vez demasiado viejo para seguirte el juego. Pero, si quieres saberlo, es el 7 de octubre. Catorce años antes del cambio de siglo.

—Es decir, 1886, ¿no es cierto? —respondió Leo rápidamente. —Hizo un gesto con el brazo y se inclinó—. ¿Lo ve?

—Vaya, eso sí que es sorprendente —elogió Alfred burlonamente.

—Oh, ¿esperaba más, entonces? Muy bien... Así que el 7 de octubre de 1886. Eso es lo que ha dicho, ¿correcto?

—Desgraciadamente —respondió Alfred.

—Bien, déjeme ver... —El chico cerró los ojos, se llevó dos dedos a la frente y movió los labios silenciosamente, como si estuviese calculando. Luego, abrió los ojos de nuevo y dijo—: Felicidades, profesor, debe de ser usted un hombre muy especial al haber nacido durante el *sabbat*.

Los ojos de Alfred se abrieron como platos.

—También puedo calcular que sólo uno de cada siete puede afirmar lo mismo —dijo Leo, sonriendo burlonamente.

—El primer truco ha sido bastante bueno —convino Alfred, innegablemente impresionado.

¡El chico estaba en lo cierto! La madre de Alfred siempre bromeaba diciendo que era extraño que hubiese decidido ser científico y no rabino, ya que había nacido prácticamente en la sinagoga. El hecho de que el muchacho hubiese recorrido en su mente tantos años e iteraciones, a lo largo de cinco décadas, e incluso hubiese tenido en cuenta los años bisiestos...

—Es realmente impresionante. Si no te importa que te lo pregunte, ¿cómo lo has hecho? Y sin lápiz y papel... Y tan rápido...

—Ideé una fórmula, una que involucra propiedades numéricas para cada día de la semana, así como para cada siglo. Cada año, las fechas 4/4, 6/6, 8/8, 10/10 y 12/12 tienden a caer en el mismo día. Después hay que considerar los años bisiestos, desde luego. En su caso, catorce de ellos. Así que puedo calcular cualquier día en mi cabeza. ¿Qué le parece esa «aplicación», profesor? —preguntó Leo, regodeándose un poco.

—Diría que es bastante buena —asintió Alfred a regañadientes—, si aspiras a ser un calendario.

—Y ¿a qué aspira usted? En el tiempo que le queda aquí.

—¿Qué te parece si intentas esto? —Había un ejercicio que Alfred asignaba solamente a sus mejores estudiantes, una forma de calcular números

primos—. Te diré un número. Memorízalo.

Leo se lo quedó mirando y se encogió de hombros, aparentemente listo para el desafío.

—No creo que sea un problema.

—Es largo: 9.007.199.254.740.991. Ahora, repítemelo.

—¿Eso es todo? —Leo se encogió de hombros y le repitió los números a Alfred rápidamente y en orden—. ¿Qué misterio tiene eso?

—Ahora dime el mismo número expresado como una potencia de dos —le indicó Alfred.

—Humm..., como potencia de dos... —Leo arrugó los labios mientras pensaba—. Eso no es fácil. —Inhaló profundamente, dando a entender que aceptaba el desafío; frunció el ceño y entornó los ojos. Se llevó una mano a la barbilla—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Un chico como tú... —sonrió Alfred—. No lo sé, dos o tres minutos... ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Dos o tres minutos estará bien... —Leo empezó, parecía que hacía muchos cálculos abstractos, murmuraba números para sí, movía su dedo índice de atrás hacia delante, como un metrónomo. Pasó el tiempo—. Potencia de dos, ha dicho —repitió nuevamente; parecía algo frustrado. Al final, observó a Alfred, sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. Ya le he dicho que mi formación académica se vio interrumpida por la guerra. No es que no pueda descifrar lo que me pregunta, es sólo que... tal vez necesitaría papel y un poco más de tiempo. Aunque estoy bastante seguro de que puedo.

—Yo también estoy bastante seguro —convino Alfred, dándole una palmada en el hombro—. No importa, no es tan fácil. —Los guardias ya habían empezado a ordenarles a todos que volvieran al trabajo—. ¿Podríamos hablar otro día? Hay algunas cosas que me gustaría discutir contigo.

—¿Necesita que le enseñe un poco de ajedrez, profesor? Dice que no ha jugado en años. Quizá nos lleve algo de tiempo.

—Tal vez soy yo el que quiera enseñarte algo a ti —repuso Alfred.

—Y ¿eso sería...?

—Física electromagnética.

—Física electromagnética... —Leo puso los ojos en blanco—. Oh, vaya, eso sí que es útil, profesor. Eso y una nota personal del *Reichsführer* Himmler podría ayudarnos a permanecer otro día con vida.

—No seas tan petulante. Sus aplicaciones son vitales. Entonces ¿hablamos otro día? ¿Qué te parece mañana? —insistió Alfred.

Se daba cuenta de que los guardias habían perdido ya su buen humor. Habían sacado las porras y comenzaban a empujarlos a todos para que avanzaran.

—Me temo que el ajedrez consume la mayor parte de mi tiempo libre aquí —dijo Leo mientras se encogía de hombros, como disculpándose. Empezó a retroceder—. Pero me ha gustado hablar con usted, profesor. Oh, y sólo para aclarar... respecto a ese asunto... —Alzó el dedo índice como si acabase de tener una idea—. Me parece que la respuesta que busca es dos elevado a la quincuagésima tercera potencia. ¿Es correcto?

—¿Disculpa? —murmuró Alfred. Lo había pillado por sorpresa.

—Su número, profesor. Es dos elevado a la quincuagésima tercera potencia, ¿no es así? —dijo Leo sonriendo con falsa modestia—. Eso era lo que usted quería saber, ¿no?

A Alfred estuvo a punto de caérsele la mandíbula al suelo, como si tuviese una pesa atada a ella. Solamente le había dado un par de minutos al chico... Incluso sus estudiantes más avanzados habrían necesitado al menos una hora y un cuaderno entero para calcularlo.

—Sí, es correcto. —Su boca estaba tan seca como el algodón—. Bueno, casi. Es...

—¡Claro, tiene razón! —interrumpió Leo—. Qué tonto soy. En realidad, es dos elevado a la quincuagésima tercera potencia *menos uno* —se corrigió con el brillo de la victoria en la mirada.

Alfred parpadeó.

—Sí, menos uno. —Se aclaró la garganta y asintió; podía sentir cómo su rostro había palidecido.

—En respuesta a su otra pregunta, sí, hablemos de nuevo, profesor, con mucho gusto.

Leo retrocedió y se despidió de él con un gesto y una amplia sonrisa en el

rostro.

Alfred se quedó allí de pie, impactado y boquiabierto. Después, esbozó una leve sonrisa.

—Y ¿cuál es tu fecha de nacimiento? —le gritó al chico—. Si no te importa.

—¿La mía? —dijo Leo—. Pues es el 22 de enero, *Herr Professor*. Y, para ser claros, veintiocho años después del cambio de siglo.

—Sí, después, por supuesto... —Alfred lo siguió mientras el chico se mezclaba entre la multitud.

A lo largo de los años, se había topado con muchos jóvenes que poseían mentes extraordinarias. Algunos habían llegado a tener carreras brillantes. Otros simplemente se habían desvanecido al entrar en una profesión de leyes, negocios o servicio civil. Pero éste... Sí, el francés tenía razón. Asombroso. No había otra palabra para describirlo.

Y tenía tan sólo dieciséis años.

18

Unos pocos días después, un cabo de nombre Langer entró en el bloque de Leo mientras él descansaba de su turno de doce horas de trabajo. A pesar de su juventud, Leo había sido asignado al equipo de transporte rodado porque, en su primera noche, después de bajar del tren, había dicho que su primo era mecánico en Łódź, lo cual era cierto. Así que le asignaron esa tarea y él tuvo que aprender tan rápido como pudo.

—Prisionero Wolciek —dijo Langer deteniéndose frente a su catre.

—*Rottenführer!* —Leo saltó de la cama y su corazón casi saltó de su pecho también.

—Ponte tu gorra, tienes que acompañarme.

—¿Acompañarlo adónde, *Rottenführer*, señor...? —preguntó Leo, tratando de ahogar el sentimiento de preocupación que subía por su garganta. Nunca era buena señal que te llamaran por tu nombre, y nunca parecía tener un resultado positivo.

—Sólo levanta el trasero de la cama, pedazo de mierda, y no preguntes. —El cabo golpeó las tablas de la litera con su porra—. Ven conmigo. *Schnell!*

A pesar de los temblores que sacudían los intestinos de Leo, se puso los zuecos y cogió su gorra sin demora, esforzándose por no demostrarlo. ¿Había hecho algo? ¿Habría llegado ya su fin? Tal vez no les gustaba la manera en que había presumido de su habilidad para el ajedrez, o los juegos de memoria que hacía, lo que podía interpretarse como elevarse por encima de los otros

prisioneros, algo que iba totalmente en contra de lo que los nazis trataban de meterles en la cabeza a todos en el campo: que no eran nada. Sus compañeros de barracón lo observaron con la cabeza gacha, aunque con expresiones de compasión, mientras Leo se dirigía a la puerta. Al mismo tiempo, todos suspiraron de alivio porque el *Rottenführer* no hubiera venido por ellos.

—Entonces ¿adónde vamos, señor? —preguntó Leo una vez fuera, con mayor preocupación.

Langer era un cerdo despiadado que nunca parecía dudar un instante antes de aporrear a un inocente prisionero hasta hacerlo perder el conocimiento. Justo el día anterior, Leo había presenciado cómo Langer había cogido una pala y había arrojado a un tambaleante prisionero a una zanja. Luego, había orinado sobre el cuerpo mientras se reía y les contaba a los otros guardias una historia que acababa de oír respecto a uno de los cocineros, como si el hombre muerto no hubiera estado respirando tan sólo tres segundos antes.

—Tú sólo camina —dijo el guardia de las SS, empujando a Leo con su porra en dirección a la verja de entrada.

El corazón del muchacho empezó a martillar fuertemente contra su pecho. ¿Adónde lo conducía Langer? Siguieron avanzando hasta dejar atrás la fila de bloques. Y, más allá de eso, no había nada bueno. Sólo la pared negra contra la cual arrojaban a los prisioneros y les disparaban. O el crematorio de tejado plano de donde emanaba perpetuamente el olor a muerte y la columna de humo gris. Tal vez le darían un trabajo allí, se dijo. Lanzar cuerpos sin vida y desfigurados a los hornos o limpiar las cenizas que quedaban, entre cráneos y huesos. Había oído que ésa era la clase de horrores que sucedían allí. Y, de esos trabajos, los prisioneros incluso tenían que vivir allí.

O tal vez en realidad hubiera llegado su hora. Su propio y privado *Himmelstrasse*. Si ése era el caso, lo enfrentaría con valor, se dijo mientras se espabilaba. Era de esperar que sucediera pronto. Sólo desearía no haber estudiado tanto para su próxima partida.

Mientras caminaba, las sinuosas vueltas del largo viaje que lo había llevado hasta allí volvieron a su mente. Su padre había tenido alguna vez un despacho de abogados pequeño pero exitoso en Łódź, y se llenaba de orgullo

al acompañar a su joven prodigio a torneos de ajedrez. En una ocasión, Leo incluso había participado en una competición en Varsovia. Pero su padre había muerto cuando él tenía apenas once años, atropellado por un tranvía. Leo, su hermana menor y su madre se mudaron con el hermano de ella. Cuando llegaron los nazis y la situación se puso fea, los obligaron a trasladarse al gueto. La prometedora carrera de Leo en el ajedrez llegó a su fin. Un amigo de su tío se ofreció a llevárselo a él y a otros dos niños al sur, por Eslovaquia y Hungría, donde los gobiernos pronazis aún no habían entregado a sus judíos. Todos estuvieron de acuerdo en que estaría más seguro allí. Se marcharon en un gran camión de transporte, lleno de piezas industriales y válvulas, y todo parecía estar saliendo de acuerdo con el plan hasta que se detuvieron en un puesto de fruta a sólo treinta kilómetros de la frontera eslovaca. Aparentemente, no había moros en la costa, así que Leo salió del camión y corrió, unos treinta metros aproximadamente, para comprar dátiles y ciruelas con el poco dinero que tenía. En ese mismo momento, un camión militar alemán pasaba casualmente por allí. Al darse cuenta de lo que ocurría, el dueño del puesto agarró al chico del brazo. «Rápido, hijo, por aquí», dijo mientras ocultaba a Leo detrás del puesto. Los alemanes inspeccionaron el camión y encontraron ocultos en la parte trasera a los otros dos jóvenes pasajeros, quienes claramente eran judíos. A pesar de las súplicas del amigo de su tío, los llevaron hasta el campo (Leo pudo ver lo que ocurría asomado detrás de una pila de cajas) y los ametrallaron a todos, incluidos los niños. Luego, los alemanes se acercaron al puesto y mordisquearon melocotones e higos al tiempo que le decían al dueño del puesto lo deliciosos que estaban, mientras Leo seguía agachado y con el corazón latiendo a mil por hora a unos pocos metros de distancia.

Cuando los alemanes se marcharon, el dueño del puesto le dio al chico algo de fruta y una chaqueta y, durante las siguientes dos semanas, vivió en los campos mientras seguía avanzando hacia el sur. Cierta mañana, al despertar, se encontró con dos policías locales vestidos de negro de pie junto a él. Lo llevaron a una habitación en un control fronterizo y luego lo enviaron en un camión a un campo rodeado por una alambrada llamado Majdanek, cerca de Lublin. Hacía mucho frío allí, y las condiciones eran duras y

desalentadoras. Los guardias lo trataban con una brutalidad que Leo jamás habría imaginado posible entre seres humanos. Por un capricho del destino, resultó que un primo lejano estaba en la misma litera que él, y le enseñó a Leo cómo sobrevivir: trabajar duro, no llamar la atención y no entablar contacto visual. Hacerlo todo a paso veloz. Leo se debilitó y adelgazó tanto que optaron por meterle periódicos en las mejillas para inflarlas y que pareciera más saludable y capaz de trabajar, para evitar que los guardias lo seleccionaran. Empezó a jugar al ajedrez de nuevo. Ocho meses antes, los ocupantes de su barracón fueron unos de los muchos que fueron metidos a la fuerza en un tren sellado y transferidos a Auschwitz. Arrearon a los prisioneros para bajar del tren y los hicieron disponer en una larga fila. Informaron de que necesitaban cien trabajadores capaces. El primo de Leo lo empujó hacia delante y le murmuró que debían ofrecerse como voluntarios, a pesar de que Leo se veía muy escuálido y tenía apenas quince años. «Quédate conmigo —murmuró su primo—. Hagas lo que hagas, debes colocarte en esa fila.» Pero los empujones de la gente que trataba de formar los separaron. Un oficial de las SS estaba contando a los voluntarios, uno por uno. Leo fue el número noventa y ocho. Su primo estaba tres sitios por detrás de él. Aquellos que no entraban en el recuento eran arreados del otro lado; les decían que los despiojarían y se ducharían. Murieron todos, según oyó Leo apenas una hora después, incluido su primo. De los miles que había en su transporte, los cien que conformaban el grupo de trabajo de Leo fueron los únicos que sobrevivieron.

Y ahora, mientras se acercaban a la pared negra, Leo pensó que tal vez su viaje privilegiado había llegado a su fin. Recordó la mirada de su primo, calmada pero consciente de que ésa era la despedida, mientras Leo avanzaba con la fila de voluntarios y él se quedaba atrás. Había entrenado bien al chico.

—Aquí.

Para su sorpresa, Langer lo dirigió hasta las duchas de desinfección donde lo habían lavado al llegar al campo. Estaban vacías. Por un momento, el corazón de Leo dio un brinco. El guardia lo empujó debajo de una alcachofa y abrió el grifo.

—*Wasch dich* —le gritó, señalando una pastilla de jabón—. *Mach dich*

sauber. —«Frótate y lávate bien.»

Leo se colocó bajo la alcachofa de ducha sin entender lo que ocurría. Pero, en realidad, se sentía bien bajo el agua helada mientras se quitaba la mugre. Mientras él se duchaba, Langer se quedó de pie a menos de unos tres metros y encendió un cigarrillo. Cuando Leo terminó y se vistió de nuevo, el alemán lo empujó de vuelta hacia fuera con su porra.

—Vamos.

Para su sorpresa, siguieron avanzando más allá de la verja de entrada. Langer intercambió algunos chistes burlones con un par de soldados que estaban montando guardia, como si escoltar a ese prisionero flacucho fuese una importante responsabilidad para el *Rottenführer*. Leo se percató de que eso le molestaba.

—¿Adónde vamos, *Rottenführer*? —preguntó nuevamente. Nunca había estado allí fuera, del otro lado del campo, desde su llegada un año antes.

—No preguntes —exclamó el cabo de las SS, habiendo perdido toda la paciencia que le quedaba—. Gira a la izquierda aquí. Y avanza.

Leo estaba seguro de que ese bastardo despiadado sólo lo había obligado a lavarse para llevarlo a un campo más allá, dispararle y arrojarlo a una zanja. Y luego orinarse encima de él, como le había visto hacer antes.

«Así que todo termina de este modo.»

Pero siguieron avanzando, más allá de la zanja, y llegaron a un camino que Leo nunca había visto. Había una fila de tres casas de ladrillo. Se detuvieron frente a la segunda, que tenía gabletes, un tejado rojo, escalones de piedra y una cesta con flores que colgaba en el porche delantero.

—Espera aquí —le dijo el *Rottenführer*.

—¿Dónde estamos? —preguntó Leo.

—Sólo espábilate, judío. —El nazi lo golpeó con su porra en las piernas, lo que lo hizo contraerse de dolor—. Ningún prisionero ha puesto un pie aquí jamás. Es la casa del *Lagerkommandant* Ackermann.

«Ackermann.» Un escalofrío recorrió la columna de Leo. El comandante a cargo de todo el campo. ¿Qué podía haber hecho para que lo llevaran allí? Tal vez querían convertirlo en un informante, conjeturó. Si ésa era su intención, él se negaría. Incluso si eso le costaba la vida. No había clase de

prisionero más denigrante y despreciado por los demás que aquellos que informaban de todo a los nazis. O tal vez lo querían para alguno de sus viles experimentos. Leo observó la fila de casas; había setos y árboles frutales trasplantados, como una bucólica postal de normalidad en medio de ese infierno, más allá de la alambrada. Al final de la hilera había una casa que era incluso más grande que las demás. Ésa debía de ser la residencia del *Kommandant* Höss. O tal vez del temido Mengele en persona, cuya sola aparición engendraba miedo en los corazones de todos los presentes. Allí era donde esos cabrones escuchaban a su amado Mozart por las noches y cantaban sus amadas canciones para beber, mientras fingían que los horrores cometidos durante el día no habían sido más que un sueño.

Sí, eso era lo que iban a hacer con él, experimentos...

Langer subió los escalones y llamó a la puerta. Unos segundos después, ésta se abrió y él habló brevemente con alguien que estaba dentro.

—¡Ven aquí! ¡Ahora! —le dijo a Leo.

Leo subió.

—Vamos. —El cabo lo empujó hacia la puerta—. Adentro.

Leo entró con cautela. Su corazón latía a toda velocidad, como si se hubiese acelerado cinco veces más de su ritmo normal a causa de alguna droga que le habían inyectado. En el interior de la casa había una puerta abierta que revelaba un pequeño vestíbulo, decorado con flores y retratos, que a su vez llevaba a una sala decorada con muy buen gusto. Un sofá estampado. Mesitas de madera con fotografías en cada una. Un armario de madera pulida. Candelabros con velas estriadas en las paredes.

Incluso había un piano.

Para Leo, todo en ese lugar daba la impresión de normalidad. Le recordaba a la casa de su tío en Moravia, no a la casa de un hombre que había supervisado la muerte de miles de inocentes.

En el campo, Leo había visto a Ackermann varias veces, con un aire oscuro, apuesto e inexpresivo, observando cómo pasaban lista o recorriendo el campo con invitados, charlando y gesticulando con toda normalidad mientras pasaban frente a prisioneros a los que golpeaban como alimañas como si fuese la cosa más normal del mundo.

Otro guardia se le acercó. Éste era más joven, sin gorra, el cabello oscuro, los ojos color gris acero.

—Adentro. ¡Ahí! —Empujó a Leo hacia la sala—. Quítate la gorra, judío. No toques nada. —Señaló una mesa cerca de las ventanas, ocultas del sol por cortinas estampadas.

En la mesa había un tablero de ajedrez con las piezas en su sitio, listo para jugar.

Frente a él, había dos sillas.

19

Unos pasos emanaron desde el interior de la casa, bajando la escalera. El corazón de Leo se aceleró. «Ackermann.» Oyó voces, el guardia joven que se encontraba en el pasillo se puso en posición de firmes y anunció que el prisionero estaba allí.

—Gracias, cabo —contestó una voz.

Pero no era la voz del *Lagerkommandant* la que oyó, ni tampoco fue él quien entró en la habitación.

Era la mujer rubia y guapa que había visto en el campo observando algunas de sus partidas. Lucía un vestido estampado de color azul, con un suéter blanco encima de él, y su cabello estaba recogido con recato, tal como su madre solía llevarlo.

Leo había pensado que se trataba simplemente de una ayudante de la enfermería.

En vez de eso, había resultado ser la esposa del *Lagerkommandant*.

—Entonces ¿usted es el famoso Leo? —lo saludó ella en alemán. Esbozó una sonrisa; había un deje de amabilidad en ella, aunque conservaba cierta distancia, no precisamente cálida.

Leo se quedó de pie sosteniendo su gorra, con la boca tan seca como el papel de lija.

—Así es, señora. Aunque no tan famoso, creo.

—Soy Frau Ackermann —dijo ella. Dio dos pasos hacia él, pero, desde luego, sin intención alguna de tenderle la mano. El guardia joven los

observaba desde la puerta—. Mi esposo es...

—Sé quién es su esposo, señora —terció Leo respetuosamente.

—Sí, claro. Esperaba... Puede relajarse. De hecho, acérquese aquí, por favor. —Hizo un gesto en dirección al tablero de ajedrez.

Él obedeció. Era difícil ignorar las finas piezas talladas a mano que tenía frente a él.

—¿Puedo...? —Leo preguntó si podía inspeccionarlas.

—Desde luego —asintió ella—. Adelante.

Estaban hechas de alabastro, y tan bien pulidas y lisas como cualquiera que Leo hubiera visto. Los detalles eran exquisitos. El rey sostenía un cetro imperial con una cimera, y la reina estaba envuelta en una túnica larga y vaporosa. Las torres tenían la clase de torrecillas finamente talladas que sólo había visto en los libros de historia. Cogió una, luego lo pensó mejor y la dejó en su lugar.

—Son muy bonitas.

—Era de mi padre —dijo ella—. Le gustaba jugar después de la cena. Con sus puros. De hecho, era muy bueno. Podía derrotar a casi cualquier oponente. Por favor, quiero que se siente.

—¿Sentarme?... —Leo la miró, sin entender del todo. Se notaba que ella se sentía tan incómoda e insegura como él. Un prisionero. Un judío, ni más ni menos, en la casa del *Lagerkommandant*. «Ningún prisionero ha puesto un pie aquí jamás», había dicho Langer—. ¿Yo, señora?

—Es el campeón del campo, ¿no es así?

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Sí, supongo que sí.

—Entonces sí, siéntese. Durante muchos años, después de que mis hermanos se marcharon de casa, mi padre sólo podía jugar conmigo. —Ella señaló la silla—. Lo he hecho venir aquí para jugar.

—¿Jugar...? —Leo la miró; no estaba seguro de cómo debía responder—. Señora.

—Sí. ¿Acaso no tenemos aquí este tablero para eso, Herr Wolciek? Para que juegue contra mí.

Leo se sentó. Probablemente eso era lo mejor que podía hacer, ya que de

pronto sentía las piernas entumecidas y sin vida, a punto de darse por vencidas. Su corazón martilleaba en su pecho. Jugar... con ella. La esposa del *Lagerkommandant*. En su casa. ¿Cómo podría contarle eso a alguien?

¿Quién lo habría imaginado?

—¿Podría...? —preguntó ella, refiriéndose a si podía jugar con las piezas blancas. Le esbozó una diminuta sonrisa—. Después de todo, usted es el campeón del campo. He estado observándolo.

—Sí, señora. La he visto ahí, pero... Desde luego, blancas. —Leo estiró la mano y se acercó a la mesa.

Frau Ackermann se acomodó el vestido y ocupó su lugar en la silla frente a él.

—Bien... —dijo mirándolo a los ojos.

A Leo le daba vueltas la cabeza.

—Bien...

Ella hizo el primer movimiento. Peón cuatro dama. Caballo tres alfil rey. Leo reconoció la jugada de inmediato; era la defensa india de rey. Un inicio emocionante. No había muchos jugadores en esos días que empezaran así. Le vino a la mente una famosa partida entre el gran Capablanca y un inglés de nombre Yates y trató de recordar, en medio de su aturdimiento, cómo se había desarrollado. Estaba nervioso, petrificado por el temor de hacer un movimiento equivocado. Ella jugaba de manera rápida y confiada. El corazón de Leo latía con fuerza. Tenía que estar muy concentrado sólo para seguirle el ritmo.

El guardia joven estaba de pie en la puerta y los observaba sin moverse.

—Muy bien —dijo ella, complacida de ver cómo Leo neutralizaba su avance—. Mi padre solía decir que, cuando alguien sabía cómo contrarrestar la defensa india de rey, no tendría dificultad para aventajar a la mayoría de las personas en la vida. ¿Está de acuerdo, Herr Wolciek?

—No lo sé, señora.

—Sí, imagino que está demasiado nervioso para estar de acuerdo con cualquier cosa. Por favor, relájese. Sólo es ajedrez. Sólo nosotros dos. Bueno, nosotros tres. —Dirigió una mirada al joven guardia y esbozó una levísima sonrisa.

—Sí, señora. —Leo sentía demasiado miedo para decir nada más.

Una sirvienta entró en la habitación.

—¿Café? —preguntó Frau Ackermann—. ¿Tal vez pastel? ¿O algo de fruta?

«¿Café? ¿Fruta? ¿Un pastel?» Leo estaba seguro de que ella podía ver cómo tragaba saliva. En ese lugar, éstos eran considerados manjares, solamente disponibles en la imaginación de algún masoquista. O, en determinados casos, cosas que sólo podían conseguirse pagando el mayor soborno imaginable. Y de todos modos serían sobras robadas de los cubos de basura de la cocina. Lo que los alemanes hubiesen dejado.

Leo se relamió, pero negó con la cabeza. Estaba demasiado inquieto para hablar siquiera. Se limitó a mover su pieza. Alfil cuatro dama.

—Tal vez más tarde, Hedda —le dijo Frau Ackermann a la sirvienta—. Puedes dejar la cesta.

—Sí, Frau Ackermann —respondió la criada, y se marchó. Se la veía tan nerviosa como a Leo.

Siguieron con la partida. Leo pudo observar cómo la mujer pensaba cada movimiento, llevándose un dedo a los labios, y luego respondía rápidamente. Sin duda, su padre le había enseñado bien. Se había percatado de varias de las estrategias de Leo, diseñadas para atraerla hacia un resultado desfavorable. Y, siempre que se percataba de sus intenciones, lo miraba a los ojos con una leve sonrisa de satisfacción.

—Me alegra haber llegado tan lejos con un jugador de su calibre.

Dama cinco alfil rey. Leo se aclaró la garganta y apenas pudo arrancar la palabra del fondo de su garganta.

—Jaque.

—Ya veo.

Era hermosa. Incluso en la forma modesta en que se ocultaba. No más de unos treinta y tantos años, pensó él. Sus ojos eran almendrados y de un suave color azul. Al pensar, a veces se mordía el labio inferior, el cual tenía una ligera capa de pintalabios rojo. Cuando Leo la miraba, lo hacía sólo por un segundo, y cuando era ella la que lo hacía, él desviaba rápidamente la vista.

De hecho, nunca había estado a solas con una mujer.

—Veamos... —Movi6 su pe6n, protegiendo as6 a su rey del peligro.

Siguieron con el juego, con mucha concentraci6n. Empez6 a surgir un dilema para Leo. ¿Qu6 se supon6a que deb6a hacer? Ella era la esposa del *Lagerkommandant*. Ostentaba el poder de la vida o la muerte sobre 6l. Como cualquiera de los guardias, le bastaba con chasquear los dedos para que se lo llevaran y lo mataran. ¿Deb6a dejarla ganar? Sin duda ella sab6a lo que hac6a, as6 que bastar6a con un movimiento descuidado, no ser6a tan dif6cil. Si se tratase de su esposo, o de cualquiera de los guardias, los imaginaba perfectamente deshaci6ndose de cualquier jud6o que tuviera la osad6a de insultarlos. Incluso si se trataba de un insulto percibido por ellos. Y 6sa era la esposa del jefe del campo. La cabeza le daba vueltas, y todo lo que sab6a del juego parec6a quedar atrapado en ese remolino de ideas que se formaba en su mente. Decidi6 ponerla a prueba. Movi6 su alfil para atacar a su dama, pero lo dej6 indefenso ante su torre.

—Herr Wolciek —dijo ella, deteni6ndose despu6s de su movimiento—. ¿Su alfil...?

Sus miradas se encontraron. Por primera vez, de hecho. El coraz6n de Leo lat6a tres veces m6s r6pido de lo normal. Tem6a que ella pudiese o6rlo por encima del silencio, golpeando fuerte contra su pecho. Le asustaba que ella pudiese detectar lo que ocurr6a en su mente.

—Pero sin duda ya se hab6a dado cuenta —dijo ella, libr6ndolo del asunto. Entorn6 los ojos un poco, tanto a modo de disculpa y, a su manera, de forma reprobatoria, como diciendo: «No lo haga otra vez. Por favor».

—Gracias, se6ora.

Durante el resto del juego, no hablaron, s6lo jugaban; el tiempo que ella se tomaba entre cada jugada se hizo m6s largo. En un par de ocasiones, Leo permiti6 que sus ojos se detuvieran en la tentadora forma de su vestido. No pod6a evitar imaginarse c6mo ser6a debajo de 6l. Dej6 que su mente vagara hacia su ropa interior. Nunca hab6a visto la ropa interior de una mujer, salvo la de su madre. La curva fluida debajo de su su6ter mientras se inclinaba para mover las piezas. Sus senos...

—Herr Wolciek..., me parece que es su turno.

—Disculpe, se6ora. —Se aclar6 la garganta, sonrojado. Torre cinco

dama.

El juego los llevó a un intercambio de múltiples piezas; Leo se dio cuenta de que eso no le convenía. Aun así, decidió arriesgarse. Se dejaría perder una torre. Llevaron a cabo los cinco movimientos del intercambio en rápida sucesión, lo que dejó a su rey y a su torre desprotegidos. Cuando ella se percató de su posición al final del intercambio, lo miró otra vez; sus ojos reflejaban cierta sospecha, destellaban un poco, no estaba muy segura.

—No debería haber mordido ese anzuelo —admitió Leo encogiéndose de hombros—. Me temo que no tiene mucho sentido dejar que la partida continúe.

Se percató de que ella no sabía si sentirse complacida o disgustada con él.

—Juega usted muy bien, Frau Ackermann. —Leo entregó su rey—. Su padre le ha enseñado muy bien.

—Gracias. Tal vez podamos jugar otra vez. —Lo miró a los ojos—. Si tiene suerte...

«Suerte...» La palabra recorrió su cerebro. Leo sabía exactamente a qué se refería. Y no tenía nada que ver con el ajedrez.

—Espero que ése sea el caso —repuso.

—Y tal vez la próxima vez le gane de verdad —dijo ella con un tono de reprimenda. Su mirada aguda contenía el indicio de una sabia sonrisa.

»Por favor, llame al *Rottenführer* —pidió acto seguido dirigiéndose al joven guardia—. Nuestro invitado está listo para marcharse. Pero se llevará esto, desde luego. —Envolvió dos pasteles de azúcar y una manzana en una servilleta—. Con mi agradecimiento. De cualquier modo, aquí sólo terminarán en la cintura de mi esposo.

—Gracias, Frau Ackermann. —Leo se puso de pie y aceptó el obsequio.

El vello de su brazo se erizó cuando sus manos se tocaron ligeramente.

—¿Podría? —preguntó a continuación, señalando con cautela una ciruela grande. Ésta tenía un significado privado para él. Ni siquiera había vuelto a ver una desde aquel fatídico día en el puesto de fruta.

—Por supuesto. Asegúrese de que regrese a salvo, cabo —le dijo ella a Langer, quien acababa de entrar—. Y con mis regalos, por favor.

—Desde luego, Frau Ackermann.

Leo se percató de que Langer apretaba los dientes con ira contenida por tener que escoltarlo de vuelta al campo con su provisión de tesoros.

Ella se levantó.

—Y la próxima vez —miró a Leo nuevamente, con el destello de una pequeña sonrisa en su mirada—, tendrá que ganarse sus premios, Herr Wolciek. No sólo recibirlos. ¿Entendido?

—Sí. —Leo agachó la cabeza y le devolvió la sonrisa—. Entiendo.

«La próxima vez...», se dijo Leo mientras caminaba de vuelta al campo. Ésas eran las palabras más halagüeñas que había oído desde que llegó a ese lugar dejado de la mano de Dios.

El sitio ya no le parecía tan malo como antes, incluso con Langer empujándolo.

Ahora tenía a alguien que velaba por él.

20

Mandó buscarlo de nuevo a la semana siguiente. Y luego otra vez, unos días después de eso.

La otra semana, también.

En cada ocasión, el *Rottenführer* Langer llegaba al bloque por la tarde para escoltar a Leo hasta su casa, mientras su esposo seguía en el trabajo. Y en cada ocasión se detenían en las duchas y Leo tenía que lavarse a conciencia. Con cada nueva visita, el guardia parecía estar más y más disgustado con la tarea que le había sido asignada.

Y, cada vez, llevaba a Leo más allá de la pared negra, a través de la entrada principal, junto al andén donde había llegado en el tren aquella primera noche, hasta la fila de casas de ladrillo cuyas flores empezaban a florecer. Para la tercera visita, los guardias de la entrada principal ya sólo se limitaban a sacudir la cabeza de manera burlona y a poner los ojos en blanco mientras Langer y Leo pasaban. Y, cada vez, el mismo guardia joven de las SS observaba desde la puerta de la sala mientras él y la esposa del *Lagerkommandant* jugaban. Ahora, Leo ya no la dejaba ganar sin desafiarla verdaderamente.

Cada vez que volvía al campo, llevaba consigo una servilleta envolviendo sus premios: pasteles, fruta, incluso chokolatinas, que valían al menos cien cigarrillos allí. Premios que él compartía de buena gana con sus compañeros de barracón, algunos de los cuales se burlaban de él por su influyente protectora. La *Reina de la misericordia*, la llamaban. Mientras Leo siguiese

bajo su protección, tal vez su buena fortuna se les pegaría a ellos. Leo era su Scheherezade. «Tú mantenla entretenida —le suplicaban todos—. Cuanto más juegos, más seguros estaremos.»

Otros decían, con el ceño fruncido, que lo que Leo hacía no se diferenciaba de la forma más baja de colaborador. ¿Cómo podía pasar tiempo adulando a esa escoria? Ella era tan culpable como cualquiera de los hombres. «¡Comparte cama con el mismo bastardo que se asegura de cubrir la cuota diaria de muertes!»

«Estoy del todo satisfecho de hacer lo que tenga que hacer —se defendía Leo—, si con eso logro sobrevivir un día más aquí. Y si tuvieras algo de cerebro, Drabik, tú también lo estarías.»

Durante su segunda partida, Leo jugó mucho más relajado. Frau Ackermann optó por una apertura mucho más convencional, la cual no representó problema alguno para él. De hecho, podría haberla derrotado en tan sólo veinte movimientos, pero disfrutaba del tiempo que pasaba allí, hechizado por una hermosa mujer y gozando de un privilegio que ningún otro judío había tenido antes. No quería que terminara tan pronto. Así que lo prolongaba cambiando algunas piezas que acababan por convertir el juego en una lucha territorial, la cual ganaba sin problema.

Frau Ackermann también parecía relajarse más con cada nueva partida. Incluso se olvidaba del formal «Herr» y lo llamaba por su nombre de pila de vez en cuando y, entre jugadas, incluso le preguntaba de dónde era y cómo había aprendido a jugar. Por su parte, ella le había contado que era de Bremen, una ciudad al norte de Alemania famosa por sus grandes cervecerías.

—¿Te gusta la cerveza, Leo? —le preguntó. El chico casi podía asegurar que ella estaba jugando un poco con él—. Aunque probablemente no tengas edad suficiente. Probablemente nunca hayas tomado una buena cerveza.

—Sí he tomado cerveza —repuso él, tratando de aparentar más edad de la que tenía. De hecho, sólo la había probado una vez, y sólo unos cuantos sorbos, durante el último cumpleaños de su padre antes de que lo asesinaran, cuando Leo tenía once.

Los ojos de Frau Ackermann eran grandes y hermosos, y, cuando se

sentía complacida, por ejemplo, cuando Leo la felicitaba por una jugada o cuando lograba anticipar lo que él haría y respondía de forma inteligente, éstos se iluminaban rápidamente acompañados de una sabia sonrisa. Sin embargo, Leo detectaba cierto aire de tristeza en ella. Como un pájaro enjaulado que se ha acostumbrado a su vida en cautiverio pero sueña con algo más. O alguien atrapado en una vida diferente de la que había concebido. Imaginaba que, en un ambiente distinto, ella podría ser encantadora, ingeniosa e inteligente y, en su mente, él la veía en una fiesta, con una copa de champán en la mano y un vaporoso vestido rojo. Sin embargo, estando allí, empezó a tener el presentimiento de que esos momentos eran los que más ansiaba del día. Los que la liberaban de los horrores que presenciaba. Para su quinta partida, era un cálido día de verano y ella dejó de usar su suéter. El cuello de su vestido tenía otro botón desabrochado y caía seductoramente sobre su pecho, tanto que, entre jugadas, la mente de Leo divagaba e imaginaba lo que había debajo de él a la más mínima señal de escote visible. Tal vez hasta lo descubrió inclinándose un poco hacia delante en una ocasión para verlo.

—Su turno, Herr Wolciek —dijo ella con una sonrisa ligeramente reprobatoria.

—Sí. Claro. —Leo se aclaró la garganta—. Lo siento.

Se sentía avergonzado por la repentina rigidez que notaba en sus pantalones, tanto bajo la mesa de ajedrez, como en su litera en el campo durante la noche. Era la esposa del *Lagerkommandant*. Para ella, él no podía ser nada más que un judío que no viviría mucho más. El único valor que podía tener para ella era el hecho de que la mantenía entretenida. Por lo que él sabía, era posible que hasta le pidiese a la sirvienta que limpiara con un trapo las piezas que él había tocado después de que se marchaba.

Aun así, al inicio de su quinta partida, Leo se percató de que ella se alegraba de verlo. Debía de haber estado estudiando, ya que jugó con las piezas blancas e intentó una nueva apertura. Una variante de la defensa siciliana. Era la clase de apertura pasiva que fácilmente podía llevarlos a un juego intermedio largo y que iba en contra de su apertura española estándar; Leo se resistió a un intercambio de peones y caballos que habría resuelto la

situación más rápido.

En algún punto del juego, ella le preguntó de dónde era.

—De Łódź —respondió él, alzando la mirada—. Está en el centro de Polonia. También tenemos cerveza allí. —Sonrió y volvió a bajar la mirada.

—¿Cerveza polaca, quieres decir? Nunca he oído hablar de ella. ¿Cómo puede existir una cosa semejante? —Hicieron un par de jugadas más—. Y tu padre... ¿a qué se dedica? —Leo la miró—. Si no te importa que te lo pregunte.

—Era abogado, Frau Ackermann. Representaba a varias personas en transacciones de pequeñas empresas.

—Y ¿él está...? —Ella dudó, por lo que Leo asumió que quería decir muerto o, peor aún, allí.

—No, señora, murió antes de la guerra. —Leo movió su torre para presionar a su caballo. Luego añadió—: Por suerte, creo.

Sus miradas se encontraron en ese momento. Era la primera vez que inyectaba su posición y su destino en su juego, y estaba molesto consigo mismo porque sentía que eso los había separado de repente. Ella hizo retroceder a su caballo y la jugada terminó. Leo miró al joven guardia. No debía de tener más de veintidós o veintitrés años. No era más que un soldado raso, pero sin duda ésa era una tarea bastante fácil, cuidar a la esposa del comandante del campo. Sin embargo, era a la vez una tarea que lo mantenía alejado de toda la «diversión» que había al lado. Algo en la forma en que observaba a Leo, con los ojos entornados, con una mirada impasible, como si pudiese ver a través de él, lo hacía preguntarse a cuántos de sus compañeros del otro lado de la alambrada habría matado ese joven soldado. Cómo habría vaciado su Luger en la nuca de un inocente hincado de rodillas en el suelo que esperara su hora. O cómo los habría dejado inconscientes de un garrotazo en la cabeza. O cómo habría cerrado la puerta de las «duchas» con fuerza y se habría reído con sus amigos desde fuera mientras oían las arcadas y los gritos de piedad que provenían del interior. Tal vez habían apostado algunos Reichsmarks al respecto de cuánto tiempo durarían allí dentro. ¿Tres minutos? ¿Cinco? ¿Ocho?

Tal vez ella pudo ver eso en los ojos de Leo.

—Soldado, ¿podría llamar a Hedda, por favor? —preguntó.

—Desde luego, Frau Ackermann. —El joven soldado golpeó sus talones y salió de la habitación.

Ella cogió entonces su dama y siguió jugando. Caballo seis rey, asumió Leo; no tenía sentido atacar a su reina. Antes de colocar la pieza, la sostuvo y esperó a que sus miradas se encontraran.

—Imagino lo que piensas de mí... Lo que cualquier persona pensaría, naturalmente. Pero no soy el monstruo que uno podría imaginar, Leo. Estudié Economía en la Universidad de Leipzig. Cuando conocí a Kurt, él estaba estudiando para ser abogado. Era muy apuesto —dijo ella—. Determinado. Para una chica joven, era algo...

¿Era algo qué? Leo se preguntó lo que estaba a punto de decir. ¿Impresionante? ¿Irresistible? Alzó el rostro y le pareció que la mirada de ella se fijaba con más fuerza en la suya, con más determinación, y esta vez Leo no apartó la mirada.

—El hecho de que esté aquí, de que esté con... —hizo otra pausa, sin atreverse a decir su nombre—, no quiere decir que apoye...

¿Apye qué...? ¿Aquél infierno que no cesaba ni de día ni de noche, el mismo que su esposo supervisaba más allá de la verja? De nuevo, Leo percibió una especie de tristeza en su mirada. Algo vulnerable en su interior, en lo más hondo, que luchaba por salir. Era una mirada que parecía decir: «No sé durante cuánto tiempo podré salvarte, Leo. Entenderás que no para siempre...».

Pero él se limitó a decir:

—Sí, Frau Ackermann. —Aunque no dejó de mirarla a los ojos, tratando de decirle que lo entendía. Después, su mirada volvió a la pieza que ella sostenía en la mano—. Su dama, señora...

—Sí... Mi dama, claro. —La colocó justo en el lugar que Leo esperaba—. Jaque.

En ese mismo instante entró Hedda, la sirvienta.

—Por favor, ¿podrías prepararnos algo de fruta y pasteles, Hedda?

—De inmediato, Frau Ackermann.

—Y, por favor, asegúrate de que...

En cuanto las palabras salieron por su boca, se oyó el sonido de unas botas que subían los escalones de la entrada.

—¿Quién es? —Ella se dio la vuelta y el nerviosismo se extendió por su rostro.

La puerta principal se abrió. A Leo se le detuvo el corazón.

Era el *Lagerkommandant* en persona, que volvía a casa.

Volvió la cabeza, los vio en la sala y se quitó la gorra; tenía el cabello oscuro peinado hacia atrás, unos ojos que le hacían juego y una mandíbula tan rígida como la piedra.

—Kurt... —Frau Ackermann se puso de pie y alisó su vestido con nerviosismo.

—Greta. —Él le sonrió; su tono no era ni cálido ni tampoco de desagrado.

Después, su mirada se posó en Leo. Como una gran pesa que se hunde hasta el fondo del mar. Mantuvo la misma sonrisa, pero esta vez había algo frío en ella; era rígida, helada como el viento que azota una puerta abierta en invierno. Leo sintió que esa mirada se detenía en él durante lo que le pareció una eternidad, casi hasta el punto de drenar toda la luz de la habitación.

—Veo que tienes visita.

Leo agachó la mirada.

—Estábamos a punto de acabar... —respondió Greta—. Es una partida muy reñida.

—Por supuesto, entonces... —dijo él sin quitarle la mirada de encima a Leo, como si indicase: «Seguid jugando».

Leo se sentía demasiado helado como para atreverse siquiera a levantar una pieza. No sabía si debía ponerse de pie en presencia del comandante del campo, en su propia sala, ni más ni menos, y con su esposa, o si ponerse de rodillas. Pero su corazón no reaccionaba, así que se quedó donde estaba, notando la garganta como papel de lija.

—Desde luego, querida, tómate tu tiempo... —indicó el comandante, desabrochando el primer botón de su uniforme. Luego se adentró más en la casa; sus botas emitían un fuerte sonido al pisar el suelo de madera—. ¡Hedda...!

—Lo siento —dijo Frau Ackermann, aún de pie, totalmente pálida—. No

esperaba que llegara hasta más tarde. Me temo que tendremos que seguir en otra ocasión. —Su rostro enrojeció y, cuando miró a Leo, éste detectó una combinación de disculpa y nerviosismo en sus ojos.

—Desde luego, Frau Ackermann.

Él se levantó a su vez y se dispuso a colocar las piezas en su lugar original. Estaba seguro de que era el fin de todo aquello, de que nunca más lo invitarían a jugar.

—No, por favor. —Frau Ackermann estiró la mano para detenerlo y tocó su brazo—. La semana próxima seguiremos donde nos quedamos.

21

Cinco meses antes
Los Álamos, Nuevo México

El hombre larguirucho y de facciones angulosas, quien llevaba una chaqueta de cuadros y un sombrero de fieltro marrón, caminó hasta el sedán Ford que acababa de hacer el viaje de noventa minutos desde Santa Fe.

Un hombre con el cabello canoso y ralo, hombros redondeados, frente alta y ojos profundos, casi tristes, salió del asiento trasero.

—Bohr.

Robert Oppenheimer se acercó al célebre físico danés y lo abrazó, dándole la bienvenida a las instalaciones científicas mejor protegidas del mundo, donde docenas de físicos, químicos y matemáticos líderes en sus respectivos campos se encontraban aislados, trabajando en un proyecto de investigación conjunto, conocido para unos pocos cuantos como el Proyecto Manhattan.

—Robert. —El danés estrechó su mano calurosamente.

Incluso a sus cincuenta y ocho años, Niels Bohr seguía siendo uno de los físicos teóricos más respetados del mundo, además de ser una de las mentes detrás de la teoría cuántica. Antes de la guerra, sus conferencias en Copenhague habían atraído prácticamente a todos los físicos más reconocidos del mundo hasta su puerta en la universidad.

—Confío en que el viaje haya sido un poco más fácil que la excursión a

Londres —dijo Oppenheimer sonriendo y dándole una palmada en el hombro.

Durante la guerra, Bohr y su familia habían decidido quedarse en Dinamarca, su patria, confiando en que los nazis no se atreverían a amenazar a uno de los científicos más venerados del mundo, ganador del Premio Nobel en 1922. Aun así, se resistió a todos los esfuerzos por colaborar con sus captores. Después, en septiembre, tan sólo tres meses antes, alguien le advirtió que, debido al origen judío de su madre, estaban a punto de arrestarlo al día siguiente y deportarlo a uno de los campos, un arresto que probablemente habría sido el equivalente a una sentencia de muerte para un hombre de su edad. Esa misma noche, él y su esposa cruzaron el estrecho de Øresund en un pequeño bote a la luz de la luna, con tan sólo una maleta, hacia el territorio neutral de Suecia, esquivando minas y patrulleras alemanas a su paso. Dos meses después, con un paracaídas atado a la espalda y literalmente desmayado debido a la falta de oxígeno, el físico más reconocido del mundo fue trasladado en secreto al Reino Unido dentro del compartimento de bombas vacío de un bombardero británico, cargando la saca del correo entre Londres y Estocolmo. Después de dicha huida, el sinuoso viaje a bordo de un sedán Ford hasta el enclave ultrasecreto en la sierra de la Sangre de Cristo debería haber sido como un viaje a la costa.

—Debo decir que mucho más —respondió afablemente el danés.

—Bueno, nos alegra que hayas venido —dijo Oppenheimer—. Me parece que aquí hay algunos viejos amigos que te esperan.

Una hora después, mientras almorzaban en su cabaña, Oppenheimer, Richard Feynman, Hans Bethe y el gran Enrico Fermi se sentaron frente al fuego y pusieron al danés al día de sus progresos. Bohr siempre había estado preocupado respecto a las consecuencias potenciales para la humanidad si creaban un instrumento de destrucción de tal magnitud, y mientras comía su filete y escuchaba a sus compañeros físicos, se vio forzado a reprimir tanto la emoción del teórico debido a los avances que habían hecho como los sentimientos de preocupación inminente al mismo tiempo. Asuntos que, unos cuantos años antes, no eran más que cavilaciones hechas por un grupo de físicos en conferencias científicas, mientras bebían una copa de coñac.

El mayor obstáculo al que se enfrentaban en ese momento era la separación del U-235 de su primo más pesado y mucho más prevalente, el U-238, y eso en cantidades suficientes para producir una serie de reacciones en cadena adecuadas.

Y ese asunto cobraba aún más importancia considerando el poco tiempo que tenían, el cual avanzaba inexorablemente.

Todos ansiaban preguntarle a Bohr en qué etapa del proceso creía que se encontraría Heisenberg, que estaba trabajando con los nazis.

Lo habían reducido todo a tres métodos posibles de separación, los cuales le habían explicado a Bohr sirviéndose de dibujos en servilletas y manteles. Bombardeo electromagnético, difusión térmica y difusión gaseosa. Todos esos métodos eran laboriosos y lentos, y requerían enormes inversiones. En esos momentos, se llevaba a cabo la construcción de ingentes ciclotrones, grandes tanques de difusión, en Oak Ridge, Tennessee, una serie de cincuenta y ocho edificios conectados a lo largo de diecisiete hectáreas, todos ellos capaces de separar una y otra vez el isótopo 238, más ligero y gasificado, en miles de etapas. Bohr estaba sorprendido. Era el aparato científico más grande que hubiese sido concebido y construido por el hombre. Y también el más costoso.

Sin embargo, todo era una cuestión de ensayo y error, clamó Oppenheimer. Ya que nunca se había hecho así antes, en muchas ocasiones parecía el caso del ciego guiando a los demás ciegos. Los materiales utilizados para la construcción de esas cámaras de separación debían ser increíblemente resistentes y herméticos. Cualquier filtración o erosión podría causar que los clausuraran permanentemente. Estaban fabricando nuevos compuestos. Y todo ello en una carrera contrarreloj, ya que temían que los alemanes les llevaran la delantera.

El premio para el ganador: la guerra.

—Este proceso de difusión gaseosa... —dijo Oppenheimer, encendiendo su pipa después de haber comido pastel de ruibarbo—. Empezamos a pensar que es la mejor opción.

Para Bohr, todo eso representaba un mundo de consecuencias inimaginables e impredecibles. Y ahora, Teller estaba hablando de la

posibilidad de activar plutonio y crear bombas aún más letales. Y ¿qué decir de los rusos? Ellos también estaban haciendo lo propio. ¿Debían compartir lo que sabían con ellos, sus supuestos aliados? Y, si no, ¿qué pasaría con el mundo entonces, cuando finalmente tuviesen entre manos el mismo poder?

—¿Difusión gaseosa? —señaló Bohr, asintiendo.

Oppenheimer mordisqueó su pipa.

—Sí. Pero es un disparo a ciegas. Las cantidades son escasas. Y, como recordarás, Bergstrom, quien conoce este proceso, está ahora en cama con Heisenberg.

—Sí, Bergstrom... —repitió Bohr mientras asentía después de una larga pausa. Elogió el pastel; de un tiempo a esa parte, le había resultado casi imposible conseguir exquisiteces como ésa en Europa—. En ese caso, puede que conozca a alguien —dijo entre un mordisco y otro—. A alguien que sabe de ese proceso de difusión gaseosa. Un polaco. Un judío, de hecho. Alguna vez trabajó en Berlín con Meitner y Hahn. En este mismo tema —le dijo a Bethe—, como tal vez recuerdes. Siempre me pareció una especialidad que abarcaba muy poco para una mente tan brillante.

Todos esperaron. Las probabilidades de cometer algún error eran altas. Necesitaban a alguien que les proporcionara un atajo para ese proceso.

—El único problema... —dijo Bohr, dándole otro mordisco al pastel y encogiéndose de hombros con decepción mientras miraba a Oppenheimer— es que no estoy seguro de que haya logrado salir de Europa.

22

—Leo... —Alfred volvió a ver al chico en el patio después de que terminaran de pasar lista esa tarde.

—Profesor. Me alegro de ver que está bien —respondió él—. ¿Tiene otros acertijos para mí?

—Aún no. Pero ¿has pensado en lo que te propuse?

—¿Se refiere a su proyecto de física? Me temo que he estado un poco ocupado.

—Jugando al ajedrez con tu nueva admiradora, me imagino. Todos lo sabemos. Tal vez el rigor de algo verdaderamente importante es simplemente demasiado serio para ti en este momento, a diferencia de un simple juego.

—No hay tanta diferencia entre ese «juego» y lo que usted hace, profesor. Y esa admiradora de la que habla bien podría prolongar mi vida y la de mis compañeros de bloque en este agujero un poco más de tiempo. Pero supongamos que estuviese interesado, ¿qué es lo que tiene en mente? Enseñarme física electromagnética, me parece que dijo. ¿Con qué fin?

—Enseñarte, no. Vayamos a algún sitio para hablar un momento. Tú sólo escúchame y te lo explicaré.

—De acuerdo. Supongo que unos minutos no harán daño. Lo sigo, profesor.

Volvieron al bloque de Alfred. Todos estaban en sus catres, molidos después de un largo día de trabajo y esperando la comida de la tarde. Avanzaron hasta donde había una pequeña sección para enfermos, en la parte

trasera. Seis camas, para que aquellos que tuviesen fiebre o disentería no infectasen al resto. Y la letrina.

—Por favor, siéntate, Leo.

—¿Su despacho, profesor? —El chico se sentó en un catre vacío—. Impresionante.

—Por favor, lo que tengo que decirte no es ningún chiste, hijo. Y, aunque aún no puedo revelarte el motivo, te prometo que es más importante que cualquier cosa que puedas imaginar. Lo que te estoy proponiendo es que revisemos mi trabajo, juntos. Ecuaciones, fórmulas, pruebas. No quiero que lo asimiles. Solamente quiero que me escuches y te lo aprendas de memoria.

—¿De memoria...?

—Sí. Para mantenerlo todo a salvo en esa exquisita memoria que tienes. ¿Lo harás, Leo? Estoy viejo y empiezo a quedarme sin fuerzas. Puedes ver que se me empiezan a marcar los huesos. Quién sabe cuánto tiempo me queda.

—Quién sabe cuánto tiempo le queda a cualquiera de nosotros.

—Pero tú, hijo..., tú eres joven. Tienes posibilidades de salir de aquí. Y, si lo haces, lo que te enseñe resultará más valioso que todas las partidas de ajedrez que se hayan jugado en la historia de la humanidad. Tienes que confiar en mí. Pero no será fácil. Llevará mucho tiempo y mucha concentración repasarlo todo, te lo aseguro, incluso para ti. Se trata de pruebas y progresiones muy elaboradas. Cosas de las cuales jamás has oído hablar..., es posible que no entiendas cómo encajan entre sí. Pero es vital. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—¿Física...? —Leo arrugó la nariz como si hubiera preguntado qué había para cenar y le hubieran respondido que nabos.

Alfred asintió.

—Y matemáticas. La mayoría, bastante complejas.

—¿Para que haga qué exactamente, si llego a sobrevivir? ¿Enseñar todo eso?

—La física involucra mucho más que sólo fórmulas y ecuaciones, hijo. Tiene aplicaciones prácticas. Respuestas que la gente quiere averiguar a toda costa. Por ahora y también para el futuro.

—No sé qué me depara el futuro —replicó Leo encogiéndose de hombros—. Pero, en este momento, el ajedrez me parece una mejor garantía que eso.

—Te necesito, joven amigo. De algún modo, el mundo te necesita. ¿Aceptas?

—¿El mundo? Por la forma en que lo dice, da la impresión de que lo que sabe puede ayudar a ganar la guerra. De acuerdo. —Leo se quitó la gorra—. Digamos que muerdo el anzuelo. Adelante. Póngame a prueba, profesor. Lección uno. Quiero decir..., ya que estamos aquí.

Una sonrisa se deslizó por los labios de Alfred, que se sentó en el catre frente a él.

—Oirás muchas palabras que tienen que ver con átomos, chico. Y varios gases. Cosas llamadas isótopos.

—¿Isótopos?

—¿Estás familiarizado con el concepto de estructura molecular de la masa?

Leo se encogió de hombros.

—Estudié la tabla periódica cuando cursé química en la escuela.

—Es un comienzo. Bien, los átomos del mismo elemento pueden tener diferente número de neutrones. Todas las variaciones posibles de cada elemento se conocen como isótopos. Por ejemplo, el isótopo más común del hidrógeno no tiene ningún neutrón. También hay un isótopo de hidrógeno con un neutrón, conocido como deuterio, y otro, tritio, que tiene dos...

—¿Deuterio?... ¿Tritio?... —Leo parpadeó confundido—. ¿Debo saber todo eso para salvar a la humanidad?

—No te preocupes por eso ahora. Y, por favor, no te burles de mí, hijo. Empecemos mejor con algo básico. La ley de Graham. Fue formulada por un químico escocés del siglo pasado. Establece que la tasa de efusión de un gas es inversamente proporcional a la raíz cuadrada de su masa o su densidad.

—¿Efusión? Y ¿qué significa eso, viejo? —Leo puso los ojos en blanco.

—Nada de «viejo». Si vamos a hacer esto, puedes empezar por dirigirte a mí como profesor. O incluso Alfred, si así lo prefieres. Te enseñaré cosas que van mucho más allá de lo que sabes o imaginas. Así que esto será como cualquier clase en la escuela. Existe un profesor y un estudiante. Y todo

empieza con respeto. Respeto por aquellos que saben más que tú. ¿Entiendes?

Por un momento, Alfred tuvo la certeza de que el chico ya se había aburrido de él, y que simplemente cogería su gorra y se marcharía. Volvería al juego aquel que sin duda era más divertido y le había conseguido pasteles, chocolates y mucha adulación.

Pero, para su sorpresa, su mirada dejó de ser aburrida para pasar a ser crítica, luego pesarosa y, finalmente, incluso interesada y llena a la vez de una especie de arrepentimiento.

—Lo siento, profesor. No quería ser grosero. Por favor, continúe.

Alfred sonrió por dentro. Despojado de su arrogancia (un rasgo que podía ser perdonable en un chico tan precoz) y dentro de aquel cerebro perfecto, había una cuenca inagotable, lista y ansiosa, y una curiosidad insaciable preparada para llenarla con todo el conocimiento posible.

—Bien. Ahora, volviendo a tu pregunta, chico, la efusión es la tasa de transferencia de un gas a través de una sonda o, mejor aún, de una membrana. La ley de Graham postula que, si el peso molecular de un gas es dos veces el valor de otro, éste se dispersará por una capa porosa, o incluso un agujerito diminuto, a la velocidad del otro por el cuadrado de dos. Es el postulado clave respecto a la separación de isótopos, los cuales tienen la misma estructura molecular pero diferentes pesos atómicos.

—Separar isótopos..., capas porosas... ¿Por qué necesita enseñarme todo eso? —Leo se encogió de hombros. Empezaba a aburrirse un poco.

—Por ahora, sólo dejemos que tu cabeza lo absorba todo, chico. Mira... —Alfred sacó un pedazo de tiza. Llevaba también consigo una lámina de hojalata, un pedazo de metal sobrante—. Lo único que importa ahora es cómo se expresa esto mediante una fórmula.

Alfred rasgó sobre el metal:

$$\text{Velocidad de difusión} \propto \frac{1}{\sqrt{\text{densidad}}}$$

—¿Lo tienes? —preguntó.

Leo lo observó y lo repitió en voz alta para sí.

—Creo que sí.

—Por tanto, la inversa de esta ecuación sería... —Alfred borró con la manga y escribió una nueva fórmula— la densidad de un gas es directamente proporcional a su masa molecular.

$$\text{Velocidad de efusión} \propto \frac{1}{\sqrt{\text{densidad}}} \propto \frac{1}{\sqrt{MM}}$$

—¿Me sigues, hijo? —Alfred observó que los ojos del chico se volvían vidriosos.

Leo asintió, algo aturdido.

—Supongo.

—De acuerdo, entonces dime la fórmula, por favor. Justo como yo la he escrito.

Leo se encogió de hombros.

—La velocidad a la que un gas se dispersa es inversamente proporcional a la raíz cuadrada de sus densidades.

—Bien. Ahora, toma. Escribe la fórmula. —Alfred le entregó la tiza y el pedazo de hojalata y tapó lo que él había hecho—. Exactamente del mismo modo en que la he escrito yo.

Leo dudó por un momento, resopló y la escribió:

$$\text{Velocidad de difusión} \propto \frac{1}{\sqrt{\text{densidad}}}$$

Justo como Alfred la había explicado.

—Excelente. Ahora, ¿qué tal la inversa de esa fórmula? ¿Para la densidad?

Leo lo pensó un segundo.

—La densidad del gas es inversamente proporcional a su masa molecular.

—No. No es inversamente, sino lo opuesto. Es directamente proporcional —lo corrigió Alfred.

—Disculpe, profesor... —Leo entrecerró los ojos.

—La densidad de un gas es directamente proporcional a su masa. Es exactamente la inversa de la primera ecuación que te he dado. Verás...

—Está bien. Lo siento. Creo que ya la tengo.

Leo escribió la fórmula:

$$\text{Velocidad de efusión} \propto \frac{1}{\sqrt{\text{densidad}}} \propto \frac{1}{\sqrt{MM}}$$

Correcto, esta vez.

—Directamente proporcional. Entonces, éste sería el símbolo... —Lo dibujó con un gesto triunfal:

∞

—Muy bien. Ahora, en cuanto a la difusión gaseosa, tenemos el mismo principio, excepto que trabajamos con dos isótopos radiactivos. Uranio-235, que tiene propiedades fisibles. *Fisible* quiere decir que puede separarse y es capaz de crear lo que conocemos como una reacción en cadena si se separa de su primo más abundante, pero no fisible, el U-238.

—¿Doscientos treinta y cinco? ¿Doscientos treinta y ocho? Lo siento, pero mi cabeza empieza a sentirse fisible, profesor.

—No trates de entenderlo todo ahora. Sabes lo que es el uranio, ¿no es cierto?

—Sí. Su símbolo es «U». Y creo que tiene el mayor peso molecular de cualquier elemento.

—El segundo mayor. Pero no importa, el plutonio está recién aislado y es probable que ni siquiera estuviera en la tabla periódica cuando tú estudiaste esto. El uranio-235 se da en una proporción de 0,139 a uno en un mineral de uranio natural. Lo que significa que sólo el siete por ciento de todo el uranio es U-235. El resto es 238. Es bastante raro. Así pues, el truco consiste en separar este raro isótopo de carga alta, el cual tiene las mismas propiedades, pero un peso molecular distinto que su pariente más común, el U-238. Para hacer eso, o al menos para hacerlo en la clase de cantidades que uno

potencialmente buscaría, no sólo se necesita una membrana difusora, sino también el único compuesto de uranio que es lo suficientemente volátil como para engendrar esto, el hexafluoruro de uranio, UF-6, que es completamente sólido a temperatura ambiente, pero sublima una vez que se acerca...

—¿«Sublima»? —Los ojos de Leo empezaron a ponerse vidriosos otra vez—. Me temo que empiezo a perderme, profesor.

—Mira... —Alfred sacó su pedazo de hojalata otra vez y escribió una ecuación mucho más compleja—. Sólo memoriza esto:

$$\frac{\text{Velocidad}_1}{\text{Velocidad}_2} = \sqrt{\frac{M_2}{M_1}} = \sqrt{\frac{352.041206}{349.034348}}$$

—Que es igual a, me parece... —Alfred cerró los ojos e hizo una serie de cálculos en su cabeza—. Uno, coma, cero, cero, cuatro, dos, nueve, ocho, o algo... En donde, y esto es importante, la VELOCIDAD 1 es la velocidad de efusión de U-235 y la VELOCIDAD 2 es la efusión de... —Miró a Leo para que éste terminara.

—U-238 —respondió él después de pensarlo un momento.

—¡Correcto! Y M1 es la masa molecular de U-235 y M2 la masa molecular de U-238. La pequeña diferencia entre ambos pesos explica el 0,4 por ciento de diferencia en las velocidades promedio de sus neutrones. — Alfred miró a su alumno—. Entonces ¿qué tal lo estás asimilando?

—Para ser sincero, me parece un poco confuso, profesor.

—Sigue repasando. Sé que en estos momentos parece como si te estuviese hablando en griego...

—No, el griego, de hecho, sí lo estudié en la escuela... —respondió Leo, poniendo los ojos en blanco.

—Mira, no tienes que entenderlo todo ahora. Pero lo que sí es importante es que tengas un entendimiento básico y que memorices las ecuaciones... — dibujó una línea doble debajo de la última ecuación— en ese cerebro prodigioso que tienes. Así que mírala otra vez y asimíllala.

Leo recorrió la ecuación con la mirada; después, cerró los ojos.

—¿La tienes?

—VELOCIDAD 1 pequeño sobre VELOCIDAD 2 pequeño es igual a la raíz cuadrada de M1 pequeño sobre M2 pequeño... ¿Tengo que repetirle todos los números, profesor? Estoy bastante seguro de que puedo... Uno, coma, cero, cero, cuatro...

—No es necesario. Cualquiera con un diploma de matemáticas de tercero puede calcular eso.

—Entonces, donde V1 pequeño es la velocidad de efusión de... UF6-235, y V2 pequeño es la efusión de UF6-238, y M1... —Leo se llevó un dedo a la frente— es la masa molecular de U-235, y M2 pequeño, la masa de 238. Etcétera, etcétera, etcétera...

—¡Bravo! —dijo Alfred, inclinándose hacia delante y dándole un apretón en la rodilla al chico. Tosió un poco de flemas.

—Una pregunta, profesor, si no le importa...

—Claro, adelante.

—Sigo sin entender por qué necesita separar el U-235 del 238. Y, como ha dicho antes, en «cantidades suficientes...». ¿Suficientes para qué?

—Mejor no nos adelantemos. —Alfred esbozó una paciente sonrisa—. Todo eso vendrá pronto, hijo. Muy pronto.

—Entonces ¿eso es todo? ¿Eso es lo que necesitaba que memorizara? ¿La física que salvará a la humanidad?

—Ésa es la lección uno —respondió Alfred—. Es suficiente por hoy.

—Lección uno... —Leo inclinó la cabeza con cierto aire de cautela—. ¿Lección uno de...?

—Cientos, chico. —Alfred le dio una palmada en el hombro—. Cientos. Sin embargo, debo advertirte que mañana esto empezará a complicarse un poco.

23

Las semanas pasaron. Se reunían siempre que podían, unos cuantos minutos en algún momento del día, ya fuese después de que pasaban lista por la mañana o antes de las comidas, prácticamente a diario.

Excepto los martes, cuando a Leo por lo general lo llamaban para jugar al ajedrez con la esposa del *Lagerkommandant Ackermann*.

Lo que molestaba a Alfred.

—¿Por qué eliges un juego por encima del importante trabajo que tenemos que hacer?

—Porque ese juego, como usted lo llama, podría marcar la diferencia algún día entre salvarme la vida o no. Y también la suya, si me permite recordárselo. Siempre le digo que comparto la comida que me da con mi tío, el profesor. Y ella promete que nos cuidará a ambos.

—Cuidarnos... Creo que sólo te gusta ir porque tienes dieciséis años y la oportunidad de verle las tetas a una mujer. Puede que sea viejo, pero no lo soy tanto como para haber olvidado el placer que eso produce.

—Sí, también es por eso, supongo. —Leo se sonrojó, tan sólo un poco avergonzado—. Pero, de todos modos, es amable conmigo. Y creo que no comparte la opinión de su esposo respecto a lo que ocurre aquí. Creo que se siente realmente mal por lo que lo ve hacer. Por eso ayuda a cuidar a los enfermos en la enfermería.

—Ah, ¿conque eso crees? Y ¿ella comparte todo eso contigo?

—Así es. Mientras jugamos.

—Creo que jugar contigo es su manera de calmar los sentimientos de culpa que atormentan su conciencia —dijo Alfred—. De algún modo, tú eres su absolución.

—Ah, ya veo, ahora es el doctor Freud también, así como el doctor Mendl. —Leo resopló y puso los ojos en blanco.

—En este caso, chico, estudiar un átomo es prácticamente como estudiar la mente. Al final del día, sigue siendo la esposa del *Lagerkommandant*, y tú no eres más que un judío. —Le dio la vuelta al brazo de Leo—. Con un número en la muñeca. Ella te cuidará hasta que te llegue la hora. Después ni siquiera se acordará de ti.

—Ya veremos —repuso Leo encogiéndose de hombros—. Mientras tanto, puedo disfrutar de los pasteles y el chocolate que me da.

—Sí, bueno, tienes razón, ya veremos... —Alfred tosió y escupió algunas flemas. Luego se limpió la boca con la mano—. En fin, volvamos a trabajar. —Su tos había empeorado y se volvía un poco más seca cada día. Además, sus huesos y sus costillas empezaban a marcarse incluso más—. Lamento que lo único que puedas ver aquí sea yo.

—Sí, es verdad que la vista es mucho menos atractiva. A ver, deja que le ponga una manta, viejo. Lo siento, disculpe —dijo con una sonrisa—. Quería decir, profesor, desde luego. —La «manta» en cuestión era uno de esos finos y sucios pedazos de arpillera que no te protegían del frío en absoluto.

Las últimas semanas, Alfred había empezado a encariñarse con el chico. Y creía que Leo sentía lo mismo respecto a él. Una de las primeras cosas que uno aprendía en ese lugar era a no involucrarse emocionalmente con otros prisioneros, ni siquiera a involucrarse en la historia de otras personas. Uno nunca sabía lo que podía ocurrir al día siguiente.

—No es nada —dijo; sin embargo, se envolvió con el pedazo de tela y, por un momento, tuvo menos frío—. Gracias, chico.

Como Alfred le había advertido, el trabajo se volvió más duro y complicado día tras día. En ese momento, le estaba explicando a Leo algo llamado *funciones de Bessel*, ecuaciones complejas y extenuantes que eran casi como repasar una partida de ajedrez completa en su cabeza. Una docena de veces, o al menos así lo sentía Leo. Cada una de las ecuaciones requería la

concentración de jugar contra un maestro, aunque Alfred recitaba de golpe las detalladas cantidades y los valores sin un solo instante de duda, pues eran tan familiares para él como su propia fecha de nacimiento o su dirección.

—Recuerda, estamos trabajando con materiales altamente cargados —le explicó—, que están en flujo de estado a estado y, en el caso de la difusión, a través de un espacio estrecho, en este caso, cilindros. Así que debemos introducir la ecuación general de difusión de neutrones para tal estado.

A continuación, escribió en la parte de atrás de un cartel de advertencia de salud roto:

$$\frac{\partial N}{\partial t} = \frac{\nu_{ment}}{\lambda_f} (\nu - 1)N + \frac{\lambda_f \nu_{ment}}{3} (\nabla^2 N)$$

—De acuerdo... —Leo se lo quedó mirando, algo adormilado—. Ya veo.

—Tienes que aprendértela, muchacho. Aprendértela de memoria. Es esencial.

—Lo estoy intentando, Alfred.

—Inténtalo con más empeño, tienes que concentrarte más. El propósito de esto... —Alfred tosió en su trapo— es aplicar la población de neutrones dentro de un cilindro. La parte espacial de la densidad del neutrón, abreviada como «N», será una función de las coordenadas cilíndricas (ρ , ϕ , z) y se puede asumir que es separable y se expresa como... —Hojeó los pedazos de papel que había guardado de la sesión del día anterior:

$$N_{\rho\phi z}(\rho, \phi, z) = N_{\rho}(\rho)N_{\phi}(\phi)N_z(z)$$

Leo se lo quedó mirando con la mirada perdida.

—¿Me sigues, hijo?

El chico desinfló las mejillas y dejó salir una larga ráfaga de aire.

—Va demasiado rápido, Alfred. No estoy seguro.

—¿No estás seguro? Creí que esto había quedado claro ayer.

—Lo sé, pero no es como el ajedrez. No entiendo del todo por qué es

importante.

—Por ahora, es importante simplemente porque yo digo que lo es. Así que, una vez más. Por favor dime, ¿a qué se refiere la coordenada θ en la ecuación? —le preguntó Alfred.

—¿ θ ...?

—Sí, θ minúscula. ¿Dónde tienes la cabeza, chico? Ya hemos repasado esto varias veces. Es el ángulo entre el ancho y el radio del cilindro. ¿Y p ?

—¿ p ...? p debe de ser la altura entonces, ¿no es así? —respondió Leo vacilante.

—Sí. Altura. Dimensión. Pensé que eras inteligente, Leo. Pensé que podrías comprender esto. Debes concentrarte, ésta es la parte fácil. De lo contrario, hay demasiado que aprender.

—¿Podemos hacer un descanso, profesor? Siento que la cabeza me va a estallar. De todos modos, ¿cuál es el propósito de todo esto? ¿Usted lo inventó o algo así? ¿Este precioso y gaseoso proceso de difusión? ¡No dejamos de repasar las mismas cosas aburridas una y otra y otra vez!

—Porque tienes que memorizarlo, chico. ¡Tan bien como tu propio nombre! ¿Entiendes?

—¡Sí, entiendo! —Leo se levantó del catre de golpe—. Entiendo. Entiendo... —La cabeza le iba a estallar con todos esos números. Un sentimiento de frustración e inutilidad absoluta se apoderó de él—. Tal vez deberíamos parar por hoy.

Alfred lo miró y se dio cuenta de que lo había presionado demasiado. Dejó que el chico se calmara un momento. Luego dijo:

—No, yo no lo inventé. —Dejó la hoja—. De hecho, los británicos lo están desarrollando en estos momentos. Y he oído que los investigadores de la Universidad de Columbia, en Nueva York, van por el mismo camino.

—Entonces, que ellos lo aprendan —repuso Leo malhumorado.

—Eso sería fácil, ¿verdad? —Alfred asintió y se recostó—. Lo único que yo he hecho es llevar los datos a otro estado. Mira... —En la parte de atrás de un cartel sobre el contagio del tifus que habían colocado en el bloque, hizo un sencillo dibujo a mano. Era una especie de sistema de tubos interconectados con cilindros largos que enlazaban con tubos más pequeños por medio de una

red de bobinas y bombas—. Si el gas de uranio, hexacloruro 6, el cual es extremadamente corrosivo, se bombea contra una barrera porosa de algún tipo, las moléculas más ligeras del gas, que contienen el U-235 enriquecido, pasarían a través de los cilindros con mayor rapidez que el U-238, que es más pesado. ¿Correcto?

Leo asintió. Al menos, eso sí lo había aprendido.

—Eso es exactamente lo que esta fórmula representa. Debes memorizar esto a la perfección, Leo, sin importar lo aburrido o complicado que parezca. Ésta es la base de lo que necesitas saber.

—¿«Necesito saber»? ¿Por qué? ¿A quién le importa este estúpido proceso de difusión? ¿O es de efusión? —Leo cogió el dibujo, hizo una bola con él y lo lanzó a un rincón—. ¿Sabe lo que he visto hoy?... He visto cómo ordenaban a seis hombres en mi grupo de trabajo que se echaran al suelo. Luego les dijeron: «¡Levantaos!». Y después: «¡Al suelo!» otra vez. «Rápido, rápido, a paso veloz.» Luego: «¡Levantaos otra vez! ¡Abajo! ¡Rápido! ¡Rápido!». Y a continuación les ordenaron que corrieran en su lugar y luego que hicieran sentadillas. «¡Diez sentadillas!» Y después: «¡Levantaos otra vez! ¡Rápido! Al suelo. ¡Más rápido! *Schnell! Schnell!* Más rápido». Hasta que, uno a uno, cayeron completamente exhaustos y sin aire. Luego usaron sus porras para terminar con todos, mientras que ellos simplemente intentaban llenar de oxígeno sus pulmones. El último de ellos tenía el rostro enrojecido y apenas si podía levantar las piernas; los guardias se reían de él como si fuese una marioneta en un escenario vodevilesco. Hasta que terminaron por matarlo también. Así que, dígame, ¿de qué les sirvió a ellos la ley de Graham?

Alfred no dijo nada, sólo lo miraba.

—Y ¿no lo oyó usted? Hace dos noches se llevaron a todos los del bloque cuarenta y seis y nunca volvieron. ¿Acaso todos estos cilindros y ecuaciones de difusión los salvaron a ellos? Pronto seremos nosotros. Es usted un necio, Alfred, por pensar que los alemanes permitirán que alguno de nosotros salga de aquí con vida. ¡Ninguno! Lo sabe tan bien como yo. Todos vamos a morir aquí. Usted y yo también. Así que, a fin de cuentas, ¿qué importa si es p minúscula o P mayúscula?... ¿U-235 o 238? Mi cabeza está a punto de

estallar, profesor. Hacemos esto todos los días. Una y otra vez. Y ¿para qué...? ¿Me obliga a almacenar todo eso en mi cerebro y ni siquiera me dice para qué?

Alfred asintió. Se apoyó en la pared y soltó un suspiro de comprensión.

—Importa y mucho, hijo. Tienes razón, es probable que muera aquí. Pero tú... La guerra ha dado un giro, Leo. Lo dicen los recién llegados. El ejército alemán está en las últimas en el este. Los Aliados están preparándose para invadir. Se ve en los ojos de los guardias. Están empezando a preocuparse. Es posible que un buen día logres salir de aquí, y yo te daré los nombres de las personas por quienes debes preguntar. Gente respetada. Porque lo que te estoy enseñando en estos pedazos rotos de papel y en la parte trasera de estos envoltorios de comida sucios vale más que todo el oro que los alemanes nos sacan de los dientes. Mil veces más.

—Lo sé. Siempre dice lo mismo, Alfred. Pero ¿por qué...?

El profesor se agachó y recogió el diagrama arrugado que Leo había lanzado contra la pared. Luego lo alisó sobre el catre.

—En estos momentos, en laboratorios de Gran Bretaña y Estados Unidos, incluso en Alemania, los científicos más destacados, tanto que a su lado yo me siento insignificante, están estudiando exactamente las mismas cosas...

—Entonces ¿para qué lo necesitan a usted? —insistió Leo—. Y ¿todas las ecuaciones que está taladrando en mi cabeza?

—A fin de cuentas, no me necesitan —contestó Alfred encogiéndose de hombros—. Excepto porque yo sé muy bien algo que ellos no, como juntar una masa de uranio lo suficientemente grande para capturar y usar los neutrones secundarios antes de que éstos se escapen por la superficie del material. Y, aunque esto no te parezca gran cosa, Leo, porque no involucra un tablero que analizar o piezas que mover, puedes estar seguro de que aquellos que puedan entender este proceso, que lo entiendan antes..., ganarán la guerra. Y ni todas las armas, los tanques y los aviones juntos podrán detenerlos.

—¿El proceso de efusión...? —Leo lo miró con los ojos entornados—. ¿O de difusión o lo que sea?

—Difusión —asintió Alfred con una sonrisa.

—No deja usted de repetir la expresión «cantidades suficientes», Alfred. ¿Suficientes para qué?

Esta vez, Alfred sólo se lo quedó mirando con esa seriedad que tienen los mayores cuando llega el momento de explicar cosas difíciles a un chico que se convertirá en hombre.

—Una vez me preguntaste cuál era el propósito de separar el U-235 del U-238, ¿recuerdas?

—Ahora me doy cuenta de que se trata de alguna forma para recolectar energía —dijo Leo—. ¿Tal vez alguna especie de dispositivo de alimentación? Un motor. ¿Para un tanque, quizá? ¿Un barco?

—Sí, pero mucho, mucho más grande que eso, me temo. Y con un efecto devastador de mucha mayor potencia.

—¿Está hablando de una bomba? —Los ojos de Leo se agrandaron.

Alfred se apoyó en la pared y sonrió con una especie de resignación en el rostro.

—Una pequeña parte de una, sí. Pero se trata de la bomba más grande y destructiva que el mundo haya visto jamás. Algo así como mil bombas en una.

—Mil bombas... —Leo volvió a observar el dibujo arrugado y aplanado—. Y ¿todo a partir de esto? ¿De este proceso de difusión?

Alfred se encogió de hombros con un aire de culpa.

—Mi amigo Bohr propuso que el bombardeo de una pequeña cantidad del isótopo U-235 en su estado más puro, con las pequeñas partículas de neutrones del átomo, era suficiente para empezar una reacción en cadena lo bastante grande para hacer estallar su laboratorio, su edificio y todo lo que lo rodeara en kilómetros a la redonda. Siempre y cuando se logre separar al isótopo, Leo..., y en cantidades suficientes. —Asintió—. Ahí tienes tu respuesta, chico.

El muchacho se recostó. Vio la palidez en el rostro del anciano y su mirada se tornó solemne.

—Lo lamento. Lamento haber arrugado su dibujo, profesor...

—Está bien, pasa de vez en cuando entre colegas. Escucha, sé que esto es difícil. Sé que tu cabeza está repleta de cosas que no te he explicado del todo.

Sé que preferirías estar jugando al ajedrez en el poco tiempo libre que tienes aquí. E, indiscutiblemente, sé que tu nueva oponente es mucho más atractiva a la vista que yo.

Leo sonrió y se sonrojó levemente.

—Entonces ¿a quién quiere que le entregue esta información? Todo lo que ha amontonado en mi cabeza. Si es que logro salir de aquí con vida.

—Científicos. —Alfred se encogió de hombros—. Científicos famosos. Ellos querrán ver esto. Tal vez en Gran Bretaña. O incluso en Estados Unidos.

—¿Estados Unidos? —Leo abrió mucho los ojos de nuevo—. Eso es un sueño, profesor.

—Sí. Es un sueño. Pero, créeme, lo que no es un sueño es que querrán hablar contigo una vez que oigan lo que sabes. Te necesitarán, ya lo verás.

Ambos permanecieron sentados durante un momento sin apartar la mirada del diagrama. Leo parecía estar asimilándolo todo. Una bomba. «Del tamaño de mil bombas. En una. La más grande y devastadora que el mundo haya visto jamás.» La clase de conocimiento que convierte en hombre a un muchacho.

Luego miró a Alfred nuevamente y dijo sin parpadear siquiera:

—Densidad del neutrón para coordenadas, p minúscula, o minúscula, z minúscula es igual a la p minúscula del neutrón por p minúscula, por la o minúscula del neutrón por o minúscula, por la z minúscula del neutrón por $z...$, en donde p es igual al radio del cilindro, o es igual al ángulo entre el diámetro y el radio, y z es igual a la altura del cilindro.

—Perfecto. —La mirada de Alfred se iluminó y aplaudió ligeramente.

—¿Lo ve?, soy inteligente —dijo Leo.

—Sí, lo eres. —El viejo tosió otra vez y su cuerpo entero tembló.

—Está usted enfermo. Debería llevarlo a la enfermería.

—Es sólo un resfriado. Y si allí no mejoras al cabo de dos o tres días, ya sabes adónde te envían..., por la chimenea.

—Y si no mejora aquí, ¿quién entregará sus teorías y sus ecuaciones? —preguntó Leo.

—En eso tienes razón —coincidió Alfred.

Se quedaron sentados durante un momento; la cabeza del chico daba vueltas con la información que Alfred le había dado. Luego dijo:

—Ambos saldremos. —Sus miradas se encontraron—. Ya lo verá. Usted mismo llevará sus fórmulas y sus dibujos a Estados Unidos.

—Eso sí que es un sueño. —Alfred le devolvió la sonrisa con cariño.

—Alguien me dijo que hay una sola cosa que no pueden quitarte aquí..., tus sueños.

—Sí, yo también lo creo —asintió Alfred.

Leo lo miró con certeza.

—Lo haremos. Ya lo verá. —Después, le devolvió a Alfred el dibujo—. Aún tenemos tiempo. Enséñeme más.

24

Se despertó en mitad de la noche, temblando y bañado en sudor. No podía recordar exactamente dónde estaba o por qué llevaba puesto ese pijama rasposo. Lo único que sabía era que la cabeza le daba vueltas, que estaba mareado y que le dolía el estómago. Gritó en medio de la oscuridad:

—¡Marte! —Era una noche cálida, pero él temblaba como si fuese enero en lugar de mayo—. ¿Marte, dónde estás?

—¡Cállate, viejo! —protestó la persona en el catre junto al suyo.

«¿Quién es?» Alfred tenía la sensación de que alguien lo observaba.

—Mierda, tiene fiebre —exclamó su compañero de litera.

—Tengo tanto frío... —dijo Alfred, castañeteando—. Ayúdenme —llamó a cualquiera que pudiese escucharlo—. Oh, Dios —exclamó—. Mi estómago...

Llenaron un cubo de agua de la letrina y se lo vaciaron encima mientras él vomitaba junto a la litera.

—El profesor está enfermo. Tenemos que sacarlo de aquí —oyó que alguien decía.

«No, por favor. No pueden. Aún no...»

A pesar de su estado, su instinto le decía que llevarlo a la enfermería sólo resultaría en su muerte. Oyó una conmoción, voces, maldiciones, gente reunida a su alrededor.

—Lo siento —murmuró—. ¿Dónde está Marte?

—Tu esposa está muerta, viejo —oyó que alguien le decía.

«Sí, es verdad. Está muerta. Lucy también. Ambas están muertas.»

—Envolvedlo en una manta y ocultadlo en la parte de atrás —dijo una voz. Era Ostrow, el recolector—. Por la mañana lo llevaremos a la enfermería.

—Si es que llega a mañana —oyó que alguien apostaba.

—Aguanta, viejo —le dijo Ullie, el panadero.

Sintió cómo lo levantaban en el aire. Casi como si pudiese ver lo que ocurría abajo. Tres personas lo cargaron en peso y lo llevaron, como momificado, a la parte trasera del bloque, donde dejaban a los enfermos.

Tal vez era lo mejor. Tal vez simplemente había llegado la hora de rendirse. Marte lo estaría esperando con su té, sus galletas de almendra y el periódico vespertino.

—Estará bien, profesor. Sólo aguante un poco más —lo exhortó alguien.

—¡Por Dios, está ardiendo!

—Está muy mal —oyó que decía otra voz.

—Dadle un poco de agua. —Un minuto después, notó cómo un chorro de líquido caliente humedecía sus labios resecos.

—Gracias.

En un momento de lucidez, se dio cuenta de lo que tenía. Como hombre de ciencia, sabía lo que eso significaba. Era como una sentencia de muerte allí. La enfermedad no había alcanzado sus intestinos aún. Eso era bueno. Aun así, había un cincuenta por ciento de probabilidades. A lo sumo. Pero, estando en ese lugar, donde a nadie le importaba un carajo si vivías o morías, ¿cómo saberlo?

No podía morir.

Aún no.

Aún quedaba trabajo por hacer.

Las voces comenzaron a apagarse. Él se quedó allí, envuelto en la manta, castañeteando, como si fuese un niño que había ido a patinar con su padre a un lago congelado en las montañas y se hubiera caído por una placa de hielo fina y su padre hubiera tenido que sacarlo. Todo le parecía tan real... El estanque. El agarre de su padre. Nunca en toda su vida había sentido tanto frío.

Entonces, el rostro de otra persona apareció en su mente.

El chico.

«Necesitamos más tiempo», se dijo Alfred, aunque posiblemente lo dijo en voz alta, y cualquiera que lo hubiera oído simplemente debía de haber pensado que estaba delirando.

«Es muy pronto aún.

»Sobre todo, no debes ceder ante la fiebre —se dijo—. No debes perder el conocimiento.

»Debes proteger tu cerebro.»

Luchando contra el impulso de quedarse dormido, le vino a la mente la cosa más extraña. El principio de las reacciones en cadena de su amigo Polanyi. Un químico, ni más ni menos. ¿Cómo era? «El centro de una reacción química produce miles de moléculas como resultado, las cuales en ocasiones tienen un encuentro favorable con un reactivo y, en vez de formar un solo centro nuevo, forman dos o incluso más, cada uno capaz de generar una nueva reacción en cadena...»

Una forma de expresarlo sería 1; 2; 4; 8; 16; 32; 64; 128; 256; 512...

Permaneció temblando en el suelo, pero sin dejar de calcularlo. 1.024; 2.048; 4.096; 8.192; 16.384; 32.768; 65.536; 131.072...

«¿Hasta dónde eres capaz de llegar?»

262.144; 524.288; 1.048.576; 2.097.152; 4.194.304... 8.388.608; 16.777.216.

Por dentro, sonreía.

«No puedes morirte aún, Alfred. Al chico todavía le queda mucho por aprender.

»Aún no habéis hablado del principio de desplazamiento. Ni tampoco de tu punto de vista respecto a la composición de la membrana difusora.»

Para su asombro, un universo de números y ecuaciones, esferas y pruebas matemáticas, danzaba frente a él en la oscuridad, girando y acercándose más y más.

«Aún no. Por favor. Es demasiado pronto —pensó—. No puedes. Queda mucho por aprender.

»¡Deberías ver esto, Marte! —dijo con asombro. El cielo estaba

iluminado con números y ecuaciones—. Estaré ahí muy pronto.»

Entonces dejó de luchar. Una pesadez forzaba a sus ojos a cerrarse.

«Es demasiado pronto —se repitió—. ¡Pero todo es tan hermoso...!»

25

20 de mayo

Hipódromo de Newmarket, Suffolk, Inglaterra

El fuerte zumbido de las hélices y el sonido de los bombarderos despegando para dejar caer su carga sobre la Europa continental era habitual allí. Durante los últimos dos días habían estado bombardeando la costa de Francia y atacando fábricas en la patria alemana día y noche.

—Debilitando las defensas —señaló Strauss—. Para la grande. —La invasión que se aproximaba. Todos sabían que ese día llegaría.

—¿Cuándo? —preguntó Blum.

El capitán de la OSS se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pronto.

Nathan llevaba diez días en Inglaterra. Él y Strauss se alojaban en ese histórico hipódromo, que alguna vez fue sede de dos de los clásicos del país, a más de cien kilómetros de Londres. Actualmente, era una ajetreada base de la Real Fuerza Aérea Británica, hogar del escuadrón 75 de los bombarderos de Wellington y Stirling. Les habían asignado a dos agentes del MI6, los comandantes Kendry y Riggs, y al coronel Radjekowski, del Armia Krajowa, el ejército polaco instalado en Londres, quien estaría a cargo de contactar con la resistencia local.

Siguiendo una estricta dieta, Blum ya había perdido casi cuatro kilos. Su rostro, que ya era de por sí estrecho, tenía ahora las mejillas protuberantes y

un mentón afilado y demacrado, como el rostro de alguien que come una sola vez al día, sólo para mantenerlo con vida. Cada noche, se examinaba frente al espejo en su campamento, alejado del cuartel principal, y veía cómo sus ojos se iban oscureciendo y hundiendo cada vez más.

Le enseñaron a saltar, desde rampas de práctica. Un sargento mayor de la RAF fue el encargado. El gran salto estaba en el horizonte.

También trabajaron en su habilidad con las armas, disparar a objetivos desde casi veinte metros de distancia con una M1911. También practicó su polaco, principalmente la jerga y los modismos, que no había utilizado durante los últimos tres años. Repasaron su identidad. Su nuevo nombre era Mirek, un carpintero del pueblo de Giżycko, ubicado en la región de Masuria, junto a un lago. Desde niño, Blum había demostrado habilidad para la carpintería. Esa clase de habilidades siempre tenían lugar y valor en el campo, según había dicho Strauss. Revisaron varios mapas. Una y otra vez. Sin parar. Mapas del área que rodeaba el campo. El punto donde lo dejarían, en un sembradío cerca del Vístula, a unos veinte kilómetros del campo. «Aunque no debes preocuparte mucho por eso, nuestros simpatizantes te llevarán hasta él.» Asimismo, había estado memorizando los caminos locales, en caso de que fuese necesario. La pequeña y cercana aldea de Rajsko. Un refugio con el que podía comunicarse en caso de que la situación se complicara.

—Sólo di las palabras «*ciasto wisniowe*» —le dijo Radjekowski, el oficial y estratega polaco.

—¿«Tarta de cerezas»?

—Hemos tenido poco tiempo para planificarlo, ya sabes... —El oficial se encogió de hombros a modo de disculpa.

—No importa. —Kendry, el comandante británico del bigote fino, golpeó su pipa—. No te preocupes. Si algo sale mal en tierra, bien puedes darte por muerto de todos modos.

Blum sonrió de manera inexpresiva. Kendry no le resultaba particularmente simpático.

—Trataré de hacerlo mejor que eso, señor.

Más mapas. Mapas del campo en sí, dibujados a mano por Vrba y

Wetzler. Nathan los examinó hasta que le dolieron los ojos. Memorizó cada estructura. Las vías del tren que llegaban hasta él. La puerta de entrada. Los barracones de los prisioneros, llamados *bloques*. La enfermería. El doble perímetro de alambre electrificado. Y el edificio rectangular de tejado plano del cual había hablado con Strauss y el coronel Donovan.

El crematorio.

Mapas del área alrededor del campo.

—Esto es particularmente importante. —Strauss no dejaba de insistir en ese punto—. Debes tener esta zona bien memorizada.

La fábrica de IG Farben que estaba en construcción. Las nuevas vías de tren que casi llegaban hasta Birkenau. El bosque y el río que rodeaban el campo. Lo estudiaron una y otra vez hasta que a Nathan se le grabó todo en la cabeza y se aprendió el área tan bien como conocía el vecindario en el que había crecido en Cracovia.

Le dieron el archivo de Alfred Mendl, su objetivo. Fotos y más fotos. En conferencias científicas, en la universidad donde enseñaba. Su rostro amable, el cabello canoso peinado de lado, la frente alta y la mandíbula pastosa. El lunar que tenía en la nariz, en el lado izquierdo.

—Puede que no esté igual ahora, así que ese lunar será tu única manera de confirmarlo, Nathan. Búscalos. Memoriza cada poro.

Y así lo hizo, incluyendo cada detalle que habían podido recopilar respecto a Mendl. El lugar en donde había nacido: Varsovia. Donde había estudiado: las universidades de Varsovia, Gotinga y el instituto Kaiser Wilhelm en Berlín. Sus mentores: el famoso Bohr, Otto Hahn y Lise Meitner. Su área particular de especialización: física electromagnética. Los procesos de difusión gaseosos, fuera lo que fuese eso. La esposa y la hija de Mendl, Marte y Lucy, quienes habían sido enviadas a Auschwitz junto a él y probablemente estuvieran muertas. Aún no podían divulgar el verdadero motivo por el cual lo necesitaban con tanta urgencia. El motivo por el cual enviaban a Nathan a rescatarlo.

—Por si te capturan. —Así era cómo Strauss lo explicaba, sin expresión alguna más que encoger los hombros.

Blum podía ver el verdadero significado detrás.

Capturado y torturado, quería decir.

De vuelta en su cuartel, de noche, Nathan fumaba y seguía leyendo el archivo de Mendl. ¿Por qué él por encima de todos los demás? Había gatos callejeros por toda la base, buscando comida, y uno de ellos andaba cerca del cuartel de Blum, uno con unos grandes ojos grises. A Blum le recordaba al gato que tenían cuando vivían en la calle Grodzka. El gato de Leisa. El mismo que no habían podido llevarse consigo al gueto. «¿Cuál era su nombre?», trataba de recordar.

«Ah, sí... *Schubert*, desde luego.»

Blum le daba migajas de pan y dejaba que lamiera de sus dedos la nata de los postres que él no se comía. Le traía de vuelta una vida que no parecía más que un recuerdo distante ahora. Prefería estar solo por las noches y revisar los mapas y los documentos.

—¿Ves a este hombre? —Blum le mostró la foto de Mendl al gato, que había saltado al alféizar de su ventana abierta. El animal maullaba y arqueaba el lomo para que le diera algo de leche—. Se supone que debo encontrarlo en un campo donde hay miles de personas. Tal vez cientos de miles. Qué locura, ¿verdad? Me imagino que hasta tú estarás de acuerdo conmigo. Y si no logro... localizarlo, podría acabar como tú —dijo Blum, rascando la espalda del felino. Sacó un poco de tarta—. Atrapado allí para siempre. Excepto porque no habrá nadie que me dé a probar nata y pastelitos... —Dejó que el gato lamiera sus dedos.

»Ya que estamos en un hipódromo, sospecho que nadie apostaría mucho a favor de mi éxito en esta misión. —El gato maulló—. Ah, veo que tú también estás de acuerdo, *Schubert*, mi buen amigo.

Al quinto día, finalmente le mostraron su uniforme, confeccionado por sastres específicamente asignados al MI6. Era un traje de obrero, de corte holgado, con unos pantalones finos que se revertían para mostrar una camisa y unos pantalones rayados de arpillera. Se había corroborado cada detalle del atuendo con los fugitivos, Vrba y Wetzler. Venía con un par de zuecos de madera apretados que, con esfuerzo, le entraron a Blum.

—Un poco justos, por lo que veo —dijo Kendry mordiendo su pipa.

—Servirán.

—Probablemente te vayan mejor que a la mayoría de los que están allí. Desde luego, tendrás botas adecuadas para el salto, pero tendrás que dejarlas antes de entrar en el campo.

Unos días después de eso, se reunieron en la pequeña sala de juntas de la base, en donde generalmente los comandantes a cargo de las misiones daban instrucciones a los pilotos. Strauss se acercó a la pizarra, donde estaba dibujado un mapa aproximado del campo y el área que lo rodeaba.

—Sé que has estado esperando oír con más detalle cómo pensamos traeros de vuelta —dijo con una sonrisa.

—Tengo cierto interés, sí. —Blum sonrió también.

Incluso Kendry rio un poco entre dientes detrás de él.

—Nos hemos enterado de que la fuerza de trabajo del campo está siendo utilizada para ayudar a terminar las nuevas vías de tren que llevan hasta Birkenau. —Strauss señaló la pizarra—. Ese lugar no es más que una fábrica de muerte casi al lado del campo. Sabemos que están llevando a los judíos húngaros ahí para liquidarlos desde su llegada. Miles de ellos. Gaseados.

—Miles... —El número golpeó a Blum como un mazazo en la cabeza, y murmuró para sí—. *Pieprzy*. —«Mierda.»

—De acuerdo con nuestras fuentes, el trabajo para terminar estas vías no para ni de día ni de noche. Parece que tienen mucha prisa —Strauss resopló — por aumentar el ritmo de los asesinatos. Lo que tienes que hacer es lograr que te asignen ese trabajo en particular, durante tu tercera noche allí. Vrba y Wetzler insisten en que no es una labor difícil. El guardia que está generalmente asignado a vigilar ese trabajo, un *Oberführer Rauch*, es conocido por aceptar sobornos. De hecho, aseguran que es una ocurrencia común en el campo, para toda clase de cosas. En el caso de los turnos de noche, aparentemente algunos los prefieren, ya que obtienes una segunda comida.

—¿Sobornarlo? ¿Sobornarlo con qué? —preguntó Blum.

—Después hablaremos más sobre eso... Por el momento, lo que importa es que, en esa noche en particular, a las 0.30 horas, los simpatizantes locales, que están muy bien preparados y son muy capaces, según me ha asegurado el coronel, organizarán un ataque desde el bosque cercano. Aquí. —Strauss tocó

la pizarra con su puntero—. Por eso es tan importante que memorices el terreno alrededor del campo. Tú, y Mendl, desde luego, correréis para huir después del ataque, pero no en dirección al bosque, sino en dirección al río. Aquí... —Strauss señaló—. Es esencial que, aprovechando la conmoción, Mendl y tú logréis llegar ahí, Nathan. Ahí os estarán esperando y os llevarán a ambos al punto de aterrizaje. El avión estará listo para aterrizar precisamente a la 1.30 horas. Los guardias estarán ocupados al menos durante unos cuantos minutos, hasta que lleguen los refuerzos, y lo más lógico para aquellos que deseen escapar sería correr hacia el bosque, desde donde estarán disparando los partisanos, y no hacia el río. De cualquier modo, la emboscada cubrirá vuestra huida. ¿Lo has entendido todo?

Blum asintió.

—Sí. Creo que sí.

—Claro que, si por algún motivo, no logras encontrar a Mendl, o en caso de que estuviese muerto o no estuviese en condiciones de escapar —añadió Strauss encogiéndose de hombros—, entonces serás sólo tú.

—Entiendo.

—Así que ése es el plan. Lo repasaremos varias veces más. —Strauss se sentó en el borde de la mesa—. Estoy seguro de que tendrás preguntas...

—Sólo una, para empezar. Voy a arriesgar mi vida con la convicción de que el Armia Krajowa atacará —dijo Blum.

—Lo harán —aseguró Radjekowski, el coronel polaco—. Puedes estar seguro de ello.

—Y... —Blum se volvió hacia Strauss con una sonrisa— con la convicción de que ese guardia en particular puede ser sobornado.

—Sí. —Strauss tocó el mapa dos veces con el puntero—. Así es. Entonces...

Un silencio rígido se apoderó de la habitación.

Blum sentía que había llegado el momento de hacer la pregunta.

—Entonces ¿cuándo me voy?

Strauss miró a los británicos, hasta que finalmente recibió un asentimiento de confirmación por parte del oficial de la resistencia polaca.

—El 23. Habrá luna llena. La más alta visibilidad posible. La

necesitaremos para ubicar el lugar de aterrizaje. Harás el viaje en uno de los De Havilland DH.98 Mosquito nuevos de la RAF. Ligeros y veloces. Capaces de volar sin ser detectados por radares alemanes. Oświęcim se encuentra a unos mil seiscientos kilómetros en vuelo directo, pero volarás hasta Gotemburgo, Suecia, y luego al sur, sobre el Báltico. Los Mosquitos vuelan a casi quinientos kilómetros por hora, más o menos. Considerando el desvío, debería llevaros unas cuatro horas aproximadamente. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para mantener ocupada a la Luftwaffe con algunos bombardeos de distracción. —Miró a Blum, del mismo modo que un abogado volvería la cabeza para mirar a los presentes en un juicio cuando hubiera terminado de hacer su exposición final y no quedara más que decir—. ¿Todo claro?

—Entonces, el 23... —dijo Blum sintiendo una punzada de nervios.

—Sí. —Strauss dejó el puntero sobre la mesa—. Dos días.

26

Al día siguiente era domingo y, a pesar de que a Blum le habían dado la mañana libre, se despertó al amanecer, con los nervios de punta. Hojeó los documentos una vez más —el mapa del campo, Mendl—, aunque todo estaba firmemente plantado en su mente.

A mediodía, *Schubert* llegó a su cuartel; las opciones de comida para gato claramente eran escasas en otros sitios. Blum estaba dejando unas cuantas migajas en el alféizar de la ventana cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

Era Strauss.

—Lamento molestarte, Nathan —dijo. Había una expresión en su rostro que Blum no podía interpretar del todo. Sería. Inquieta. Venía con Kendry, el británico callado. Blum no confiaba en él—. ¿Te importa si nos sentamos?

—Por favor... —dijo él, quitando su ropa y los documentos de la otra cama.

Kendry prefirió apoyarse en la ventana y sacó su pipa.

—Así que... —Strauss le dirigió una cálida sonrisa— mañana es la noche... —Observó los documentos y las fotografías que se encontraban en la otra cama—. ¿Estás listo?

—Creo que sí, señor.

—¿Lo sabes todo acerca del lugar?

—Como si hubiese nacido allí. —Blum sonrió.

—Sí. —Strauss sonrió también—. Claro que hay algunos otros detalles

que tenemos que aclarar. Te gustará saber que ya tenemos la confirmación definitiva de la gente de allí. Te están esperando. Y el tiempo atmosférico parece ser perfecto. —Se quitó la gorra—. Aunque, hay una sola cosa más...

—¿Qué cosa, señor?

El británico se adelantó un paso y chupó su pipa.

—Estamos preocupados por un aspecto que no formó parte de su entrenamiento, teniente.

—¿Qué aspecto? —Nathan permaneció sentado mirándolos a ambos.

—La pregunta es, teniente..., ¿es usted capaz de matar?

—¿Que si soy capaz de matar? —Blum los miró nuevamente, inseguro. Con anterioridad se había enfrentado a gente que le disparaba. En varias ocasiones. Pero, incluso en el gueto, nunca había tenido que matar a nadie—. Soy un soldado. Desde luego que soy capaz de matar. Si tengo que hacerlo.

—Me temo que eso no será suficiente, Nathan. —Strauss se puso de pie—. Con todo lo que está en juego, todo lo que estamos arriesgando, bien podría haber algún punto en la misión en el que tendrás que hacerlo. Un punto en el que tu vida, y todo lo que ésta implica, dependerá de ello. Y, en ese momento, no habrá oportunidad de decidir si puedes o no hacerlo.

—Entonces lo haré. Pueden contar con ello —declaró Blum con firmeza, sin apartar la mirada de ninguno de los dos.

—En ese caso, nos gustaría que lo probara —dijo Kendry. Desabrochó la funda de su pistola y sacó su Browning.

Blum los observó confundido.

—¿Cómo?

—Veo que ha hecho un amigo —dijo el británico, sonriéndole a *Schubert*, en el alféizar de la ventana. Estiró un dedo y el animal avanzó furtivamente hacia él, arqueando el lomo y rozando su cuerpo contra el suyo.

—Sí, creo que ya les hablé de él —asintió Blum—. Él...

El británico lo miró.

De pronto, Blum entendió claramente lo que le estaban pidiendo.

—No puede hablar en serio —dijo negando con la cabeza. El británico no apartó la mirada—. No es más que un gato inocente... Es mi amigo.

—De aquí en adelante, ya no tiene amigos —respondió el comandante—.

Y ya no existe el concepto de culpables o inocentes, solamente personas que se interponen entre usted y su objetivo. Así que, sí, hablo muy en serio... —Amartilló la pistola y se la ofreció a Blum—. Ambos hablamos en serio. Muéstrenoslo.

La mandíbula de Blum se abrió; luego, miró a Strauss. El capitán de la OSS no le ofreció alivio alguno. Se limitó a encogerse de hombros.

—Por desgracia, Nathan, no podemos seguir adelante con esta incertidumbre. Arriesgamos demasiado en esta misión.

Blum se quedó mirando el arma, sin poder creer lo que estaba sucediendo. No podía aceptar lo que le pedían.

—Hay una diferencia —replicó.

Los nazis eran asesinos. Mataban gente inocente, como a sus padres y a su hermana. A muchos de sus amigos también. Había logrado burlar guardias alemanes y puntos de control para llevar los medicamentos que la gente necesitaba en sus bolsillos. Había atravesado Polonia con un pasaje sagrado del Talmud en su equipaje; lo habían metido a escondidas en un carguero sueco, lo que, de haber sido descubierto, habría significado una muerte inmediata. Pero eso... Eso rebasaba sus límites.

El gato saltó al suelo y rozó la cama.

Eso lo convertía en alguien igual que ellos.

—¿Crees que esto es peor que lo que posiblemente deberás afrontar cuando aterrices? —preguntó Strauss.

Kendry seguía sosteniendo el arma frente a él.

Blum sintió como si le abriesen las entrañas con un cuchillo. Era como si cualquier valor moral que aún estimaba, cualquier recuerdo de su vida anterior, sus padres, su hermana, todo lo que lo separaba de los asesinos desalmados que los habían matado, quedara permanentemente destruido.

«Fuiste tú el que dijo que querías hacer algo más...»

—Es inocente, lo sé, Nathan. Pero habrá muchos otros inocentes que también podrían representar una amenaza para el éxito de esta misión. Si no puedes hacerlo —Strauss se quedó de pie, esperando—, me temo que no podemos encomendártela.

Schubert seguía caminando por la estancia. «Corre. Ahora. Por favor...»,

suplicó Blum para sus adentros. El gato se detuvo en la puerta, lo miró, como si esperase una caricia afectuosa o algo de comida tal vez, y maulló.

Blum cogió la pistola.

—Perdóname —dijo, y se acercó al animal.

Bajó el arma y apretó el gatillo. La respuesta a esa acción fue un estampido. La pistola retrocedió en la mano por la fuerza del disparo. El gato cayó sobre un costado. Blum se quedó de pie observándolo; sintió algo vacío y vergonzoso en su interior, como un nudo en las entrañas, algo dentro de él que le decía que había cambiado y que se había pasado al otro lado.

—Tome. —Le devolvió la Browning a Kendry.

Strauss se le acercó y colocó una mano en su hombro.

—Lo siento, Nathan. Sé que ha sido algo muy difícil, pero teníamos que estar seguros.

Blum asintió.

—Entiendo.

—Y, créame... —Kendry volvió a guardar el arma en la funda—, esto no será lo peor que se verá obligado a hacer durante esta misión.

El día que había sido programado para su partida, le pidieron a Blum que atendiera una llamada en la oficina central de comunicaciones.

Strauss lo llevó a una habitación privada, con un receptor de radio y un auricular de teléfono.

Supuso que se trataba de una llamada de Donovan, para desearle buena suerte, o tal vez de algún miembro de su nueva familia, en Chicago. Pero cuando la persona que llamaba empezó a hablar, a través de las interferencias y los siseos, reconoció la famosa voz; la había oído dar discursos antes, así como en sus *fireside chats*.^[3]

Era el presidente de Estados Unidos.

—¿Hablo con el teniente Blum? —preguntó Roosevelt.

—Sí, señor. —Casi de un modo reflejo, Nathan se puso de pie, aunque el gran hombre se hallaba a un océano de distancia—. Señor presidente... —Su garganta se secó.

—Quería que supiera que estoy al tanto de su misión. Y llamaba para desearle la mejor de las suertes.

—Gracias, señor —dijo Blum, tragando saliva—. El simple hecho de que le hayan hablado de ella es un honor.

—¿Hablado de ella? —rió el presidente—. Fui yo quien dio la orden, teniente, en persona.

Una oleada de orgullo recorrió el cuerpo de Blum. Miró a Strauss y su rostro enrojeció.

—Conozco los riesgos que esto implica —prosiguió el presidente—, y lo que está sacrificando para hacerlo. Estamos en deuda con usted, hijo. Pero no nos falle. No tiene ni idea de lo mucho que depende del éxito de su misión.

—No les fallaré, señor —aseguró Blum, inflando el pecho.

—Bien. Entonces no me queda más que desearle buena suerte y decirle que los ojos vigilantes del Señor estarán sobre usted. Me han asegurado que, a muchos niveles, elegimos al hombre indicado.

—Me siento honrado, señor —dijo Blum otra vez.

—En ese caso, quedo a la espera de la noticia de su regreso, a salvo y victorioso. —El presidente rio satisfecho—. Buena suerte, hijo.

Blum oyó un bip y el receptor le indicó que la línea había sido desconectada. Aun así, llenó su pecho de aire y respondió:

—Gracias, señor.

Antes de marcharse, le entregaron tres cosas más.

La primera fue dinero en efectivo: quinientas libras esterlinas.

—Necesitarás algo para sobornar al guardia. Lo coseremos en el forro de tu uniforme —le mostró Strauss—. Junto con algo más.

Sostenía una pequeña bolsa azul en la mano, la cual le arrojó a Blum. Éste la abrió y, de inmediato, sus ojos se agrandaron.

La bolsa contenía un diamante.

Y uno bastante grande. Más grande que cualquiera que hubiese visto en su vida, incluso más enorme que los que portaban las esposas elegantes que acompañaban a sus maridos ricos a la tienda de su padre. «Ocho quilates», estimó Blum.

—Diez, si te lo preguntabas —dijo Strauss—. Casi de calidad perfecta. Vale una suma considerable de dinero. Por si te metes en problemas —el capitán le guiñó un ojo— y tienes que pagar para salir de ellos. Es mejor que el efectivo o el oro en el campo, y mucho más fácil de transportar. Sabes dónde esconderlo, ¿no es así? En caso de apuro... —Strauss esbozó una especie de sonrisa torcida.

—Oh, sí. Entiendo —dijo Blum, sonrojándose ligeramente.

—Úsalo sabiamente. Y, por supuesto, trata de no olvidar que está ahí.

—No, no lo haré. Claro que no. —Blum se aclaró la garganta.

—Mientras tanto, me lo quedaré, si no te importa... —Strauss estiró la mano—. Para mantenerlo a salvo hasta que te marches. Ah, y algo más... —Revisó sus bolsillos—. No sé exactamente cómo abordar este tema contigo. Te diriges a un lugar de pesadilla. Ni siquiera yo estoy del todo seguro de qué encontrarás allí. Especialmente si algo llegara a salir mal... —Abrió la mano y le mostró dos cápsulas de color rojo en una cajita de plástico.

Blum las observó con detenimiento y, tras haber comprendido su significado con claridad, miró de nuevo a Strauss.

—Instantáneas y prácticamente indoloras, según me han dicho. Aunque debo admitir que no las he probado personalmente —sonrió con comprensión—. Las coserán en la parte superior de tu guerrera. Supongo que la idea es que, incluso si tus manos estuviesen atadas, simplemente pudieras, ya sabes... —Strauss acercó su mandíbula al hombro—. Morder. Lo dejo a tu criterio. La línea oficial es que no acudiremos en tu ayuda, y, cuanto menos se sepa, mejor, desde luego...

—Claro. —Blum asintió y tragó saliva.

—Aquí, entre nosotros —Strauss cerró la cajita y volvió a colocarla en el bolsillo de su uniforme—, si te capturaran, ésta bien podría ser la mejor alternativa..., supongo que sabes a lo que me refiero.

—Sí, entiendo —asintió Blum.

Strauss se encogió de hombros.

—Supongo que no queda mucho más que añadir...

Blum sonrió y lo miró a los ojos.

—Solamente... —Strauss puso la mano sobre su hombro—, *mazel tov*, teniente Blum. El coronel Donovan y yo sentimos la mayor admiración por lo que te dispones a hacer...

—A *sheynem dank* —respondió Blum con una sonrisa. «Muchas gracias.»

—Sí, a *sheynem dank*. —El capitán sonrió—. Ciertamente, hace mucho que no oía esas palabras.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos.

Alguien llamó entonces a la puerta.

—Ah, casi lo olvido... —dijo Strauss—. Una última cosa.

Un hombre británico de baja estatura, rechoncho y con un uniforme de defensa civil entró cargando una pequeña caja metálica.

—Capitán. —Luego miró a Blum—. Teniente...

El hombre dejó su caja y sacó de ella una máquina para cortar el pelo.

—Despídete de tu cabello por un tiempo —dijo Strauss.

Blum se sentó y el hombre le colocó una sábana alrededor de los hombros.

—¿Era barbero antes de la guerra? —preguntó.

—No exactamente, señor —respondió el británico, y encendió la máquina.

Rasuró la cabeza de Nathan, el cabello oscuro cayendo a sus pies. Después, él se miró en el espejo. Los ojos hundidos y los pómulos protuberantes se le notaban aún más. Ahora se veía realmente como aquello que sería en cuestión de un día: un prisionero. Su corazón se llenó con la profundidad de la responsabilidad que le habían encomendado. Un polaco. Alguien sin posición. Alguien que había escapado del mundo de la oscuridad tan sólo tres años antes.

Strauss se encogió de hombros.

—Eso nos deja sólo una cosa más...

El capitán asintió y el británico volvió a abrir su caja para sacar una aguja de tatuar. La conectó y la sumergió en una tinta azulada.

—Esto es lo que hacía antes de la guerra, señor —le explicó a Blum.

Strauss le entregó al hombre un número de seis dígitos. El instrumento empezó a vibrar.

—Señor —le dijo el hombre a Blum—, ¿podría estirar su brazo izquierdo, por favor?

Varsovia

El coronel Martin Franke estaba sentado frente a su escritorio en la sede de inteligencia alemana, en la calle Szucha de Varsovia. Su auxiliar de campo, el teniente Verstoeder, dejó su *kaffee* matutino sobre el escritorio. No eran los horribles brebajes rebajados con agua que los polacos bebían con azúcar y nata para ocultar el sabor. Era café alemán. Denso. Oscuro. Traído directamente de la sede de Dallmayr en Múnich. Hojeó los comunicados y los telegramas que habían llegado durante la noche. Algunos eran transmisiones codificadas que habían sido interceptadas; otras habían sido emitidas directamente por la radio, de la BBC. Aquellos que llamaban su atención los guardaba en lo que él llamaba la caja A junto a su escritorio. Los otros simplemente terminaban en la caja B para ser archivados. La verdadera inteligencia no era sólo una ronda de bebidas en el bar de Estoril o apostar en el casino. Ésa era la regla número uno. Requería minuciosidad. Y perseverancia. Perseverancia, pero también instinto. Tener un buen olfato para esas cosas.

Un buen olfato valía todas las bebidas en Lisboa.

Sin embargo, la regla número dos era: todo debía ser archivado.

Los últimos cuatro meses, desde lo ocurrido en Vittel, sólo habían hecho que Franke deseara recuperar su antigua posición con más fervor. La guerra no marchaba bien. Cualquiera tonto podía darse cuenta. El Ejército Rojo

avanzaba; ya casi estaba en Polonia. Los enfrentamientos estaban muy cerca, en Leópolis incluso. Hasta los polacos habían empezado a levantarse y a convertirse en una molestia. Y todos sabían que la invasión de los Aliados era inminente. ¿Normandía o Calais? Sólo era cuestión de elegir el lugar.

En Varsovia, el gueto había sido quemado y demolido. Los últimos judíos, salvo aquellos que se habían refugiado en el sector ario, estaban muertos o habían sido enviados a lugares de donde no regresarían. Su trabajo actual consistía en sacar de su escondite a los que quedaban o desenmascarar a aquellos que tenían papeles falsificados. Y también en capturar polacos que estuviesen bajo sospecha de ser colaboradores y lanzarlos al sótano de la prisión de Pawiak, y básicamente dejar que un miembro de la Gestapo los intimidase y aporrease sus caras hasta que hablaran. O hasta que no hablaran más, en los casos extremos. De cualquier modo, después eran enviados al bosque de Katyn, donde se colocaban contra un árbol y les disparaban.

Los bosques estaban tan bañados de sangre que circulaba el chiste de que esa primavera la hierba crecería de color rojo.

Aun así, como Franke sabía, todo eso era básicamente trabajo policial, para la Ordnungspolizei tal vez. No era trabajo de inteligencia militar.

No había recibido más que una mísera carta de Berlín, del *Brigadeführer* de las SS, Schellenberg, a quien le respondía ahora; en la carta, lo felicitaba por el «útil papel» que había desempeñado al descubrir a aquellos que poseían pasaportes falsos en Vittel.

«¿Útil papel?» Les había entregado a doscientos cuarenta judíos.

Mientras un montón de tontos perdían la guerra, a él lo habían hecho a un lado.

Mientras bebía su *kaffee*, Franke hojeaba la pila de telegramas y mensajes del día. La mayoría eran frases que sólo tenían significado para su destinatario: «Los zapatos de Lila ya han llegado. Recógelos cuando quieras»; «Oskar quiere que sepas que la lección de chelo será la próxima semana a la misma hora»; «Jani ansía verte de nuevo. Pero, esta vez, te pide que traigas el sombrero rojo en vez del azul». Desde luego que todo significaba algo. Parte del trabajo de Franke ahora era encontrar cualquier cosa que pudiese tener una conexión con la red de los partisanos, cuyos

miembros se habían convertido en una peste en el frente y en Varsovia, y después rastrearlos.

«Como éste, tal vez...» Releyó un mensaje de la noche anterior que había llamado su atención.

Era la clase de mensaje que pasaría desapercibido para la mayoría. Había llegado justo antes del anuncio de la BBC de «Una velada con la filarmónica». Mencionaba a un buscador de trufas que iba camino de Polonia. El mensaje decía: «Están creciendo muy bien esta temporada entre los abedules».

«¿Abedules?»

—¿Qué son trufas? —preguntó su ayudante, Verstoeder, mientras se disponía a ordenar las pilas A y B.

—Son como setas. Pero mucho más caras —dijo Franke—. Y crecen en la raíz de los árboles, pero en Italia —añadió curiosamente—. No en Polonia. Eso es lo que me llama la atención. Y, en otoño, utilizan cerdos para encontrarlas.

—¿Cerdos?

Franke asintió.

—Cerdos y perros.

La clase de mensaje que pasaría desapercibido para la mayoría.

—Entonces ¿quién es el buscador de trufas? —preguntó Verstoeder—. Y ¿por qué viene a Polonia?

—En primavera... —aclaró Franke.

—Sí, en primavera.

—Buena pregunta. —Franke bebió el último sorbo de su café—. Y otra sería: ¿quién es el cerdo?

Al pensar en trufas, su estómago rugió con anhelo, ya que, desde hacía un tiempo, no había recibido nada más que patatas, col y salchichas. Pero ése era un juego de olores, como sabía el coronel, y podía oler ése tan claramente como si tuviese a uno de esos pequeños hijos de puta entre sus manos.

—¿Conservar o archivar? —preguntó el teniente antes de decidir en qué caja poner el telegrama.

—Conservar, me parece. Al menos, por el momento. —Sospechaba que

llegarían más mensajes así, respecto al buscador de trufas.

Tenía buen olfato para esas cosas. Y ese mensaje en particular hacía que le picara la nariz.

Franke colocó el telegrama en la caja A.

29

En el interior del Havilland Mosquito, a cuatro mil quinientos metros de altitud sobre Polonia, Blum trataba de contener su nerviosismo.

Miró su antebrazo. Aún escocía por el número que le habían grabado con tinta azul. A22327. El número de Rudolf Vrba. Así, en caso necesario, coincidiría con un número real. Aunque Blum sabía que eso prácticamente no importaba. Si lo descubrían, sería interrogado y fusilado de inmediato como un espía. Ni todos los números del mundo serían suficientes para salvarlo.

O cualquier diamante.

El avión se sacudía de arriba abajo. Ocasionalmente, se podía oír el fuego antiaéreo atravesar el cielo. Los Aliados habían planeado un bombardeo en Dresde para desviar la atención de las aeronaves y la artillería enemiga. Aun así, los bruscos movimientos del aeroplano resultaban aterradores, más aún sabiendo lo que había adelante. Se agarró a la correa de salto para tratar de calmarse.

Pensó en la conversación que había mantenido con el presidente Roosevelt antes, ese mismo día. Lo mucho que dependía de eso; la fe que tenían en él. Su pulso seguía estando acelerado de orgullo. Que un polaco, un judío del gueto de Cracovia, hablase desde el otro lado del océano con el hombre más poderoso del mundo. Si su padre y su madre hubiesen podido verlo... Jamás lo habrían creído. Y Leisa. Ella habría puesto los ojos en blanco y le habría dicho: «No dejes que esto se te suba a la cabeza. Podrían dispararte en cuestión de un minuto. O podrías aterrizar en la parte trasera de

un camión militar nazi. Y ¿entonces de qué te serviría tu conversación?».

Blum sonrió mientras intentaba recordar por qué estaba allí y trataba de calmar sus nervios. El avión se sacudió mientras atravesaba una turbulencia. Se sacudió tan fuerte que por un segundo Blum sintió que los tornillos que unían el fuselaje se caerían. Miró su reloj. Sólo unos minutos más. Y luego...

Luego sería la hora del salto. Sintió que el estómago se le revolvía al pensar en ello.

—¡Prepárate! —gritó el copiloto desde la cabina de mando—. Vamos a descender a mil ochocientos metros.

Blum levantó ambos pulgares, pero por dentro tenía los nervios destrozados. Si había algo de luz en ese lugar dejado de la mano de Dios, sabía que su rostro resaltaría como una sábana blanca.

—¡Saltaremos a cuatrocientos metros! Seis minutos.

—Estoy listo —dijo Blum, a pesar de que cada célula de su cuerpo estaba congelada sólo de pensarlo.

Repasó el plan de contingencia en su mente. ¿Y si la resistencia no estaba allí para recibirlo al aterrizar? Tendría que llegar por su cuenta al pueblo de Rajska, ocho kilómetros al este. Hasta el refugio. Pensó en la contraseña una vez más: «*Ciasto wisniowe*». Tarta de cerezas.

Tenía mapas. Una brújula. Dinero. Una Colt M1911 enfundada en su cinturón. El paracaídas había sido revisado una y otra vez. «Cinco segundos», se recordó. El tiempo que tenía que contar antes de tirar del cordón. Trató de bloquear todo pensamiento negativo. ¿Y si se equivocaba y caía? ¿Qué haría entonces? «No nos falle, teniente.»

—¡Dos minutos! —El copiloto corrió hacia la parte trasera del fuselaje—. Vayamos a la escotilla.

El estómago de Blum se endureció.

Revisó su mochila y avanzó hacia la escotilla. Se pegó a la línea de salto. Ajustó la correa de su casco.

—Volveremos a por ti dentro de setenta y dos horas —dijo el piloto—. A la 1.30. Hay un campo despejado justo al lado de la carretera principal. Tres kilómetros al este del lugar de descenso.

Blum asintió. Lo había repasado incontables veces. Lo tenía grabado en el

mapa de su mente. Pero no importaba; los simpatizantes lo llevarían hasta ahí.

—Recuerda, sólo estaremos en tierra durante dos minutos. Nada más. Luego despegamos y salimos lo más rápido que podamos. Más vale que estés allí.

—Entiendo.

—Y no sé qué diablos es lo que vas a hacer ahí abajo, pero, sea lo que sea —dijo mientras le daba a Blum una palmada en el hombro—, ¡buena suerte!

—Gracias.

—Ahora, sujétate fuerte... —El copiloto abrió la escotilla exterior y el aire frío entró en el aparato—. ¡Mira hacia abajo!

Señaló un punto en la oscuridad.

Directamente frente a ellos había una formación de luces en el suelo en forma de «X».

—Ésa es tu marca. El viento es favorable. Ya estamos por debajo de los cuatrocientos metros. No debería ser muy difícil. Ya has hecho esto antes, me imagino.

Blum negó con la cabeza.

—Sólo durante la instrucción. No de verdad.

—¿No de verdad? —El copiloto puso los ojos en blanco—. Bueno, da igual. —Le dio un tirón a la correa del casco de Blum—. Tú sólo respira profundamente y salta a mi señal. Estarás abajo antes de que te des cuenta.

El avión se sacudía como un caballo que tratara de derribarlo. Blum tenía que sujetarse de la barra para no caer.

«Cuenta hasta cinco —se recordó—. Luego tira de la cuerda.»

El corazón le martilleaba en el pecho.

—Prepárate. Casi estamos allí.

El viento frío lo golpeaba en el rostro.

—Recuerda... —El copiloto le puso la mano en la espalda—. Setenta y dos horas. —Miró hacia atrás para orientarse, sosteniendo la correa de Blum—. ¡Ahora!

El corazón de Blum saltó por los aires, pero sus pies, como congelados en su lugar, no se movían del avión. Vio cómo se acercaban a la «X» iluminada

debajo. Ya estaban casi directamente encima de ella.

—¡He dicho ahora! ¡Ahora! ¡Hazlo! —gritó el copiloto.

Cogió a Blum de las correas de los hombros y básicamente lo arrojó hacia el cielo nocturno. Él cerró los ojos y dejó escapar un grito. Estaba helando y en completa oscuridad; sintió cómo caía a más velocidad de la que jamás había creído posible. «Uno, dos...» Oyó el rugido del avión que se elevaba y se alejaba. El viento lo golpeaba en el rostro y lo empujaba en todas direcciones.

«Tres... ¡Cuatro!

»¡Cinco!»

Contuvo la respiración y tiró de la cuerda. Para su alivio, fue como si el ascensor en el que iba se hubiese detenido abruptamente. Durante un segundo, sintió como si hubiese resbalado de su paracaídas y estuviera cayendo en picado por su cuenta. Una oleada de miedo le recorrió el cuerpo.

A continuación, abrió los ojos.

Estaba bien. Flotando. Todo era oscuridad. Su corazón retomó un ritmo normal. Se había pasado un poco de su marca. No aterrizaría cerca de la «X», pero tampoco demasiado lejos.

Una inquietud lo asaltó de repente: ¿y si la resistencia lo había entregado? ¿Y si, en vez de amigos, había un camión repleto de tropas alemanas esperándolo allí abajo? Vio las copas oscurecidas de los árboles; se acercaba a ellas a gran velocidad. Había llegado el momento.

«Espera...»

Flotó hasta el suelo, más deprisa de lo que había anticipado, cayó de golpe en el campo con una exaltación de aire y de nervios y rodó. El paquete atado a su espalda estuvo a punto de dejarlo sin aliento.

No se veía ni una luz alrededor.

Lo primero que hizo fue sacar su Colt. Los matorrales allí eran espesos, y todo estaba por completo en silencio y a oscuras. Recogió su paracaídas. Esperaba encontrarse con un grupo de gente corriendo hacia él, pero hasta ese momento no había señales de vida, ni siquiera voces. Vio un bosque a la izquierda, era el sur, de acuerdo con la brújula en su muñeca. Enrolló el paracaídas y se dirigió hacia allí para ponerse a cubierto. Se agachó y cavó un

hoyo entre los matorrales. Por suerte, las lluvias habían sido generosas y el suelo de primavera estaba húmedo. Metió el paracaídas en el hoyo y lo cubrió con una capa de hojas y maleza.

El corazón le latía con fuerza.

Por primera vez, caía en la cuenta de que estaba de vuelta en Polonia.

Todo estaba en silencio. Blum no tenía ni idea de quién lo aguardaba. ¿La resistencia o soldados alemanes? Se asomó hacia el bosque. Nadie. Eso no era lo que esperaba. ¿Dónde se había metido?, se preguntó. ¿Y si nadie venía? Estaría solo allí, en territorio ocupado. Estaría...

Oyó el crujido de una pequeña rama detrás de él y su pulso se aceleró. Alguien estaba cerca... Se quedó tan quieto como pudo; el sudor se escurría por sus sienes. Levantó su arma. Muy pronto descubriría exactamente de qué era capaz, se dijo. Luego, oyó un clic. Esta vez, el sonido provenía de uno o dos árboles más allá. Sabía que había amigos cerca, pero también podía haber enemigos.

Oyó el clic de nuevo. Esta vez, sabía exactamente de qué se trataba.

El sonido de un arma siendo amartillada. «Pero ¿el arma de quién?»

Blum puso el dedo en el gatillo.

Oyó el susurro de un hombre. En polaco, gracias a Dios.

—*Lubisz trufle...?* —preguntó la voz. «¿Te gustan las trufas...?»

—*Tak* —murmuró él en respuesta. «Sí»—. Pero no tanto como las remolachas.

—Bueno, has venido desde muy lejos entonces... —Dos personas salieron de la oscuridad—. A por remolachas.

Un hombre y una mujer joven. El hombre llevaba una chaqueta de cazador y un sombrero. También cargaba un fusil. La mujer joven vestía un suéter de punto y una gorra, con el cabello rubio recogido en dos coletas. Ella llevaba una ametralladora *Błyskawica*.

—*Witaj w domu, przjacielu* —dijo el simpatizante con una gran sonrisa, y le dio una calurosa palmada a Blum en el hombro. «Bienvenido a casa, amigo.»

30

Se subieron al camión agrícola y avanzaron por carreteras secundarias, algunas ni siquiera estaban pavimentadas, y viajaban con las luces apagadas.

—Y ¿ahora qué viene? —preguntó Blum.

—¿Ahora? Ahora pasarás la noche con nosotros —dijo el conductor con la chaqueta de cazador—. Bueno, al menos lo que queda de ella. En Brzezinka, a quince kilómetros al norte. Por la mañana te llevaremos con un grupo de trabajo en el campo.

—¿Cómo te llamas?

—Josef —dijo el conductor—. Y ella es mi sobrina, Anja.

La chica, de no más de veinte años, bonita y con un atuendo de hombre, parecía estarle sonriendo ligeramente.

—¿Qué es tan gracioso? —le preguntó Blum a Josef.

—Mi sobrina piensa que no pareces un comando. Esperábamos a alguien, ¿cómo decirlo?, un poco más... —Se encogió de hombros—. Más como un comando.

—Puedes decirle a tu sobrina que ella tampoco parece un soldado —dijo Blum, aunque su polaco no necesitaba traducción alguna.

En la parte trasera, Anja rio con nerviosismo.

—Sólo debes saber que, si nos topamos con problemas, te alegrará tenerla con nosotros —dijo Josef—. Ha matado a más alemanes que varios hombres que le doblan la edad. Bonita por fuera, pero tiene hielo en la sangre.

—En fin, la verdad es que no soy un comando —explicó Blum—. Y, si

tuviera el aspecto de uno, no podría mezclarme muy bien con los prisioneros del campo.

—Ahí tienes razón —reconoció Josef.

Dando un salto, el camión se internó en un campo abierto y luego se dirigió hacia un camino de tierra. En cierto punto, Josef se detuvo y Anja salió del vehículo para abrir una verja y cerrarla detrás de ellos en cuanto entraron. En ese momento, encendieron los faros del camión.

—¿Estás seguro de que sabes qué es lo que te espera cuando estés allí? —Josef lo miró—. El lugar al que te diriges.

—No lo sé. —Blum se encogió de hombros—. Ya veremos.

—Mañana comeremos *pierogi* y *chucrut*. Puedes quedarte si quieres. Te traeremos de vuelta aquí dentro de tres días. —Miró a Blum y sonrió—. ¿Quién podría enterarse...?

—Sería un enorme desperdicio de gasolina —dijo él—. Y requeriría mucha planificación. —Le mostró al hombre cómo se revertía la guerrera que llevaba bajo la chaqueta y se convertía en el uniforme de rayas de los prisioneros.

—Planificar es barato. —Josef se encogió de hombros—. Pero la gasolina... —Atajó a través de unos arbustos y salió a un camino pavimentado—. Tienes razón, no podemos desperdiciarla. En fin, tienes suerte, mi esposa no sabe cocinar —dijo guiñándole un ojo.

Anja rio desde la parte de atrás.

—Tiene razón. Sus empanadillas son duras como piedras. Si dejas caer una, puedes abollar el suelo.

—Sí, es cierto. —Josef se rio—. Pero... ¡Mierda! —Miró hacia delante—. Esperad. —De la nada, aparecieron dos guardias alemanes junto a un paso a nivel, con un camión militar que bloqueaba el camino—. ¿Qué carajo están haciendo aquí?

Blum divisó el águila sobre una esvástica en sus uniformes.

—*Einsatzgruppen*... —Josef miró a Anja—. Mala gente. Vienen a por los judíos. —Aminoró la velocidad y cogió una botella de vodka—. Sólo finge que estás borracho. Y cubre las armas. Venimos de la fiesta de cumpleaños de un primo en Wilczkowice. Si nos piden que salgamos... —miró a Blum y

señaló su arma con un gesto—, ya sabes qué hacer.

Blum asintió. El ritmo de su corazón empezó a acelerarse. Se cubrió los ojos con la gorra.

En la parte trasera, Anja arrojó las armas bajo una manta, pero Blum oyó cómo amartillaba su pistola oculta.

—Si hacen cualquier movimiento en falso —dijo ella en voz baja—, será lo último que hagan.

—No seas tan impulsiva, sobrina —le advirtió Josef—. Tenemos que proteger a nuestro invitado. Los alemanes muertos causan problemas.

Josef detuvo el camión. Uno de los guardias saltó de su vehículo y se acercó a ellos. Un sargento, se percató Blum. Pero también vio los dos rayos de las SS en su cuello.

—Buenas noches, *Unterscharführer* —dijo Josef. Le tendió una botella medio vacía de vodka de patata—. Sé que es un poco pronto tal vez, pero reciban saludos cordiales de parte de la celebración de cumpleaños de la familia Luschki...

—Guarda tu alcohol. ¿Adónde os dirigís a estas horas de la noche? —le preguntó el guardia en alemán—. ¿No habéis oído hablar del toque de queda?

—Vamos a Brzezinka. Sé que es tarde, sargento. Estábamos en casa de mi primo, en Wilczkowice, y le aseguro que el alcohol no escaseaba. Nos habríamos quedado a dormir allí, pero es mi trabajo hacer el pan por la mañana, a primera hora. Así que...

—¿Eres panadero? —El alemán miró en el interior del vehículo, observándolos con un indicio de sospecha.

—Si no estoy frente al horno a las cinco, nadie en el pueblo puede desayunar. —Se encogió de hombros—. Y no hago amigos así.

—Y ¿ése quién es? —El guardia iluminó a Blum con su linterna—. Déjame adivinar..., ¿el carnicero?

—Mirek, señor —respondió Blum afablemente—. De hecho, soy fontanero. Le dije a mi primo que era demasiado tarde para conducir hasta casa. Pero, verá, mi hermana, que va sentada ahí atrás, va aún a la escuela —hizo un gesto en dirección a Anja— y no puede faltar otro día o las monjas se ponen..., bueno, ya sabe cómo se ponen... Además, yo soy su responsable y...

—¿Y qué? —El alemán alumbró a Anja—. Estamos en mitad de la jodida noche. ¿Acaso los panaderos y los fontaneros están exentos del toque de queda?

—Desde luego que no —dijo Josef—. Pero, para ser sinceros, rara vez se aplica aquí, en el bosque...

—Y ¿qué más lleváis ahí? —El alemán alumbró con su linterna el interior de la cabina.

Una gota de sudor se escurrió por el cuello de Blum hasta su espalda. La mano se dirigió a su arma.

—Nada, señor. Sólo harina.

—¿Harina? Aun así —miró alrededor—, tal vez le eche un vistazo.

De pronto oyeron el sonido de un tren que se aproximaba. No un silbato, sino un fragor, y vieron una luz que provenía de las vías. El alemán que seguía en el camión se puso en pie de golpe y saludó.

—¡Sargento!

Este último apagó su linterna.

—Esperad aquí.

Los dos guardias fueron al puesto de control y se detuvieron allí. En cuestión de un minuto o dos, el tren llegó traqueteando. Uno de ellos levantó una mano y saludó al guardia que iba en el vagón principal. Blum nunca había visto un tren así. Era oscuro y cerrado con tablones, con lo que parecía ser alambre de espino sobre las ventanas cubiertas. Tenía alrededor de diez vagones para ganado, y se dirigía al este. Sabía muy bien adónde. No era precisamente un tren de primera clase que viajaba a Varsovia.

—*Oświęcim* —se quejó Josef sacudiendo la cabeza y escupiendo por la ventanilla. Se persignó.

A Blum le hervía la sangre de ira sólo de imaginarse los horrores que se vivían en el interior, camino a sabía Dios qué destino. «Gasean a la gente ahí... Miles», había dicho Strauss. Mientras observaba la escena allí sentado, la mano que tenía libre se cerró. Se preguntó cuántos de los que viajaban en el interior seguirían con vida cuando él se infiltrara en el campo al día siguiente.

—Por cierto, ese tren va directo —le dijo Josef con un codazo—, por si

quieres que lo detenga para ti y te den un paseo en él...

—Gracias —replicó Blum, devolviéndole la sonrisa—. Estoy bien aquí.

El tren pasó en un minuto. Uno de los guardias volvió a subirse al camión militar vacío y el sargento regresó a donde ellos estaban.

La mano de Blum volvió a su bolsillo y asió su Colt.

—Tienes suerte, panadero —dijo el alemán—. Es tarde y estamos de buen humor. Pero ten presente que, si te vuelvo a ver rondando por ahí, no sonreirás tanto la próxima vez.

—Entiendo, *Herr Unterscharführer*. Gracias —dijo Josef—. Y tenga... —
Le ofreció pan y queso.

—Quédate con tu pan —renegó el guardia—. La botella, en cambio... —
Le hizo una seña con los dedos—. Dámela...

Josef le entregó el vodka.

El alemán lo cogió y volvió a su camión.

Blum finalmente sacó la mano del bolsillo y dejó escapar un largo suspiro.

—Espero que eso los mate mientras duermen, cabrones... —murmuró Josef mientras arrancaba el camión—. Lo siento, Anja. La próxima vez que lo veamos, disparamos primero y después le damos el vodka.

Observaron cómo el alemán le mostraba su botín al otro en el camión.

Luego los hicieron pasar con un gesto de la mano.

31

A la mañana siguiente
Cuarteles de estrategia militar alemanes
Calle Szucha, Varsovia

Martin Franke tomó un sorbo de su *kaffee*. Habían interceptado otro mensaje codificado durante la noche.

Éste provenía de Gran Bretaña. Por la radio de la BBC. Era uno de los doce mensajes que se habían leído antes del concierto semanal, las «Famosas marchas orquestales».

Para el primo Josef. Te alegrará saber que el buscador de trufas está en camino.

Franke sabía que podía ir destinado a cualquier persona en Europa, pero justo había leído un telegrama similar dos días antes. «Ahí está otra vez — notó—. El buscador de trufas.»

Por otro lado, un informe que había pasado por su escritorio esa misma mañana comunicaba que se había oído el motor de un avión durante la noche. Volando bajo, sobre el bosque que quedaba cerca del pueblo de Wilczkowice, en las inmediaciones de Rajsko, a unos trescientos kilómetros de Varsovia. «Rajsko.» Nunca había oído hablar de ese lugar. Un granjero local había visto a alguien saltando en paracaídas. Probablemente entablando contacto con la resistencia, sospechaba Franke. O, más probablemente, una entrega de

armamento. O quizá un plan de sabotaje en el área. Eso ocurría con frecuencia en esos días. «Pero enviar a alguien para eso...»

A Franke le picaba la nariz.

—¡Verstoeder! —llamó.

—¿Herr coronel?

—Tráigame los mensajes del otro día. Los de nuestro amigo el buscador de trufas.

—Sí, coronel.

Al cabo de un minuto, el joven teniente regresó con una carpeta llena de papeles.

—¿Qué hay en Rajsko? —le preguntó Franke.

—¿Rajsko? No mucho, me parece. —El oficial subalterno se acercó a un gran mapa de pared de Polonia—. Está en medio de la nada. Sólo hay un gran bosque de abedules. Pero me dicen que hay un campo cerca de allí, donde tienen a los judíos. Auschwitz. El nombre polaco es Oświęcim, Herr coronel.

«Auschwitz...» Franke sabía de él, desde luego. A los judíos de Vittel los habían enviado allí, junto con la mitad de la población judía de Varsovia. Nadie sabía mucho sobre lo que ocurría en un lugar de éstos. Las SS mantenían un control muy estricto. Lo único que se sabía con certeza era que nadie regresaba de allí.

—¿Qué le ha llamado la atención, coronel? —preguntó el auxiliar.

—Bosque de abedules... —dijo Franke en voz alta y en inglés esta vez—. Rápido, búsqume su última transmisión.

Verstoeder se puso a revisar la gruesa carpeta.

—Me parece que fue el martes, ¿no es así?

—¡Rápido, teniente, es para hoy!

—Aquí tiene, Herr coronel.

Franke le arrancó el documento de la mano. Recorrió el texto con su dedo hasta que llegó al punto exacto que estaba buscando: «Están creciendo muy bien esta temporada en medio de los abedules».

Eso era lo que había llamado su atención.

«Alguien saltando en paracaídas en... —Franke se frotó la barbilla, especulando—. En medio de un jodido bosque de abedules. Cerca de

Oświęcim. El buscador de trufas... —Se puso de pie y se acercó al mapa—. ¿Por qué alguien querría dirigirse ahí? En medio de la nada.»

Alrededor no había nada más que un bosque de abedules y un campo de trabajo.

«Auschwitz», se decía una y otra vez.

—Llame al alto mando —le ordenó al teniente—. El general Graebner. Ahora.

—De inmediato. —El oficial subalterno salió a la carrera.

Franke dejó que las piezas se unieran en su cabeza. Aunque fuese vagamente, una a una, todas empezaron a encajar. Además, ¿qué más daba si su corazonada estaba equivocada? De cualquier modo, estaba condenado a pasar toda la guerra en ese puesto inútil.

Pero si tenía razón... Podría haber muchos motivos para lo que él imaginaba: una fuga, una misión de reconocimiento o incluso bombardear el campo.

Si tenía razón, ésa podría ser justo la oportunidad que había estado esperando.

«Buscador de trufas... ¿Qué es lo que hace un buscador de trufas?», se preguntó mientras observaba el mapa.

«Excava.

»Pero ¿excava dónde?»

El teléfono sonó. Franke volvió a su escritorio. Se tomó un momento para poner sus pensamientos en orden, se aclaró la garganta y luego levantó el auricular.

—General Graebner...

Estaba seguro de que los Aliados habían enviado a alguien para infiltrarse en Auschwitz.

32

Martes

A las ocho de la mañana, Blum bebía su café en la plaza principal del pueblo de Brzezinka. Tanto él como Josef se las habían ingeniado para dormir un par de horas al menos, en la cabaña de los combatientes de la resistencia, ubicada en el bosque a las afueras del pueblo. Como Anja había dicho, el pan que la esposa de Josef le había ofrecido, sentados alrededor del fuego, era tan duro que le habría roto un diente de haber tratado de masticarlo.

La plaza estaba atestada. Blum pudo contar diez soldados alemanes y un oficial de adquisiciones organizando los grupos de trabajo y gritando órdenes a la gente. «¡Tú, ahí!», señaló a uno. «Carpintero has dicho, ¿no? ¡Aquí!» Los trabajadores potenciales se amontonaban junto a varios camiones que se estaban formando para llevarlos a distintos lugares de trabajo. La planta de IG Farben necesitaba albañiles y electricistas. Birkenau necesitaba carpinteros y peones para trabajos pesados. La mayoría de las tareas que Vrba y Wetzler habían descrito eran llevadas a cabo por mano de obra esclava del campo. Turnos de diez a doce horas sin descanso, prisioneros que eran llevados al límite de sus fuerzas y su resistencia. Cualquiera que desfalleciese, ya fuera por agotamiento absoluto o una sed insaciable, era asesinado allí mismo.

Pero había ciertas habilidades técnicas que eran necesarias para ciertos proyectos: carpinteros expertos, fontaneros capaces y mecánicos.

Mamposteros. Trabajadores fuertes que pudieran hacer el mismo trabajo que diez prisioneros malnutridos. Se estaba llevando a cabo un gran proceso de expansión, en todos los aspectos. «Aumentar el ritmo de los asesinatos», había dicho Strauss. Había barracones en construcción en Birkenau y las vías del tren se extendían hasta la entrada. La clínica en Auschwitz, donde se llevaban a cabo varios experimentos médicos. Los alemanes pagaban un salario exiguo, y los contratistas se llevaban la mayor parte. Pero cualquier salario era bueno si servía para comprarte una hogaza de pan o un capón desnutrido en mitad de una guerra.

—Vamos —le dijo Josef a Blum—. He hablado con uno de los contratistas locales. Ponte por ahí. Ese grupo va al campo principal.

Había unos veinte trabajadores colocados en fila para subir a un camión agrícola destartado.

Josef se acercó a un hombre bajo y fornido con un fino abrigo de franela y una gorra plana de *tweed*, que parecía estar al mando.

—Éste es el amigo del que te hablé. Estará aquí un par de días. Es muy hábil con el martillo.

—¿Qué clase de trabajo haces? ¿Reparación de tejados? ¿Masillado? Necesitan gente en el campo principal.

—Sí —dijo Blum.

—Bueno... —El capataz le echó a Blum, quien no tenía precisamente la constitución o las manos de un carpintero, un vistazo con cierto escepticismo—. Si Josef responde por ti... Puedo ofrecerte diez eslotis al día.

—¿Diez?

—Está bien, doce, una vez que vea lo que puedes hacer. ¿De acuerdo?

Blum asintió.

—Sube entonces —dijo el capataz.

Blum montó en el camión. Ya estaba prácticamente lleno. Encontró un espacio vacío junto a un hombre con un mono de trabajo y una pipa, quien llevaba sus propias herramientas.

Llegó un soldado y empezó a contar a la gente en la parte trasera del transporte.

—*Eins, zwei, drei...*—Blum se agachó para atar los cordones de su zapato

—. ¡Tú, arriba! —Contó otra vez.

Había dieciocho hombres en el camión. Luego, pasaron a contar otro.

—¡Buena suerte, amigo! —Josef dio un golpe en el lateral del vehículo

—. Hasta el jueves por la noche... —Aunque posiblemente estuviera murmurando: «Que Dios te proteja. Dudo que volvamos a verte».

—Hasta el jueves —se despidió Blum.

El camión empezó a avanzar. Un soldado alemán subió a la cabina delantera, al lado del conductor. El oficial, por su parte, se subió a un semioruga gris con cinco o seis soldados dentro y los fue siguiendo.

Blum alcanzó a ver a Josef fumando mientras los observaba marcharse. Se bajó la gorra. Cuando miró de nuevo, el partisano se había marchado.

El camión estaba lleno de hombres de todas las edades. Muchos de ellos de cuarenta o cincuenta y tantos, comerciantes de toda la vida que eran demasiado viejos para combatir en la guerra. Rápidamente, aunque moviéndose con pesadez, el vehículo salió del pequeño pueblo y se dirigió al sur por el camino pavimentado principal. Blum había dejado su Colt en la granja de Josef, junto con su reloj y su brújula. No los necesitaba ahora. Por otro lado, cosido en el forro de su guerrera, llevaba suficiente dinero en efectivo para comprar a todos los presentes en el camión. Blum mantenía la mirada al frente mientras éste se sacudía y aumentaba la velocidad. Bajó la mirada para mirar sus piernas. El dobladillo de sus pantalones se había levantado y, si uno miraba con atención, se alcanzaba a distinguir la raya de su uniforme que asomaba por debajo. Blum sintió una opresión en el pecho.

Con disimulo, se agachó y estiró tranquilamente el dobladillo hacia abajo. Nadie lo miró. Nadie hablaba mucho; un par de lugareños charlaban sobre las últimas heladas de la temporada y cómo se habían atrasado las cosechas. Blum miró hacia abajo. El camino era irregular y sólo había bancos en la parte trasera para sentarse, así que todos se sacudían con cada bache. El segundo camión los seguía de cerca, y el semioruga de soldados a unos veinte metros atrás.

«Oświęcim —decía un cartel—. 8 km.»

Los latidos de Blum se aceleraron de nuevo.

—¿Tu primera vez aquí? —preguntó el hombre del mono con lo que

Blum identificó como un acento español. Tenía un tupido bigote y unos ojos profundos y caídos bajo su gorra.

—Sí.

—¿De dónde eres?

—Masuria —respondió Blum—. Giżycko. Cerca del lago Śniardwy. — Permanecía mirando al frente. Trataba de pasar tan inadvertido como fuese posible, ya que no iría en el camión cuando éste regresara.

—Un consejo. —El trabajador se le acercó. El aliento le apestaba a nicotina—. Tápate la nariz al entrar. El hedor puede ser insoportable.

Blum asintió.

—Lo haré. Gracias.

—Y, hagas lo que hagas, no preguntes qué es. Eso no les gusta nada a los nazis.

—Entiendo —dijo Blum con una sonrisa de agradecimiento.

Bajó la vista hacia sus manos y, para su horror, se dio cuenta de que su muñeca estaba ligeramente expuesta y podían verse los dos primeros dígitos del número que le habían tatuado en la piel: «A2...». Si alguien lo notaba, eso lo delataría de inmediato.

Miró al hombre frente a él, quien había cerrado los ojos un momento y parecía no haberse percatado de nada. Blum se relajó. Tiró de la manga de la guerrera que llevaba bajo su ligera chaqueta de lana y su corazón empezó a retomar su ritmo normal.

Había estado a punto de delatarse, dos veces.

El camino continuaba por el borde del denso bosque. Y, a lo largo del río Soła, al cual se dirigirían Mendl y él, si todo salía bien, dentro de unas sesenta y tantas horas. El río seguía hasta la frontera eslovaca. Después de unos diez minutos de camino, dejaron los árboles y el río atrás. Blum vio una señalización: «Rajsko». Y una flecha que apuntaba al este.

Luego, otra para Oświęcim: «3 km».

Al oeste.

El camión avanzó dando tumbos y dobló a la izquierda. Ahora el camino seguía la misma ruta que las vías del tren. Lo primero que Blum vio en la distancia fue una nube gris justo por encima de la copa de los árboles. Flotaba

como niebla sobre una bahía.

Luego, un olor pútrido en el aire. Lo que el hombre que tenía al lado le había dicho. Era un poco como azufre, pensó Blum. O plomo. Pero más dulce. Seguido por una sensación nauseabunda en sus entrañas cuando comprendió exactamente de qué se trataba.

Al percatarse de la reacción de Blum al olor, el trabajador que estaba a su lado lo miró y le hizo un guiño con una risa sombría.

Más adelante, Blum vislumbró una larga fachada de ladrillo, y, sobre ella, una torre puntiaguda. Varias torres, de hecho. Y una alambrada que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Una alambrada doble, a unos tres o cuatro metros de distancia la una de la otra. De púas y electrificadas. Letreros que decían: *VERBOTTEN!*, con calaveras y tibias cruzadas debajo de la palabra y colocados a intervalos. Claramente, el interior era toda una ciudad. Una ciudad de muerte. Torres de vigilancia cada treinta metros, con trípodes de ametralladora. Las vías del tren llegaban directamente hasta la entrada. Todos a su alrededor eran alemanes ahora. SS.

El camión se detuvo en el lado exterior de la verja.

Una oleada de nerviosismo recorrió los intestinos de Blum. Inconscientemente, empezó a decir lo que recordaba de una oración para sus adentros. El *Kel Maleh Rachamin*, una oración por las almas de los difuntos. «*Ayl molay rachamin, shochayn bam'romin...*» «Oh, Dios misericordioso, que estás en las alturas, abriga a aquel que ha partido con la protección de las alas...»

Eso era lo único que se sabía.

De pronto, se oyeron gritos y voces elevadas, en alemán. Un oficial se acercó al camión y, con un gesto enfático, les indicó que siguieran avanzando por el camino. Le estaba diciendo al conductor del camión que se moviera.

—*Nicht hier! Nicht hier!* —«Aquí no.»

El corazón de Blum se detuvo. Oía cómo el oficial no paraba de gritar «Birkenau» y señalaba en esa dirección.

Birkenau estaba cerca, pero era un campo completamente separado, según explicaba claramente el mapa de Vrba. Supuestamente, Mendl estaba allí, en Auschwitz I. La misión dependía completamente de que Blum estuviera en

ese lugar.

Si lo desviaban hacia Birkenau, perdería todo un día. Si de por sí ya no tenía muchas probabilidades de encontrar a Mendl en los tres días de que disponía, mucho menos en dos, en caso de que tuviese que regresar e intentarlo de nuevo al día siguiente.

Eso, si es que lograba colocarse con un nuevo equipo de trabajo.

«Mierda.»

Blum escuchó por encima una acalorada discusión entre el nuevo oficial, el capataz polaco y el oficial de adquisiciones de las SS que Blum había visto en Brzezinka. A nadie más en el camión parecía importarle. Trabajo era trabajo, siempre y cuando les pagaran. Les importaba un bledo.

Finalmente, el capataz volvió a subirse y el alemán gesticuló enfáticamente en dirección a Birkenau. El corazón de Blum se desplomó. Entonces se dio cuenta de que el oficial estaba señalando el segundo camión, el que se había detenido detrás de ellos. Este otro camión se salió de la fila, los adelantó y avanzó hacia el nuevo campo. En cuanto al camión de Blum, hicieron señas para dirigirlo a Auschwitz. Pasó por la entrada principal, la cual recordaba de los dibujos de Vrba, y luego se detuvo bruscamente. El capataz salió de nuevo, rodeó el vehículo y bajó la trampilla trasera. Con un gesto de la mano, les indicó a todos que salieran.

—*Wychodzic.* —«¡Vamos, vamos!»—. *To jest to.* —«Es aquí»—. ¡Vamos!

—Todos en fila —les ordenó el oficial de las SS mientras se agrupaban en la entrada principal—. Si os salís de la fila, moriréis. Sin preguntas. ¿Entendido?

Todos asintieron. El equipo de trabajo se formó.

—Oímos eso continuamente —le susurró el compañero de camión de Blum—. Pero yo no los pondría a prueba de ser tú.

—No hace falta que me convenzas.

Sin embargo, por dentro, Blum sabía que eso era precisamente lo que estaba a punto de hacer. Poner a prueba más de lo que el trabajador podría haber concebido en sus sueños más alocados. Echó un vistazo alrededor y trató de ubicar en qué dirección estaba Birkenau siguiendo las vías. El bosque

se encontraba a unos sesenta metros de distancia. Y el río...

—¡Avanzad! —gritó el oficial.

Empezaron a marchar por las vías hasta la verja. Había un letrero metálico en forma de arco sobre ella: *ARBEIT MACHT FREI*.

«Sí, libres», se dijo Blum. Murmuró su oración una vez más, por las almas de los difuntos. Ya que los muertos son libres.

Sin duda estaba entre ellos ahora.

Pasó por debajo de las altas y combadas letras en dirección a Auschwitz.

33

Leo subió los escalones de piedra de la casa del *Lagerkommandant* nuevamente, mientras el *Rottenführer* Langer fumaba un cigarrillo y lo esperaba fuera. Como ésa era ya su sexta visita, el guardia ni siquiera se molestó en seguirlo hasta la puerta.

Habían pasado seis semanas desde que Leo y Frau Ackermann habían empezado con sus partidas. En ese tiempo, él se había percatado de que sus visitas ya no eran tan sólo por el ajedrez. Claramente, ella se había encariñado con Leo, se notaba que esperaba con ansia el tiempo que pasaban juntos, e incluso él tenía que admitir, sin importar lo mucho que tratara de fingir lo contrario, que sentía lo mismo. Ella nunca había logrado vencerlo del todo en el juego. Eso había quedado establecido desde hacía mucho. Y ella lo entendía también. A pesar de ello, Leo trataba de extender partidas que podrían haber terminado mucho antes con el fin de dilatar el tiempo que pasaban juntos.

Durante esas semanas, Greta había empezado a compartir con él anécdotas sobre su vida y también sobre sus sentimientos. Sus padres, ávidos de ascender en la escala social, la habían presionado para casarse. Ella anhelaba tener un poco más de libertad, incluso una carrera, como maestra, la cual había dejado aparcada. Leo se daba cuenta de que, bajo ningún concepto, ella apoyaba las cosas horribles que había presenciado allí. En la enfermería, la gente decía que trataba de aliviar el sufrimiento de los pacientes lo mejor que podía. Además, estaban las cosas tan retorcidas que hacía el sádico de

Mengele. Sólo había mencionado su nombre una vez en presencia de Leo, y su mandíbula se había puesto rígida y sus ojos torvos con el más profundo desdén. A pesar de ello, Leo entendía que su destino también era esencialmente estar atrapada allí, una prisionera, tan confinada y aislada como cualquiera de los demás.

En un par de ocasiones, había abierto el cuello de su vestido lo suficiente para que él pudiese ver las marcas que tenía. Una mancha oscura a lo largo del costado de su cuello. Una vez, al mover una pieza, un moretón en el brazo. El labio inferior un poco inflamado. Al ver eso, Leo odiaba aún más al *Lagerkommandant*, si es que eso era posible. Deseaba hablarle de esas marcas. Preguntarle por qué se quedaba en ese lugar. Hablarle de su matrimonio. ¿Por qué lo permitía? Podía marcharse. De hecho, ¡era la única que podía hacerlo! El resto, tanto guardias como prisioneros, estaban obligados a quedarse.

No obstante, no se atrevía a sacar esos temas a colación. No podía poner en riesgo el frágil punto de apoyo sobre el que danzaban durante sus juegos. Él seguía siendo un prisionero inferior, y, si la ofendía, podía hacer que lo matasen con sólo chasquear los dedos. Sin embargo, no podía imaginar lo que sería no volver a verla. Muchas veces, podía ver dentro de la jaula de soledad en la que parecía vivir. Estar con semejante monstruo. Sus esperanzas y sus deseos descartados. Leo deseaba que fuera feliz. Que fuera libre. Y era consciente de que él le proporcionaba un poco de eso cada martes, a pesar de que ella era toda una mujer y él apenas un joven. Libertad. Un breve vuelo lejos de su jaula. Y él temía cerrarles esa puerta a ambos si sobreestimaba el nivel de intimidad que existía entre ellos. Decir algo equivocado y que todo terminara. También temía la ira del *Lagerkommandant* si Leo llegaba a perder su «protección».

—Ah, Herr Wolciek. —Ella sonrió con satisfacción y sus ojos azules se iluminaron al entrar en la sala y verlo allí.

—Frau Ackermann.

Era mayo y hacía más calor. Era la época de floración. Ella llevaba su vestido estampado con el cuello abierto y un ligero suéter blanco sobre los hombros, de un modo que Leo nunca había visto.

Lucía también una fina cadena de oro alrededor de la garganta. Por primera vez, en todo el tiempo que llevaba cautivo, Leo percibía el aroma del perfume.

—¿Dónde está el soldado Horschuler? —preguntó él. El guardia joven e impasible que usualmente los observaba mientras jugaban.

—Ha tenido que ausentarse por un encargo, me parece. Despejar el bosque. Supongo que en estos días necesitan todas las manos disponibles. —Lo miró—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, madame. —Aunque lo complacía no tener al soldado observándolo con desdén.

—¿Empezamos?

Cogió las piezas blancas y empezó con la apertura española. Él respondió con una variante de la defensa brasileña. Cuando ella se inclinó para mover una pieza, Leo alcanzó a echar un vistazo al tirante de su sostén debajo del vestido. Y, por un momento, su cadena se balanceó justo en el punto en donde sus pechos se encontraban.

Su imaginación se encargó del resto.

Después de siete u ocho movimientos, ella cogió una pieza y no la colocó en el tablero; parecía distraída.

—No podremos jugar la próxima semana —lo informó—. Iré a casa por unos días. A Bremen. A visitar a mi familia.

Ir a casa. Cuánto le gustaba la idea.

—Qué bien —asintió él—. Si yo pudiera... —Se detuvo a media frase. «Si yo pudiera hacer lo mismo... Si pudiera saber al menos que mi familia sigue con vida...»

—Lo siento. —Lo miró directamente a los ojos—. Ha sido una estupidez por mi parte decir eso. Sólo quería que lo supieras, por si no recibías noticias mías. —Movió su alfil hacia delante, asegurándose de que estuviese protegido por su caballo—. Para que no... pensaras que ya no deseaba seguir con nuestros juegos.

—¿El *Lagerkommandant* la acompañará? —preguntó Leo. Contrarrestó su avance moviendo su peón.

—Me temo que no. —Ella movió su peón también—. El *Kommandant*

Höss seguirá en Berlín, así que sus asuntos lo obligan a quedarse aquí.

—Ya veo.

Por dentro, Leo se estremeció. «Sus asuntos... Asesinar gente.» Lo que el chico rebuscaba en su mente en ese momento era lo que podría pasar con él si ella no estaba. Si no estaba allí para cuidarlo. ¿Sería acaso su manera de avisarlo? Que eso había terminado. Que no podía seguir deteniendo lo inevitable.

Entonces, de repente, le dijo:

—Tú eres el único rayo de luz que tengo en este lugar dejado de la mano de Dios. —Lo miró—. Lo sabes, ¿verdad?

Nunca la había mirado de tan cerca. Nunca había notado el temblor en el suave tono azul de sus ojos.

—Es lo único que espero con ansia en este lugar. Este tiempo que pasamos juntos...

Él asintió; su corazón golpeaba sus costillas como un metrónomo a máxima velocidad.

—Frau, la partida... —fue lo único que pudo responder, desviando la mirada de vuelta a la mesa.

Se quedó allí sentado, demasiado asustado como para apartar los ojos del tablero. Por dentro, su corazón latía con una insistencia que nunca había sentido. Trató de ignorar la vergonzosa presión entre sus piernas, mientras rezaba para que su fino uniforme no lo delatara.

—Sí, desde luego, la partida. —Ella le sonrió.

Ahora, el juego se había convertido en algo adicional. Leo estaba tan nervioso que apenas si podía coger las piezas, por temor a que sus manos se tocaran por casualidad. Todos los deseos que se había guardado para sí, que sólo había dejado salir durante las noches en su catre, rogando para que su compañero lituano no se despertara, afloraron de golpe y lo llenaron de añoranza. Él mantenía la mirada gacha, evitando la suya. No estaba seguro de qué hacer.

Cuando finalmente alzó los ojos, ella lo estaba mirando.

Él estableció un intercambio de piezas y ella aceptó. Los movimientos se desarrollaron con rapidez. Cuatro, cinco de ellos, tomando torres, peones y un

caballo por un alfil. En algún punto de los rápidos intercambios, sus dedos se rozaron. Esta vez, en vez de retirarlos, los dejaron ahí.

Sus miradas se encontraron otra vez.

—Sabes que no puedo protegerte para siempre, Leo. —No había tono de insistencia en su voz. Era más como de tristeza, la misma que reflejaba su mirada.

—Lo sé, madame.

—Greta.

Él asintió y tragó saliva.

—Puedes decirlo. Dilo, Leo.

Él tomó aliento. La tormenta en su pecho azotaba con más fuerza que nunca. Convocó todas las fuerzas que tenía en su interior para decirlo. El sonido apenas pasó por su lengua y llegó hasta sus labios como una piedra.

—Greta.

—¿Lo ves? —sonrió ella.

Él sonrió también. Sintió un cosquilleo en las entrañas. ¿Qué estaba pasando...?

—¡Hedda! —gritó ella, llamando a la sirvienta desde el otro lado de la casa.

Medio minuto después, la joven apareció en la puerta.

—¿Frau Ackermann?

—¿Podrías ir a la tienda del pueblo, por favor? Me parece recordar que mi esposo dijo que quería helado esta noche con su *strudel*.

—Creo que tenemos un poco, señora. Comprobaré si...

—Helado de fruta, Hedda. De cualquier sabor. Estoy segura de que elegirás el indicado.

La sirvienta dudó un poco en la puerta y luego respondió:

—Sí, señora.

La partida había terminado. No hicieron otro movimiento. Sólo esperaron, durante minutos, aparentemente, minutos interminables, hasta que oyeron el sonido de la puerta trasera al cerrarse.

—Eres virgen, ¿no es cierto? —le preguntó Frau Ackermann.

Leo tragó saliva, deseando poder decirle lo contrario; cada célula de su

cuerpo estaba agitada.

—Vamos, puedes decírmelo, Leo. Kurt es el único hombre con el que he estado yo. No hay ningún problema.

Sabía que era lo más peligroso que jamás había hecho. El simple hecho de responder a dicha pregunta. Si por casualidad su esposo entraba, si ella alguna vez le revelaba eso, estaría muerto apenas un segundo después de que él sacara la pistola de su funda.

—Sí.

Ella se levantó. Caminó hacia el otro lado de la mesa y se detuvo frente a él. La abundancia de su pecho justo en frente de sus ojos. Su respiración era silenciosa con cada inhalación y exhalación. La curva de sus caderas. Ella colocó las manos del chico ahí. Sus ojos se veían llorosos y doloridos.

—Desearía poder detenerlo todo, Leo, pero no puedo...

—Lo sé.

Greta se acercó más y se sentó a horcajadas sobre él en la silla. La presión entre sus piernas era imposible de ocultar ahora. Lentamente, se desabrochó el vestido. Un botón, dos...

—Mira, pon tu mano aquí... —le dijo, cogiéndola con la suya. La colocó dentro de su vestido, sobre su sostén—. Así. Y aquí...

Se levantó ligeramente, cogió su otra mano y la colocó en el interior de su falda, sobre su ropa interior, suave y húmeda. Sus miradas se entrelazaron.

—No quieres morir siendo virgen, ¿o sí, Leo?

Él tragó saliva; estaba demasiado nervioso para hablar siquiera.

—No.

—Puedes besarme. —Ella acercó su boca a la de él. Luego rio—. ¿Sabes?, si llegara ahora, nos mataría a ambos. ¿Estás preparado para morir conmigo, Leo?

Él la miró a los ojos, sus hermosos y profundos ojos.

—Sí.

—¿Sabes por qué hago esto?

Él no respondió.

—Porque eres bueno. Y porque quiero que sepas lo que se siente. Aunque sea una vez.

Ella se colocó encima de él y miró su regazo, hacia su pantalón de rayas. Ni en sueños Leo habría imaginado que pudiera tener una erección como ésa. Se sonrojó y trató de cubrirla.

—No —dijo ella retirando la mano—. No tienes por qué hacerlo. —Su sonrisa hacía que todo pareciera estar bien—. Créeme, Leo... —Colocó las manos del chico en sus caderas y empezó a balancearse suavemente—. Hoy te marcharás siendo un hombre más feliz, mucho más de lo que lo serías con una simple manzana.

34

Blum estaba dentro del campo.

Lo habían asignado a un equipo de construcción que estaba a cargo de erigir barracones adicionales dentro del campo principal. Veía prisioneros por todas partes. Delgados, con los ojos hundidos, vistiendo trajes de rayas holgados, muchos de ellos desfigurados por lo que parecían ser úlceras purulentas, todos apresurándose como ratones, tratando de ir un paso por delante del guardia de las SS asignado que les gritaba constantemente y los arreaba con su pesada porra. Muchos de ellos se veían tan enfermos y abatidos que ni siquiera sobrevivirían hasta el día siguiente. Ninguno de ellos entablaba contacto visual con los equipos de trabajo externos. En el patio principal, habían colgado a un prisionero de la horca, con el cuello torcido, a la vista de todos. Una advertencia para los demás, estaba claro. Mientras clavaba clavos y lijaba las vigas del techo, Blum podía percibir el olor dulce y condenatorio a la vez que provenía del campo contiguo. Una fina nube gris flotaba sobre el lugar cuando habían llegado, y nunca desaparecía. «Están gaseando a cientos. Miles...», había dicho Strauss. Y, en medio de toda la brutalidad enfermiza y la miseria sin esperanza que esa gente estaba soportando, Blum podía oír el sonido de una orquesta que tocaba en alguna parte.

Todos los allí presentes se limitaban a hacer el trabajo que les ordenaban y no se metían con nadie.

Al atardecer, durante un descanso, dieron de comer al equipo de trabajo

una papilla insípida y horrible servida en un tazón de madera: un caldo de lechuga y patata, acompañado de un mendrugo de pan. Algunos de los prisioneros que pasaban parecían observar los tazones con codicia; claramente, en comparación con lo que ellos recibían, ¡eso debía de ser una exquisitez! Blum con gusto le habría dado su tazón a medio comer a uno de ellos, pero el oficial al mando les había advertido estrictamente al entrar que evitaran incluso el más mínimo contacto. Lo último que Blum podía hacer era arriesgarse a que lo echasen del grupo de trabajo. Si estaba allí era por un propósito en concreto, se recordó, así que, por mucho que le doliese, simplemente se dedicó a hacer su trabajo lo mejor posible y a esforzarse por no interactuar y pasar desapercibido. Llevaba su gorra de lana baja, casi cubriéndole los ojos. En general, los guardias ni siquiera se metían con ellos. Tenía que esperar a que llegase el momento justo, al final del día, cuando los equipos de trabajo se separarían. Eso le restaría algo de tiempo dentro del campo, pero, si intentaba hacerlo antes, podrían percatarse de su desaparición. Esos alemanes parecían tener una obsesión por contar y recontar, formar una fila y mantenerlos a todos así. Pero incluso si había alguna discrepancia en las cifras, probablemente nunca podrían determinar quién era el responsable, y, una vez que cambiase de uniforme, sería imposible encontrarlo en un campo de ese tamaño sin poner todo el sitio patas arriba.

Mientras remachaba las bisagras, Blum mantenía los ojos bien abiertos y observaba cada rostro con uniforme de rayas que pasaba. Había ensayado lo que diría una vez que encontrara a Mendl. Sin duda el hombre se sentiría impactado e incrédulo ante la situación. «He venido por usted, profesor.» Pero ninguno de los hombres que Blum veía correspondía con su apariencia o se acercaba a su edad. Ya que tenía cincuenta y siete años, y estando en un lugar así, se vería como un anciano, según lo que pensaba Blum. «Ni siquiera sabemos a ciencia cierta que siga con vida», había admitido Strauss. Ése sería el colmo del asunto, pensó Blum mientras ayudaba a estabilizar las vigas del techo a la vez que otros martilleaban la cubierta plana en su lugar: ir hasta allí y arriesgar su vida, con la posibilidad de no regresar jamás, todo por un cadáver. Un hombre muerto. Una persona que nunca podría ayudarlos. Y, al

observar a los ratones escuálidos y rasurados que corrían por el lugar, y que parecían más fantasmas que hombres, Blum sospechaba con preocupación que ése bien podría ser el caso.

El sol se había desplazado hacia el oeste en el cielo. Blum estimó que debían de ser sobre las cinco de la tarde. Sólo trabajarían un rato más. Tenía que encontrar el momento oportuno para hacer su movimiento.

Durante los siguientes minutos, el campo cobró vida y se llenó de actividad. Donde solía haber cientos de prisioneros, el número se duplicó, se triplicó de repente. Ahora parecía haber miles de ellos, volviendo al campo por la entrada principal. Jorobados y exhaustos, caminando de una manera encorvada y penosa; había también un guardia cada diez pasos, aproximadamente. Unos cuantos uniformes rayados más, aunque parecían más bien guardias, ya que también cargaban sus propias porras, algunos con triángulos verdes o azules en el pecho, empujando al grupo con gritos e insultos, como quien trata de arrear al ganado para meterlo en un redil. Los prisioneros que regresaban formaron en el patio principal. Varios carros, guiados y arrastrados, venían llenos de cadáveres retorcidos, sus consumidas extremidades y sus bocas abiertas sobresaliendo de manera grotesca. Eran todos los que no habían logrado volver con vida ese día.

El patio se llenó. Los *kapos* y los guardias empezaron a contar cada bloque. El constante sonsonete de «*eins, zwei, drei...*» se oía por todas partes. Incluso se contabilizaba el carro de cadáveres; los prisioneros arrojaban a los muertos como pedazos de madera. «Diez, once, doce...»

A Blum se le revolvió el estómago.

El capataz llamó a su equipo de trabajo para que acabaran y se prepararan para salir. Diez minutos más.

—Recoged vuestras herramientas y coloaos en fila —los avisó. Después de eso, todos volverían a subir al camión.

Había llegado el momento. Blum tenía que hacer su movimiento. Debía reunir el valor de hacer lo que todo instinto de supervivencia dentro de su cuerpo clasificaba como un suicidio. Aun así, sabía que era ahora o nunca. Ése era el acto más valeroso que había hecho en su vida y, sin duda, también el más estúpido, pensó. El más desastroso.

—*Tak, tak.*

Levantó la mano para llamar la atención del capataz.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre mientras se acercaba.

—Necesito ir al baño, señor —le indicó Blum. Junto a uno de los bloques, había una letrina que permitían usar al equipo de trabajo.

—Ve —le dijo el capataz señalando su reloj—. Pero date prisa.

—Lo haré, señor. Gracias.

El hombre volvió al otro lado del barracón a medio construir y Blum dejó su martillo. Horas antes, se había quitado la chaqueta bajo el calor de la tarde, había hecho una bola con ella y la había lanzado al fondo de uno de los contenedores de almacenaje.

Caminó hasta la letrina; no había guardias cerca. Todos estaban distraídos contando y reuniendo a los grupos de trabajo de prisioneros que regresaban al patio. Blum entró. Se quedó parado por un segundo; su corazón latía con más insistencia y fuerza de lo que jamás había sentido a causa de lo que estaba a punto de hacer. Cruzar una línea de la que quizá no podría volver nunca. En medio del hedor putrefacto del agujero, se recordó por qué estaba allí. Por qué estaba haciendo eso por una persona que ni siquiera conocía y por un país al que tal vez ni siquiera regresaría.

«Ésta es tu *Aliyá* —se dijo—. Tu compromiso. Tu penitencia.»

Su penitencia por haber sido el que había logrado salir.

«No puedes dar marcha atrás ahora, Nathan.»

Se arrancó la guerrera, giró las mangas, y le dio la vuelta hacia el lado hecho de arpillera con rayas azules y grises. Luego se la puso nuevamente y la abotonó para ocultar lo que había debajo. Se quitó los zuecos de madera que había llevado todo el día y que eran parecidos a los que todos usaban en el campo y les dio la vuelta a sus pantalones anchos.

Ahora llevaba un uniforme de prisionero. De un bolsillo interior, sacó una gorra que era igual que las miles que había visto durante el día y se la puso.

Le quedaban menos de sesenta horas para hacer lo que tenía que hacer.

Tomando un último aliento, sus últimos momentos de aparente libertad, Blum abrió la puerta de la letrina y se asomó.

En el patio, el capataz estaba reuniendo a su equipo de trabajo. Dos

guardias pasaron cerca de donde él se encontraba. Con el corazón contraído, volvió a cerrar rápidamente la puerta de la letrina. Contuvo la respiración. Si la persona equivocada lo veía saliendo de ahí, el juego terminaría antes de haber empezado incluso. Le dispararían de inmediato. Recuperó la compostura, se limpió una gota de sudor que se deslizaba por su sien y les indicó a su corazón y a sus nervios que se calmaran. Dentro de él, la voz de la duda le susurraba que podría simplemente revertir su uniforme de nuevo y reunirse con el equipo con el que había llegado. Podría ocultarse con Josef y, dentro de dos noches, encontrarse con el avión y decir que no había logrado dar con Mendl. ¿Quién podría enterarse...?

«No...» Abrió la puerta y se asomó otra vez. En esta ocasión, no había nadie cerca. «Vamos.» Salió y cerró rápidamente tras de sí. Echó un ojo alrededor; nadie le prestaba atención, solamente hacían el inventario de las herramientas y formaban. Se pegó a la pared y rodeó la letrina por el otro lado, alejándose de ellos, frente a la alambrada.

Se quedó mirando la gran conmoción que tenía lugar en el patio; prisioneros formando frente a sus bloques. Aquello era un suicidio. Miles de prisioneros con aspecto enfermizo en filas, levantando la mano cuando los llamaban. «Nunca regresarás.» Guardias que les gritaban a la cara como perros rabiosos. Como una pesadilla repugnante sacada de una pintura del infierno de El Bosco. Un suicidio. «No nos falle», le había dicho Roosevelt.

«Ahora.»

—*Was machst du denn?* —gritó una voz bruscamente detrás de él. «¿Qué estás haciendo?»

Cada célula en el cuerpo de Blum se congeló.

Se dio la vuelta. Un corpulento cabo de las SS lo estaba mirando directamente. A su lado había una cuerda pesada y amenazante que se retorció con varios nudos gruesos.

—¿A qué bloque perteneces? —le preguntó el cabo.

—*Zwansig*, señor. —Blum se aclaró la garganta y desvió la mirada.

El informe que le habían dado decía que el *kapo* ucraniano que estaba a cargo del bloque veinte era tan humano como era posible en ese lugar, lo que quería decir que al menos no le reventaría la cabeza de un porrazo sólo por

deporte. Tendría que haber un motivo. El corazón de Blum empezó a palpar con temor. Estaba casi convencido de que el guardia podía oír cómo golpeaba contra su pecho.

—¡Entonces vuelve a tu fila, judío de mierda! A menos que quieras que te dé un empujón... —El alemán alzó su cuerda anudada. Exudaba desprecio y total indiferencia por la humanidad, como un vapor helado y aterrador.

—No, *Rottenführer*. —Blum asintió, arrepentido—. Quiero decir, sí, enseguida. Gracias.

—¡Saca tu sucio culo de aquí!

—Sí, señor.

Corrió rápidamente hacia las filas en los barracones, suplicando por dentro mientras lo hacía para no sentir el latigazo de la cuerda anudada en la espalda. Sabía lo arbitraria que era la línea entre la vida y la muerte en ese lugar. El guardia equivocado, en el momento equivocado, del tipo que sólo mataba por la emoción de hacerlo o para deshacerse del aburrimiento, así como otros podrían apostar al lanzar una moneda... Y entonces, tu tiempo se acababa. Los prisioneros seguían inundando el gran patio, con guardias que les gritaban y los golpeaban como perros agresivos.

—¡Formad! A pasar lista. ¡Ahora! ¡A paso rápido!

Blum se mezcló entre la multitud, fusionándose de forma segura entre los vastos números.

Serpenteó entre la multitud hasta que encontró un grupo que estaba formando frente a un barracón.

—*Dwadziescia?* —le preguntó a alguien en polaco. «¿Veinte?»

El prisionero ni siquiera lo miró, sólo asintió.

—*Ja. Dwadziescia.*

Del otro lado del patio, Blum alcanzó a ver al grupo de trabajo con el que había llegado, dirigiéndose en fila a la entrada principal y saliendo del campo. Observó cómo formaban, sin saber si, como cualquiera de ellos, no volvería a ver el exterior.

—¡En fila! ¡En fila todos! —gritaron los guardias.

Nathan murmuró unas palabras de la oración que había recitado antes ese día: «*Ayl molay rachamin, shochayn bam'romin*».

Esta vez, eran para él.

Ya que ahora se encontraba verdaderamente en mitad de una pesadilla.

TERCERA PARTE

35

Washington, D. C.

El coronel Bill Donovan bajó los escalones de la Casa Blanca hasta el Cadillac negro que lo esperaba en la entrada.

Otro vehículo, un sedán negro, se detuvo justo cuando estaba a punto de subir. Llevaba una bandera azul con una estrella en la parrilla delantera, lo que significaba que se trataba del vehículo de un general de una estrella. Un oficial subalterno con pantalones color caqui salió y abrió la puerta para su oficial mayor, quien venía en el asiento trasero.

—General —dijo Donovan al reconocerlo, antes de subirse a su propio coche.

El oficial del ejército se apeó y le tendió la mano.

—Bill.

El general Leslie Groves era el jefe militar encargado del programa ultrasecreto de la creación del arma, el cual tenía a todas las mejores mentes del país, que no estaban asignadas a decodificación, trabajando en él. La operación era conocida como *Proyecto Manhattan*. Donovan no entendía ni una palabra de toda la *ciencia* involucrada en ese proyecto, pero lo que sí tenía claro era que, con la atención que el proyecto estaba recibiendo por parte de Roosevelt y su secretario de Guerra, y los rumores de su elevado presupuesto y sus ubicaciones altamente secretas, si tenían éxito, lo que fuese que estuviesen inventando les daría a los Aliados la ventaja necesaria para

poner fin a la guerra.

—Aprovechando que nos encontramos, ¿tienes un momento...? —preguntó Groves.

—Por supuesto —respondió Donovan.

—¿Podemos caminar? —propuso Groves, dirigiendo al jefe de la OSS lejos de los vehículos estacionados y sus chóferes, hacia el lado sur del terreno.

—Me imagino que esto no va de cómo lanzó Dutch Leonard en el partido de anoche, ¿no es así, Leslie? —preguntó el jefe de la OSS.

Groves sonrió y negó con la cabeza.

—No. No se trata de eso.

Leslie Groves era ingeniero autodidacta y un pensador brillante con una personalidad alentadora. La clase de conceptos con la que se enfrentaba, los cuales tenía que entender y evaluar para decidir entre distintas alternativas y también temas de financiación, requerían un intelecto científico del nivel de un ganador del Premio Nobel y un entendimiento de finanzas del nivel de un economista. Era un hombre grande, de hombros anchos, alto y con una mandíbula cuadrada y fuerte.

—Ese físico del que hablamos hace unas semanas... ¿Mendl? Me dicen que habéis montado una operación para localizarlo —empezó a decir el general.

—Parece que ya hemos dado con él —respondió Bill Donovan—. De hecho, ya tenemos a alguien trabajando en ello.

—Y ¿en qué punto de la operación os encontráis, si es que puedes compartir eso conmigo?

Donovan miró al general a los ojos y pudo ver lo importante que era el hombre que buscaban. Sin embargo, ésa era una operación ultrasecreta que se estaba llevando a cabo con tan sólo unos cuantos involucrados.

—Lo que puedo compartir es que él se encuentra allí ahora. *In situ*. Dentro de dos días, o bien vuestro hombre estará ya en un avión de transporte camino de Washington o me temo que tendréis que arreglároslo sin él definitivamente.

Groves asintió serio y alejó a Donovan un poco más de los coches.

—Esto es una carrera, Bill. Una carrera rumbo al infierno, dirían algunos, pero Oppy me asegura que ese tal Mendl puede ahorrarnos seis meses. Te darás cuenta de lo que seis meses pueden significar en la carrera por el arma suprema... Y en cuestión de vidas.

—Lo único que puedo decir, Leslie, es que estamos haciendo todo lo posible.

—Entonces es todo cuanto puedo pedir. —Groves echó un vistazo a su reloj—. Será mejor que me vaya. El presidente espera que nosotros, los militares, lleguemos a tiempo. Los senadores y los miembros del gabinete pueden campar a sus anchas.

—Sí, siempre es así. —El jefe de la OSS y el supervisor del Proyecto Manhattan empezaron a caminar de vuelta—. Antes de irte, Leslie, me imagino que tendréis otra investigación simultánea similar a ésta, ¿no es cierto?

—¿Similar...?

Donovan se detuvo.

—Del mismo campo de investigación que lleva el tal Mendl.

—Difusión gaseosa. —Groves se detuvo también—. Es un proceso para separar uranio-238 de su primo más ligero, 235.

Donovan se encogió de hombros.

—Nunca fui bueno en química, Leslie.

—De haber sabido que tendría este trabajo, tal vez yo también habría prestado más atención —respondió Groves riendo entre dientes—. Pero, para responder a tu pregunta, sí, Bill, sí estamos contemplando otras posibilidades. En Berkeley... y en la Universidad de Minnesota. Estamos haciendo progresos. Pero, como te he dicho, es una carrera. Es posible que los alemanes también estén haciendo sus propias investigaciones. —Siguieron caminando en dirección a los coches—. ¿Por qué...?

—Es sólo que no querría inflar las expectativas... —el jefe de la OSS se detuvo y miró nuevamente al general— con respecto a las posibilidades de esta misión. Como te he dicho, tenemos a un hombre en el campo, y su superior, Strauss, me parece que lo conoces, cree que es muy bueno y que hay bastantes probabilidades de que la operación culmine con éxito. Pero,

para ser franco, nunca hemos depositado muchas esperanzas de ver a cualquiera de los dos navegando por el Potomac, no sé si me entiendes.

—Sí, Bill. —El director del Proyecto Manhattan asintió con seriedad—. Entiendo perfectamente a qué te refieres.

—Es una lástima, en mi opinión... —Donovan abrió la puerta de su coche—. Parecía un joven muy dispuesto cuando lo conocí.

36

El bloque en el que Blum se había infiltrado albergaba alrededor de trescientos prisioneros, dos o tres en cada catre.

Después del recuento que los guardias habían hecho fuera, se introdujo junto a un grupo de agotados prisioneros que regresaban de su día de trabajo, profiriendo suspiros y quejidos audibles de agotamiento; dejaban caer sus pálidos cuerpos sobre los delgados colchones de paja y revisaban sus ampollas y sus llagas. Blum pensó que pasaría al menos un tiempo antes de que pudiesen conciliar el número de prisioneros con aquellos que acababan de morir.

El hedor del olor corporal y excrementos humanos lo obligaba a contener la respiración. Había todo tipo de ruidos imaginables. Gemidos, toses, fricciones, flatulencias; otros simplemente balbuceaban para sí en una especie de aturdimiento incoherente. En Inglaterra, lo habían vacunado lo mejor posible contra todas las enfermedades que abundaban allí. Tifus. Disentería. Pero el solo hedor era suficiente para provocarle náuseas y casi vomitar. También el mero hecho de pensar en los piojos le producía arcadas. Finalmente, localizó un catre en el que sólo había una persona.

—¿Está libre? —le preguntó al hombre que estaba acostado en él.

—*Zugangi*? —El prisionero miró a Blum con los ojos inyectados en sangre. Blum pensó que su acento parecía lituano o estonio.

—¿Perdón?

—*Novy...*? —intervino un hombre que estaba en el colchón de arriba.

«¿Eres nuevo?»

—Sí —respondió Blum—. Hoy.

—Los recién llegados, en la parte de atrás. —El hombre en el catre señaló la parte trasera del lugar—. Cerca del cagadero.

Conteniendo la respiración para proteger sus fosas nasales del olor, Blum siguió avanzando. Vio otro catre en el que sólo había una persona.

—Por allí —le dijo alguien mientras señalaba un catre, dirigiéndolo hacia él.

Casi al fondo del lugar, había dos prisioneros tumbados sobre la litera superior. Uno de ellos era enorme, y se encontraba hurgando en las llagas de sus pies, que estaban abiertas y goteaban pus. El otro estaba demacrado y tenía un rostro estrecho, como el de un hurón, con unos ojos inquietos y llenos de sospecha. Ninguno de los dos se movió ni un centímetro para dejarlo subir.

—Lo hemos guardado especialmente para ti —dijo un hombre que se encontraba en el catre de abajo; llevaba una gorra de *tweed* y parecía ser una especie de líder en el bloque—. El dueño anterior murió el otro día a causa de la fiebre.

—En ese caso, qué suerte he tenido —respondió Blum.

—Ahí hay un tazón. —El hombre de la gorra señaló uno que colgaba del pilar de la cama. Estaba hecho de un estaño oxidado y asqueroso, por no mencionar las manos llenas de infecciones que lo habrían tocado recientemente—. Si fuera tú, no lo soltaría. Sin recipiente, no hay comida. Así funcionan las cosas aquí.

—Lo haré. Gracias. —Blum se subió a la litera, sujetándose de las lamas de madera de la misma.

—Por allí. —El hombre grande rezongó inhóspito y señaló el lugar más cercano a la letrina abierta, que no era más que un área separada con un agujero para defecar y un taburete.

—¿De dónde eres? —le preguntó alguien.

—Giżycko, cerca del lago Śniardwy —respondió Blum.

—Ah, conque Masuria, ¿eh? Bonito lugar. ¿Cómo has podido resistir tanto tiempo?

—Me había estado ocultando en una granja. —Le habían dado instrucciones de ser lo más vago posible respecto a su nueva identidad, ya que alguien podía ser originario del mismo lugar o conocer a alguien que pudiese desenmascararlo—. Un maldito cartero nos delató.

—¿Un cartero? Ya no se puede confiar ni en el correo en estos días. Y ¿qué nos cuentas del exterior?

—No mucho. —Blum no quería llamar la atención o darse a conocer. Aun así...—. Sólo que la guerra va mal al este. Los rusos ya están en Ucrania.

—¿En Ucrania! —exclamó alguien con alegría.

—Y en Inglaterra, los Aliados están listos para invadir.

—¿Invadir? ¿Dónde? —preguntó otro mientras se incorporaba.

—La costa de Francia. Calais. Normandía. Nadie lo sabe a ciencia cierta, desde luego. Pero será pronto, según la BBC. Dicen que se trata del ejército más grande que el mundo haya visto jamás.

—Por muy pronto que sea, no será suficiente para nosotros —suspiró alguien desde la cama de al lado—. Afrontémoslo, los alemanes nos matarán a todos y cada uno de nosotros antes de permitir que alguien vea lo que ocurre aquí. Y, si no lo hacen los alemanes, sin duda lo harán los rusos. Creedme, he visto linchamientos con mis propios ojos allí.

—Se dice que ahora los trenes vienen cargados de húngaros —intervino otro—. Los oímos, llegan a miles cada día y cada noche. Pero, puf, ya ni siquiera los traen al campo. Se esfuman de repente.

—De eso no sé nada. —Blum se encogió de hombros. Aunque, en realidad, sabía perfectamente que era cierto, por lo que Strauss le había dicho, así como Vrba y Wetzler—. Escuchad, tal vez alguno de vosotros pueda ayudarme. Estoy tratando de localizar a alguien. Según me dijeron, mi tío está aquí. Su nombre es Mendl. Alfred. Era profesor, en Leópolis. ¿Alguien sabe algo de él?

—¿Mendl?... No me suena —dijo el hombre de la gorra de *tweed*—. Pero nadie conoce nombres aquí, sólo caras.

—Yo conocí a un tal Petr Mendl —dijo otro—. Pero era de Praga. Era pescadero, no precisamente un profesor. En fin, de todos modos, se fue por la chimenea hace mucho tiempo.

—¿Por la chimenea? —preguntó Blum.

Se oyeron algunas risas soterradas.

—No habrás creído que el hedor de ahí fuera provenía de una fábrica de chocolate, ¿verdad?

Más risas.

—O de las cocinas... —terció alguien—. Aunque pronto comprobarás que la comida sabe igual que huele eso.

—Tengo una fotografía. —Blum sacó una pequeña foto de Mendl que llevaba doblada en el cinturón—. Pasadla. Tal vez alguno de vosotros lo reconozca.

La foto viajó de litera en litera. Algunos sacudían la cabeza y la pasaban. Otros simplemente se encogían de hombros impasibles.

—Me resulta familiar. Pero, de todas formas, no recuerdo haberlo visto recientemente —señaló uno antes de entregársela al siguiente.

—Lo siento —dijo otro mientras pasaba la foto a la litera de arriba—. No hay muchos de Leópolis aquí. Aun así, yo trato de no fijarme en los rostros.

—Hay miles y miles de personas aquí. —El hombre con la gorra de *tweed* sacudió la cabeza con solemnidad—. Y, por desgracia, la gente cambia a diario.

—Tengo un mensaje importante para él —dijo Blum—, si es que alguien lo conoce.

—Todos tenemos mensajes importantes —señaló alguien entre risas—. Desafortunadamente, ninguno de ellos llega a su destinatario.

—Filósofo —dijo el hombre de la gorra de *tweed* poniendo los ojos en blanco.

—Si yo fuera tú, me olvidaría de tu tío —le aconsejó alguien—. Probablemente esté muerto de todos modos.

—Todos tenemos tíos —intervino otro—. Se nota que eres nuevo aquí.

—Callaos, joder —protestó otro desde otra parte del pasillo—. Estoy tratando de dormir.

—Lo siento. —La fotografía volvió a las manos de Nathan.

La guardó en el bolsillo que había dentro de su camisa. El gigante que tenía a su lado ya estaba roncando. Blum se apoyó en las lamas de madera.

Había sido estúpido por su parte creer que sería tan fácil. Con tan sólo chasquear los dedos. Había miles de personas allí, cientos de miles, y, como había dicho el hombre, la gente cambiaba a diario. Una aguja en un pajar, pensó Blum. Había sido eso mismo desde un principio. No en uno: en cien pajares. Cien pajares a los que habían arrojado una cerilla encendida, y las manecillas del reloj no se detenían. Tenía poco tiempo. Ya había perdido el primer día. Sólo le quedaban dos más. No, desde luego que no sería así de fácil, se reprendió.

Blum cerró los ojos; el agotamiento finalmente lo había vencido.

—Tu tío y tú debéis de estar muy unidos... —dijo su otro compañero de catre, el del rostro de hurón—, si llevas una foto de él contigo. —Su mirada parecía albergar un deje de sospecha. Una sonrisa desconfiada.

—Sí —respondió Blum con la misma sonrisa. Aunque, por dentro, se dio cuenta de que había sido descuidado al hacer las cosas con tanta prisa—. De hecho, es más como un padre para mí.

—Un padre..., ya veo —dijo el hombre, desviando la mirada—. Así que Leópolis, ¿eh? —añadió después de una pausa—. ¿No habías dicho que eras de Masuria?

Un temblor nervioso recorrió la columna de Blum. Le habían advertido que había informantes por todos lados. Y, por si no era suficiente con tener que esquivar a los alemanes durante otros dos días, ahora debía preocuparse por otros que estaban aún más cerca.

«Sí, muy descuidado.»

El hombre apoyó la cabeza en el colchón y cerró los ojos.

En la distancia, Blum oyó música, una orquesta que tocaba. Se incorporó.

—Oigo música.

—Recién llegados... —dijo alguien, suspirando como si no fuese nada nuevo.

—Están calentando los hornos. —Otro se dio la vuelta—. Que alguien diga una oración.

«Una oración...» El día uno había llegado a su fin. Cincuenta horas... Era todo el tiempo que le quedaba. Eso sí que requería una oración. Blum miró al hurón, que ahora parecía estar dormido. Cincuenta horas para lograr un

milagro.

«Siempre y cuando Mendl siga con vida», pensó mientras cerraba finalmente los ojos.

37

Cuando volvía de jugar al ajedrez con Frau Ackermann, después de que ella hubiera regresado esa semana, Leo dejó al *Rottenführer* Langer en la entrada del campo y siguió caminando hasta el bloque treinta y seis.

Encontró al viejo en su litera.

—¿Cómo está hoy, profesor? —Se sentó frente a él.

—Mejor. —Alfred se incorporó y forzó una sonrisa débil—. Un poco mejor cada día.

—Tenga. Le he traído algo. Creo que lo alegrará. —Sacó una servilleta de tela y una taza humeante.

—¿Té? —El rostro de Alfred se iluminó—. Esto debe de ser un sueño. ¿De dónde?

—¿De dónde cree? —dijo Leo—. Desde luego, Langer ha estado empujándome todo el camino de vuelta con la esperanza de que lo derramara. Aunque no se ha atrevido a tirarlo directamente. Aun así, me temo que no está tan caliente como cuando salí de allí.

—No importa. —Alfred bebió un sorbo y aspiró el aroma perfumado—. Ah, clavo de olor..., esto es el cielo.

—Le dije que nos cuidaría —señaló Leo orgulloso—. También a usted. —Había algo de aflicción, casi resignación, en los ojos del chico que Alfred podía detectar, pero no interpretar.

—Sí. Has acertado esta vez, hijo.

Realmente lo había cuidado.

No había muerto.

Había resultado ser tifus después de todo, pero había sobrevivido. Aunque Alfred había permanecido en la enfermería toda una semana mientras recuperaba sus fuerzas. ¡Eso sí que era un milagro! Había pasado dos días en un sudoroso aturdimiento hasta que la fiebre había remitido. En su delirio, veía imágenes de Marte, quien lo llamaba, así como su trabajo y sus fórmulas, que desfilaban frente a sus ojos.

Y también otro sueño, muy extraño, algo que no había logrado entender del todo hasta que finalmente recobró la lucidez: una mujer joven. Bonita, joven, junto a su cama, cuidándolo. Supervisando a los doctores. Indicándoles que se aseguraran de que se pusiera bien. «Cueste lo que cueste», había insistido ella.

«“Cueste lo que cueste”...

»¿Por qué?»

Después se enteró de que le habían puesto la vacuna que normalmente estaba reservada para los alemanes. Le dieron antibióticos y le practicaron transfusiones de sangre.

Leo sonrió.

—¿Lo ve? También ha sido un ángel para usted.

—Desde luego. —Alfred asintió—. Mi más sincero agradecimiento, Leo. Si es que agradecimiento es lo que debo sentir por estar de vuelta aquí.

Hacía una semana que había vuelto. Le habían permitido recobrar sus fuerzas, en vez de gasearlo o forzarlo a volver al trabajo de inmediato, como a los demás. Aun así, seguía un poco débil. En una ocasión, incluso había acudido una enfermera al barracón para examinarlo. Era algo sin precedentes. En todo el campo, los más sorprendidos cuando regresó fueron sus compañeros de bloque. «Ya casi habíamos cedido tu catre...» *Lázaro*, lo llamaban ahora. De vuelta después de un breve encuentro con la muerte. Nadie había hecho algo así antes.

Leo lo visitaba todos los días, para ver cómo seguía.

Y, cada día, encontraban un poco de tiempo para trabajar. Alfred se daba cuenta de que aún le quedaba mucho por enseñarle. Y tan poco tiempo... Había usado un pedazo de tiza para anotar sus fórmulas en la lámina de

hojalata todos los días. Dejó su té.

—Esto ha sido maravilloso. Ahora, sigamos.

—Alfred, ya da igual, lo hemos visto todo.

—No. No hemos visto el patrón de dispersión. Sabes que se estima que todos los átomos en el proceso de difusión se mueven a una velocidad (v), pero el problema fundamental es...

—El problema fundamental es calcular el número de átomos que escapan a través de un agujero o incluso millones de agujeros durante un tiempo transcurrido. —Leo completó la idea de Alfred—. Expresado como delta (t). ¿Correcto?

—Pues sí, en efecto —admitió Alfred.

—Entonces, dado que el número de átomos contenidos fuera el producto del volumen del cilindro de difusión por la densidad de los átomos p (n) minúscula más N mayúscula sobre V mayúscula, en donde N es el número de átomos en el cilindro y V , desde luego es..., deme un segundo..., el volumen del cilindro.

—Sí, de acuerdo, continúa...

—Bien. El número de átomos es igual a la densidad de dichos átomos por la superficie del área del cilindro..., multiplicado por la velocidad a la que viajan los átomos por la longitud del ángulo de inclinación. —Leo se detuvo un momento para respirar. Luego cogió un pedazo de tiza y una hoja de latón—. Y la ecuación queda expresada así...

$$N_{cyl} = \rho_N S \langle v \rangle (\Delta t) \cos \theta.$$

—¿Qué tal? —Sus ojos brillaban con un destello de orgullo.

—Muy bien, hijo. De acuerdo, debo admitir que has estado magnífico. Pero ¿te expliqué ya... —Alfred empezó a escribir— que no todos estos átomos se moverán en la dirección indicada para lograr el máximo escape posible? Y eso creará la dispersión. Así que para explicarla...

—Para explicarla tenemos que multiplicar esta fórmula por la probabilidad de que un átomo tenga su velocidad dirigida. Sí, ya lo

reparamos, Alfred, se lo prometo. —Leo se dio un golpecito en la frente—. Todo está aquí.

—Oh. —Alfred asintió; su memoria estaba un poco afectada—. Ya lo recuerdo. Pero ¿te expliqué...?

—¿Que si me explicó que, al extender esa lógica, podemos tomar los dos gases que debemos enriquecer, U-235 y U-238, a pesar de la diferencia que existe entre sus pesos atómicos y cuantificando la extensión del enriquecimiento, que se calcula como..., déjeme pensar..., $\frac{100}{x/x+1}$, en donde x equivale al número de átomos de 235 sobre el número de átomos de 238? Sí, eso también me lo explicó. —Leo puso una mano sobre el brazo del profesor—. Le prometo que está todo a salvo. Lo tengo todo.

—Magnífico —dijo Alfred sonriendo con satisfacción—. Lo hemos hecho, pues.

Leo asintió.

—Con qué fin, aún no lo sé, pero sí, me parece que lo hemos hecho.

—Ahora eres el mayor experto en el mundo en lo que se refiere al proceso de difusión gaseosa... ¡Te felicito!

—El segundo mayor experto.

—Bueno, me temo que pronto la distinción será toda tuya. Y, como ya te he dicho, hay gente que, una vez que lo sepa...

—Sí, profesor, ya me lo ha dicho. Hay gente que necesitará este conocimiento. Los esperaré a todos. —La sonrisa de Leo se desvaneció y su rostro volvió a adoptar esa misma expresión que tenía al entrar y que Alfred había sido incapaz de interpretar.

—¿Hay algo que te inquiete, hijo?

—No se preocupe. Si usted está bien, entonces yo estoy bien. Beba...

—De acuerdo. —Alfred tomó otro sorbo del té y cerró los ojos como en un sueño—. Nunca pensé que volvería a experimentar este placer. Gracias, hijo. No te olvides de la teoría de desplazamiento.

—¿Cómo podría? Está grabado en mi mente, tanto como el peón cuatro rey.

—Entonces, mi trabajo está hecho. Probablemente ahora querrás librarte de mí, ya que no tienes nada más que aprender.

—¿Me está diciendo que no queda nada que valga la pena compartir en esa gran mente suya, profesor?

—Tienes razón, debe de haber algo —dijo Alfred—. Queda la difusión térmica..., un proceso mucho más difícil, en el que es muy complicado lograr los niveles de enriquecimiento requeridos. —Miró a Leo, quien sacudió la cabeza con enfado—. En fin...

Leo guardó la tiza y el pedazo de latón.

—Nos dedicaremos a eso entonces, ¿de acuerdo?

—Sí. Pero hay algo que no va bien. Puedo darme cuenta. No finjas, chico. Somos amigos.

Leo finalmente asintió.

—Hoy me ha dado otro regalo, junto con el té. —Leo metió la mano en sus pantalones, sacó algo y luego la abrió.

Era una pieza de ajedrez. De excelente calidad, se percató Alfred. Una torre de hermoso alabastro blanco. Tallada con gran detalle.

Leo la dejó en la mano de Alfred.

—Creo que esto significa que nuestro juego ha llegado a su fin.

—Sí. —Alfred asintió y apoyó una mano en la rodilla del muchacho—. Eso parece.

—Lo que significa, sin duda, que... —Leo sonrió, pero era más bien una sonrisa de resignación, con un deje de tristeza.

—Lo que significa que tienes suerte de saber todo lo que te he estado enseñando... —lo animó Alfred mientras le hacía un guiño—. Al menos, no te irás con la mente vacía.

Leo rio entre dientes.

—No creo que Lubinsky o Markov o cualquiera de los otros que he machacado al ajedrez dirían que mi mente estaba precisamente vacía.

—Y ¿qué han hecho Lubinsky o Markov por expandir el cuerpo de conocimiento, si puede saberse...?

—También me he llevado esto —dijo Leo. Sacó una foto arrugada. Era una imagen de Frau Ackermann en una barca de remos. Llevaba una gorra de marinero de color blanco, con el borde delantero levantado, y mostraba su brillante sonrisa y una mirada dichosa—. La vi en medio de una pila de fotos.

Cuando ella salió un momento, la guardé entre mis ropas. Se la ve tan feliz...

Alfred se dio cuenta de que era la misma mujer que se había encargado de supervisar sus cuidados en el hospital.

—Sí, así es.

—No me dejará ir. —Leo lo miró—. Ni a usted tampoco. No tan fácilmente. Ya lo verá.

—Sugiero que no nos adelantemos, Leo. Tal vez lo único que ha pasado es que su esposo se ha puesto firme. Sabías que no era muy partidario de nuestro juego. Debemos seguir teniendo esperanza. Donde hay esperanza hay vida. Y donde hay vida... hay más que aprender, ¿no es así? —Alfred sonrió.

—Bien, pues brindemos por la esperanza —dijo Leo. Alzó la taza y se la dio de nuevo.

—Y por el aprendizaje. —El anciano la levantó y bebió el último sorbo de té—. Donde radica nuestra verdadera esperanza. ¿Estás de acuerdo?

—¿Por qué no lo dejamos en esperanza y ya está? ¿Le parece? —respondió Leo.

Miércoles

Al amanecer, el Daimler con la esvástica debajo del águila de guerra en una de sus puertas avanzaba a toda velocidad por la campiña polaca, con los focos delanteros destellando en la niebla.

El coronel Martin Franke iba sentado en el asiento trasero.

Su inexperto chófer portaba la insignia de la Abwehr en el cuello de su uniforme, pero sin duda llevaba algunos meses de retraso en comparación con lo que los nuevos reclutas estaban aprendiendo esos días en su entrenamiento, y claramente su experiencia al volante no era la mejor. Varsovia estaba a poco más de trescientos kilómetros de Oświęcim, cuatro horas con buen tiempo por la vía rápida S8, la cual estaba llena de baches. Claro que el camino resultaba más largo con esa niebla.

—Por favor, más deprisa, cabo —dijo Franke impaciente—. Adelante a ese camión. —Un camión de suministros había aminorado la velocidad frente a ellos.

—Sí, coronel —respondió el cabo pisando el acelerador.

Franke había persuadido a su superior, el general Graebner, de que lo autorizase a ir al campo. La llamada había llegado a Berlín, en donde el comandante del campo, el coronel Höss de las SS, se encontraba en una conferencia con el *Reichsführer* Himmler y Reinhard Heydrich, según le habían dicho. Un comandante de nombre Ackermann había quedado a cargo.

Así que Franke sabía que más le valía estar en lo correcto; el enfrentamiento entre Canaris y Himmler por el favor del Führer no era ningún secreto. Avergonzar a cualquiera de los dos lo enviaría directamente al frente oriental.

Pero Franke se sentía seguro, y esa seguridad había aumentado cada vez que había comprobado que su intuición era acertada. Que ese campo tenía que ser el objetivo de lo que fuese que estuviesen planeando. El telegrama «el buscador de trufas está en camino». El informe local del avistamiento de un avión. El paracaidista que alguien había visto. El bosque de abedules. La región estaba escasamente poblada y no había ninguna actividad militar conocida en el área ni elementos de interés estratégico que indicaran otra cosa.

A Franke le hervía la sangre sólo de pensarlo. Sangre que llevaba largo tiempo dormida. Durante el último año, había sido infravalorado y hecho a un lado. Definitivamente había alguien ahí. ¿De dónde? Inglaterra, tal vez. Y ¿para qué? ¿Un ataque? ¿Una fuga? ¿Sabotaje?

Ahora sólo tenía que averiguar quién y por qué.

Si tenía éxito, Franke casi podía saborear la sensación de toda su vergüenza anterior quedando en el pasado. El propio Himmler estaría observando esta vez. Su esposa lo aceptaría de nuevo a su lado y, con eso, recobraría su posición, los cómodos *schloss*^[4] en Rottach-Egern.

Todo dependía de que encontrara a ese hombre.

Tres horas más. Miró su reloj.

—Estaría bien que llegáramos hoy —le dijo al conductor, quien acababa de reducir la velocidad para permitir que un rebaño de cabras cruzara el camino. Todas las vías polacas eran caminos de ganado. El chófer tocó el claxon escandalosamente.

Una sensación de hambre invadía las entrañas de Franke. Claramente, había alguien allí. Sólo tenía que encontrarlo. A ese hombre. De dondequiera que éste procediese.

El buscador de trufas.

Era un duelo de ingenios, se dijo. Una partida de ajedrez.

«Crees que estás solo. Crees que estás oculto bajo una red. Pero te equivocas.

»Ésta es mi red. Mi nariz te detectará en el momento en que te vea.
»Somos sólo tú y yo ahora.»

39

Blum abrió los ojos antes del primer destello de luz. Zinchenko, su *kapo* lituano, entró en los barracones, golpeando con fuerza las paredes y las literas con su porra.

—*Rauss. Rauss!* En pie, pequeños animales. Tenéis por delante un nuevo día de maravillas y aventuras. ¡Moveos, haraganes!

La gente empezó a agitarse lentamente en sus literas.

—¿Ya ha amanecido?

—Sólo dos minutos más, Zinchenko, ¡por favor!

—¡Arriba! ¡Levantaos, cerdos! ¡Ahora! —les gritó el *kapo* sin piedad—. Trato de ser bueno con vosotros, os dejo dormir cinco minutos más, y mirad lo que recibo a cambio.

Blum se había despertado al menos una docena de veces durante la noche. Entre la posición incómoda en la que se veía obligado a dormir, tener que tirar del pedazo de manta fino y sucio que tres de ellos compartían y que no habría sido suficiente ni para mantener calientes a los piojos, los ronquidos constantes y el intermitente temor de lo que le esperaba durante el día, apenas había logrado dormir una hora.

—¡Os quiero en vuestros grupos de trabajo dentro de treinta minutos! ¡Se pasa lista dentro de cinco! —les indicó el *kapo*.

Era un hombre musculoso con una espesa barba y una gorra aplastada en la cabeza, lo que lo distinguía del resto de los prisioneros. Eso y el triángulo rojo que llevaba cosido a la altura del pecho y que lo identificaba como un

delincuente común—. ¡Cinco minutos! ¡Todos fuera!

El bloque cobró vida lentamente. Nadie se lavó. Varios se colocaron en fila frente a la letrina y orinaron o cagaron en el repugnante cubo.

Blum bajó de la litera y se topó con el hombre de la gorra de *tweed* con el que había hablado la noche anterior; estaba doblando su manta.

—Necesito un trabajo —le dijo—. ¿Puedes conseguirme algo? En el campo, si es posible. Al menos durante uno o dos días. Quiero encontrar a mi tío.

—Habla con él. —Señaló a un hombre de baja estatura con unas espesas cejas—. Solía ser abogado en Praga. Aquí es el *Blockschreiber*. —«El administrador del bloque.» Wetzler y Vrba los habían mencionado. Su labor era asignar los trabajos.

—Gracias.

Blum se acercó y encontró al hombre entre la apresurada multitud.

—Soy nuevo.

Le explicó al administrador del bloque que quería un día para encontrar a su tío.

—¿Cómo te llamas?

—Mirek.

—¿Número...?

Blum le mostró el brazo. El *Blockschreiber* lo anotó en una pequeña libreta negra.

—Sólo tengo un puesto. —El hombre rio sombríamente entre dientes—. ¡Felicidades, Rosten! —gritó—. Acabas de ser ascendido.

—¡Aleluya! —gritó alguien entre la multitud.

—Brigada sanitaria —le dijo a Blum.

—¿Qué es eso?

El hombre anotó en su libreta.

—Rosten te mostrará cómo se hace.

Como le enseñaron a Blum, el trabajo consistía en cargar cubos de mierda y orina desde la letrina hasta la fosa séptica del campo, localizada al otro lado

de la entrada principal. No solamente su cubo, sino también el de los bloques dieciocho a treinta y dos. El beneficio principal, como se percató rápidamente Blum, era que podría entrar en varios de los otros bloques, donde habría más gente.

—Sólo ten cuidado —le advirtió el *Blockschreiber*—. Si se te derrama el contenido del cubo, por poco que sea, en los terrenos públicos, posiblemente recibirás un balazo en la cabeza. Y Rosten estaría muy molesto, pues tendría que volver a hacerlo él mismo.

—En ese caso, seré particularmente cuidadoso —coincidió Blum.

—Y mantente alerta. A veces los guardias te arrear con su porra sólo por diversión. Si se te derrama el cubo, puedes empezar a rezar. Me imagino que piensan que cualquier persona a la que le demos este trabajo no vale suficientemente la pena, sólo una boca más que alimentar.

—Gracias. Entonces ¿cómo es que Rosten ha sobrevivido?

—¿Rosten? —El *Blockschreiber* se encogió de hombros—. Supongo que en realidad no come mucho.

Fuera se oían los silbatos; la gente salía de sus bloques y formaban para pasar lista. La mañana era húmeda, hacía demasiado frío para ser mayo, tanto que todos estaban de pie abrazándose en sus finos uniformes de arpillera. Blum estaba nervioso. El proceso de pasar lista era uno de los momentos del día en los que podía quedar fácilmente expuesto. El *Blockführer* SS del campo se acercó. El teniente Fischer. Traía un montón de documentos doblados por los bordes sobre una tablilla sujetapapeles.

—Ya conocéis la rutina —les gritó—. Formad. De la A a la Z. Dad un paso al frente cuando oigáis vuestro nombre.

Todos se colocaron en cuatro largas filas. El teniente empezó...

—Abramowitz...

—¡Aquí! —gritó un hombre en la fila de atrás.

El guardia lamió su lápiz y lo marcó en la lista.

—¿Adamczyk?

—Sí. Aquí.

—Alyneski...

Blum se apiñó en medio de la multitud de la cuarta fila. Iban en orden

alfabético. Podía perderse entre la multitud para no tener que gritar la respuesta. Si hubiesen recorrido las filas, hombre por hombre, ordenándole a cada uno que dijera su nombre, su alias, Mirek, no habría coincidido. Eso habría sido mucho más complicado.

—¿Bach?

—¡Aquí!

—Balcic...

Tardaron casi veinte minutos en llamar a todo el bloque. El área del patio principal estaba tan abarrotada de prisioneros, cada uno frente a su propio bloque, que cada fila se entremezclaba con la fila del bloque de al lado, formando una gran multitud. Las voces de los *Blockführer* competían entre sí mientras seguían gritando nombres. El hombre que estaba junto a Blum se inclinó sobre su hombro.

—¿Eres nuevo?

—Sí —asintió él.

—¿Alguien te ha explicado ya la situación?

—¿La situación? Aún no.

—Entonces escucha. Esto te mantendrá con vida. Fischer —con un movimiento de la cabeza, señaló al *Blockführer* que gritaba nombres— sigue las reglas al pie de la letra. No busca problemas, pero tampoco te ayudará en nada. Ése... —Señaló un cabo de las SS con el cabello rojizo y la nariz chata—. Ése es Fuerst. Tiene una hermana enferma en casa. Cumple con su trabajo, pero a veces está dispuesto a negociar, no sé si sabes a qué me refiero.

—¿Estás hablando de soborno?

El hombre se encogió de hombros.

—Si tienes algo con qué negociar. Pero, hagas lo que hagas, no te metas con ese cabrón... —Señaló un guardia con rostro de sabueso, labios gruesos y ojos con párpados pesados—. Dormutter. Él sí que es un lunático. Esto es el paraíso para él. Puede matar a todo el que quiera. Mantente alejado de él. No puedo ni describir las cosas que lo he visto hacer.

—Así lo haré. Gracias —dijo Blum.

A continuación, el hombre le explicó lo esencial sobre otros guardias y

*ka*pos. Los verdaderos monstruos, aquellos que te matarían por mero deporte. Y aquellos que solamente hacían su trabajo. Aquellos con los que Blum podía contar y los que debían evitar a toda costa.

—A todos se nos ofrece una composición de lugar la primera vez —le explicó el hombre—. De ahora en adelante, ya vas solo.

Antes de distribuirse en sus grupos de trabajo, las filas de los bloques se mezclaron por un momento. La gente intercambió palabras rápidas con sus vecinos, historias sobre las novedades y sobre quiénes habían perdido la vida los últimos días; negociaban cigarrillos y sobras de comida.

Blum sacó su fotografía.

—Estoy buscando a mi tío —le dijo a alguien de un bloque vecino—. Su nombre es Mendl. ¿Lo conoces? Es de Leópolis.

—Lo siento —respondió el hombre mientras sacudía la cabeza—. No está aquí.

Blum recorrió la multitud y le preguntó a alguien del otro lado del patio.

—Estoy buscando a este hombre. Es mi tío. Su nombre es Mendl.

Nuevamente, el tipo negó con la cabeza.

—No lo conozco. Lo siento.

Fue de grupo en grupo, revisando e inspeccionando los rostros a su paso en medio de la enorme multitud, sin perder de vista a los guardias y acercándose a cualquiera que estableciese contacto visual con él.

—¿Conoces a este hombre? ¿Lo has visto? Mendl.

—No —oía una y otra vez—. Lo siento.

—Ésta es su foto. Mírala, por favor.

—Me resulta familiar —contestó uno de ellos—. Pero no puedo ayudarte. ¿Por casualidad no tendrás cigarrillos de sobra? Me estoy muriendo.

—Probablemente esté muerto —dijo otro, encogiéndose de hombros—. De cualquier modo, ¿qué más te da? Todos tenemos tíos aquí en alguna parte.

—Lo siento.

Tal vez fuera demasiado tarde, se temió Blum, mientras veía cómo todos trataban de sobrevivir un día más; parecían más muertos que vivos. Vrba y Wetzler le habían confirmado que se encontraba allí, pero eso había sido en enero. Hacía cuatro meses. El frío podría haberlo vencido. O el tifus. O un

mazazo en la cabeza. O el gas. Se dio cuenta de que todo aquello podía ser en vano. «No nos falle», lo había instado el presidente Roosevelt. Pero ni siquiera él podía controlar el capricho entre la vida y la muerte que reinaba en ese lugar.

Existía la posibilidad de que hubiera ido hasta allí sólo por un cadáver.

Llegó la hora del desayuno. Blum volvió a su bloque y formó sosteniendo el tazón de metal. No había probado bocado desde la nauseabunda sopa que había comido en el almuerzo del día anterior. Eso era mucho peor. No podía distinguir lo que era: col, patatas, un cucharón lleno de un caldo aguado y sin sabor hecho a base de cáscaras, piel y llanto. Con un pedazo de pan rancio. Observó a su alrededor y vio cómo sus compañeros de barracón se amontonaban en el exterior del bloque y lo devoraban todo.

«¿Y si no logro encontrarlo? —se preguntó—. ¿Qué haré entonces? ¿Y si nunca consigo salir de aquí?» Así sería su vida mientras durase.

Le dio un sorbo al tazón, haciendo una mueca en el momento en que el rancio sabor llegaba a sus papilas. Luego le dio otro sorbo y lo tragó con dificultad. Como hacían todos los demás. Él también tendría que cumplir con la jornada laboral.

Los silbatos comenzaron a sonar de nuevo.

—Formad. Formad... Se acabó el desayuno.

Había llegado la hora de empezar a trabajar.

—*Guten morgen, Herr Lagerkommandant!*

El personal que se encontraba en la oficina del comandante Ackermann se puso de pie en cuanto él entró.

—Buenos días. Prosigan.

Después de saludar con la mano, Ackermann se dirigió a su mesa.

Había una taza de café para él sobre el escritorio. Se sentó y revisó los informes de esa mañana. El número de prisioneros «procesados» en el día anterior: más de veintiún mil. «Muy bien.» Un doce por ciento por encima de lo normal. La mayoría habían llegado ese mismo día y habían pasado directos a la cámara de gas. Revisó la cifra que se esperaba para ese día. Muy buena también. Dos trenes. Uno procedente de Theresienstadt, cerca de Praga, y otro de Hungría. Sería otro día y otra noche ajetreados.

Tenía sus cuotas diarias, pero quería sobrepasarlas en ausencia del *Kommandant* Höss. Quería que todos se dieran cuenta de que podía dirigir el lugar de manera eficiente y con disciplina. Y, quién sabía, había empezado a pensar, tal vez su jefe sería ascendido durante su viaje a Berlín. Tal vez por eso se había quedado allí unos días más. Era importante para todos ver que, en su ausencia, el lugar seguía estando en buenas manos. Que se mantenía el trabajo y se cumplían las cuotas. Todo lo que ocurría allí era estrictamente vigilado por el *Reichsführer* Himmler y su círculo de colaboradores más cercanos. Si había promociones en el horizonte, él quería que su nombre también estuviese en lo alto de la lista.

Lo cual le dejaba un problema en particular que resolver esa mañana, reflexionó Ackermann.

Greta.

Había empezado a preocuparle el hecho de que a su esposa hubiese llegado a gustarle demasiado el judío al que invitaba a su casa a jugar al ajedrez. Una o dos partidas, tal vez; eso podía entenderlo. Pero, después de eso, debía quedar claro que ella no lo favorecería de ningún modo, en vez de colmar al chico de regalos y solicitarle su protección a Ackermann. Tendría que aclarar eso de una vez por todas, lo había decidido durante su corta caminata esa mañana. Aparentemente, el asunto ya se había convertido en motivo de chisme entre las tropas, lo cual siempre era malo para la moral. Höss incluso lo había mencionado antes de marcharse, claro, no de manera directa, sino mientras tomaba *schnapps*, casi como una anécdota. «A estas alturas, Greta ya debe de ser toda una experta en ajedrez...», había dicho riendo. Pero Ackermann sabía precisamente a qué se refería Höss. Había decidido encargarse del asunto antes de que su jefe volviera. El «trato especial» debía convertirse en lo que siempre había sido. Una purificación organizada del Reich. No una especie de favoritismo tonto y erróneo. Greta debía darse cuenta de ello. Obviamente, podría haberlo hecho de golpe. Deshacerse de todo el bloque. Nadie habría sospechado nada. Pero, desde luego, las mujeres podían ser difíciles. Era por eso por lo que el problema era tan complicado. Ackermann sabía que Greta no era feliz allí. Había pasado un mes desde que ella había demostrado algún interés en él.

«Sí», refunfuñó para sus adentros, eso no era bueno para la moral.

Su asistente, el teniente Fromm, entró y se acercó a su escritorio.

—Lamento molestarlo, señor, pero tengo un mensaje para usted. De Varsovia.

—¿Varsovia...? —Ackermann alzó la mirada.

—Sí, de un tal general Graebner que se encuentra allí. De la Abwehr.

—¿La Abwehr?

Ackermann abrió mucho los ojos. «Inteligencia.» El campo recibía sus órdenes directamente de Berlín. Directamente de Reinhard Heydrich y el *Reichsführer* Himmler.

—¿Y qué carajo podría querer la Abwehr aquí?

—Aparentemente —respondió su asistente—, un tal coronel Martin Franke llegará hoy. —Le entregó a Ackermann el telegrama—. Parece que tiene algunas preguntas. Sobre un asunto de seguridad.

—¿Seguridad? ¿Aquí...? —El *Lagerkommandant* dejó escapar un resoplido y ahogó una carcajada—. Debe de estar bromeando. Ni el coño de una monja es más seguro que este lugar.

—Aun así, el general ha solicitado que, en ausencia del *Kommandant* Höss, le procuráramos todas las atenciones posibles.

—Conque atenciones, ¿eh? —dijo Ackermann con el ceño fruncido—. Que venga entonces. —Justo lo que necesitaba ese día, la Abwehr metiendo sus arrogantes narices en sus asuntos. Cuando él tenía cuotas que cumplir—. Yo no pienso enseñarle el lugar. Que Kimpner lo haga. —Kimpner era un contable a cargo de la logística del campo. Cocina. Enfermería. Adquisiciones—. Yo tengo otros asuntos que atender hoy.

Había dos trenes. Veinte mil más para procesar. Además del asunto de su esposa.

Pero, en lo referente a eso, tenía que encontrar la manera indicada. Se estaba poniendo demasiado tenso. Tenía que demostrarle que lo que era malo para la moral, y para él, era malo para ella también.

Sí, aquello había llegado demasiado lejos, pensó el *Lagerkommandant*.

Le devolvió el telegrama a Fromm.

—Avíseme en cuanto llegue.

41

Blum acarreó los cubos de excrementos congelados a través de los terrenos del campo hasta la zanja de desechos ubicada justo al otro lado de la alambrada. Contuvo la respiración para soportar el terrible olor. Pasó junto a los guardias, rápido pero con cuidado, agachando la mirada, consciente de que podía convertirse en el objetivo de cualquiera de ellos al menor capricho. Luego vació el contenido de los cubos en la zanja, los enjuagó y los llevó de vuelta al campo.

Incluso aunque la mayoría de los prisioneros estuvieran trabajando, siempre había unos cuantos en cada bloque. Aquellos que estaban enfermos o simplemente descansando después de su turno de trabajo nocturno.

Y en cada bloque, Blum sacó su fotografía de Mendl.

—Estoy buscando a mi tío —preguntaba—. ¿Lo habéis visto?

Y en cada bloque, recibía la misma desalentadora respuesta:

—No. Lo siento.

—No está aquí.

Varios se encogían de hombros con indiferencia.

—Lo siento, es que hay tantos...

Comenzó a pensar que todo era en vano, hasta que, finalmente, en el bloque treinta y uno, un hombre acostado en su catre cogió la fotografía y, después de unos cuantos segundos, asintió:

—Sí, lo conozco. Mendl. Es profesor, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Blum esperanzado.

—De Leópolis, me parece.

—Así es —confirmó Blum, extático.

Pero, después, el hombre sacudió la cabeza resignado.

—Hace como un mes que no lo veo. Oí que tuvo mucha fiebre. —Le devolvió a Blum la fotografía—. Lo siento, creo que está muerto.

—Muerto —dijo él, volviendo de golpe a la Tierra—. ¿Estás seguro?

—Sé que lo llevaron a la enfermería. Muy pocos regresan de allí. Pregúntale al chico del ajedrez. Eran amigos. Él debería saberlo.

—¿El chico del ajedrez...?

—El campeón del campo. Juegan aquí cada dos semanas. Los verás cerca de la enfermería. Lo siento, no hay más que pueda decirte.

«El chico del ajedrez. Juegan cada dos semanas...», se dijo Blum. Su esperanza cayó a sus pies. Tenía dos días. Ahora, menos. «Creo que está muerto.» Lo había arriesgado todo, viajado hasta allí, pensó mientras sacaba y levantaba el miserable cubo de excrementos de debajo del urinario, ¿todo por un cadáver?

Pensó en preguntar en la enfermería. Si había estado enfermo, alguien allí debía de saber algo de él. Pero eso también podría levantar sospechas. Ese «chico del ajedrez» no podía ser tan difícil de encontrar. Pero ya se había expuesto mostrando la fotografía a todo el que quisiera mirarla. Ahora, si de pronto empezaba a preguntar por otra persona..., definitivamente llamaría la atención.

Pero ¿qué otra opción tenía?

Arrastró los nuevos cubos hasta la entrada. Había guardias por todas partes. Era especialmente cuidadoso allí, para no establecer contacto visual. Y para no derramar ni una gota. Sin embargo, esos cubos eran particularmente pesados y estaban llenos hasta los bordes. Oyó la risa de un guardia al pasar junto a él. «Sólo sigue avanzando...»

—¡Alto! —le gritó alguien desde atrás.

Blum se quedó parado, muy erguido.

—¿Adónde vas tan rápido con mercancía tan fina para vender? —le dijo un guardia en tono burlón.

Él cerró los ojos por un segundo y, al abrirlos, se estremeció al ver al

mismo guardia que le habían señalado esa mañana mientras pasaban lista. Dormutter. «Es un lunático. Hagas lo que hagas, no lo provoques. Es mejor evitarlo.»

El guardia llevaba una gorra color caqui de las SS inclinada sobre su rostro cuadrado, unos ojos hundidos y profundos, los labios gruesos y un aire de superioridad en la mirada.

—Parecen pesados —dijo blandiendo una gruesa porra. Se colocó detrás de Blum.

—Lo son, señor —respondió él—. Pero no importa. —Dio un paso hacia delante—. Si me permite, los llevaré a...

—Yo te diré cuándo puedes marcharte, judío —le espetó el guardia con un tono gélido.

—Sí, señor. —Blum se quedó congelado.

—¿Cómo te llamas?

—Mirek —respondió. Notaba la lengua tan seca y áspera como el papel de lija.

—Sí, ¡sin duda este pobre hombre está sobrecargado de trabajo! —dijo Dormutter, lo suficientemente fuerte como para que los otros guardias que estaban cerca se burlaran y fingieran preocupación.

Blum notó un pequeño golpe de la porra desde atrás, en el brazo izquierdo. El cubo se tambaleó hacia delante. Blum lo sostuvo lo mejor que pudo para evitar que se volcara.

—*Humff* —rezongó Dormutter desde atrás.

Entonces, Blum notó un segundo golpe. Esta vez, en el brazo derecho. Y, esta vez, el cubo, que estaba lleno casi hasta el borde, también se tambaleó hacia delante. Recordó las palabras de advertencia del *Blockschreiber* y usó cada gramo de fuerza que tenía para enderezarlo. Pero era evidente lo que el guardia trataba de hacer.

—No nos gusta que seáis descuidados y dejéis que los cubos se llenen hasta arriba. Porque entonces existe la posibilidad de que...

Blum notó la porra golpeando su brazo izquierdo otra vez. Ahora, con más fuerza. Los dos cubos se balancearon. Petrificado, luchó para mantenerlos derechos. Las asas se clavaban en sus dedos. Los cubos se

tornaron más pesados.

«Si uno se derrama en los terrenos públicos, recibirás una bala en la cabeza...» La advertencia resonaba en la mente de Blum.

—Te darás cuenta, supongo, de los riesgos para la salud, si llegaras a derramar mierda de judío en un espacio público. No sería lo ideal, ¿verdad?

—No, sargento. —Blum asintió. Empezaba a notar que pronto los brazos le fallarían.

Esta vez, sintió cómo el extremo de la pesada porra se clavaba en su espalda. Los cubos se tambalearon hacia delante. Blum hizo todo lo posible por evitar que se derramaran. Literalmente, les ordenó que no lo hicieran. Y, de algún modo, no lo hicieron.

—Supone un riesgo para la salud... —dijo el alemán, empujando la porra en la parte baja de la espalda de Blum—. Me refiero a que lo es para vosotros, judío. —Le clavó la porra nuevamente.

El asa de los cubos se enterró más en los dedos de Blum. Sabía que no podría soportar un empujón más fuerte. El sudor se escurría por su frente. Esperaba, en cualquier segundo, notar el peso de la porra golpeando su cráneo como un bate haría con una pelota y caer al suelo; los cubos se derramarían y los guardias acabarían con él.

Blum sintió la porra empujándolo de nuevo; los cubos se sacudieron, y él dio un paso. Los residuos se agitaron en el interior de uno de los cubos y se escurrieron por un lado, llenando a Blum de pánico.

No podría sostenerlos mucho más. Si se daba el caso, había decidido que no moriría como su familia, sin luchar. Seguramente un hombre parecido a ése, con un odio parecido en la mirada, los había asesinado a todos. Se daría la vuelta y vaciaría el contenido de sus cubos sobre el guardia. Y que lo que tuviese que pasar pasara. Los sostuvo con más fuerza y esperó la última provocación. Los excrementos estaban muy cerca del borde.

Ése podía ser su fin.

—Sólo quería decirte —dijo el guardia de las SS con un resoplido— que el cuartel de los oficiales también necesita una limpieza.

—El cuartel de los oficiales —murmuró Blum en respuesta, con la boca seca—. Sí, sargento.

—Y considérate afortunado —dijo Dormutter— de que tengamos una visita importante hoy en el campo y de que acabo de lustrar mis botas, de lo contrario... —El alemán hizo una especie de chasquido con la lengua—. Tal vez encuentre a otro judío para lamer la letrina del cuartel. Ahora vete.

—Sí, sargento —asintió Blum, retomando el paso.

—Y, recuerda, el cuartel. Necesitarás un pase. —Se le acercó de nuevo y metió un papel blanco en su mano cerrada.

—Gracias, señor. —Un soplo de alivio salió de las mejillas de Blum. Acto seguido, se apresuró a continuar con su tarea.

—Y, Mirek..., tienes bastante equilibrio cargando cubos —le dijo el hombre de las SS mientras él avanzaba—. Deberías considerar la cuerda floja en tu próxima vida.

Se rio, así como los otros guardias que estaban lo suficientemente cerca para oírlo; después, se dio media vuelta y dejó que Blum se marchara.

Blum se apresuró a cruzar la verja, sus piernas apenas podían sostenerlo. Soltó los cubos junto a la zanja de excrementos y dejó escapar un suspiro de agradecimiento. Se estrujó los dedos y tiró los desechos.

Lo único que quería ya era salir de ese lugar. Claramente, ya no había ninguna misión que cumplir. Mendl probablemente estaba muerto. Ahora lo único que quedaba por hacer era tratar de salir. Realmente le habría gustado llevar consigo al hombre que necesitaban. «No nos falle. No tiene ni idea de lo mucho que depende del éxito de su misión.» Pero ¿qué podía hacer? Incluso si, de algún modo, Mendl seguía con vida, era evidente que había tantos lugares donde podía estar, y no había manera, ni tiempo, de revisarlos todos. Tres días. Era todo lo que le habían dado. «Una aguja en un pajar.» Desde el principio... En cien pajaros, se dijo Blum. La misión era imposible.

Se apresuró a entrar otra vez y reemplazó los cubos del bloque treinta y uno. Aún tenía que limpiar dos barracones más. Pero no quería que Dormutter lo encontrara antes de que hubiese cumplido con su tarea. Sabía dónde se encontraba el cuartel de los oficiales. Había memorizado cada edificio del campo en el mapa trazado por Vrba y Wetzler. Una parte de él decía: «Que se joda ese bastardo nazi». Con la ayuda de Dios, Blum sólo estaría allí un día más. Y si Dormutter llegaba a buscar el nombre de «Mirek»

no encontraría nada. Había miles y miles allí. El hombre de las SS nunca lo encontraría. Así como él no había podido encontrar a Mendl. «Que algún otro judío lama su mierda.»

Aun así, fue.

Fue porque, de otro modo, algún otro judío sería hostigado o incluso asesinado para hacer su trabajo. Y fue también porque había tenido suerte en la entrada, e ignorar la gracia que Dios le había otorgado lo haría indigno.

El cuartel de los oficiales se encontraba pasando una verja cerca de la torre del reloj.

—Por ahí —dijo el guardia que la vigilaba después de inspeccionar su pase; señaló una dirección sin dirigirle siquiera la mirada a Blum.

Era un edificio largo de ladrillo, con un tejado puntiagudo de tejas. En un lado del mismo, había unos cuantos vehículos estacionados. Un camión militar vacío con una cruz de guerra en la puerta. Y la versión alemana de un *jeep*. Un guardia salió de él y pasó junto a Blum.

Éste le mostró su pase.

—¿La letrina...?

—Ahí atrás.

Del otro lado del edificio, había un aparcamiento para bicicletas y, frente a él, un hombre. Se trataba de otro prisionero, encorvado, que raspaba el barro de los neumáticos. Blum se disponía a ir a la parte trasera del edificio cuando su mirada se posó sobre el hombre.

Se le detuvo el corazón.

Sin duda, el hombre era más viejo que la mayoría de los otros prisioneros. Su cabello era blanco, ya ni siquiera gris, y escaso. Pero aún lo llevaba peinado hacia un lado.

Más delgado. Los pómulos se le marcaban. Una sombra del hombre que alguna vez había sido.

Apenas se parecía al de la foto que Blum llevaba consigo.

Pero, cuando alzó la mirada, logró ver la nariz grande y plana, así como la flácida línea de la barbilla que había grabado en su memoria. ¿Podía ser?... Y entonces, sintió una ola de felicidad formarse dentro de él: el lunar negro en su mejilla izquierda. «Ésa será tu única manera de confirmarlo», había dicho

Strauss.

—Confirmado —murmuró Blum contento.

Dio un paso hacia delante.

—¿Profesor Mendl?

42

El hombre alzó la mirada.

Para Blum, era como ver un espejismo en medio del desierto. ¿Acaso era real? ¿O lo veía porque él quería que fuese real? El anciano estaba tan demacrado y enfermizo que era increíble que no hubiese sido enviado a su destino final aún. También era increíble que Blum pudiese reconocerlo.

—¿Te conozco? —preguntó.

—¿Profesor Alfred Mendl? ¿Enseñaba física en la Universidad de Leópolis? ¿Daba clases de física electromagnética?

El anciano miró a Blum con los ojos entornados, como si se tratase de algún alumno que hubiera tenido alguna vez.

—Sí.

La euforia surgió dentro de Blum. ¡Era él! Más delgado. El color había sido drenado de su rostro. Su mirada, de derrota. No era más que una sombra de lo que solía ser, físicamente hablando. Algo entre un fantasma y un hombre.

¡Pero era él!

—No se alarme, señor. —Blum dio un paso más—. Y, por favor, no piense que estoy loco por lo que estoy a punto de decirle. —Eché un vistazo a su alrededor para asegurarse de que no hubiese guardias—. Pero gracias a Dios que lo he encontrado. Lo he estado buscando por todas partes.

—¿Buscándome? ¿A mí...? —El profesor amusgó los ojos sin comprender.

—Sí —asintió Nathan—. A usted. —Sacó la fotografía que ocultaba dentro de su uniforme.

Mendl se puso de pie y observó su propio rostro en la imagen; sus ojos se agrandaron. Entonces, sin entender aún, se la devolvió a Blum.

—¿Por qué?

—Profesor, puede que lo que estoy a punto de decirle le parezca una locura. —Blum miró al anciano a los ojos—. Pero no lo es, se lo prometo, y puedo probar cada palabra. —Habló lo suficientemente bajo para que nadie pudiese oírlo—. Me he infiltrado aquí, en el campo. Vengo de Washington, D. C. De Estados Unidos.

—¿Washington...? —El profesor entornó los ojos nuevamente con una mirada de incredulidad—. Y ¿dices que te has infiltrado aquí, en el campo? ¿Por qué querría alguien...?

—Por usted, profesor. Para sacarlo.

—¿Sacarme de aquí?... —Alfred resopló, como si estuviera seguro de que hablaba con un lunático—. Ahora sí que estás diciendo tonterías, quienquiera que seas. Sólo hay dos personas que han logrado salir de aquí. Y nadie sabe lo que fue de ellos.

—Wetzler y Vrba —respondió Blum. Mendl alzó las cejas—. Mire... —Blum se arremangó el uniforme y le mostró la muñeca—. Éste es el número de Rudolf Vrba. A22327. Lo lograron, profesor. Están en Inglaterra en este momento. Me ayudaron para que pudiera entrar.

Mendl le cogió el brazo y observó el número desconcertado, luego lo miró otra vez.

—Entiendo cómo debe de sonar todo esto, señor. Pero puedo probar cada palabra.

—En ese caso, ¿quién rayos eres, para haber logrado entrar aquí? ¿Una especie de comando? No lo pareces. Pero hablas polaco a la perfección. Sin embargo, ¿dices que vienes de Washington? Puede que sea viejo, pero no soy tonto, joven.

—Mi nombre es Blum. Soy polaco. Hasta hace tres años vivía en Cracovia. Mi familia fue asesinada por los nazis, y escapé a Estados Unidos. Me alisté en el ejército. Hace un mes, contactaron conmigo para que volviera

aquí. Específicamente, a buscarlo a usted. Para sacarlo y llevarlo a Estados Unidos.

—A Estados Unidos... —Los ojos de Mendl se agrandaron. Después, sonrió y sacudió la cabeza—. Mira a tu alrededor, hijo. ¿No ves la doble alambrada electrificada y todos los guardias? ¿Qué piensas hacer?, ¿pedir un taxi para que nos recoja en la entrada? ¿Cómo propones exactamente que salgamos?

—Hay una manera. Todo está planeado. Siguen trabajando en las vías de tren fuera del campo, ¿no es así?

—Día y noche. Desde aquí se pueden oler los hornos de Birkenau. Veinticuatro horas al día. Cuantos más trenes, más combustible para alimentar el fuego.

—Mañana por la noche nos ofreceremos como voluntarios para trabajar allí —explicó Blum en voz baja—. Habrá un ataque. Dirigido por simpatizantes polacos.

—¿Partisanos? ¿Aquí?

—Sí. Ya se han hecho los arreglos necesarios. Tenemos un avión. El mismo que me dejó aquí hace dos días. Éste lo llevará de vuelta a Inglaterra y, de ahí, a Estados Unidos. Quiquiera que sea usted, señor, sólo puedo decirle que lo buscan desesperadamente.

—¿Quiquiera que sea?... —La mirada del profesor se tornó escéptica—. Si esto es alguna clase de broma, te aseguro que...

—Trataron de sacarlo antes con papeles de la embajada paraguaya. Un emisario de la embajada contactó con usted en Berna. —Blum empezó a recitar todo lo que sabía de un tirón—. Llegó hasta la frontera suiza y, de ahí, a Rotterdam para abordar un buque de carga, el *Prinz Eugen*. ¿No es así? Luego fue a parar a Francia, al campo de internamiento de Vittel...

La mirada de Mendl pasó lentamente de la incredulidad al asombro. De forma gradual, empezó a asentir. Y luego sonrió. Ahora lo comprendía todo.

—Le aseguro que no se trata de una broma, señor. —Blum lo miró directamente a los ojos—. No quisieron contarme qué es lo que hizo usted o por qué lo necesitan. Sólo me dijeron que era vital sacarlo. Es por eso por lo que estoy aquí. Y también para darle esto...

Blum rasgó una costura en el interior de su uniforme y metió la mano. Sacó un pedazo de papel doblado y se lo entregó. El anciano lo miró, aún con un poco de sospecha al principio o, al menos, algo de inseguridad; luego, lo desdobló, sin dejar de observar a Nathan con cautela. Sacó sus gafas de montura metálica y se las puso.

Era una carta.

Con un membrete de la Casa Blanca en la parte superior.

Los ojos del profesor se agrandaron aún más.

—«Profesor Mendl...» —leyó suavemente en voz baja y en inglés—. «Lo necesitamos en nuestro esfuerzo por ganar la guerra. Me alegra decirle que estamos muy cerca, en lo que, debido a cuestiones de seguridad, no puedo explicar aquí, pero sé que usted sabe a qué me refiero. Le escribo para decirle que puede depositar su confianza en este hombre, Nathan Blum, e incluso su vida. Es mi emisario personal. La libertad y el destino de la guerra requieren que usted venga aquí y comparta su investigación. Los brazos agradecidos de Estados Unidos lo necesitan y lo esperan para recibirlo. Que Dios lo acompañe, profesor, por el bien de la humanidad.»

»Por Dios —murmuró Mendl con la mandíbula floja.

La carta la firmaba Franklin Delano Roosevelt, presidente de los Estados Unidos de América.

Alfred Mendl miró a Blum; todo el color se le había ido del rostro.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Me la dieron. En Inglaterra, antes de marcharme.

—¿Los experimentos con agua pesada? —Mendl empezó a atar cabos—. ¿Los estadounidenses están cerca? Deben de estarlo, si te enviaron aquí a buscarme.

—He oído algo al respecto, pero no lo sé. Sólo me dijeron que le diera la carta. Y que lo llevara de vuelta.

—Esos bastardos destruyeron todo mi trabajo. —Mendl sacudió la cabeza con tristeza—. No sólo una, sino dos veces. Además, como podrás ver, no estoy en muy buenas condiciones. Estoy demasiado viejo para jugar a los agentes secretos.

—Debe venir conmigo —insistió Nathan—. He arriesgado mi vida para

llevarlo de vuelta. Y eso es lo que haré. No sé qué es lo que sabe o por qué lo quieren precisamente a usted por encima de todos los demás, pero muchas personas han arriesgado su vida para traerme hasta aquí, para que pudiera entregarle esto, profesor. Así que tiene que hacerlo. Tiene que venir.

El anciano dejó escapar un suspiro y pasó la mano de manera irregular por su rostro.

—Es mejor que guardemos esto ahora. —Dobló la carta otra vez—. Si alguien lo viera... —Examinó los alrededores con un aire de presagio y desorientación en la mirada. Aún impactado, guardó la carta en su cinturón.

—Disculpe, señor —dijo entonces Blum—, pero ¿su familia...?

Mendl sacudió la cabeza.

—Murieron. Ocurrió poco después de llegar.

—Lo siento. Mi familia murió también. En ese caso, no hay nada que lo retenga aquí. Yo puedo dar fe de la capacidad de los partisanos, son soldados muy dedicados. Cumplirán su misión sin dudar.

—Y ¿nosotros qué haremos después? —El profesor sofocó una risa de escepticismo—. ¿Tirar nuestras palas y correr? ¿Hacia el bosque? Y ¿crees que los nazis simplemente mirarán hacia otro lado mientras huimos?

—No. Hacia el bosque, no. Hacia el río —dijo Blum—. En dirección contraria. Ahí nos estarán esperando.

—Esperando... —El profesor rio descreído—. Me temo que ya ha pasado un tiempo desde mis días de atletismo, por si no lo habías notado. Además, he estado enfermo.

—Habrà caos alrededor. El ataque debería mantener a los guardias lo suficientemente ocupados. Yo lo llevaré hasta el lugar.

—Y ¿cuándo ocurrirá todo eso?

—Mañana por la noche. A las 0.30 horas —explicó Blum—. Yo me iré, independientemente de si usted viene o no conmigo. Aunque preferiría que fuésemos los dos.

—Y ¿dices que habrá un avión?

—Aterrizará a unos veinte kilómetros de aquí. Los partisanos nos llevarán hasta él.

Mendl cerró los ojos un segundo y asintió, como si estuviese absorto en

sus pensamientos.

—Aquí es donde murieron mi Marte y mi Lucy. Una parte de mí siente que lo correcto sería que yo muriera aquí también.

—Lo que me parece correcto a mí es que sus muertes no sean en vano, profesor, que las honre haciendo esto, así como yo estoy honrando la muerte de mi familia. Sólo estaré aquí un día más. Es todo el tiempo de que dispongo. No sé qué es lo que sabe, señor, pero parece ser que los Aliados lo necesitan desesperadamente.

—Es que todo esto me parece tan increíble...

—Puede que así sea, señor. No obstante, debe venir.

Dos soldados salieron del cuartel, charlando. Bajaron los escalones de madera y, después, notaron la presencia de Blum y de Mendl.

—*Was gibts hier?* —preguntó uno. «¿Qué ocurre aquí?»

—La letrina, señor. —Blum les entregó su pase—. Sólo estaba preguntando...

—Entonces apresúrate a hacerlo —respondió el SS cortante—. Deja que el viejo haga su trabajo. La letrina está ahí atrás. Muévete.

Se alejaron, siguieron con su conversación y subieron a la semioruga del otro lado del edificio. El motor se encendió.

Blum miró a Mendl.

—Necesito su respuesta, señor. Debería irme. Es mejor que no llame la atención...

—Mi respuesta... —El profesor aún parecía estar en conflicto.

—Sí. Todavía queda trabajo por hacer.

—Entonces ¡sí! Mi respuesta es sí, iré. —Mendl colocó su huesuda mano sobre el hombro de Blum y le dio un apretón—. Tienes razón, es demasiado tarde para Marte y para Lucy. Pero no para lo que sé. Iré contigo.

Nathan estrujó la mano del profesor en respuesta.

—Le doy mi palabra, señor, lo llevaré de vuelta. O moriré en el intento.

—Sólo que hay una cosa más...

—¿Qué?

—No me iré solo. Hay alguien que debe acompañarme.

Blum negó con la cabeza.

—Me temo que eso es imposible.

—Hay un chico. De hecho, ya no es un chico. Tiene diecisiete.

—De ninguna manera —insistió Blum—. Bastante difícil será asegurarme de protegerlo a usted. Pero además un chico... Esto no es un concurso de popularidad. Se trata de la guerra. El gobierno de Estados Unidos ha tomado medidas extremas para preparar este rescate.

—Me temo que no es un deseo, *pan* Blum. Es un requisito para que yo vaya. Y no se trata de un chico cualquiera... —Mendl dudó por un momento—. Es mi sobrino. No lo dejaré. —Su mirada estaba llena de determinación—. Sin él, no me iré.

—Su sobrino... —Nathan inhaló con un aire de preocupación.

Con tres personas, la situación se complicaría. Habría más de quien responsabilizarse. La huida llamaría aún más la atención. ¿Y si herían al chico? ¿Qué haría entonces? En ese caso, ¿el profesor se iría o se quedaría con él? Podía verlo claramente. Mendl no lo dejaría fácilmente.

—Tú no dejarías atrás a alguien de tu propia sangre, ¿no es cierto?

Nathan sintió que se ablandaba. ¿Qué opción tenía? Además, la pregunta del anciano le había llegado a lo más hondo.

—Ese chico, ¿puede guardar un secreto?

—Me aseguraré de ello. —Blum asintió—. Es un muchacho extraordinario. En muchos aspectos.

—No me importa lo extraordinario que sea, aun así, no puede decir ni una palabra. Todo depende de ello.

—No lo hará —prometió Mendl—. Te lo aseguro.

Blum se daba cuenta de que eso era un riesgo. No sabía qué era lo que alguien como Strauss habría hecho ante una decisión como ésa, pero ¿qué más podía hacer? Podía ver la determinación reflejada en los ojos del profesor. Sin ese chico, Mendl no lo acompañaría. Y ése era el motivo por el cual estaba allí.

—De acuerdo. Pero nadie más puede saberlo. Nadie.

—Ya lo verás, no será una carga. Te doy mi palabra.

—Eso espero. Nuestras vidas dependen de ello. Antes de irnos, quiero conocerlo. ¿En qué bloque está?

—Treinta y seis.

—Yo estoy en el veinte. También tendremos que arreglárnoslas para que nos asignen ese trabajo.

Mendl asintió.

—Yo sé cómo lograrlo. Hay un guardia llamado Richter que generalmente lo supervisa. Y un *kapo* que conozco. Siempre están buscando trabajadores. O sobornos. Si tuviera algo de dinero...

—Yo puedo ocuparme de eso. Entonces, lo buscaré mañana. Tal vez deba hacerse el enfermo. —Blum le tendió la mano—. Estaré cerca de su bloque.

Se dieron un apretón.

—¿Sabes?, desde el día en que nos marchamos de Leópolis —Mendl lo miró con tristeza—, Marte y yo soñamos con llevar a nuestra hija a Estados Unidos. Aunque, desde que pusimos un pie en el tren, los tres supimos que ese sueño estaba muerto. Así que, de algún modo, tal vez sea mejor que ellas ya no estén. Tal vez debía ser así. Si cualquiera de las dos siguiera con vida, sabes que yo nunca la dejaría.

Blum asintió.

—Lo sé.

—Me pregunto si alguien, alguna vez, algún día, notará ese hecho, si es que logramos llegar hasta allí —reflexionó el profesor—. O si, a fin de cuentas, importa siquiera.

43

Al llegar al campo, con un gesto de la mano, se le indicó al Daimler de la Abwehr que pasara por la puerta principal y qué dirección debía seguir para llegar a las oficinas administrativas.

Martin Franke salió de él.

Un comandante con el uniforme de las SS, apuesto y con unas facciones fuertes y oscuras, bajó por los escalones para recibirlo.

—Herr coronel... —El oficial le dirigió a Franke un rápido «*Heil*»—. Soy el *Lagerkommandant* Ackermann. Estoy a cargo del campo mientras el *Kommandant* Höss está de viaje.

—Comandante. —Franke levantó la palma. Se dieron la mano.

—Ha venido desde muy lejos esta mañana tan ajetreada simplemente para una visita. Lamento mucho que el comandante no pueda estar aquí en persona para recibirlo.

—Siento haber venido con tan poca antelación. Espero no estar interrumpiendo su trabajo. Pero tengo un asunto de importancia que me parece que tiene que ver con su campo.

—Si la Abwehr cree que es un asunto de gran urgencia... —Ackermann sonrió con sarcasmo—, entonces no hay ningún trabajo demasiado importante para no interrumpirlo. Venga, ha sido un viaje largo desde Varsovia. Lo discutiremos dentro con un *kaffee*.

Accedieron a las oficinas administrativas. El teniente Fromm entró con dos tazas de café y se sentaron alrededor de una pequeña mesa de reuniones

frente a un mapa del campo.

—Lamento que el comandante no esté aquí. Por desgracia, se ha visto obligado a alargar su estancia un día más en Berlín, en reuniones con el *Obersturmbannführer* Eichmann y el *Reichsführer* Himmler.

—Sí, eso he oído —respondió Franke, percatándose del tono de superioridad del hombre de las SS.

Aunque técnicamente él tenía un rango superior, la batalla política que existía entre la Abwehr y su cadena de mando a través del almirante Canaris y Göring, y las SS, que le reportaban al mismo Himmler, y todos compitiendo a la vez por ser la mano derecha del Führer, no era ningún secreto. El tal Ackermann, juzgó Franke, sin duda debía de ocultarse detrás de dicha protección. No obstante, él estaba decidido a probarle que se equivocaba.

—Así pues, por favor, si no le importa... —dijo Ackermann mirando su reloj—. No querría ser grosero, pero tengo muchas cosas que hacer.

—En ese caso, iré al grano. Tengo motivos para creer que alguien podría haberse infiltrado en su campo, comandante.

—¿Infiltrado en el campo?

—Alguien saltó de un avión cerca de aquí. Quizá se trate de una especie de agente, enviado tal vez para preparar la llegada de los Aliados. O por alguna otra razón... —Franke dejó su café sobre la mesa.

—¿Alguna otra razón...? —Ackermann se apoyó en el respaldo y cruzó las piernas con escepticismo.

—Tal vez para localizar a alguien, comandante. Alguien de dentro.

—Nadie puede entrar tan fácilmente sin ser detectado. —El comandante del campo observaba a Franke con los ojos entornados y escepticismo en la mirada—. Y ¿para qué...? Ha visto a los judíos reunidos en Varsovia. Debe de tener una idea de lo que sucede aquí. Sólo el tonto más grande del mundo trataría de entrar a sabiendas.

—Entonces, tal vez sea para sacar a alguien. —Franke se quedó mirando fijamente los ojos hundidos del comandante.

—Estoy seguro de que se ha percatado de la seguridad al entrar. Hay una doble alambrada electrificada. Guardias con perros la vigilan día y noche.

Todos los prisioneros tienen un número y se pasa lista a diario. Cada vehículo que entra y sale se revisa cuidadosamente.

—Sí, comandante. —Franke abrió su portafolios y sacó el documento que había preparado—. Me he percatado de la seguridad que hay aquí. Pero no estoy seguro de si está al tanto de que, hace dos días, se oyó el motor de un avión que volaba bajo, cerca de Wilczkowice, aproximadamente a veinte kilómetros del campo, y se vio a un paracaidista descender de él. Probablemente para ser recibido por la resistencia polaca en tierra. —Colocó sobre la mesa el informe del granjero local que lo había visto.

Ackermann lo leyó detenidamente.

Aparentemente, no estaba al tanto.

—Está usted ocupado, *Herr Lagerkommandant*. Éste es el tipo de trabajo monótono del que nos encargamos en el cuerpo de inteligencia. Por cierto — Franke colocó la siguiente hoja—, ¿por casualidad hay trufas en los bosques que rodean el campo, comandante?

—¿Trufas? Las trufas provienen del norte de Italia. Y de Francia — respondió el hombre de las SS.

—Eso pensé —asintió Franke—. Pero tienen madera de abedul, ¿no es cierto?

—¿Abedul? Sí, la madera no escasea aquí. —Ackermann lo observó con curiosidad mientras Franke le pasaba los telegramas interceptados que hablaban del «buscador de trufas» y de los «bosques de abedules». Los leyó y a continuación los dejó sobre la mesa—. Pero, desde luego, esto no prueba nada. Esta persona, incluso si se trata de lo que usted dice, podría estar en cualquier lugar de la región.

—¿Hay algún otro objetivo de importancia estratégica en esta área?

—Hay un campo de prisioneros de guerra como parte de todo el complejo de edificios. Y las instalaciones de IG Farben que están construyendo.

—Para las cuales ustedes proporcionan la mano de obra, me imagino — dijo Franke.

Ackermann hojeó el informe nuevamente y lo dejó sobre la mesa.

—Bueno, si realmente él está aquí, como sugiere usted, no hay manera de salir. Hay más de trescientos mil prisioneros en este lugar —dijo el

Lagerkommandant—. En todos los campos.

—Sí, y quiero que todos ellos sean contados —repuso Franke—. Hoy mismo.

—¿Usted lo quiere, coronel? —Ackermann alzó la mirada, como si estuviese a punto de argumentar.

—Sí. Por orden del general Graebner, en Varsovia, y el almirante Canaris en Berlín. —Franke sacó una orden oficial—. Y el *Reichsmarschall* Göring...

Ackermann cogió el papel y leyó, con creciente furia, la orden firmada de un general de la *Abwehr*: «*Lagerkommandant* Ackermann, lo informo de que, debido a la sospecha que existe en relación con un asunto de seguridad, he hablado con mis superiores en Berlín y ellos han ordenado que...». Leyó todo el memorándum sin ocultar su desdén y, después, lo dejó sobre la mesa. Canaris, el líder de la *Abwehr*, era un hombre debilitado pero aún fuerte, y se sabía que competía con el *Reichsführer* Himmler, de las SS, por la atención del Führer.

—*Herr Lagerkommandant*, no queremos que una investigación sobre algo que podría dañar potencialmente nuestros esfuerzos por ganar la guerra se viera entorpecida por, cómo decirlo, una especie de riña política, mientras usted pasa el día tratando de confirmar con sus propios superiores algo que posiblemente ellos ya hayan aprobado incluso. Y, si estoy en lo cierto, estoy convencido de que no querría que un fallo así hubiese ocurrido mientras el comandante está en Berlín.

El rostro de Ackermann se endureció. Se quedó mirando la orden y la deslizó hacia el otro lado de la mesa, aunque Franke se daba cuenta de que habría preferido cogerla, romperla en su cara y tirar los pedazos al suelo. Entonces, de la nada, el comandante adoptó un aire pensativo.

—¿Ha dicho que eso fue hace dos días...?

—Sí. La mañana del 23.

—Ayer dejamos entrar a treinta y un trabajadores al campo para que ayudaran con la construcción. Y, al salir, sólo se contaron treinta.

Los ojos de Franke se agrandaron.

—Y ¿no le dio un seguimiento a eso?

—Los guardias asumieron que se trataba de un error en el recuento.

Ocurre de vez en cuando. Y no hubo un solo prisionero que no fuese contado. Además, ¿qué clase de tonto querría quedarse en este infierno voluntariamente, coronel?

—Tal vez un tonto muy osado y bien entrenado, comandante. Me gustaría que me trajera a la persona que organizó el grupo de trabajo.

—Eso llevará algo de tiempo, desde luego. —Había mucho trabajo que hacer, cuotas que cumplir. Llegarían dos trenes ese día. Agobiarse por perseguir una locura como ésa costaría mucha mano de obra. Lo estropearía todo. Y, ¿con qué fin? Había trescientos mil prisioneros detrás de la alambrada—. Me temo que tendré que discutir esto con el *Kommandant* Höss, Herr coronel...

—Le repito, Herr comandante, que estoy convencido de que no querría usted que un fallo en la seguridad de esta magnitud hubiera ocurrido mientras el comandante está fuera del campo y usted insiste en discutir acerca de quién está propiamente autorizado...

Franke entendía que las SS tenían muy poco respeto por la Abwehr en general. Probablemente, Ackermann se consideraba un hombre de acción, que se manchaba las manos para llevar a cabo los deseos del Führer, sin importar los horrores que éstos implicaran, sin duda relacionados con el repugnante olor que Franke había notado al llegar. Sin duda, Ackermann veía a Franke como un oficinista vanagloriado que sólo se ensuciaba las manos revisando informes.

Sin embargo, Franke también sabía que el comandante subalterno se daba cuenta de que estaba entre la espada y la pared.

—¿Fromm! —El *Lagerkommandant* llamó a su ayudante.

En la oficina entró el mismo teniente que les había servido el café.

—Sí, comandante. ¿Está listo para el capitán Kimpner?

—No. Quiero que me traiga la chaqueta que se encontró esta mañana. En el armario del equipo.

—Sí, comandante. —El teniente parecía confundido—. Haré que la traigan de inmediato.

Franke observó al comandante subalterno.

—¿Han encontrado una chaqueta?

—Justo esta mañana. Podría pertenecer a cualquiera, coronel. Tal vez lleve ahí desde hace días, semanas incluso...

—¡Hay alguien aquí, comandante! —Franke golpeó su dedo contra la mesa y sus ojos se iluminaron con fervor—. Puede estar seguro de ello. Arriesgó su vida para entrar aquí, y ahora vamos a averiguar por qué.

44

Antes de la comida de esa tarde, Alfred fue hasta el bloque cuarenta y encontró a Leo observando un tablero de ajedrez improvisado sobre su catre.

—Ve a la parte trasera. Tengo algo importante que enseñarte, hijo.

—Estoy comprobando unas cosas —dijo el muchacho. El viejo parecía estar muy emocionado.

—Tú ven. Enseguida. Ahora.

—Hacía tiempo que no lo veía con tanta energía —comentó Leo mientras se dirigían a la parte trasera del bloque, donde dejaban a los enfermos—. ¿Qué pasa?

—Tus plegarias han sido escuchadas —dijo Alfred con una gran sonrisa—. Lo que estoy a punto de contarte debe quedar sólo entre nosotros dos. No debes decírselo a nadie, ni a un amigo ni a ninguno de tus compañeros. Y, definitivamente, no a tu nueva compañera de ajedrez. ¿Me das tu palabra?

—¿Mi palabra? Claro. —Leo vio el destello en los ojos de Alfred—. Cuénteme, ¿qué sucede?

Mendl apretó su brazo.

—Hay alguien aquí que ha venido a sacarnos.

—¿Aquí...?

—Así es. En el campo.

—Y cuando dice «sacarnos», ¿supongo que se refiere a...?

—Sacarnos del campo. Tiene un modo de escapar.

Leo esbozó una sonrisa y llevó una mano a la mejilla de Alfred, como si

estuviese comprobando si tenía fiebre.

—¿Ha vuelto a atacarlo el tifus, viejo? Porque esta vez realmente parece estar delirando.

La mirada de Alfred se posó firmemente sobre él.

—¿Acaso parezco enfermo, Leo?

—Sinceramente, por primera vez en muchas semanas, no. —El chico negó con la cabeza.

—Mira, tengo algo que mostrarte. —Otro prisionero pasó por su lado en dirección a la letrina—. Ven aquí, y no hables alto.

—Está usted tomando muchas precauciones. Se trata de algún tipo de broma, ¿no es cierto?

Se movieron a otra esquina del área de los enfermos, donde, al menos por el momento, estaban a solas.

—Escúchame, Leo, alguien se ha infiltrado en el campo desde fuera. Y no sólo eso... Ha venido desde Washington, D. C., en Estados Unidos. ¡Por mí! Sé que suena a locura, y antes de que pienses en llevarme a la enfermería otra vez... —Alfred sacó la carta doblada que llevaba en sus pantalones—. Me ha dado esto. Léela.

Leo se dispuso a coger la hoja de papel.

Antes de que la tocara, Alfred cerró sus manos sobre ella nuevamente.

—Primero necesito que me des tu palabra una vez más. Esto debe quedar sólo entre tú y yo.

—Ya le he dicho que sí, Alfred. Lo juro.

—Por tu familia.

—Sí, por mi familia —juró Leo—. Por lo que queda de ella, al menos.

—Bien, toma entonces... —Alfred abrió las manos.

Leo desdobló la carta lentamente, sin apartar la mirada de su amigo, cuya mente parecía haberse perdido definitivamente esta vez. No sabía leer en inglés, sólo conocía algunas palabras que había aprendido viendo películas en el cine de Chaplin y del Oeste antes de la guerra. Sin embargo, su atención se dirigió al nombre de Alfred en la parte superior de la carta: «Profesor Mendl». Y, sobre el nombre, sus ojos, totalmente impactados, se percataron del remitente. Vio las palabras: «Estados Unidos de América» y el membrete

de la Casa Blanca, en Washington. El lugar donde vivía el presidente.

Leo miró a Alfred con la garganta seca.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Sigue leyendo, chico. Y mira, ¡mira quién la firma! —dijo el anciano, señalando con su dedo.

Leo le echó un vistazo a la corta carta y su mirada se detuvo en la firma en negrita con letras impresas debajo de ella: «Franklin D. Roosevelt. Presidente de los Estados Unidos de América».

La respiración se hizo más fuerte en su pecho.

—¿Esto es un engaño? Si es así, Alfred, le doy crédito, aunque no estoy seguro de por qué querría...

—No es un engaño, chico. Han venido a sacarme. Tienen un plan. Y creo que podría funcionar. —Los ojos de Mendl reflejaban tal decisión y lucidez que Leo supo que sin duda no se trataba de un truco—. Pero hay una condición.

—¿Una condición?

—Sí —dijo Alfred mientras ponía una mano en su hombro—. Necesito que vengas conmigo.

—¿Yo?

—Sí, tú, hijo —asintió Alfred—. Tú lo sabes todo. Cada fórmula. Cada progresión de todo lo que he hecho en relación con el proceso de difusión. Por eso te lo he estado enseñando todo este tiempo. Dios no lo quiera, pero si algo sale mal para mí... —Agarró a Leo de los hombros; sus ojos rebosaban de vida, con un propósito renovado. Miró al chico fijamente—. Necesito que seas mi cerebro.

45

Alentado por la esperanza, Blum terminó su trabajo del día y regresó a su barracón. ¡Lo había encontrado! Podía ver la fatiga y la miseria de sus compañeros de bloque; sin embargo, por dentro él sentía que flotaba con grandeza y orgullo.

Tenía a su hombre.

Su aguja en medio de cien pajares. Ahora, lo único que debían hacer era llevar a cabo su huida al día siguiente, lo que, de todos modos, no sería una tarea sencilla. Quedaba sumamente claro que el profesor no estaba en condiciones de esquivar balas. Había tenido suerte incluso de que lo dejaran seguir trabajando. Ahí era donde entraba la parte del soborno. Y ahora tenía que cargar con ese chico, el sobrino de Mendl, alguien más de quien Blum tendría que cuidar. Eso le añadía riesgo a la misión, pero sin duda era la única forma de que el profesor lo acompañara. «Tú no dejarías atrás a alguien de tu propia sangre, ¿no es cierto?» Así tenía que hacerse, sin importar cuál fuese el resultado.

«Mañana...» Blum trató de bloquear los gemidos de miseria y fatiga provenientes de los otros prisioneros del barracón. Su único trabajo era sobrevivir a ese día, y, con suerte, al día siguiente por la noche, ya se habría marchado. Repasó el modo en que se desarrollaría el plan en su mente. Tenían que situarse en el lado que quedaba más cerca del río. A las 0.30, los disparos estallarían en el bosque. Presuntamente, los guardias responderían al fuego. En medio del caos, se alejarían de la contienda y se dirigirían al río

Sola. Un destacamento se encontraría allí con ellos. Si todo salía bien, dentro de poco más de veinticuatro horas sabría si había logrado el milagro más grande de la guerra, o si sólo se había convertido en otro número olvidado entre los miles y miles que había allí, cuyos destinos nunca se conocerían.

Lo único que tenía que hacer era sobrevivir hasta el final del día siguiente.

—¿Y bien? ¿Lo has encontrado? —le preguntó alguien a Blum desde abajo. Era el hombre de la gorra de *tweed*—. ¿A tu tío?

—No —respondió él. Ya había sido descuidado antes; no quería levantar más sospechas—. Todo el mundo tenía razón. Debe de estar muerto.

—Bueno, al menos has obtenido un tour de primera clase del lugar en tu nuevo trabajo —bromeó el hombre amigablemente—. No te preocupes, muchos de nosotros hemos tenido el mismo placer. ¿Qué hacías antes de la guerra?

—Éramos sombrereros —contestó Blum—. Mi padre tenía una tienda con un pequeño taller encima.

—Ah, conque sombreros, ¿eh? —El hombre se quitó su propia gorra arrugada y la inspeccionó—. Quizá, si logramos salir de este agujero, necesitaré una nueva.

—Si logramos salir de este agujero, tal vez nunca deberías volver a quitártela. —Blum le siguió la corriente—. Ya que, sin duda, debe de traerte suerte. En fin, si alguna vez vas a Giżycko, no dudes en pasarte. Te prometo una nueva a buen precio.

—Tal vez de fieltro esta vez —dijo el hombre con anhelo—. Con un borde resistente y bonito.

—Sí, de piel de castor —asintió Blum—. Es la mejor. —Pensó en su padre, a quien le encantaba llevar a Blum a recorrer el taller que tenía sobre su tienda. Los trabajadores, casi todos ellos hombres, dando forma y encintando frente a las máquinas—. Aplastado y encogido adecuadamente. Se le llama pulido. Es...

De pronto, se oyeron gritos y un fuerte traqueteo por todas partes. Los guardias habían entrado en los barracones y golpeaban los muros y los pilares de las camas con sus porras.

—¿Qué está pasando? —murmuraba la gente con preocupación—. ¿Puedes ver algo? —Cualquier intrusión inesperada sembraba el terror.

—Estáis de suerte —anunció Müller, el *Blockführer*, mientras caminaba entre las literas—. La Cruz Roja viene mañana y queremos que tengáis todos buen aspecto para ellos. Hora de bañarse y de limpiarse. Dejad todas vuestras pertenencias. Volveréis pronto. ¡Vamos, levantaos! Sin duda os sentiréis mejor dentro de una hora.

La incertidumbre y el miedo se apoderaron de los prisioneros. ¿La Cruz Roja? Nunca habían venido antes. En una ocasión, tal vez, al campo de los niños. Muchos de ellos llevaban años allí. ¿Les estaban mintiendo? ¿Había llegado su hora?

—Sabéis lo que eso significa, ¿no? Van a matarnos —gritó alguien—. Igual que a los del treinta y cuatro la semana pasada. ¡Desaparecieron todos!

—No, qué tontería. —Müller trató de calmar las cosas—. ¿De dónde habéis sacado esa idea? Es sólo un baño. Estaréis tan vivos como yo. Y sin duda oleréis mucho mejor. Y sin piojos. No suena tan mal, ¿verdad? Y vuestros amigos del treinta y cuatro sólo fueron transferidos. A otro campo de trabajo. Así que, vamos, ¡arriba! ¡Arriba todo el mundo! Es por la inspección de la Cruz Roja. ¡Formad todos! Sabéis que podéis confiar en mí.

Uno a uno, los prisioneros consideraron sus opciones y salieron lentamente de sus catres. La ansiedad se extendió entre los presentes. ¿Se trataba acaso de algún truco? ¿Les estaban diciendo la verdad? ¿Era ésa la temida «selección» que todos habían presenciado antes? Los guardias pasaban entre las filas, golpeando los pilares de las camas, comportándose de pronto más como cuidadores preocupados que como los despiadados asesinos que todos sabían que eran.

—Vamos, vamos. No os alarméis. No hay nada de qué preocuparse. ¡Vamos!

El hombre de la gorra con quien Blum había estado hablando la giró en su cabeza y murmuró filosóficamente:

—Tal vez, después de todo, esa gorra tendrá que esperar.

La preocupación sacudía a Nathan. Sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, y adónde iban a llevarlos. Había visto los informes de Vrba y

Wetzler. «Pero qué mal momento...» Justo cuando acababa de encontrar a Mendl. Un día más y se habrían marchado. Saltó de su litera. En medio de la ansiedad y la conmoción, trató de encontrar una manera de salir. Tal vez por la letrina. Había ventanas allí. Entonces, vio que su *kapo*, Zinchenko, estaba junto a la letrina y, con el mismo tono calmado de Müller, estaba apaciguando a los prisioneros, diciéndoles que no había nada de qué preocuparse.

—Tonterías, esto no es ninguna «selección». Os veré a todos allí. Probablemente estaréis de vuelta antes de que yo regrese —dijo mientras empujaba hacia el frente a aquellos que habían salido de sus literas pero aún seguían decidiendo qué creer—. Dejad todas vuestras cosas. Volveréis dentro de una hora.

Su tono falsamente solícito era un claro indicio de lo que les esperaba.

La mente de Blum recorría todas las opciones posibles, mientras todos formaban como les habían indicado. ¿Acaso habían acabado tan derrotados con el paso del tiempo que, al llegarles la hora, era más fácil someterse que oponer resistencia? ¿O era porque entendían que resistirse era inútil y que sólo estarían retrasando lo inevitable?

—¡Formad! ¡Formad! —Los guardias los empujaron a todos hacia delante.

Un hombre se quedó en su catre y se aovilló debajo de su manta en un intento desesperado por permanecer oculto. Al verlo, uno de los guardias simplemente le dio un leve golpe en la pierna y levantó la manta con su porra.

—Nunca había visto a alguien asustarse así por un simple baño. Vamos, nada de rezagados. Tú también.

—¡No, no! —gritó el prisionero—. No quiero un baño. Quiero quedarme aquí. —Se agarró al pilar de la cama con todas sus fuerzas.

—¡Levántate ahora, Holecek! —Zinchenko se acercó y sacó al hombre de la cama.

—Por favor..., por favor —suplicó sujetando los brazos del *kapo*.

—¡Vamos, camina! —El *kapo* lo empujó para que se colocara en la fila.

El hombre de la gorra de *tweed* se limitó a doblar su manta

cuidadosamente y la dejó al pie de su cama.

«Lo saben.» Blum estaba seguro de ello. Tenían que saberlo. No era ningún secreto. Y, aun así, todos avanzaban hacia su destino como ovejas.

—Deberíamos luchar —dijo alguien mientras se colocaba en la fila.

—¿Con qué? —preguntó otro—. ¿Con los puños? Ellos tienen porras. Y armas. Además, existe la posibilidad de que esta vez digan la verdad. Las probabilidades son mejores que tratar de oponer resistencia.

—Sí, mi amigo Rudi tomó una ducha el otro día y regresó intacto —confirmó otro—. Deberíamos ir y ya está.

—¡Todos, mantened la fila y salid! —gritó el *Blockführer* Müller.

Blum se dio cuenta de que no tenía otra opción más que formar también. En la puerta, un oficial estaba revisando sus números. Había guardias por todas partes. Esa noche, habían sacado a todo el equipo a jugar. No tenía sentido tratar de huir. Además, ¿huir adónde? No había adonde ir. Los guardias observaban todos sus movimientos. Gradualmente, Blum llegó hasta el frente de la fila. Se levantó la manga.

—Mirek. A22327.

—A22327. Un veterano, ¿eh? —El oficial lo miró a los ojos y tomó nota—. Adelante. Disfruta de tu ducha.

En el exterior, se apiñaron a la expectativa hasta que todo el bloque se vació. Los guardias recorrieron el barracón para asegurarse. Blum miró a su alrededor. Había varios soldados con casco vigilándolos, con sus metralletas listas. Intentar correr significaría quedar abatido en un instante. Los soldados los observaban con miradas impasibles en sus jóvenes rostros, con los dedos en el gatillo de sus armas.

Si acaso antes había alguna duda de que ése no era un simple baño para asearse antes de la visita de la Cruz Roja, ahora quedaba del todo claro.

Algunos empezaron a gimotear.

—¡Vamos, todos en fila, en dirección a la puerta principal! —les dijo el oficial que había estado revisando sus números.

Hacia el lugar de donde provenía ese espantoso olor. Con el corazón latiendo a toda velocidad, Blum echó un vistazo a las miradas pétreas de los guardias que lo rodeaban. Sabía que su vida dependía de tomar la decisión

correcta y acercarse al guardia indicado. Metió la mano en el interior de la costura en su cintura.

Empezaron a marchar.

—Finalmente vamos a *Himmelstrasse* —susurró alguien. «El camino al cielo.»

Algunos comenzaron a murmurar sus oraciones, el Shemá, y otros incluso rompieron a llorar. Otros simplemente miraban a su alrededor en busca de algún rostro familiar, repitiéndose una y otra vez que no podía ser cierto. No podía estar ocurriendo ahora.

—¿Por qué nosotros? Aún quedan muchos más.

—Ha llegado nuestra hora, eso es todo. Di tus oraciones, Walter. Todos sabíamos que era sólo cuestión de tiempo.

—¿Por qué debemos morir? Todavía podemos trabajar.

Mientras Blum se colocaba en la fila, se hizo el juramento de no caer sin haber peleado. Como lo habían hecho sus padres. En fila frente a una pared. Probablemente llevados allí con mentiras también. Tal vez les habían dicho que sólo estaban buscando a alguien en el interior. Luego, los habían masacrado. Su padre, obediente hasta en sus últimos momentos, probablemente tranquilizando a su madre y a Leisa para que no se inquietaran, diciéndoles que en cuestión de minutos estarían arriba tomando té. Blum caminaba con dificultad, su mirada recorría los alrededores. Tenía que haber algún modo de escapar. Siempre lo había. Como en Cracovia, un túnel, un tejado. Siempre había algo. Si sabías dónde buscar.

Luego, lo recordó.

Mientras avanzaba, observó detenidamente el rostro de los guardias, uno a uno. ¿Quién? Uno de ellos tenía que ser el indicado.

El que le perdonaría la vida.

Debajo de su camisa, rasgó una de las costuras en su cinturón y tocó el diamante que llevaba incrustado allí. Su corazón latía con fuerza.

Era grande, como una concha pulida en la mano. Diez quilates. Blum lo miró por un segundo, sólo para asegurarse.

Valía una condenada fortuna.

«Es mejor que el efectivo —había dicho Strauss—. En caso de apuro...»

Más valía que funcionase. Porque era su única oportunidad.

Y eso, pensó Blum mientras el pánico empezaba a extenderse por su pecho, él definitivamente lo calificaba como un apuro.

46

Blum apretó el diamante con fuerza en el puño y siguió avanzando.

—¡No os rezaguéis! ¡Seguid avanzando! —Los guardias los empujaban para seguir, mientras la gente murmuraba y lloraba.

Blum entendía que su vida dependía de la próxima decisión que tomara, y revisó la hilera de guardias de lado a lado. Estaban parados a unos diez pasos el uno del otro, y obligaban a los de la fila a avanzar con sus porras y sus ametralladoras.

—¡Vamos, caminad! Estaréis más felices una vez estéis limpios.

Blum no reconocía la mayoría de los rostros que veía; llevaba solamente un día en el campo. Alcanzó a ver a Dormutter del lado izquierdo de la fila, el que lo había atormentado ese mismo día con los cubos de excrementos. «Eso sería un suicidio», se dijo. Vio a otro que estaba en la entrada principal cuando pasó por allí con los cubos para llevarlos a la zanja. Y Müller, el *Blockführer*. ¿Qué le habían dicho a Blum esa mañana? «Sólo cumple con su trabajo.» Nada más, nada menos.

«No, él no.»

Se le acababa el tiempo.

«Entonces ¿quién?» Revisó los rostros impasibles. Una elección equivocada y le dispararían allí mismo y de inmediato.

Avanzaron lentamente en dos filas, cada una de ellas de casi cincuenta metros de largo. Rostow, el tipo al que Blum había reemplazado en su trabajo esa mañana, caminaba delante de él. Ya no lo celebraba. Dos puestos más

atrás de él se encontraba el hombre amable que le había explicado la «situación». Incluso el *Blockschreiber*, quien había sobrevivido tanto tiempo allí, iba con la cabeza gacha, dos lugares más adelante.

Nada ni nadie podía salvarlos ya.

Al llegar a la entrada principal, se mezclaron con una fila de mujeres que provenía de su campo. Sus cabezas estaban afeitadas y sus rostros atormentados con el mismo miedo y la misma incertidumbre.

—¿Por qué nosotras...? —les suplicaban algunas a los hombres, sollozando—. No queremos morir.

—¿No podéis ayudarnos? —imploraba otra.

—Ni siquiera podemos ayudarnos a nosotros mismos —les respondió uno—. ¿Qué podríamos hacer por vosotras?

—Sólo sed fuertes —les dijo el hombre de la gorra de *tweed*, que se encontraba un poco por delante de Blum—. Es todo cuanto podemos deciros.

Todos rezaban o lloraban, pero no dejaban de avanzar, lentamente.

Blum miraba los ojos de cada uno de los guardias. «¿Quién?»

Ya no estaban muy lejos del edificio de ladrillo con las chimeneas circulares. Fue entonces cuando, delante de él, alcanzó a ver el cabello rojizo y los labios gruesos del *Oberscharführer* Fuerst, con una Luger en el costado.

«Fuerst.»

El mismo que le habían indicado esa mañana, el que podría estar «dispuesto a negociar».

Tenía que ser él.

De pronto, una mujer que llevaba una bufanda alrededor de la cabeza rasurada se salió de la fila y gritó:

—¡No iré!

Se separó de las demás y, sacudiendo la cabeza de manera desafiante, empezó a avanzar a paso ligero en dirección al campo de las mujeres.

—¡Vuelve a la fila! —gritó un guardia mientras corría hacia ella.

—No, voy a regresar —dijo ella, ignorando sus órdenes.

—¡Vuelve! ¡Ahora! —le exigió el guardia mientras alzaba su ametralladora.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —le gritaban desde ambas filas—. Te van a...

Entonces fue como si todos tuviesen la misma epifanía. En realidad, ¿qué importancia tenía? En cuestión de minutos todos sufrirían el mismo destino. Sólo que el suyo sería más rápido. La fila se detuvo y todos guardaron silencio, sin quitarle la mirada de encima.

—¡Alto! —gritó el guardia con el rostro enrojecido. La mujer siguió avanzando, aparentemente ignorándolo—. ¡Ahora!

Hubo una ráfaga de disparos. La mujer cayó hacia delante y aparecieron manchas rojas en su vestido de trapo andrajoso. Siguió luchando, arrastrándose, jadeando por respirar, arañando la tierra con los dedos.

—¡Sigue! —le gritaba la gente en la fila—. Vamos.

Pero el guardia se detuvo de pie detrás de ella y la ametralladora disparó otra vez. Hubo un momento de silencio y la mujer quedó inmóvil en el suelo.

—¡Andando, venga! ¡Vamos! ¡No miréis! —Müller gesticuló para que los demás siguieran avanzando.

Las filas mezcladas se acercaban cada vez más rápido a la entrada del crematorio. Pronto sería demasiado tarde.

Blum se abrió paso entre la multitud hasta el lugar en donde se encontraba Fuerst. El *Oberscharführer* no daba la impresión de ser un hombre que estuviese dispuesto a negociar. Su gorra de las SS estaba ladeada y él firmemente plantado, con una actitud impasible, sin parpadear siquiera, incitándolos a todos a que avanzaran con el movimiento de su arma. En ese momento, Blum sabía que, si se equivocaba en su elección, todo habría terminado para él, tal como le había sucedido a la mujer. Pero, en cuestión de minutos, todos estarían dentro del edificio de tejado plano, con la puerta cerrada detrás de ellos, y estarían muertos de todos modos. No había otra opción.

Ahora estaba del lado de la fila donde se hallaba Fuerst, a unos cuantos metros de él. Apretó el diamante en la mano. Ésa sería su única oportunidad. Rezó para que detrás de esos ojos penetrantes e imperturbables se escondiese la chispa de un mercenario. Otro paso; todos se acercaron más.

Tenía que ser ahora.

Con el corazón acelerado, Blum se salió de la fila y se lanzó en dirección al sobresaltado alemán.

—¡Eh, tú! ¡Vuelve a la fila! —Fuerst dio un paso atrás y alzó su Luger con los ojos llenos de ira.

—¡No dispare! ¡No dispare! Por favor... —le suplicó Blum en alemán. Luego, susurró—: Tengo algo valioso si me saca de esta fila. Es un diamante. Diez quilates... —Colocó sus dedos a unos centímetros de distancia—. Lo llevo conmigo. Es suyo. Sólo sáqueme de esta fila. —Sus miradas se encontraron por un momento—. ¿Qué dice?

Al principio, Blum estaba seguro de que el alemán estaba a punto de apretar el gatillo y ponerle fin a su vida justo allí. No importaba la clase de «negocio» que estuviese cruzando por la mente calculadora del guardia en ese instante; simplemente había demasiada gente alrededor para arriesgarse.

Blum estaba seguro de que ése era su fin.

Entonces, el guardia lo agarró y gritó con el ceño fruncido de desagrado:

—¿Cómo me has llamado, basura? Quítame tus sucias manos de encima. Ven aquí... —Sacó a Blum de la fila—. Y tú también, perra... —Cogió asimismo a una mujer—. ¿Qué es lo que has dicho? ¡De rodillas, los dos! —Los empujó a ambos hasta la esquina de un edificio largo y plano—. ¡Las duchas son demasiado buenas para vosotros dos!

Al doblar la esquina y perderse de vista, Fuerst amartilló su Luger, arrojó a Blum contra la pared y puso el arma bajo su mandíbula. La mujer empezó a gimotear; estaba segura de que su fin estaba cerca. Blum sintió el frío acero contra su garganta y comenzó a despedirse de este mundo también.

Entonces, el guardia dijo entre dientes y en voz baja:

—Más vale que no estés mintiendo o te atravesaré el cerebro de un balazo. Déjame verlo, ¡rápido! ¡Si tardas un segundo más, acabo contigo aquí mismo!

Blum sabía que existía la posibilidad de que Fuerst simplemente cogiera el diamante y le disparara de todos modos. Pero todas sus otras opciones tendrían el mismo resultado, así que, ¿qué más opción tenía?

—Tome. —Abrió la mano y colocó el diamante frente al rostro del alemán.

Fuerst lo contempló y su mirada se iluminó. Satisfecho, le arrebató la gema a Blum y la metió en un bolsillo de su uniforme.

Luego, le dio la vuelta a Blum y le puso la Luger en la parte de atrás de la cabeza.

—Por favor... —Él se quedó allí parado, mirando la pared, con el corazón golpeando sus costillas—. Se lo he dado. Tal como ha pedido. —Cerró los ojos y esperó a que la oscuridad se apoderara de él—. Hemos hecho un trato.

—Has comprado algo de tiempo, judío —espetó el alemán—. Pero eso es todo, tiempo. Ahora lárgate de aquí. —Empujó a Blum contra la pared—. Si fuera tú, me dirigiría al primer bloque que encontrara, antes de que cambie de opinión.

—Gracias. —La sangre de Blum empezó a fluir otra vez, y asintió—. Lo haré.

Luego, miró a la chica. No tenía más de dieciocho años, pensó. Era bonita, y estaba totalmente pálida a causa del miedo. Ambos sabían lo que Fuerst estaba a punto de hacer. Nathan lo miró.

—Ella también.

—¿Ella? Puede darse por muerta de todos modos —renegó el alemán—. No desperdicies tu compasión. Así será más rápido para ella.

Aterrada, la chica, quien no hablaba alemán, pero claramente entendía lo que estaban diciendo, estiró los brazos y agarró la pierna de Blum.

—Por favor, no me dejes. ¡No me dejes! —exclamó en polaco.

Aún disponía del efectivo. Podía negociar su vida también. Toda vida es igualmente valiosa, decía el Midrash. Pero necesitaría el dinero para sobornar a los guardias al día siguiente por la noche. Sin él, no habría forma de sacar a Mendl. Y era por eso por lo que estaba allí. Entendía incluso que sólo tenía unos segundos para escapar antes de que alguien se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento —dijo bajando la mirada para mirar a la chica.

—¡No, no te vayas! Por favor... —Desesperada, se abalanzó sobre él; sus grandes ojos estaban llenos de terror.

—Más vale que te largues ahora —dijo el alemán—. O los dos moriréis.

Blum se soltó de su agarre y empezó a correr, abrazado a las sombras del largo y oscuro edificio, no sin antes echar un último vistazo atrás.

Oyó un disparo. Las súplicas y el llanto de la mujer se apagaron. Luego

oyó un segundo disparo.

El que Fuerst había hecho fingiendo que era para él.

—¡Malditos judíos de mierda! —gritó el guardia, lo suficientemente alto como para que lo oyeran al final de la fila; luego, se limpió las manos en el uniforme.

Blum corrió en la oscuridad y dobló la esquina al llegar al otro extremo del edificio. El bloque doce estaba justamente al otro lado del patio. «Si fuera tú —le había advertido Fuerst—, me dirigiría al primer bloque que encontrara.»

Blum corrió por el patio y abrió la puerta. Dentro, la gente estaba apiñada en la única ventana.

—¿Quién eres tú? ¿Qué está pasando?

—Necesito una cama —dijo Blum. El corazón estaba a punto de salirse del pecho—. Estaba en el veinte. Nos estaban llevando a las cámaras de gas. He podido sobornar al guardia... —Se asomó por la ventana y vio cómo, al final de la fila, sus compañeros de bloque desaparecían al pasar por la entrada principal.

—Puedes dormir ahí —le indicó alguien, señalando un espacio vacío.

Blum asintió, dejando escapar una ráfaga de aire de sus mejillas.

—Gracias.

—El veinte... —murmuró alguien—. Levy estaba en el veinte, ¿no es cierto? Siempre usaba una gorra de *tweed*.

—Sí —asintió Blum—. Así es.

—Qué pena. Era un buen hombre. Duró mucho tiempo.

Blum se subió a la litera, empapado en una capa de sudor frío; una parte de él resistía el impulso de vomitar; la otra, el impulso de llorar al saber lo afortunado que era de seguir con vida.

—Deja de temblar —le dijo el hombre que estaba junto a él.

—Lo siento. No puedo.

La joven que acababan de asesinar frente a sus ojos pasó por su mente. La oyó suplicar, con su último aliento, para que la salvara; vio su hermoso y joven rostro. «Así será más rápido para ella.» Básicamente, había comprado su vida con la de ella, aunque, la verdad, habría muerto en cuestión de

minutos de cualquier modo. Strauss tenía razón: le esperaban cosas mucho peores que un gato muerto.

Se tumbó sobre su espalda con los ojos bien abiertos, sin lograr que su corazón se calmara. Sentía una mezcla de alegría y vergüenza.

Vergüenza por haber comprado su vida con la de otra persona. Una persona que ahora estaba muerta.

Alegría porque, al hacerlo, se había asegurado de que la misión continuara.

Jueves, de madrugada

Base aérea de Newmarket, Inglaterra

Aunque era ya más de medianoche, Peter Strauss no lograba conciliar el sueño. Al igual que las dos noches anteriores, en las que sólo había dormido una o dos horas.

En su lugar, escribía cartas a su esposa y a sus hijos y permanecía tumbado en su litera mientras un sentimiento de expectación recorría todo su cuerpo. Lo reconfortaba el zumbido del escuadrón de los Wellington que volvía, por la mañana temprano, como todos los días, de su recorrido nocturno por Alemania. Contaba los aviones uno a uno mientras pasaban: treinta de ellos esa noche. Se elevaban hacia el cielo en intervalos de veinte segundos y desaparecían en la noche, golpeando la costa de Bretaña y la «inexpugnable» patria alemana, hasta convertirla en escombros y polvo. Después, horas más tarde y aún despierto, los contaba a su regreso. En esos momentos imaginaba, como si se tratara de una apuesta privada consigo mismo, que el último en llegar traía a Blum y a Mendl de vuelta, como rezaba porque el Havilland Mosquito que se marcharía al día siguiente por la noche para recogerlos lo hiciese. Strauss era un hombre riguroso, pero esas dos últimas noches se había entregado a esa clase de juegos.

¿Qué más le quedaba sino volverse loco él solo? Cada hora avanzaba como una eternidad. Durante ellas, imaginaba detalles que podrían haber

olvidado, cosas que podrían haber salido mal. Cada noche, se encontraba frente a un océano de tiempo, a través del cual tenía que navegar hasta que llegara la luz, y cada día pretendía seguir con su trabajo, aunque su mente no podía albergar otro pensamiento más que ése. Pero ¿en qué más había consistido su trabajo durante el último año sino en planear esa única misión? Sabía el horario de Blum dentro del campo. ¿Qué estaría haciendo en ese momento? ¿Levantándose? ¿Comiendo? ¿Abriéndose camino para incorporarse a un grupo de trabajo? ¿Tendría acceso a los otros en el campo? Era uno entre un millón. ¿Habría funcionado el número de Vrba? ¿Podía ser que Blum hubiese sido asesinado por la mera voluntad de un guardia y que ellos nunca se enteraran?

¿Seguía Mendl con vida?

Su contacto, Katja, se había comunicado por radio para informar de que Blum había aterrizado con éxito y, un día después, para avisar de que había entrado en el campo. Hasta ese punto, todo parecía marchar de acuerdo con el plan. Pero no podían contemplarlo todo. Ahora, todo dependía de Blum. Strauss no podía hacer nada más, sólo esperar. Y seguir con sus juegos mentales.

Y rezar.

Sí, había rezado incluso. Por primera vez en años. Había leído por encima en la Mishná Sanedrín que Blum le había enseñado que cualquiera que salvase una vida era como si salvase el mundo entero. Su padre, el cantor de sinagoga, habría estado orgulloso de él. ¿Cómo habría llamado a Blum? «Un verdadero *kiddush hashem*», habría dicho él. Un hombre que actuaba honorablemente. Digno de su admiración.

Strauss sonrió. Era verdad. Tanto como cualquier hombre que conociera.

Pero la frase tenía otro significado, uno mucho más trágico. Se refería a aquellos que habían muerto como mártires por su fe. Ellos también eran *kiddush hashem*. Y eso hacía que Strauss reflexionara. ¿Y si todos aquellos que habían dudado estaban en lo correcto? ¿Y si Blum no conseguía regresar? ¿Y si lo había enviado en una misión suicida? ¿Podría Strauss vivir con algo así? ¿Con su conciencia repitiéndole que había enviado a un hombre a una muerte segura para cumplir con una labor tan poco probable? ¿Llegaría

el día en que tuviese que mirar a su hijo a los ojos y decirle: «Nunca he matado a un hombre con mis propias manos, pero envié a uno, a un buen hombre, a cumplir una misión imposible y jamás volvimos a saber de él»?

Sin embargo, desde el momento en que Blum se había dado la vuelta en la puerta del despacho de Donovan en aquella primera reunión y les había preguntado cómo planeaban sacarlo del campo, Strauss sabía que había elegido al hombre indicado.

En el exterior, Strauss oyó el zumbido lejano del primer bombardero que volvía esa noche. 2.30 horas. Se levantó de la cama y salió. Al oeste, vio las primeras luces del Wellington que se acercaba, con sus alas estables, descendiendo suavemente y, al fin, tomando tierra para después despejar la pista mientras otro aparecía, muy cerca de él.

Y luego, otro.

Había contado treinta que se marchaban esa noche, y, uno por uno, sintió cómo su ánimo se levantaba al verlos regresar sanos y salvos. Pronto, fueron ocho, luego diez, quince, veinte. Seguían llegando.

Finalmente, veintiocho, veintinueve...

Observó el cielo y esperó.

Uno más.

Las ambulancias y los equipos de mantenimiento corrieron hasta los que acababan de aterrizar. Dos o tres aviadores que habían recibido algún golpe fueron cargados en camillas. Los pilotos salieron de sus cabinas de mando de un salto.

«Vamos —se dijo; sus ojos recorrían el cielo iluminado por la luna—. ¿Dónde estás? Tienes que lograrlo.»

En su mente, ése era el avión que traía a Blum y a Mendl de vuelta a Inglaterra.

Uno más.

Finalmente, oyó un zumbido y se volvió hacia el oeste. Divisó la luz de un ala que parecía estar tambaleándose de arriba abajo en la oscuridad de la noche.

La última de las grandes y viejas fortalezas voladoras que regresaba cojeando a casa. Le habían dado. Descendió más y más; le salía humo negro

del motor izquierdo. «Vamos, maldita sea, tienes que lograrlo.» Mientras observaba, Strauss contuvo la respiración y apretó los puños.

«Tienes que lograrlo...»

Finalmente, el bombardero tocó tierra y Strauss dejó escapar un suspiro de alivio. Era un buen presagio. Todos habían vuelto sanos y salvos. No sabía a quién se había estado dirigiendo cuando repetía «tienes que lograrlo», si a Blum o al avión.

Al día siguiente correría hacia él y Mendl y los abrazaría mientras descendían del aparato.

Un *kiddush hashem*.

No importaba lo que ocurriese, Strauss sabía que había elegido al hombre indicado.

Jueves

Con la primera luz del día, el *kapo* entró en el bloque en el que Blum había pasado la noche y empezó a golpear las tablas del suelo.

—Todos fuera. Pase de lista. ¡Sin demora! ¡Fuera, ahora! ¡A paso rápido!

Todo el mundo saltó de sus literas y se apresuró a salir, corriendo para orinar o defecar rápidamente, frotándose los ojos para acabar de despertar. Todos los *Blockführer* estaban fuera.

—Formad por bloques —les ordenaron.

Les indicaron que formaran filas de cuatro en el patio principal. Miles de prisioneros daban vueltas. Todo el campo. Nadie sabía lo que ocurría.

Blum tenía un mal presentimiento. ¿Qué diablos estaba pasando?

—Algo debe de estar ocurriendo —dijo el prisionero que se encontraba junto a él mientras formaban—. Rara vez se los ve de este modo.

Un escalofrío de inquietud recorrió la columna de Blum. Ya había engañado a la muerte una vez. Había encontrado a Mendl. Lo único que tenía que hacer era ocultarse entre los demás números para sobrevivir hasta la noche, y entonces lograrían salir de ese lugar. Pero, mientras formaban, y al ver a la gran cantidad de guardias empujándolos a todos, gritando «*Schnell! Schnell!*» y revisando los barracones después de vaciarlos, le quedaba claro que debía de haber algún motivo detrás de esa clase de atención. No estaban dando de comer a nadie, ni preparándolos para incorporarse a sus grupos de

trabajo. En vez de eso, estaban contando los bloques. Cada hombre. Uno por uno.

Si se permitían el lujo de retrasar el trabajo, sin duda algo pasaba. Era casi como si supiesen algo.

Todos los prisioneros permanecieron allí de pie, treinta, cuarenta minutos, hasta que todo el campo terminó de formar en el área principal. Entonces, un hombre uniformado de facciones oscuras y botas se colocó frente a ellos; claramente, estaba al mando.

El comandante del campo, sospechó Blum.

—¿Qué diablos hace Ackermann aquí? —preguntó en voz alta el hombre que se encontraba junto a él. Era de baja estatura, con las cejas tupidas y las orejas grandes; hablaba checo, del cual Blum tenía una noción superficial—. Y ¿quién es el que está con él? Tenemos un visitante o algo así.

—No lo sé. —Blum estiró el cuello para ver.

Un coronel de aspecto importante, con el uniforme gris abotonado hasta el cuello y alas de águila de guerra en el pecho, caminaba junto al comandante.

—Inteligencia. —La palabra se extendió por la fila como la pólvora. Viajó de un bloque a otro—. De Varsovia. Uno de los peces gordos.

—¿Inteligencia? —preguntó el vecino de Blum—. ¿Qué diablos hace un coronel de inteligencia aquí? Estará buscando algo...

El corazón de Nathan empezó a acelerarse. Cualquier desviación de la rutina normal era motivo de preocupación, pero esa formación, todo el campo, algún pez gordo de la Abwehr... Precisamente ése, de todos los días. Revisando bloque por bloque, deteniéndose frente a cada hombre, el *Rapportführer* registrando nombres. Cada prisionero de cada barracón, tanto por su nombre como por su número.

Eso no era un simple paripé. Resultaba evidente que estaban buscando a alguien.

Blum se levantó ligeramente la manga y observó el número que llevaba grabado en la muñeca. A22327. El número de Vrba, pero una vez lo comparasen con la persona a la que realmente pertenecía, se acabaría el juego. Podrían rastrearlo hasta el bloque en el que se encontraba ahora. Y la

identidad falsa que le habían creado, Mirek de Giżycko, no se correspondía con ningún prisionero del campo. Escuchó cómo llamaban los nombres y los números, estirando el cuello; había perdido de vista a los dos oficiales que iban caminando de fila en fila.

—Berger. A33546.

—Pecsher. T11345.

—Transferido de Theresienstadt —murmuró el checo—. Como yo.

El corazón de Blum empezó a pulsar con preocupación. Strauss le había advertido que ése era un riesgo tan grande como cualquiera de los otros a los que se enfrentaría dentro. No había manera de proporcionarle un número y un nombre válidos. Los números que aparecían en los documentos que Vrba y Wetzler habían sacado de contrabando pertenecían a personas que ya estaban muertas.

Se acercaba su turno de pasar lista.

Lo que Blum necesitaba era un nombre. Un nombre que se correspondiese con alguien de allí y le consiguiese algo de tiempo.

Les llevaba alrededor de quince minutos revisar cada bloque; el comandante del campo y su distinguido visitante serpenteaban entre las filas mientras iban llamando los números. Pasó el tiempo, cuarenta minutos, una hora. Luego dos. Todos estaban alertas y balanceándose sobre sus talones. Iban por el bloque nueve, sólo faltaban tres para el suyo. Blum miró alrededor con recelo.

Ocasionalmente, alguien desfallecía en su lugar debido al agotamiento.

De pronto, el hombre que estaba junto a él se inclinó y le preguntó en voz baja:

—Tú eres el que llegó anoche, ¿no es así?

El corazón de Blum se detuvo en seco. Siguió mirando hacia delante y no respondió.

—¿Del veinte? ¿Eres el que pagó por su vida?

Él dudó otra vez; seguía observando nerviosamente mientras su turno se aproximaba cada vez más.

—Abramowitz. A447745.

—Aschkov. T31450.

—No te preocupes, no tienes por qué temerme —murmuró el hombre de al lado en voz baja.

Blum miró su muñeca de nuevo. Eso lo delataría. El nombre Mirek no correspondería. Al diablo..., de todos modos, lo iban a descubrir. Miró al checo y asintió.

—Sí.

¿Acababa de firmar su propia sentencia de muerte?

—Bueno, les llevas ventaja a los demás —dijo el hombre—. Mira allí, el sitio del veinte está vacío esta mañana. —Blum estiró el cuello para mirar. En efecto, todos los hombres que conocía, con quienes se había quedado las dos noches anteriores, habían desaparecido. Su sitio estaba vacío—. Debiste de entregar algo muy valioso para que tacharan tu nombre de esa lista, ¿verdad?

Blum vislumbró al coronel de inteligencia mientras éste caminaba con largos pasos, los brazos detrás de la espalda, la mirada al frente y los ojos entornados cada vez que se detenían delante de cada hombre de la fila. Escuchaban el nombre y el número.

—Weisz.

—Ferber.

El *Rapportführer* los iba tachando en su lista, uno a uno. Observaba impasible el rostro de cada uno de los prisioneros, como si estuviese buscando a alguien. A un hombre. Entre los miles que había allí. Un hombre al que reconocería tan pronto su mirada se posara sobre él.

Él.

Cuanto más se acercaban, más se aceleraba el pulso de Blum con temor.

—Krausz. A487193 —respondió un prisionero.

Ya estaban en el bloque diez. Faltaban dos más.

—Hochberg. T14657 —dijo un prisionero que había sido transferido de otro campo.

Era como si lo supieran. Como si supieran que estaba allí, ocultándose en alguna parte, rastreándolo lentamente. «Pero ¿cómo...?»

Se estaban acercando. El corazón de Blum palpitaba con fuerza. Sólo un bloque más.

—Halberstram. A606134.

—Laska. B257991.

El *Rapportführer* y los dos oficiales avanzaron. «Doce», leyó el secretario.

El bloque de Blum.

—¡Doce! Y ¿qué hay del once? —le preguntó Blum al hombre que estaba a su lado.

—No hay once. —El tipo lo miró con curiosidad.

—¿No hay once? —Nathan dejó escapar un suspiro nervioso.

Mirek sería entonces. ¿Qué otra opción había? Su turno estaba a unos cuantos prisioneros de distancia.

El coronel de inteligencia se detuvo frente a cada uno de ellos. Ahora, Blum alcanzaba a verlo si se inclinaba un poco hacia delante. Debajo de su gorra, había empezado a perder cabello. Tenía los ojos de un hombre paciente y metódico, unos ojos que se detenían en cada rostro. Un hombre imposible de disuadir. No se rendiría ante nada.

—Primera fila... —El *Rapportführer* se colocó frente a alguien.

—Aschensky. A432191 —dijo el hombre.

—Kurtzman. —El hombre dijo su número y mostró la muñeca.

Una gota de sudor se escurrió por el cuello de Blum. Echó un nuevo vistazo a su número y se preparó para mostrarlo. Se percató de que el hombre que estaba junto a él lo miraba.

¿Sería un espía? Todas esas preguntas que hacía... Blum ya le había respondido. ¿Acaso lo delataría en el momento en que se pararan frente a él?

—Gersh. A293447 —dijo un prisionero en voz alta.

—Bodner. T141234 —dijo el siguiente de la fila.

Por un instante, Nathan contempló la posibilidad de dejarse caer como les había ocurrido a algunos de los demás. Tal vez lo llevarían a la enfermería. Lo único que tenía que hacer era sobrevivir a ese día.

—Necesitas un nombre, ¿verdad? —le susurró el tipo que estaba junto a él mientras se inclinaba para hablarle.

Blum no respondió. ¿Cómo había sido capaz de leer su mente? Y su miedo. Había espías e informantes por todas partes. Delatar a un impostor como él debía de valer una fortuna. Alguien que había negociado para

escapar de la muerte la noche anterior. No obstante, ahora, parecía que hubiera transcurrido una eternidad desde la noche anterior. Ahora, todo dependía de sobrevivir a ese pase de lista.

—Fila cuatro.

El *Rapportführer* llegó hasta el frente de la fila de Blum.

—Livshitz. A366711 —respondió el primero.

—Hirsh. 414311 —dijo otro.

Ahora, Blum sentía el corazón en la garganta. Faltaban unos diez para llegar a él.

¿Qué podía hacer?

—Sí —le respondió finalmente a su vecino, asintiendo con una mirada de desesperación, o más bien de súplica.

—Fisher —susurró el hombre.

—¿Fisher...?

—Úsalo. Estarás a salvo. Todos aquí me conocen. Tienes mi palabra.

El comandante y el oficial de inteligencia estaban ya a unos pocos prisioneros de distancia. De pronto, cada célula del cuerpo de Blum parecía estar programada para estallar como un horno sobrecalentado.

—Liebman. A401123.

—Halpern. T27891.

Ambos estiraron los brazos.

El *Rapportführer* se detuvo frente a un hombre que se encontraba dos sitios más allá de Blum. La mirada del comandante era firme y penetrante; luego, siguieron avanzando. El coronel iba un paso por detrás. Observaba a cada hombre con la mirada de un cazador que puede identificar a su presa con tan sólo verla.

—Koblic —respondió la persona que estaba junto a él—. A317785.

—¿Siete, ocho, cinco...? —El *Rapportführer* se detuvo a observar la muñeca del hombre antes de anotar el número.

—Sí.

Luego, se paró frente a Blum.

El corazón de Blum se detuvo, como si el más mínimo latido pudiese delatarlo.

—Fisher —dijo; su boca estaba tan seca como la arena—. A22327. —
Levantó su manga.

—¿Fisher...? —repitió el secretario mientras revisaba la lista.

El comandante y el coronel de inteligencia dieron un paso y se detuvieron justo delante de él. Blum estaba seguro de que el nombre era falso, y que se había delatado. Claro, eso si su propio rostro, que estaba totalmente pálido, y el rastro de sudor que recorría su cuello no lo habían hecho ya. Evitó la mirada del coronel; sentía el calor de la misma fija sobre él, tan intensa como la luz enfocada en la sala de interrogatorios de la policía. En su lugar, miró al secretario y tragó saliva.

—Sí.

Las miradas fijas del coronel y el comandante no permanecieron sobre él más de uno o dos segundos. Sin embargo, para él fue como si hubiese transcurrido una hora. Una hora en la que hizo todo lo humanamente posible por conservar la compostura. Era como si pudieran ver a través de él, hasta el núcleo de su ser. Parte de él esperaba que sacaran sus armas y le ordenaran que se arrodillara justo allí.

—Siguiente —dijo el *Rapportführer*, y avanzó para colocarse frente al hombre de baja estatura que estaba junto a Blum.

—Shetman. —El hombre mostró su antebrazo—. T376145.

El comandante y el coronel de inteligencia continuaron avanzando.

Cada célula en el cuerpo de Blum que había estado tan enroscada y apretada como alambre hacía un instante se relajó, y dejó escapar un respiro.

Los dos oficiales siguieron recorriendo la fila. El sonido de la llamada de nombres se fue alejando.

Blum permaneció allí de pie, rígido como una estatua, hasta que estuvieron más lejos.

Luego oyó al *Rapportführer* anunciar:

—Bloque trece.

Y exhaló. Miró al hombre que estaba junto a él; el sudor había humedecido sus costados.

—¿Cómo lo has sabido?

El hombre de baja estatura sonrió y, con un ademán, señaló su brazo.

—Número viejo, tinta nueva.

Blum lo miró.

—Cuando uno ha estado aquí bastante tiempo, es la clase de cosas que empiezas a notar. Era policía en Žilina. Tienes suerte de que no se hayan percatado.

Nathan asintió.

—Además, cualquiera que lleve aquí más de una semana sabe lo del bloque once. Todo el mundo desaparece de ahí. Nadie regresa. Es un lugar que te convendría evitar.

—Gracias.

«Once.» Ésa era la segunda vez que se salvaba.

—Como ya has oído, mi nombre es Shetman —dijo el hombre de baja estatura—. Lo que sea que estés ocultando está a salvo conmigo. Aunque sólo Dios sabe qué diablos estás haciendo en este agujero.

Había sobrevivido al pase de lista. Al menos, hasta que cotejaran los nombres con los números y se dieran cuenta de la discrepancia. Pero, hasta entonces..., lo único que tenía que hacer era sobrevivir el resto del día. Luego empezaría la parte peligrosa...

—Y ¿quién es Fisher? —Blum se acercó a Shetman para preguntarle.

El hombre se encogió de hombros.

—Murió anoche. Joder, somos tantos que siempre tardan uno o dos días en actualizar el papeleo. Pero se darán cuenta, tenlo por seguro. Lo rastrearán hasta el bloque. Así que no tienes mucho tiempo.

Blum seguía al coronel y al comandante con la mirada mientras éstos avanzaban hasta el siguiente bloque. Habían descubierto su presencia de algún modo. Estaba seguro. Sólo que no sabía cómo. Tal vez uno de los partisanos lo había delatado. Tal vez el propio Josef. Eso significaría que su plan de escape también estaba en riesgo. No habría forma de salir.

«No», se dijo. Josef no lo entregaría. Él mismo había visto la determinación del hombre.

Aun así, el coronel estaba allí por alguna razón...

—Avísame si necesitas algo más —dijo el hombre de baja estatura—. Tengo mis contactos aquí.

—Gracias. Así lo haré. —Blum se inclinó y le estrechó la mano.

Diez horas más. El recuento de bloques había durado tres.

Diez horas más en las que debía seguir oculto entre los múltiples números del campo y no cruzarse en el camino del coronel de la Abwehr. Entonces, Mendl y él estarían fuera de allí.

49

Una vez terminaron de pasar lista, todos volvieron a sus respectivos bloques para la comida de la mañana y para integrarse a sus equipos de trabajo. Blum se abrió paso entre la multitud hasta el lugar en donde veía reunido al bloque treinta y seis. Alcanzó a ver a Mendl entre la muchedumbre, dirigiéndose despacio hacia su barracón. Iba acompañado de un joven que parecía tener alrededor de dieciséis años; Blum supuso que se trataba del sobrino del que le había hablado el día anterior.

—¿Sigues estando listo para más tarde, profesor? —preguntó acercándose a él.

Mendl se dio la vuelta; la expresión en su rostro revelaba su sorpresa, pero, claramente, estaba entusiasmado de verlo.

—Cómo me alegro de que estés bien —dijo mientras abrazaba a Blum—. Oímos lo que pasó con el veinte. Estaba seguro de haberte perdido. ¿Cómo lograste escapar?

—Tuve suerte —repuso Blum—. Encontré un guardia cuya ambición era más grande que su sentido del deber.

—¿Quién?

—El *Oberscharführer* Fuerst.

—Una buena elección. Sobornar al verdugo camino de la horca... —Mendl sonrió—. Te felicito.

—Digamos que estas últimas tres horas mientras pasaban lista tampoco han sido un paseo por el parque para mí —respondió Blum.

—Sí, definitivamente ocurre algo. Típico de los alemanes. Contar, contar, contar... En fin, los dos estamos muy aliviados de ver que estás bien.

—¿Éste es el chico del que me habló?

—Sí. Leo. —El profesor colocó la mano sobre el hombro del joven—. Leo, él es el hombre al que me refería. Así que ahora ves que no estoy loco. Y ya podrás hacerte una idea de lo capaz que es.

—Soy Blum. —Nathan alargó la mano para saludar al chico. Apenas parecía tener edad para afeitarse—. ¿El profesor te explicó las condiciones para venir con nosotros?

—No tendrán que preocuparse por mí —respondió el chico.

—Creo que descubrirás que Leo también es bastante capaz en un aspecto que resulta muy útil, aquí... —Mendl tocó la frente del joven—. Aunque me temo que algo está pasando. No habían pasado lista a todo el campo desde hace varias semanas. Y justo hoy... ¿Te has fijado ese imponente oficial de inteligencia?

—Sí. Creía que iba a hacérmelo encima mientras me miraba directamente a los ojos... No obstante, después de esta noche dejará de ser nuestro problema. Seguimos adelante con el plan. 19.30 horas.

—La formación para el turno de noche es en la entrada, cerca de la torre del reloj —dijo Mendl—. Cerca de donde nos vimos ayer. Hay un grupo de trabajo para la fábrica de IG Farben. Otro para las vías de tren en Birkenau, que ya prácticamente están terminadas. La gente casi siempre abandona el grupo por enfermedad o incluso muerte. Y siempre hay alguien dispuesto a reemplazarlos por la comida adicional. Es ahí donde un poco de dinero puede llevarnos al frente de la lista.

—¿Cuánto necesitamos? —preguntó Blum.

Leo se encogió de hombros.

—Estoy bastante seguro de que veinte Reichsmarks por cabeza deberían bastar. Cuatro o cinco libras esterlinas nos ayudarían incluso más.

—Te lo he dicho, una mente muy ágil —dijo el profesor—. Y bastante famoso aquí. Ya es el campeón de ajedrez del campo. Te dije que no nos retrasaría.

—Ah, el chico del ajedrez... —señaló Blum—. Sí, he oído hablar de ti...

—Y sólo llevas dos días en el campo. ¿Lo ves, Leo?, tu reputación te precede. Y dentro de un día más, si todo sale bien, ¡serás una leyenda aquí!

—Pase lo que pase —Blum bajó la voz y dio la espalda a un grupo de prisioneros que pasaba junto a ellos—, debemos esperar a que los partisanos ataquen y luego debes quedarte conmigo —le indicó al muchacho—. Mi misión es sacar al profesor a cualquier precio. Y eso es lo que pienso hacer. Si no estás conmigo, si te hieren o si no lo logras, no podremos ayudarte.

—Entiendo —asintió Leo.

—Y eso va para usted también —añadió Nathan dirigiéndose a Mendl—. Si lo hieren, tiene que dejarlo. —Lo miró a los ojos—. Lo entiende, ¿verdad, profesor? Es una condición para que sigamos adelante.

—Admito que no será fácil —contestó el anciano.

—Bueno, esperemos que no tenga que tomar esa decisión.

—Debe hacerlo, Alfred. Sólo así aceptaré ir con ustedes —insistió Leo.

—Entonces debe servir para los dos —repuso Mendl mientras asentía renuente.

—De acuerdo —convino Leo.

—Necesito su palabra. La de ambos —pidió Blum.

—La tienes. —Ambos asintieron otra vez.

De pronto, empezó a oírse música. La orquesta. Se había instalado del otro lado del patio, detrás de una alambrada cerca de la enfermería. Cuando comenzaban a tocar era la señal para preparar los grupos del turno de la mañana. Era la pieza *Música para los reales fuegos de artificio*, de Händel. La obertura.

—Se levanta el telón. —Mendl los miró con sarcasmo—. En fin, creo que es mejor que nos vayamos. ¿Aún tienes que ocuparte hoy de las letrinas?

Blum se encogió de hombros.

—Supongo que es la mejor manera que tengo de permanecer encubierto.

—Entonces ¿nos veremos cerca de la torre del reloj? 19.30 horas. ¿Antes de que se organicen los grupos de trabajo?

Blum asintió.

—Yo tendré el dinero. Y que Dios nos asista. Mañana a esta hora estará en Inglaterra, profesor.

—En Inglaterra... —El anciano sonrió melancólico—. O en el más allá.

—En Inglaterra, mejor —intervino Leo.

—Esta vez, estoy de acuerdo con él —dijo Blum—. Así que trate de pasar desapercibido hoy. Los veré a ambos allí. 19.30 horas.

A continuación, se despidió discretamente de ellos y se fundió con la multitud. Se habían formado filas frente a los bloques para recibir la comida; luego, éstas se separaron de acuerdo con los grupos de trabajo. Blum pensó que, incluso si su tarea ya había sido reasignada, quienquiera que fuese el desafortunado que la hubiera heredado, estaría feliz de dividir el trabajo y compartir. Sólo tenía que mantenerse oculto hasta que llegara el momento de marcharse.

La música de la orquesta cambió. En una pieza que reconocía: Beethoven. La famosa obertura de Leonora de su ópera *Fidelio*; siempre había sido una de las favoritas de Leisa.

Por primera vez, Blum se volvió y concentró su atención en los músicos. Había siete: un trombón, un corno francés, un violonchelo, un flautín, una flauta, un bombo y un clarinete. Conocía la historia detrás de la pieza. En el último acto, Florestán, el héroe, debería haber muerto como testigo de las fechorías de Pizarro. Sin embargo, seguía con vida, así como la música allí alentaba secretamente a todos a seguir viviendo y a no caer en la desesperación y la desesperanza, sino a perseverar con la voluntad fortalecida.

«Salve el día, la hora de la justicia ha llegado... —Las palabras le venían a la mente a Blum—. Así que salve, salve a los pobres...»

Era Beethoven, un héroe para los alemanes, pero quienquiera que lo hubiese elegido lo había hecho como una bofetada para aquellos que estaban al mando.

Blum se acercó. La orquesta estaba instalada en una plataforma cerca de la enfermería, al otro lado de la alambrada. No había guardias alrededor. Fijó su atención en la persona que tocaba el clarinete. Una mujer. Con la cabeza rapada y la complexión debilitada; tocaba de la manera en que lo haría un fantasma, con una especie de inquietante desapego, con la cabeza gacha. Sin embargo, parecía sobresalir de entre todos los otros músicos debido a su

habilidad.

Era como si aún le quedase una efímera chispa de esperanza que se transmitía por medio de su música. Incluso en ese lugar lleno de oscuridad.

Las notas lo atrajeron; eran conmovedoras y familiares, y hacían que recordara con cariño qué se sentía al oír a alguien tocar de una manera tan hermosa. Nadie lo detuvo. Casi todos los demás estaban en plena comida. Siguió avanzando hasta quedar a unos cuantos metros de distancia, observándola tocar. El movimiento fluido de sus dedos sobre las llaves. La precisión con la que tocaba. Y el sentimiento..., de una belleza tan evocadora, y...

De pronto, el mundo entero se detuvo para él.

La mujer alzó su pálida y rasurada cabeza, como si estuviese en un trance, y fijó su mirada sobre él.

Su instrumento cayó al suelo.

Se puso en pie despacio, con la mandíbula abierta. Su rostro se llenó súbitamente de vida. Sus miradas se encontraron.

—Doleczki —murmuró Blum mientras observaba el rostro que había visto en su mente miles de veces.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Nathan —pronunció en respuesta.

Blum no podía moverse. Su corazón se había detenido. Dicha, una dicha indescriptible, invadió cada espacio de su cuerpo, en el cual, durante esos últimos tres años, sólo había existido vacío.

Estaba contemplando a su hermana.

50

Al principio, Blum estaba demasiado impactado y sentía demasiada incredulidad para hablar; lo aterraba que ese momento se desvaneciese y resultase no ser real. Un sueño.

Pero no era un sueño. Ella estaba realmente de pie frente a él. A menos de diez metros. Incluso había pronunciado su nombre. Todos los sentimientos que había albergado en el fondo de su ser a lo largo de los últimos tres años, esos sentimientos que lo habían atormentado con dolor y culpa, salían ahora a flote como un agua helada desbordándose de una vasija.

Liberándolo.

—¡Leisa!

Ambos corrieron hacia la alambrada y entrelazaron los dedos, agarrando, tocando, sin poder creer lo que veían, dejando que el asombro los inundara como una oleada de dicha indescriptible.

—¿Nathan? —dijo ella con los ojos muy abiertos—. ¿Estoy soñando?

—No. No estás soñando —respondió él. Apretó sus dedos, tocó su rostro por el espacio que había entre la alambrada—. ¡Estás tan despierta como yo!

No fue sino hasta que pudo poner sus manos sobre ella y tocarla que pudo admitir que era real.

—¡Leisa, estás viva! —La miró con los ojos más abiertos que nunca, absorbiendo la increíble visión. Llevaba unos harapos raídos y sin forma, llenos de agujeros. Su cabeza estaba rasurada. Tenía llagas en el rostro. Aun así, nunca había visto una visión más hermosa. Las lágrimas inundaron sus

ojos—. Me dijeron que habías muerto. Que todos habíais sido asesinados.

Sostuvo su mano y la apretó; las lágrimas se desbordaban ahora.

—Nathan, ¿qué estás haciendo aquí? Escapaste. Nos dijeron que estabas en Estados Unidos. ¡Que estabas a salvo! ¿Cómo es posible que estés aquí?

—Leisa, yo...

Quería decirle: «He vuelto. Estoy en una misión. Tengo una manera de escapar. Esta noche». Pero, evidentemente, no podía. No allí. Seguía habiendo guardias a su alrededor. Se volvió hacia la enfermería. La gente entraba y salía, tanto prisioneros como camilleros. Cualquiera podría oírlos. De pronto, le vino a la mente que, si su hermana estaba allí, en contra de todas las probabilidades, entonces tal vez seguía existiendo la posibilidad de que, de algún modo, todos hubiesen sobrevivido. Que lo que había oído fuera falso.

—Leisa, ¿es posible que mamá y papá estén...?

—No, Nathan. —Ella negó con la cabeza—. Están muertos. Fueron parte de las personas reunidas en represalia al asesinato de un oficial alemán; los pusieron contra una pared y los ejecutaron. En la calle, frente a nuestra casa.

—Sí, eso fue lo que me dijeron. ¡Pero oí que tú también!

—Sólo logré escapar porque justo en el momento en que ocurrió le estaba dando clase a la hija del señor Opensky. Cuando regresé, la gente ni siquiera me dejó entrar en la casa para mirar. Unos amigos me acogieron durante un mes, hasta que, finalmente, evacuaron a todo el gueto y lo enviaron aquí.

Blum contuvo más lágrimas; sus dedos seguían entrelazados. Esta vez, las lágrimas eran por ellos. Sus padres eran personas amables y civilizadas. Adoraban la música y el ballet. No albergaban ni un gramo de odio en el cuerpo, ni siquiera por sus opresores. Así que lo que había oído era cierto. Los habían dejado en la calle como perros. Peor que criminales.

—Lo siento, Nathan. No tenía forma de comunicarme contigo.

—Leisa, pensé que estabas muerta. —Los ojos de Blum brillaban—. Mi mundo ha sido una pesadilla durante dos años desde que recibí la noticia.

—Y yo pensé que tú estabas a salvo, Nathan. En Estados Unidos. ¡Sin embargo, aquí estás! —Lo miró otra vez, ahora, con algo que parecía enojo, reproche quizá—. Lograste salir. Era todo cuanto papá quería para ti. ¿Cómo

es posible que estés aquí, Nathan? ¿Cómo?

—Rápido, ven por aquí... —Se alejaron de la orquesta, que seguía tocando—. Acércate. No puedo contártelo, Leisa —se apresuró a decir en voz baja—, pero debes creerme, sólo estaré aquí hasta esta noche. ¿Estás en el campo de mujeres? ¿Hay alguna manera de cruzar la cerca que lo separa de éste?

—No, es imposible. —Sacudió la cabeza—. Pero ¿qué quieres decir con que «sólo hasta esta noche»? Mírate, eres un prisionero. Estás atrapado aquí, como todos nosotros. ¿De qué estás hablando, Nathan?

Él echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie estuviese escuchando a escondidas. El patio principal ya casi se había vaciado por completo. Todos habían vuelto a sus bloques. Los guardias también estaban en sus puestos. No tendrían mucho tiempo. Una mujer pasó cerca de ellos, cargando una pila de papeles que llevaba a la enfermería.

—Escucha, ¿puedes venir aquí más tarde? ¿Poco antes de que oscurezca?

—¿Aquí?

—Al campo principal. Cerca de la torre del reloj.

—No. Cuando terminamos, ya no hay acceso entre los campos. Si me encontraran aquí, me dispararían como a cualquiera. Además, ¿venir para qué? ¿Qué estás haciendo aquí, Nathan? —Sus ojos temblaban con incompreensión—. ¿Qué tratas de decirme?

—Estás en la orquesta. Debes de tener ciertas libertades. Entonces ¿en la enfermería?

—Tenemos nuestra propia enfermería en el campo.

—Entonces debes venir ahora.

—¿Ahora...? —Parecía asustada y perpleja a la vez.

—Debe de haber alguna manera de cruzar la alambrada. Te ocultaré. Leisa, sólo estaré aquí hasta esta noche. Es nuestra única oportunidad.

—¿Qué estás diciendo, Nathan? No lo entiendo.

—¡Leisa! —susurró entonces alguien bruscamente.

Otra mujer de la orquesta gesticulaba con preocupación señalando algo detrás de ellos.

Blum miró alrededor. Un guardia iba hacia ellos.

—Leisa, ¿en qué bloque estás? En el campo de mujeres —dijo rápidamente.

—En el trece. Pero ¿por qué?

Apretó sus dedos a través de la alambrada y acercó sus labios a su rostro.

—Leisa, ¡yo puedo sacarte de aquí! Sé que suena a locura, pero tienes que confiar en mí. Por eso estoy aquí. Hay una manera. Pero será sólo por esta noche. Es por eso por lo que, si puedes llegar aquí de cualquier modo, sin importar lo que tengas que hacer, yo puedo...

—¡Shhh, Nathan! —Sus ojos se enfocaron en algo detrás de él y temblaron alarmados.

El guardia se aproximó y sacudió a Blum de los hombros con la culata de su fusil. Con un grito, Blum cayó de rodillas.

—Nada de confraternizar, tórtolos. Ve a donde te corresponde —le gritó a Blum—. Y tú —le dijo a Leisa—, sigue tocando, o la próxima vez tendrás que preocuparte por el otro extremo de esta arma, ¿entendido?

—Sí —asintió Blum, sin soltar una de las manos de su hermana.

—Ya nos vamos, señor —dijo Leisa temblando—. Por favor, no dispare. Nathan, tenemos que irnos.

—Leisa...

Sentía como si su corazón se hubiese hundido hasta el fondo del océano, arrastrado por la tristeza. «Aún no hemos planificado...»

El guardia lo pateó en las costillas y Blum cayó al suelo.

—¿No me has oído? ¡Largo! —Amartilló su fusil y lo apuntó con él—. ¡Lárgate ahora! ¿O quieres que os dispare a ambos?

—No. ¡No! —le suplicó Leisa—. Ya nos vamos. ¡Nathan, márchate! Escúchalo. —Las lágrimas de dolor e impotencia se acumularon también en sus ojos.

Blum estiró la mano y sintió cómo sus dedos iban resbalando, posiblemente por última vez. No podía dejarla ir así. No después de tres años. Después de haberse reencontrado milagrosamente. Y, encima, teniendo los medios necesarios para sacarla de allí. Pero no había manera de hacer nada con el guardia rondando. Excepto observarla mientras retrocedía y se alejaba de la cerca, sin poder hacer nada por evitarlo.

Con dolor, se puso de pie.

—¡Ahora, vete! —gritó el alemán, golpeándolo de nuevo con el arma—. ¡Largo!

—Nathan, por favor... —Leisa lo miró por última vez, de forma suplicante—. Tengo que volver. Te quiero. Cuídate.

—Contactaré contigo —dijo él mientras se alejaba tambaleándose; sabía que el guardia no podía entenderlo—. Espera noticias mías. Esta noche.

El guardia tiró del mecanismo de su arma.

—¡He dicho que ya es suficiente! ¡Es la última advertencia!

Leisa asintió en respuesta; sus ojos estaban inundados y esperanzados. Corrió a reunirse con sus colegas en la tarima. Pero Blum sabía que era una promesa que jamás cumpliría.

La mujer que llevaba las sábanas se apresuró a pasar.

Leisa subió nuevamente a la tarima. El flautista que se sentaba junto a ella le entregó su instrumento. Ella retomó la pieza a la mitad y siguió tocando. Blum miró una vez más mientras avanzaba por el patio, con el guardia aún detrás de él. Sabía que cada vistazo que captara de ella bien podría ser el último. Que la había encontrado, agonizante, pero sólo por unos breves y fugaces segundos. Y sólo para perderla una vez más.

—Conque enamorado, ¿eh, judío? —dijo el guardia con una sonrisa burlona de superioridad, empujándolo hacia los bloques—. Me dan ganas de llorar.

—Sí —asintió él, conteniendo su tormento.

No podía dejarla así de fácil. No lo haría. No otra vez.

Se volvió y alcanzó a verla una última vez; entretanto, la orquesta comenzó a tocar una pieza más animada, y él pudo ver las lágrimas de tristeza en sus ojos.

«Tú no dejarías atrás a alguien de tu propia sangre, ¿no es cierto?», le había preguntado Mendl.

No. Ya lo había hecho una vez. Nunca más.

La misión seguía siéndolo todo. Sacar a Mendl. El juramento que le había hecho a Strauss. A Roosevelt.

Pero, para Blum, quien, desde el otro lado del patio, le devolvió a Leisa

esa última mirada de anhelo con una alusión de promesa en sus propios ojos,
la misión acababa de cambiar.

CUARTA PARTE

51

La puerta de acero que conducía al bloque once se abrió y un hombre alto entró vacilante, con su gorra en la mano. Miró ansioso a su alrededor; una fila de celdas oscuras recubría los muros del barracón; podía oír a la gente apiñada en ellas, en medio de la oscuridad, unos cuantos gemidos desesperados. Había unos artilugios de hierro, que parecían cadenas o arneses, colgados de ganchos en las paredes.

Franke, apoyado en el muro, observó cómo los ojos del hombre corpulento se posaban sobre ellos, como si entendiese para qué servían.

—Pase. —El *Lagerkommandant* Ackermann se puso de pie—. Por favor, siéntese. —Señaló una silla de madera situada al otro lado de la mesa—. Su nombre es Macak, ¿correcto?

—Sí, ése soy yo. Macak.

—Pavel, ¿no es así? Y me dicen que la gente lo llama *el Oso*, ¿correcto?

—Por mi disposición alegre, supongo. —El hombre de barba forzó una sonrisa.

No le gustaban mucho los alemanes, sólo su dinero, y ahora, después de haberlo sacado de su línea de trabajo por un grupo armado y haberlo llevado hasta allí, hasta ese infierno, con un guardia de rostro sombrío en la puerta y dos oficiales importantes mirándolo fijamente, incluso a un hombre tan insensible como él se lo perdonaría por sentir un poco de ansiedad.

—Sin duda. —El comandante del campo sonrió—. ¿Es usted uno de los capataces de esos equipos de construcción que se encuentran en Brzezinka?

—Así es.

—Y me han dicho que incluso ha trabajado aquí, dentro del campo, ¿no es cierto? Recientemente, de hecho, ¿no es así?

—Sí, así es. —El capataz asintió nerviosamente y miró a Franke, quien seguía apoyado en la pared—. Donde haya trabajo, allá vamos. Y ahora, ése parece ser usted.

—Incluso ayer, si no me equivoco —insistió el *Lagerkommandant*—. Me dicen que usted y su equipo ayudaron a construir los nuevos barracones cerca de la cocina, ¿verdad?

—Sí está satisfecho con él, sí, nosotros lo hicimos. —Macak asintió, esbozando una sonrisa forzada.

—¿Y el día anterior a ese también?

—El trabajo nos llevó tres días. —Se encogió de hombros—. Hicimos lo que nos pidieron.

—El trabajo está bien, Herr Macak. Pero parece ser que hubo una pequeña discrepancia en el recuento de los hombres que venían en el camión desde Brzezinka y se les permitió entrar en el campo y aquellos que se marcharon al final del día. Contamos treinta y uno por la mañana y, de algún modo, sólo treinta al salir. Estoy convencido de que fue un simple error.

—Treinta, ¿eh? —El capataz se pasó una mano por la barba—. Estoy bastante seguro de que sólo eran treinta. Siempre soy muy exacto con mis números. Además... —un gemido emanó de la celda detrás de él—, ésta no es precisamente la clase de lugar en la que uno querría quedarse, no sé si me entiende...

—Y ¿por qué lo dice exactamente, Herr Macak? —El *Lagerkommandant* lo miró con una sonrisa helada.

—Sin ánimo de ofender —el capataz se encogió de hombros—, es sólo que...

—Sí, lo sé, sólo bromeaba, Herr Macak. Entiendo perfectamente a qué se refiere. De hecho, nosotros pensamos lo mismo al principio. ¿Por qué alguien querría quedarse voluntariamente aquí? Excepto que, luego, nos topamos con esto... —El comandante se levantó y cogió una chaqueta marrón que estaba colgada de un gancho en la pared. Luego, se la arrojó al capataz sobre el

regazo—. En un contenedor de almacenaje. Casualmente, cerca del lugar en el que usted y su equipo estaban trabajando. Tal vez recuerde si alguien la llevaba puesta ese día. Si la memoria no me falla, no hacía precisamente mucho calor el martes. Podría entender que alguien se la hubiese quitado, tal vez bajo el calor del sol. Pero, encontrarla después en el fondo de un contenedor, debajo de trapos y cubos... Y, sumándolo a este asunto del hombre faltante, que, según usted, no existe... El número treinta y uno. Sabe que los alemanes siempre debemos ser muy precisos. Así que, ¿tiene algo que decir al respecto, Herr Macak? Sólo para nuestros registros... —El *Lagerkommandant* no le quitaba la vista de encima.

El capataz sintió cómo se acumulaba el sudor en su cuello y se humedecía su gorra.

—Podría ser de cualquiera. —Se encogió de hombros—. No estoy muy seguro. —Ahora su voz tenía un tinte de ansiedad.

—Tal vez haya algo que podamos hacer para refrescar su memoria. ¿Qué le parece? ¿Quizá un contrato laboral extendido en uno de los sitios de construcción de los alrededores? Es difícil encontrar trabajo estable en estos días, ¿no es así?

—Así es —aceptó el capataz—. Y sería todo un honor para mí obtenerlo. Pero la verdad es que no la reconozco —dijo el polaco, tratando de devolverles la chaqueta—. Lo siento, pero si eso es todo —miró su reloj—, seguramente mi equipo me estará esperando.

—Entonces, nosotros decimos que había treinta y un hombres en su equipo... —El comandante colocó una silla justo enfrente de Macak, se sentó y lo observó fijamente. Llevaba un látigo en la mano—. Y usted dice que eran treinta. Pero ¿sabe qué es lo que creo? —Alzó un dedo—. Creo que esta chaqueta pertenece a esa persona que no aparece en el recuento. Así que, con el permiso de su equipo de trabajo... —su mirada se endureció y pasó de amistosa a helada—, me temo que eso no es todo, Herr Macak, y tal vez sea así durante mucho tiempo, hasta que descubramos precisamente de quién se trata.

El capataz dejó escapar un suspiro. Simplemente se quedó mirando al comandante y se rascó la barba. Franke pudo ver que se trataba de un hombre

consciente de que estaba metido en un apuro y que estaba recorriendo en su mente todas las rutas de escape posibles para salir del embrollo.

—Tal vez, mientras lo piensa, podría considerar quedarse permanentemente aquí, Herr Macak. ¿Qué le parece? Podríamos arreglarlo sin problemas. Es por eso por lo que he pedido que nos reuniéramos. Aunque no puedo asegurarle —el comandante se encogió de hombros mientras seguía sonriendo— que su estancia aquí sea larga. ¿Entiende lo que quiero decir, Herr Macak?

El capataz inhaló profundamente. Miró a Franke, el oficial de inteligencia, con su uniforme gris cubierto de águilas, que no se había movido ni hablado, pero cuya presencia en la habitación claramente lo incomodaba.

Luego miró a Ackermann de nuevo.

—Mi primo... —El capataz tragó saliva y levantó la chaqueta—. Me dijo que el tipo estaba de visita, que era un buen trabajador. Recuerdo que tomé un descanso casi al final de la jornada. No le seguí la pista.

—Descríbalo —intervino Franke, lanzándole una mirada a Ackermann.

—Estatura media. Facciones oscuras, algo delgado. —Macak se encogió de hombros—. Como muchos de los hombres que uno ve aquí. No podría manejar un torno aunque su vida dependiese de ello, es cuanto puedo decirles.

—Y ¿hablaba polaco? —continuó Franke, colocándose delante de Macak ahora.

—Sí.

—¿Como un nativo? ¿O tal vez como alguien que lo había aprendido? ¿Un extranjero?

—La verdad, decía muy poco, lo menos posible —respondió el capataz—. Pero, por lo que pude oír, lo hablaba bastante bien.

—Y ¿su primo? —intervino Ackermann, golpeando el látigo contra la mano—. ¿Cómo se llama?

Macak respiró con dificultad.

—Le he hecho una pregunta, Herr Macak. De una forma u otra, lo averiguaremos. Incluso si tenemos que traer a todo su puto equipo de trabajo

y apuntar un arma a sus rodillas. ¿Qué cree que le resultará más sencillo, Herr Macak? Sería difícil desempeñar su oficio con una bala en la rodilla, ¿no?

El capataz los miró y tragó saliva. La tenacidad de su mirada fue disminuyendo poco a poco. Lo había intentado. Lo mejor que había podido. Pero no pensaba morir para salvarlo. Estaban en medio de una guerra y había que sobrevivir. Además, tenía una esposa y dos hijas.

—Josef —dijo llevándose una mano al rostro—. Wrarinski. Es el panadero, en Brzezinka.

—Brzezinka —confirmó Ackermann.

Macak asintió con tristeza.

—Que lo traigan —le dijo el coronel de inteligencia a Ackermann sin dudar—. De inmediato.

Macak conocía a Josef de toda la vida. El panadero incluso había preparado el pastel para la boda del capataz, tres capas con praliné dulce en el interior y glaseado de vainilla. Se había quedado casi toda la noche, bailando. Por San Estanislao, él y Mira les llevaban siempre magdalenas y pasteles de frutas.

Pero Macak sabía que acababa de firmar la sentencia de muerte de su primo.

Blum masticaba una corteza de pan rancio y bebía las gachas aguadas de su tazón frente a su bloque antes de que los prisioneros se separaran en los respectivos equipos de trabajo.

Aunque reflexionase al respecto durante todo el día, sabía que no llegaría a una respuesta distinta. Sólo le costaría tiempo. Un tiempo crucial. Y, por vital que fuese lo que lo habían enviado a hacer allí, algo más había surgido. Algo igualmente importante para él.

Algo que no lo dejaba en paz.

No hay mayor tragedia que la de una sola persona que teme hacer lo correcto. ¿No decía eso el Talmud? Que rehuir el valor moral, sabiendo lo que es correcto, era la muerte de la luz. Se convertía en lo mismo que veía a su alrededor. «¿Costaría o salvaría vidas?» A veces, eso no importaba. Se dio cuenta de todo lo que estaría arriesgando. La promesa que le había hecho a Strauss. Al presidente Roosevelt. Su misión, y todo lo que dependía de ella. Aquellos cuyas vidas dependían del resultado de la misma. Lo lamentaba mucho.

Pero ahora se trataba de una vida. Una vida que lo significaba todo para él.

Y salvar esa única vida era semejante a salvar al mundo.

Ya la había dejado una vez, en Cracovia, la había dejado allí para morir. Los había dejado a todos para morir.

Había jurado que eso no volvería a suceder. Y, ahora, ésa era su

oportunidad de probarlo.

El largo pase de lista que todos en el campo habían tenido que soportar había consumido la mitad de la mañana. Ya eran más de las diez. Eso quería decir que quedaban sólo nueve horas antes de que él, Mendl y Leo tuvieran que formar bajo la torre del reloj para el turno de noche. Blum sabía que sería incluso más difícil que cuatro personas pasaran desapercibidas. Leisa nunca había sido muy valiente. Tendría que estar cerca de ella. Y de Mendl también. Aun así, sabía que tenía que intentarlo. Una nube oscura flotaba sobre el campo todos los días, pero, en su interior, el camino era ahora claro como el día.

Se oyeron los silbatos. El desayuno había terminado.

—¡En fila! ¡A trabajar! —gritaron los *ka-pos*—. ¡A paso rápido! ¡Ya!

Alcanzó a ver a Shetman enjuagando su tazón bajo el grifo. Blum se acercó a él.

—Me dijiste que te avisara si necesitaba algo más aquí, ¿no es cierto?

El hombre de baja estatura continuó enjuagando su tazón.

—¿Qué es lo que necesitas?

Blum se arrodilló junto a él.

—¿Hay alguna manera de entrar en el campo de las mujeres?

Shetman se encogió de hombros.

—Siempre hay una manera. ¿Cuándo necesitas ir?

—Hoy. Ahora —respondió Blum—. En las próximas horas.

—¿En las próximas horas?... —Sherman rio entre dientes y puso los ojos en blanco—. Debe de urgirte mucho, chico.

Las incursiones en el campo de las mujeres, situado a unos cientos de metros de distancia, tenían generalmente propósitos conyugales.

—Es difícil. —Shetman se encogió de hombros—. Y caro.

—¿Cuánto? —Blum metió la mano en el forro de su uniforme y sacó cuatro billetes nuevos de cincuenta libras esterlinas.

—Pero, con dinero, siempre es posible. —Los ojos del pequeño hombre se iluminaron—. Incluso aquí.

—Sólo que hay otra complicación...

—¿Complicación...? —Shetman lo miró.

Blum sacó otros dos billetes de cincuenta.

—Necesito que salga.

—Eso sí que te costará caro.

Shetman lo miró a los ojos y sonrió. Sacudió su tazón para secarlo y envolvió los billetes con la palma de la mano.

—Y, ya puestos... —Blum sacó otro billete de cincuenta libras—, necesitaré otro uniforme de hombre. De talla pequeña.

La mujer entró titubeante en la oficina del *Lagerkommandant*; llevaba un fino vestido de arpillera, tenía la cabeza rasurada y una pañoleta atada alrededor de la misma.

Se notaba que estaba nerviosa. Sus ojos se movían rápidamente entre el *Lagerkommandant* y Franke, el coronel de inteligencia, quien estaba sentado frente a la mesa. Parecía temerosa, como si no se atreviera a entrar en la habitación, en la guarida del león, cara a cara con el hombre que controlaba la vida y la muerte en ese lugar.

—No tema. —Ackermann hizo señas a la mujer para que se acercara—. Le prometo que no muerdo. Por favor, siéntese. —Señaló la silla—. Le ha dicho al *Obersturmführer* que tenía algo importante que compartir, ¿no es cierto?

La mujer se acercó a su escritorio y asintió. Debía de tener alrededor de cuarenta o sesenta; era difícil precisarlo en ese lugar.

—Mi hijo —dijo ella con nerviosismo— tiene sólo veinte años. Se encuentra en alguna parte del campo principal. No lo he visto desde que llegamos.

—Lo verá, querida, lo verá —le respondió el comandante con amabilidad—. Le doy mi palabra de que lo cuidaré personalmente, y a usted también, una vez oigamos lo que tiene que decir.

—Entonces ¿tengo su promesa? —Los miró con desconfianza.

Franke se dio cuenta de que la mujer no confiaría en el

Lagerkommandant ni para que le echase agua encima si estuviese en llamas y él tuviese un cubo. Nadie en el campo lo haría.

—Se lo aseguro, como oficial, madame. Ahora, hable. El coronel Franke y yo tenemos asuntos que atender. ¿Qué es lo que tiene que decir?

—Esta mañana, por casualidad, oí por encima una conversación —empezó a decir—. No la oí toda, sólo parte de ella. Pero lo que me dijeron que podría interesarles es que hay alguien aquí, dentro del campo, que se ha infiltrado. Desde fuera.

Franke se enderezó en su silla. Habían enviado a un equipo para que trajera al panadero, pero ésa era una evidencia aún más clara de que sus sospechas eran ciertas.

—¿Lo oyó? ¿Lo ve? ¡Está aquí! —le dijo a Ackermann mientras sentía una corriente eléctrica recorriendo sus venas—. Ahora ya no hay duda. ¿Está segura de eso, madame? —Miró a la mujer—. ¿Lo vio usted?

—Así es.

—Y ¿dónde oyó eso, madame? —le preguntó Ackermann.

—Cerca de la orquesta. Esta mañana. Mientras llevaba sábanas limpias a la enfermería. Él aseguró que se había escabullido dentro. Y dijo que se marcharía, de algún modo, esta noche.

—¿Esta noche?

Franke se puso súbitamente de pie y se colocó justo frente a la mujer.

—Sí. Dijo que tenía una manera de escapar. Pero que sólo sería por esta noche, lo repetía una y otra vez. Lo siento, pero creo que me vieron, así que no pude oír cómo.

A Franke le hervía la sangre. Sus sospechas eran ciertas. Unos días antes, todo aquello no era más que un simple rompecabezas, un rompecabezas que él debía resolver, y mientras las piezas se iban uniendo lentamente, lo había arriesgado todo. Su carrera. Su reputación. Desde un principio, ¡sabía que eso era algo grande! Su oportunidad. Ahora, sólo había que determinar el porqué. ¿Por qué estaba allí ese hombre? Y, también, cómo detenerlo.

Sólo hasta esa noche. Eso no les daba mucho tiempo.

—¿Quién, madame? —Franke se acercó a la mujer—. ¿Quién es ese hombre? Si lo vio, debería poder reconocerlo, ¿no es así?

—¿En este lugar...? —Ella negó con la cabeza—. No sé de quién se trata. O en qué bloque está. Sólo lo oí un momento mientras pasaba por allí.

—Describalo entonces.

—Era delgado, como de su estatura —dijo señalando a Franke—. Facciones oscuras. Con uniforme de prisionero. De apariencia joven. No creo que más de veinticuatro años. Sé que eso no es de gran ayuda. Traté de seguirlo mientras le ordenaban que se alejara.

—¿Le ordenaban?

—Un guardia. Pero se perdió entre la multitud. No tengo ni idea de en qué bloque está. Lo siento, *Lagerkommandant*. Pero sí sé una cosa más...

—Díganos, madame —presionó Ackermann.

—Ha dicho que podría ver a mi hijo... —Lo miró para obtener una última confirmación—. ¿Es una promesa?

—Sí, sí. —Hizo un gesto con la mano—. Lo verá. Siga.

«Probablemente en la cámara de gas», se dijo Franke, si su impresión del lugar era correcta.

—Creo que tiene una hermana aquí. —La mujer lo miró.

—¿Una hermana? —repitió Franke. Sus ojos se agrandaron.

—Sí —asintió la mujer—. Y una cosa más... Ella está en la orquesta. A ella sí puedo identificarla.

—Mirek, éste es Levin. —Shetman le presentó a Blum al jefe del equipo de reparaciones del campo—. Me dicen que *pan* Mirek puede hacer que un carburador vuelva a la vida. Como ya acordamos, él se unirá a tu equipo hoy.

El jefe del equipo de reparaciones miró a Blum a la vez que asentía con complicidad. De acuerdo con lo que había dicho Shetman, el equipo de reparaciones tenía el acceso menos restringido de todos entre el campo de los hombres y el de las mujeres, usando pases con los que podían ir y venir si la situación lo requería. Y la bomba de agua, la cual se encontraba en el campo principal, tenía que ser rutinariamente arrastrada de ida y de vuelta al campo de las mujeres; en muchos casos, se hacía sólo como tapadera para encuentros conyugales y, a menudo, con un entendimiento tácito con los guardias, cuyas palmas siempre estaban bien llenas para que hicieran la vista gorda.

—Bien. Siempre nos hacen falta buenas manos. —El jefe de reparaciones dobló unos cuantos billetes nuevecitos en la palma de la mano.

Blum le había dado a Shetman trescientas cincuenta libras, una gran suma de dinero, para que le hiciera ese «favor».

—Vendrás con nosotros sin decir ni una palabra —indicó el jefe de reparaciones—. Si alguno de los guardias anda merodeando sospechosamente por allí, entonces todo queda cancelado. Nosotros decidimos. Sin rechistar. Y tampoco hay reembolsos. Ésas son las condiciones.

—Entiendo —asintió Blum. ¿Qué otra opción tenía?

—Por lo general, nos dan alrededor de veinte minutos para sacar la presión... —Levin rio entre dientes—, no sé si sabes a lo que me refiero. Los guardias saben de qué va el asunto. Tenemos algunos regalos para ellos. Aquí está tu pase.

Blum observó el papel blanco y rectangular con un texto muy difícil de leer.

—No te preocupes. Es perfectamente válido. Así que no te angusties por eso. Preocúpate por lo que estás a punto de hacer. Nunca hemos sacado a nadie.

—Entonces, gracias por hacer esto.

—No me las des a mí. —Señaló a alguien más—. Rozen es el que irá contigo. Se ha ofrecido.

Un hombre de tieso cabello oscuro y hombros como perchas de alambre dio un paso al frente. Blum estrechó su mano.

—No debería haber ningún problema, si todo sale según lo planeado. ¿En qué bloque está ella? —preguntó el jefe de reparaciones.

—Trece —respondió Blum.

—¿Trece? —El jefe de reparaciones le hizo un guiño a Rozen—. ¿Qué les pasa en el trece con este asunto del agua? El jueves pasado también estuvimos allí.

Shetman le entregó a Blum el uniforme que había solicitado y le dio una palmada en la espalda.

—Buena suerte.

—¿Por qué? —le preguntó Blum a Rozen mientras arrastraban el carro con la destartalada bomba hacia la entrada principal.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué haces esto? Levin ha dicho que te habías ofrecido. —Ambos sabían que, si los descubrían, les dispararían de inmediato. O los colgarían de una de las horcas y los dejarían allí para que los vieran el resto de los prisioneros.

Rozen detuvo el carro y se levantó la manga.

—Mira este número. —Blum lo miró. A11236—. Llevo aquí desde el principio. Desde el 41. De ningún modo permitirán que gente como yo salgamos con vida. Hemos visto demasiado. —Volvió a coger la barra de remolque—. No me han matado sólo porque puedo seguir trabajando para ellos. Así que, mientras tanto, trato de hacer todo lo que pueda por ayudar.

—Bueno, sea cual sea la razón, gracias —dijo Blum.

—Además, como ha dicho Levin, me gusta la idea. —Siguieron avanzando—. ¿De quién se trata? ¿Tu esposa? ¿Tu novia?

—Mi hermana —dijo Blum, dirigiendo la bomba desde atrás. Ésta tenía una carcasa cilíndrica de estaño que contenía la bomba y un mecanismo de alimentación de la manguera colocado sobre una inestable plataforma de madera con cuatro ruedas y una barra de remolque.

—¿Tu hermana? Entonces ¿para qué la necesitas aquí? —Rozen lo miró desconcertado.

—¿Te parece bien si te lo cuento mañana? —repuso Blum. Para entonces, ya no tendría que responder a la pregunta. Ya se habrían marchado.

—No tienes por qué contarme nada. —Rozen se encogió de hombros—. No es de mi incumbencia.

Pasaron junto a la cocina y el edificio de oficinas al otro lado de la alambrada. Los guardias los observaron al pasar. Rozen les dirigió un saludo con la cabeza a los pocos que reconocía. Nadie les puso trabas.

—Llevo haciendo negocios aquí desde hace mucho. Conozco a la mayoría de los guardias que vigilan la entrada —dijo—. Yo hablaré, si estás de acuerdo.

—Desde luego.

Al llegar a la entrada principal, les mostraron sus pases a los guardias. Blum sentía todo el tiempo un nudo en el estómago. Un sargento de las SS, que llevaba una ametralladora colgada del hombro, miró la bomba.

—Una emergencia en el campo de mujeres —explicó Rozen—. Bloque trece.

—¿Trece? Es la segunda vez en una semana. —El guardia resopló y sacudió la cabeza—. ¿Qué hacen con el agua allí?

—Si nos dejaran reparar las malditas tuberías de una vez por todas, no

tendríamos que arrastrar esta cosa continuamente.

—Tú. —Se acercó a Blum y éste le entregó su pase—. ¿Nuevo?... ¿No te vi el otro día acarreando los cubos de mierda?

En ese momento, Blum se dio cuenta de que se trataba de uno de los guardias con los que Dormutter se había estado burlando el día anterior. No estaba seguro de cómo debía responder.

—Parece joven, pero es el mejor mecánico que hemos podido encontrar —intervino Rozen—. ¿Por qué desperdiciar una habilidad así en las letrinas?

El guardia miró a Blum de arriba abajo.

—Buen ascenso. —Le devolvió a Blum el pase—. Disfrutad de las vistas allí.

Se les indicó que pasaran con un gesto de la mano, y avanzaron a lo largo del perímetro de la pared de ladrillo, siguiendo el camino. El ruidoso carro requería cierto esfuerzo para poder pasar a través de la maleza y los baches del camino. El campo de las mujeres estaba a sólo unos cientos de metros siguiendo ese sendero, pero tener que ir arrastrando el aparato hacía que el trayecto pareciese interminable. Cuanto más se acercaban a Birkenau, el hedor en el ambiente empeoraba. Era como si se encaminasen directamente a la nube gris que flotaba siempre sobre el campo.

Un transporte militar pasó junto a ellos, lleno de soldados. Más hacia el oeste, Blum divisó las vías del tren que estaban en construcción, y, más adelante, la hilera de pinos y arces desde donde atacaría el grupo de partisanos de Josef esa noche. Ese bosque era lo único verde que Blum había visto desde que había llegado. Recordó el mapa de Vrba. Era bastante exacto, por lo que veía, considerando lo que se encontraba frente a él. Respiró con ansiedad. «Más tarde...»

—La entrada al campo de las mujeres está justo ahí. Aquí es donde empieza a ponerse peligroso —le advirtió Rozen—. Has dicho bloque trece, ¿verdad? ¿Ella sabe que vienes?

—No. Se ha enterado hoy mismo de que estaba aquí.

—Entonces te estás arriesgando a lo grande, si no te importa que te lo diga. Sabes que sólo hay una oportunidad.

—Entiendo.

«Esta oportunidad es todo lo que tengo», se dijo Blum.

Llevaba varias horas sin oír a la orquesta tocar en ninguna parte del campo, ya que la mayoría de los prisioneros estaban en sus respectivos trabajos.

Asumió que eso significaba que estaban en un descanso, o durmiendo, pues eran poco más de las dos de la tarde. Más adelante, Blum vislumbró un pequeño edificio de ladrillo en medio del camino con dos guardias de las SS vigilando.

Rozen los miró con una expresión seria en el rostro.

—Ya estamos aquí.

Una pared de ladrillo rodeaba todo el perímetro del campo de las mujeres, con algunas torres de vigilancia cada determinado número de metros, armada con ametralladoras.

—¡Ah, *Scharführer!* —Rozen asintió con confianza al guardia mientras se tambaleaban hasta la entrada.

—¿De vuelta tan pronto? —El guardia puso los ojos en blanco.

—Créame, para mí tampoco es ningún placer arrastrar este trasto hasta aquí. Me facilitarían mucho la vida si tuvieran la suya aquí.

—Me aseguraré de tratar el asunto la próxima vez que hable con el Führer —resopló el guardia con una sonrisa sarcástica—. ¿Adónde te diriges hoy? ¿Al trece? ¿Otra vez? —le dijo mientras Rozen le mostraba sus pases. Blum estaba seguro de que había un billete oculto entre ellos, como en un sándwich.

»Así que, ¿qué hay ahí adentro? —El guardia se acercó a Blum y le echó un vistazo—. ¿*Frau?*

Blum miró a Rozen; no estaba seguro de cómo responder. El jefe de reparaciones asintió rápidamente en su dirección.

—Sí. Mi esposa.

—Entonces espero que la vieja bomba funcione, no sé si me entiendes... —rió entre dientes con complicidad—. Te veo dentro de veinte minutos —le dijo a Rozen con un guiño—, si es que sigo aquí.

Se apresuraron a pasar. El guardia comprobó la palma de su mano antes de volver a su puesto; luego, se guardó algo en el bolsillo del uniforme.

Estaban dentro.

Los barracones de las mujeres eran similares a los de los hombres: estructuras largas de dos pisos, con ventanas en la parte superior y zanjas a los lados. Algunos incluso tenían pequeños jardines al frente, en donde crecían flores silvestres. Había varias guardias femeninas de aspecto seco con uniformes color café de las SS y pistolas sujetas a sus cinturones. También había guardias masculinos. Al pasar, varias prisioneras se les insinuaron.

—Venid aquí, guapos. ¡Nosotras también necesitamos una buena manguera! ¿Adónde vais?

—Al trece.

—¿Por qué toda la acción siempre es para el trece? ¿Qué tiene el trece que nosotras no tengamos? ¡Mirad!

—Se ha acabado el agua, eso es todo —respondió Rozen, arrastrando la bomba entre las filas de barracones.

—¡La nuestra también se ha acabado! —gritó una mujer—. Traed esa enorme bomba vuestra para acá.

Algunas se rieron abiertamente.

—Te veré cuando vuelva.

La mayor parte de ellas llevaba la cabeza rasurada y usaban harapos sin forma sobre sus huesos y pellejo. Además, rara vez veían a otros hombres aparte de los guardias, quienes las trataban con la misma brutalidad que a los prisioneros masculinos.

—El trece está por aquí —dijo Rozen, señalando un largo barracón que

era idéntico a los demás—. Tú te encargas de abrir el almacén y yo conectaré la bomba. Tienes veinte minutos. Menos, porque tenemos que fingir que estamos haciendo el trabajo de verdad. Y no puedes entrar en el barracón. Eso está prohibido. Y, recuerda, sólo nos la llevaremos si no hay nadie alrededor. Y únicamente cuando yo lo diga. De lo contrario, recojo mis bártulos y os dejo a ambos aquí.

—Entiendo.

A Blum empezó a acelerársele el corazón por la expectativa. Echó una mirada alrededor. Tenían a sus propios *Blockführer* y empleados para vigilar, no solamente a los guardias. Un par de mujeres se estaban ocupando del jardín de un lado del barracón.

—Señoritas..., ya estamos de vuelta otra vez —anunció Rozen—. Arreglaremos esta cosa. —Arrastró la bomba hasta un lado del barracón, de modo que quedara oculta en su mayoría.

Blum abrió el almacén de la misma. Había una gruesa manguera de goma enrollada alrededor de una bobina de madera. Tiró de ella y se la entregó a Rozen, quien, a su vez, puso en marcha el motor y dirigió la manguera a la válvula exterior. Se puso de rodillas y abrió el grifo. Salió un chorrito de agua salobre. Probablemente tanta como tenían en un buen día, supuso Blum, al igual que en el campo de los hombres. Rozen cogió entonces una llave inglesa, se inclinó y desmontó el grifo, luego conectó el émbolo de la bomba a la tubería.

—¡Maestro, por favor...! —dijo mientras le hacía una señal a Blum, quien empezó a subir y a bajar la palanca de la bomba para que el agua saliera a presión.

Luego, Rozen lo miró y asintió con complicidad, lo que quería decir: «¡Muévete!».

—Yo me ocuparé ahora.

Nathan afirmó con la cabeza. Se acercó a las dos mujeres que se encontraban en el jardín frente al barracón y les dijo rápidamente en polaco:

—Por favor, señoras, ¿alguna de ustedes conoce a Leisa Blum? Está aquí, en el trece.

Una de ellas negó con la cabeza y respondió:

—*Greco*. —«Soy griega. No entiendo.»

La otra se encogió de hombros y negó con la cabeza también.

—¿Blum? No conozco a nadie por el nombre.

—Está en la orquesta. Toca el clarinete.

—¡Ah, el clarinete! ¡Sí! —Su rostro se iluminó—. La conozco.

—¿Podrías buscarla por mí? ¡Rápido, por favor!

—Pero no sé si está aquí.

La mujer entró en el barracón. Blum volvió a donde estaba la bomba y se inclinó junto a la tubería, fingiendo que comprobaba la presión mientras Rozen movía la palanca de arriba abajo. Del otro lado del patio, alcanzó a ver a una guardia corpulenta que aporreaba sin piedad aparente a una mujer indefensa; la mujer gritaba y levantaba las manos para protegerse. Pero pronto dejó de moverse. La guardia pateó el cuerpo inerte varias veces para asegurarse de que estuviese muerta y le dio la vuelta con el pie. Por horrible que fuese esa visión, Blum siguió atento al bloque. Ya habían pasado cinco minutos. ¿Y si Leisa no estaba allí? ¿Y si tenía que volver con las manos vacías, sabiendo que podría haberla salvado pero había fallado?

Recordaría ese momento durante el resto de su vida.

Finalmente, la mujer que se había marchado volvió abriendo los brazos y sacudiendo la cabeza con decepción.

—Lo siento, no está aquí. Pero he enviado a alguien...

¿Y si los habían visto hablando antes? ¿Y si la orquesta estaba ensayando ahora en alguna otra parte? En un ataque de pánico, Blum contempló miles de escenarios distintos. Miró a Rozen. Habían pasado diez minutos ya. ¿Dónde estaba?

De pronto, la *Oberaufseherin*, la celadora del bloque, así como los hombres tenían a su *Blockschreiber*, salió del barracón gritándole a Rozen:

—¿Qué significa esto? Yo no te he mandado llamar.

—Bueno, alguien lo hizo, madame. —Rozen levantó las manos con tranquilidad—. Como puede ver, hay un problema. En fin, parece que la presión ya se está recuperando.

Eso pareció calmarla y volvió a su oficina, gritando:

—¡La próxima vez, sólo si yo lo ordeno!

Pero se agotaba el tiempo. No podrían quedarse mucho más.

Finalmente, Nathan vio a otra mujer que venía caminando emocionada de un bloque vecino y, unos metros por detrás de ella, Leisa. «¡Gracias a Dios!» En cuanto lo vio, ella se detuvo, claramente impactada, a unos veinte metros de distancia. Nathan le indicó por señas que se dirigiera a un lado del barracón, detrás de la bomba, como dos enamorados que se ocultaban para tener unos momentos a solas.

—Nathan, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó con incredulidad—. Estaba ensayando y...

—Shhh. —Tiró de ella llevándola más allá para asegurarse de que estuviesen completamente solos—. Leisa, sólo escucha —dijo en voz baja—. Te he dicho que tengo una manera de salir de aquí, pero debe ser esta noche. Y tienes que venir conmigo al campo de los hombres. Ahora.

—¿Al campo de los hombres? —Sus ojos se llenaron de terror—. ¿Ahora? ¿Cómo, Nathan?

—Dentro de la bomba. Acércate —le indicó—, que parezca que somos amantes. Funcionará, Leisa. Cabes perfectamente. Rozen va y viene a menudo. Pero no hay tiempo para pensarlo. Tiene que ser ahora. No puedes volver para recoger tus pertenencias. Ni tampoco despedirte. Tienes que confiar en mí. Y venir conmigo.

—¿Ahora...? —Sacudió la cabeza temerosa—. No puedo, Nathan.

—¿Por qué?

—No lo sé. Simplemente no puedo. Es demasiado repentino. Tengo amigas...

—Tienes que hacerlo. De lo contrario, morirás aquí, Leisa. Con tus amigas. ¿Alguna vez te he defraudado?

—No. Nunca —admitió ella. Sin embargo, seguía dubitativa.

—Y tampoco lo haré ahora. Escucha, sé que tienes miedo. Yo también lo tengo. Sé que todo esto parece algo sacado de un sueño, el hecho de que yo esté aquí. Pero estoy cumpliendo una misión, Leisa. Para sacar a alguien del campo. Un científico. Y tenemos una manera de escapar. Un avión vendrá esta noche. Cerca de aquí, para rescatarnos y llevarnos a Inglaterra.

—¿Un avión...? Inglaterra... —Blum vio cómo su rostro cobraba vida,

pero después de asegurarse de que no había guardias alrededor, el color desapareció de su rostro y fue reemplazado por un estremecimiento en su mirada—. Nathan, no puedo. Quiero, pero no estoy lista. Yo...

—Leisa, escúchame. ¡Tienes que hacerlo! —La agarró de los hombros—. Hazlo por la memoria de nuestros padres. Sabes que ellos querían esto para ti. Para nosotros. Tenemos que intentarlo.

Blum calculó el tiempo. Estimaba que habían pasado ya quince minutos. A lo sumo, tenían cinco minutos más, tal vez. Cinco minutos para convencer a su hermana de que dejara toda la realidad que había conocido durante los últimos años y depositara su confianza en él. Una sombra de su pasado, que había vuelto a la vida de repente. Y de que corriera un gran riesgo. Blum miró la bomba. Pronto Rozen empezaría a impacientarse.

—Ahora que te he encontrado, no pienso irme sin ti, Leisa —le dijo cogiéndola por los brazos—. No importa lo que esté en juego. No te dejaré. Nunca más.

A través del conflicto en su mirada, podía ver hasta lo más profundo de su corazón. Podía ver el miedo que había allí. La confianza que ella siempre le había tenido y que no conocía límites. No obstante, estaba congelada detrás de aquella alambrada. Ese lugar se lo había arrebatado todo: su voluntad, su capacidad de actuar, su esperanza. Sin embargo, una chispa de eso seguía existiendo en lo más profundo de su ser. Blum podía verla en sus ojos. Como la luz al final de un largo corredor. Llevó las manos a sus mejillas e insistió:

—Soy yo el que te habla. Tienes que confiar en mí, Dolly. ¡Ven!

Al principio, sus ojos temblaron con indecisión. Pero, de pronto, empezó a asentir.

—De acuerdo, lo haré. Iré contigo, Nathan. —Seguía asintiendo—. Confío en ti. Iré.

Lleno de entusiasmo, Blum la cogió de las manos.

—Sabía que lo harías.

—Sólo necesito ir a por mi...

—No. —Blum negó con la cabeza—. No hay tiempo. Tiene que ser ahora.

—Mi clarinete... No puedo dejarlo aquí.

—Ni siquiera tu instrumento, Leisa. Nada. Ya hemos perdido mucho tiempo. Tiene que ser ahora.

Ella tragó saliva con un aire de determinación, asintió y se limpió una última lágrima de la mejilla.

—De acuerdo... entonces, vamos.

—Lo lograremos —le dijo él, poniendo una mano sobre su rostro—. Te lo prometo. ¿De acuerdo, Doleczki?

Ella inspiró hondo para reunir valor y sonrió.

—Sí.

Nathan la agarró por los hombros y la dirigió de vuelta al carro de la bomba. Luego miró a Rozen, que seguía accionando la palanca, y asintió: «Está lista».

—¡Bueno, esto ya está! —anunció este último. Luego regresó donde estaba la válvula, apagó la bomba y retiró la manguera del grifo, todo ello de forma llamativa—. Venid a ver...

Dos o tres mujeres se acercaron, se arrodillaron y abrieron el grifo. Salía un poco más de agua que antes, pero igual de salobre.

—Adelante, podéis beber —les dijo—. Ya hemos terminado.

Algunas empezaron a llenar sus tazas mientras Blum guiaba a Leisa hasta la plataforma de la bomba y ella se encogía para entrar en el armazón de metal. Apenas había suficiente espacio para que entrara. Después, Rozen cogió la manguera y la enrolló nuevamente en la bobina de madera, mientras la joven se agachaba en el interior. Cuanto más la enrollaba, más la ocultaba, hasta que la cubrió por completo. Una vez guardada la manguera, Blum cerró el armazón.

—Sé que está oscuro ahí —le dijo por una ventanita—, pero estarás a salvo. Lo prometo. Sólo conserva la calma.

—De acuerdo, Nathan. —Su voz tenía un deje de resignación.

Blum sabía lo aterrada que debía de estar, encerrada ahí. Su hermana menor nunca había sido como él, lanzándose al lago desde lo alto de las rocas, en su cabaña de veraneo, u ocultándose entre edificios después del toque de queda, en el gueto.

Rozen lo miró.

—¿Listo?

—Sí —asintió él.

—Entonces, vámonos. —Rozen miró alrededor y no vio a nadie que pareciese estarles prestando mucha atención. Sólo había sido una reparación de rutina y ya se preparaban para marcharse. Con él al frente, arrastraron la bomba de vuelta al patio central—. Adiós, chicas. —Se despidió de ellas—. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima, Rozen, tú también deberías venir a pasarlo bien alguna vez —le dijo una de ellas.

—Lo haré. —Le dijo adiós con un gesto de la mano—. Lo prometo.

Siguieron arrastrando la bomba, que ahora pesaba más, con Leisa en su interior, a través del patio central del campo de las mujeres y de vuelta a la entrada principal. A Blum le temblaron las piernas al llegar allí, en donde el mismo guardia volvió a comprobar sus pases. Miró a Blum, que se encontraba detrás de la bomba, con una risa burlona.

—¿Tan pronto de vuelta? Ya veo que los judíos no duráis mucho...

—Dijo veinte minutos, *Unterscharführer*. —Rozen observó cómo el sargento rodeaba la bomba—. Estoy seguro de que, de haber tenido tiempo, mi amigo podría haber seguido durante horas y horas.

Blum sabía que bastaría con un vistazo superficial al interior de la bomba, tratando simplemente de cumplir con su trabajo, para que los tres pudiesen darse por muertos. Se vio colgado en la horca, como los otros prisioneros que había visto, o en el suelo, con una bala en la cabeza. A Leisa también, lo que empeoraba aún más si cabía su preocupación.

«Sólo quédate quieta, Leisa... No te muevas», le suplicó con el pensamiento.

—Pareces un poco pálido. ¿Ha sido demasiado para ti? —le dijo el guardia a Blum con una risa de satisfacción.

—Es sólo que no había visto a mi esposa desde hacía mucho tiempo.

—Y tal vez no la vuelvas a ver. Es mejor pensar que cada vez puede ser la última. Bien, podéis iros. —Finalmente, el sargento les indicó que se marcharan.

Empujaron el carro hacia delante, tratando de disimular el peso adicional

en su interior. Casi habían llegado al camino cuando, de repente, un segundo guardia salió de la caseta de vigilancia.

—Me voy —dijo—, me requieren en el cuartel del campo principal. Os escoltaré de vuelta.

El corazón de Blum saltó en caída libre. Le dirigió una mirada de preocupación a Rozen, quien se hallaba al frente. La mirada del operario reflejaba lo mismo que la suya, y fue como si le dijese: «Avanza con firmeza y evita que te entre el pánico. Y esperemos que Leisa mantenga la calma». No había nada más que pudiesen hacer.

—Vamos, judíos. A paso rápido. —El guardia empuñó su fusil—. No tengo todo el día.

A Blum se le hizo un nudo en el estómago por el temor. Siguieron empujando, por encima del terreno cubierto de maleza, para recorrer los doscientos metros aproximadamente que separaban los dos campos. Con Leisa en el interior, el carro era aún más difícil de maniobrar. Sus ruedas tambaleantes se movían de arriba abajo sobre los baches y las hondonadas. Blum imaginó que su hermana debía de estar volviéndose loca en el interior de esa cosa. Seguramente lo había oído todo y sabía que su muerte, la muerte de todos ellos, caminaba a su lado.

—Bonita tarde, ¿no le parece, *Herr Scharführer*? —le preguntó Rozen, más que nada para avisar a Leisa de que tenían compañía, por si se le ocurría decir algo.

El guardia no estaba de humor.

—Concéntrate en lo que haces. No tengo todo el día.

Unos cuantos metros por detrás de ellos, encendió un cigarrillo y empezó a fumar. Saludó con la mano a algunos compañeros que pasaban por el camino. Blum trataba de mantener las ruedas estables con cada gramo de fuerza que tenía. Si rompían un eje con una roca o una raíz enterrada, sería el fin de los tres.

Finalmente lograron llegar hasta la entrada del campo de los hombres. La suerte parecía estar de su lado. La misma pareja de guardias que la estaba vigilando cuando se habían marchado seguía allí.

—Mirad lo que os traigo —dijo burlonamente el guardia que los había

escotado, agitando su cigarrillo—. Dos apestosos sacos de mierda. Listos para la pila de estiércol. Son todos vuestros ahora.

—¿Solucionada la emergencia?... —El sargento que conocía a Rozen puso los ojos en blanco y sonrió con un aire de satisfacción—. Estoy seguro de que todas las mujeres deben de estar bañándose ahora con toda esa agua fresca.

—Vuestros pases —le ordenó el segundo guardia a Rozen, tendiendo la mano—. Dejadme ver.

Claramente, éste era nuevo y parecía tomarse su deber un poco más en serio que su compañero con más antigüedad. Tenía unos rasgados ojos azules, el cabello rubio bajo su gorra y una nariz chata y estrecha.

Rozen le entregó el pase.

—Y el tuyo... —le dijo oficiosa y estrictamente a Blum.

Nathan le entregó el pequeño papel blanco.

A continuación, el guardia lo revisó minuciosamente de arriba abajo, hasta la fecha; por lo visto, se tomaba el asunto muy en serio.

—A veces usan la bomba de agua de los hombres en el campo de las mujeres —dijo el sargento, aparentemente tratando de explicarle cómo funcionaban las cosas—. Es algo habitual, ¿no es así, Rozen? —dijo con un guiño de complicidad.

—Así es, señor. Bastante habitual.

—De vez en cuando —añadió riendo el guardia de mayor antigüedad—, hasta los judíos tienen que meter sus pequeñas vergas en un lugar caliente, ¿no es cierto?

—Y vaya si estaba caliente... —repuso Rozen con complicidad al tiempo que le dirigía una mirada a Blum.

El cabo rubio, con su uniforme de las SS nuevo y planchado, rodeó la bomba. Examinó las ruedas tambaleantes del carro, la desvencijada plataforma de madera y, luego, para horror de Blum, golpeó el armazón de metal con la punta de su arma. Se oyó un sonido hueco.

—¿Qué hay ahí?

—La bomba, señor —dijo Rozen.

—La bomba... —El guardia golpeó el armazón otra vez—. Ábrela.

Déjame verla.

Blum se quedó helado.

El sargento miró a Rozen y puso los ojos en blanco con una especie de suspiro de desesperación y queja, como diciendo: «Es nuevo aquí. Sólo dale el gusto. Tiene que hacer su trabajo». Pero Blum sabía lo que pasaría si abrían y encontraban a Leisa dentro.

—No hay nada más que la bomba, señor —repitió Rozen.

El guardia nuevo lo miró fijamente, luego clavó la mirada en la puerta.

—Entonces, ábrela.

El pánico se abrió camino a través de las entrañas de Blum. No podía abrirla. Si abría esa puerta podían darse por muertos. Leisa apenas podría contenerse en el interior. «Quédate muy quieta», le ordenó en silencio. Sin duda había oído todo lo que estaba pasando. Blum miró a Rozen. No había nada que pudieran decir. El guardia golpeó la puerta otra vez.

—Ahora.

—Lo que usted diga... —Rozen se encogió de hombros, lanzándole una mirada cómplice a Blum y se acercó a la bomba—. Pero si los alemanes de mierda nos dejaran arreglar las malditas tuberías de una vez, no tendríamos que andar arrastrando este jodido trasto todo el tiempo.

—¿Qué has dicho? —Los ojos del guardia se abrieron con incredulidad.

—Nada. —Rozen se enderezó, esperando la lluvia de golpes que sin duda caería sobre él—. Sólo decía que...

—¿Alemanes de mierda...? —El cabo asió su fusil y golpeó a Rozen en la mandíbula. El prisionero cayó. Su boca estaba llena de sangre y uno de sus dientes había saltado al suelo—. ¡Malditos judíos de mierda! —exclamó fulminándolo con la mirada y el rostro enrojecido de ira. A continuación, lo pateó en las costillas y en la ingle mientras él trataba de cubrirse—. ¡Pedazo de mierda inmundada! —gritó, y continuó pateándolo una y otra vez.

Acto seguido, empuñó su arma, retiró el seguro y la apuntó a la cabeza de Rozen.

A Blum le hervía la sangre de desesperación. Quería intervenir. Estaban a punto de dispararle a Rozen, o matarlo a golpes. Pero ¿qué podía hacer? Daba igual lo que intentara, sería como un suicidio para él y también para Leisa,

que seguía dentro.

Rozen se cubrió la cabeza, esperando su final.

—Cabo... —El sargento puso una mano sobre el hombro de su compañero, tratando de detenerlo—. Lo conozco. Lleva aquí desde el principio. Pronto llegará su hora...

El guardia más joven rozó el gatillo, apuntando directamente a Rozen con los ojos encendidos de furia.

—Pero tal vez no sea hoy. ¿Qué dices? Ya tendrás tu oportunidad —añadió el sargento—. Aunque estoy de acuerdo, «alemanes de mierda...». — Se acercó y pateó con fuerza a Rozen en las costillas. El operario dejó escapar un jadeo y se agarró el costado. El sargento lo golpeó otra vez—. Si vuelvo a oírte decir algo así, mi nuevo cabo podrá hacer todo lo que quiera contigo, ¿entiendes? Y tendrá mi bendición.

Hecho un ovillo en el suelo, Rozen escupió sangre y asintió con agradecimiento.

—Sí, señor. Lo siento.

—Ahora largaos de aquí. ¿Todo bien, cabo? —dijo a continuación el sargento dirigiéndose a su compañero, que seguía apuntando su arma a la cabeza de Rozen.

—Tienes los días contados, judío. —El joven finalmente bajó el arma y le dio a Rozen una última patada en las costillas. El operario se dio la vuelta y jadeó—. Ahora marchaos cagando leches de aquí, ¡ya!, y podéis consideraros afortunados.

—Sí, señor. —Rozen se puso de rodillas y el cabo lo pateó en el trasero, haciendo que cayera nuevamente, esta vez de cara al suelo.

Blum corrió a ayudarlo a incorporarse y cogió la barra de remolque.

—Gracias, señores. A ambos.

Luego empezó a tirar de la bomba, ayudando al mismo tiempo a Rozen, que estaba doblado a causa del dolor, tosiendo saliva ensangrentada y tambaleándose a su lado. Blum miró hacia atrás y vio cómo el sargento le daba una palmada al nuevo guardia en el hombro con una sonrisa comprensiva.

Habían logrado pasar.

—Dios, qué suerte. ¿Estás bien? —dijo Blum en voz baja tan pronto como se alejaron lo suficiente. Unos cuantos prisioneros e incluso hombres de las SS que estaban cerca los observaban.

Rozen tosió y asintió. Luego le hizo un guiño a Blum y esbozó una sonrisa victoriosa.

—Unas cuantas patadas en las costillas son mucho mejores que una bala en la cabeza si hubiese abierto la puerta. Pero ¿suerte...? —Resopló—. La única suerte es que he sobornado miles de veces a ese bastardo. Obviamente, sólo pensar en pasar el resto de la guerra sin esa «compensación adicional» ha sido demasiado para él.

Blum miró los ojos astutos del prisionero y sonrió también.

—Además, ¿para qué quiero mis jodidos dientes aquí? —Rozen escupió un poco más de sangre—. Lo único que nos dan es sopa.

Siguieron arrastrando la bomba hasta el taller de reparaciones. Una vez allí, viendo que no había nadie alrededor, Blum abrió la puerta del armazón y susurró en el interior:

—Leisa, ya puedes salir. Es seguro.

Movieron un poco la manguera y la chica se arrastró para salir. Se la veía pálida y asustada. A continuación, abrazó a Blum emocionada, como si le diera miedo soltarlo. Le dio a Rozen un abrazo de agradecimiento también.

—Toma. —Nathan le entregó el uniforme que Shetman le había conseguido—. Ponte esto, rápido. Por allí.

Leisa se ocultó detrás de un camión, se quitó su vestido y se puso el pequeño uniforme de rayas. Era un poco grande y le colgaba de los hombros; la hacía parecer esquelética. Blum le entregó su propia gorra. Con la cabeza rapada y la piel suave, parecía un chico de catorce o quince años. Pero con eso bastaba.

—A ver... —Rozen cogió un poco de tierra del suelo, se frotó las manos y la aplicó en el rostro de Leisa, en las mejillas y bajo los ojos. Posiblemente eso la hacía parecer uno o dos años mayor—. Ahora, por lo menos, te ves apta para trabajar. Bienvenida al campo de los hombres. —Le dirigió un guiño cómplice, luego se frotó el costado—. Sea lo que sea lo que vengas a hacer aquí.

Blum estrechó la mano del hombre.

—Gracias.

Jamás pensó que se alegraría tanto de estar de vuelta en ese horrible lugar.

«Sólo cuatro horas más...»

56

—Kurt... —Greta Ackermann se volvió sorprendida en cuanto su esposo entró inesperadamente en la habitación.

Eran apenas las tres, y ella estaba cambiándose para ir a la enfermería. Rara vez llegaba a casa a esas horas de la tarde. Acababa de terminar de cepillarse el cabello y había elegido un vestido discreto.

—No te he oído subir la escalera. ¿Ya has comido?

—No tengo hambre —dijo él. Se colocó detrás de ella frente al espejo mientras se disponía a ponerse el vestido sobre su ropa interior—. Déjame ayudarte con eso.

—Podría pedirle a Hedda que te preparase algo. Creo que queda un poco de pollo en el frigorífico...

—He almorzado por la mañana —dijo él sin quitarle los ojos de encima. La envolvió con sus brazos por detrás—. Mmmm, qué bien hueles. Ha pasado mucho tiempo desde...

—Ahora no, Kurt, por favor... —Trató de liberarse de su abrazo—. Estaba a punto de ir a la enfermería durante una hora o dos. Les dije a las enfermeras que las ayudaría con...

—Qué lástima desperdiciar tu aroma con esos judíos infestados de enfermedades —replicó sin soltarla. Enterró su rostro en el cuello de ella, justo debajo de su cabello—. De todos modos, pronto estarán todos muertos. ¿O tal vez tienes una cita con tu joven novio judío?... Te gusta vestirte y arreglarte para él, ¿verdad? Y tal vez desabrochaste uno o dos botones para

regalarle un vistazo. No creas que no lo sé...

—¿Saber qué, Kurt?... Estás diciendo tonterías. —Greta trató de coger su vestido—. Es sólo un chico. Además, es jueves. Siempre quedamos los martes. Y, de todas formas, me pediste que dejara de jugar con él, así que suspendí nuestras partidas temporalmente.

—Me parece bien. —Por dentro, se alegró. Eso solucionaba un problema. Ahora, el siguiente. Se quitó el sombrero y lo arrojó sobre la cama. Se desabrochó los primeros botones de su chaqueta—. Ha pasado mucho tiempo. No hemos follado desde aquella noche después de la fiesta de los Van Hoellen. Eso fue hace meses.

—Sí, y estabas borracho esa noche, según recuerdo. En fin, Kurt, por favor, tengo que irme. Me están esperando. —Trató de liberarse.

Él la apretó con más fuerza desde atrás, con un brazo bajo su pecho y el otro en su hombro, y tiró hacia él.

—Kurt, por favor... Si has venido para esto, mejor vuelve a la oficina. Ahora no es el momento.

—Ni ahora ni nunca, por lo que parece. —La lamió detrás de la oreja y la apretó con más fuerza. Luego le susurró en tono sereno—: Lo harías por él, ¿no es así? Por ese joven judío que juega al ajedrez. Apuesto a que te acicalarías para él y te lo tirarías, ¿verdad? Pero no a mí. A tu esposo.

—¿De qué estás hablando, Kurt? Yo... Me estás haciendo daño... Por favor, suéltame.

Trató de luchar para liberarse, pero él la agarró con más firmeza. No la soltaba. Greta lo odiaba tanto cuando se ponía así, obsesivo y déspota... Habitualmente, cuando estaba borracho. Podía sentirlo detrás de ella, duro y preparado. Tenía razón: no lo había dejado penetrarla en meses. Apenas si podía soportar que la rozase levemente en la cama. Cuando comían juntos, escuchaba los terroríficos detalles de sus días de trabajo: números que entraban, números que salían; trabajos completados. Lo acompañaba a sus fiestas de oficiales y veía cómo él y sus amigotes se emborrachaban y cantaban sus estúpidas canciones mientras ella debía esforzarse por sonreír. Escuchaba su incesante parloteo sobre los sacrificios que había que hacer por su carrera; su ambición y su verdadero valor; su objetivo de reemplazar a

Höss, quien pronto sería requerido para un trabajo más importante; sobre cómo usaría ese agujero infernal que estaba a su cargo para elevar su futuro. Todo eso, odiando el sonido de su voz, el simple hecho de que la tocara, llena de arrepentimiento, con la escasa vergüenza que podía tener por la decisión que había tomado en su juventud, por haberse dejado atrapar, por haberse casado con él. Y por la trampa en la que ahora se hallaba. Siempre asustada cuando él se le acercaba en la cama. ¿Y si se quedaba embarazada? ¿Y si tenía que cargar con el hijo de ese bastardo? ¿Qué haría entonces?

—Kurt, no. —Habría preferido que un reptil le recorriera el cuello con la lengua. Trató de empujarlo—. Por favor...

—Nada de «no». Sí —replicó él. Su tono parecía contener algún tipo de advertencia—. Hoy no me harás a un lado. Hoy, nada de «no», Greta. Hoy es «sí».

—No soy uno de tus prisioneros, Kurt. —Fulminó su imagen en el espejo con la mirada—. No puedes darme órdenes ni decirme qué hacer.

—De hecho, sí eres mi prisionera, Greta. Eres mi esposa. Y, sí, sí puedo darte órdenes. —Recorrió su brazo con la punta de los dedos—. No hay manera de deshacer eso.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos; en sus ojos, al igual que en los de él, había fuego.

—La respuesta es sí, Kurt.

—¿Sí?... —Él sonrió; parecía complacido de haberla persuadido al fin.

—Sí, preferiría que me follara un judío antes que tú.

—¡Eres una puta! —Levantó el brazo mientras la sangre se le acumulaba en el rostro y la golpeó con el dorso de la mano.

Greta dejó escapar un grito ahogado, trastabilló hasta la cama y se tocó el labio. La sangre se escurría por su barbilla.

—¡Eres un bastardo, Kurt!

—¿Hoy no? ¿He oído bien...? —La golpeó otra vez y ella cayó—. Oh, claro que sí. Hoy sí.

Se arrodilló sobre ella, metiendo sus rodillas entre sus muslos y desabrochando sus pantalones. Greta trató de luchar, abofeteándolo y empujándolo, pero él la inmovilizó colocando una mano bajo su barbilla

mientras con la otra le bajaba la faja y comenzaba a empujar con su verga. Ella lo fulminó con la mirada, las lágrimas acumulándose en sus ojos, mientras él declaraba con aire triunfante:

—Hoy, Greta, me toca a mí joderte.

Más tarde, después de que él le hubo tapado la boca con la mano para sofocar sus gritos mientras la obligaba a levantar las piernas y clavaba su miembro profundamente dentro de ella; después de que le hubo arrancado el sostén y dejó su indeseable líquido denso en sus muslos y en las sábanas; después de haberla dejado gimoteando y secándose las lágrimas, Kurt se levantó de la cama y rio de una manera furiosa, carente de amor, al tiempo que exhalaba satisfecho.

—¿Lo ves? —le dijo con un destello de burla en la mirada—. Aún puedo ser un hombre para ti de un modo en que nadie más puede serlo.

—Para mí eres un bastardo, Kurt. Eres el mismísimo demonio.

—Por favor, no exageres, Greta. Sigo siendo un simple *Lagerkommandant*. En fin, me esperan un día y una noche muy ajetreados. Dos trenes. Uno procedente del oeste; Praga, me parece. El otro de Hungría. —Se puso de pie y se abrochó los pantalones—. Y, además, está también ese asunto de nuestro hurón de inteligencia de Varsovia... Snif, snif. —Arrugó la nariz como una comadreja—. Cree que alguien se ha infiltrado en el campo desde fuera. Y, quién sabe, tal vez tenga razón. De todos modos, pronto lo atraparemos. Mientras tanto, lo único que está consiguiendo es retrasar nuestras cuotas del día. —Cogió su chaqueta y la alisó con una mano—. Y esas cuotas son nuestro futuro, Greta... Lo sabes, ¿verdad?

Ella no respondió. Se limitó a observar por la ventana con la mirada vacía. Las vistas no eran cercas de alambre o humo denso, sino un bosque en la distancia. Algo agradable y verde.

Lejos de allí.

—En fin, pronto lo tendremos. A ese miserable buscador de trufas. —Kurt metió los brazos en su chaqueta y acomodó las solapas—. Y en cuanto a ese otro asunto, querida, yo no me encariñaría mucho con él, si fuera tú. —Se

abrochó la chaqueta.

—¿Qué otro asunto, Kurt? —preguntó Greta distraída—. ¿A quién te refieres?

—A tu pequeño amigo, el jugador de ajedrez. Podría llegar a convertirse en una gran distracción para ti, ¿sabes? Y para nada. Ya se están acelerando las disposiciones especiales.

—¿Disposiciones especiales...?

—No seas ingenua, querida. Sabes tan bien como yo lo que hacemos aquí. ¿Cómo se llama ese aparatito que mide los movimientos en el ajedrez?

—Reloj de ajedrez, Kurt —respondió ella.

—Sí, el reloj de ajedrez. Bueno, será mejor que lo pongas en marcha, querida. Tic, tic, tic, tic... Porque no te queda mucho tiempo.

Ella se enderezó; la preocupación empezó a crecer en su interior. Conocía a Kurt, y no le gustaba cómo le hablaba ahora. Había algo en su tono burlón que daba a entender que ya se había tomado una decisión.

—Ya he dejado de jugar con él, Kurt. Tal como me pediste. Dijiste que lo protegerías. —Se cubrió el pecho con su vestido.

—Si no me equivoco, dije que lo haría el tiempo que fuera posible... —Se miró en el espejo y se acomodó la chaqueta—. Pero me temo que el asunto ya no está en mis manos.

—Lo prometiste, Kurt. —Greta se puso de pie—. Sé que al menos tienes la capacidad para salvar a un solo judío en este infierno. Sólo lo haces para herirme.

—Me temo que tengo las manos atadas. —Se encogió de hombros y se dio media vuelta—. Esto viene directo desde Berlín. De las instancias más altas. Tic, toc... El reloj se ha acelerado, ¿lo entiendes, querida?...

Ella se lo quedó mirando. La repugnancia que sentía por él crecía y exudaba como sudor a través de su piel.

—¿Quién diablos eres, Kurt?

—¿Quién soy yo?... —Su pregunta iba acompañada de una leve sonrisa.

—¿En qué te has convertido? En algo que ya no reconozco. Solíamos soñar sobre nuestra vida juntos. Pensabas ser abogado. ¿Qué clase de animal eres ahora?

—La misma clase de animal que tenemos a nuestro alrededor, Greta. Los ves todos los días, sólo que no te das cuenta. ¿Estás ciega? Sí, esta noche será una gran noche... —Apoyó una mano en su mejilla y sonrió—. Y ya sabes cómo me gusta recibir a nuestros invitados.

Kurt se miró una vez más en el espejo, parecía satisfecho. Cogió su gorra y la puso sobre su cabeza, un poco inclinada hacia la derecha.

—En cuanto al asunto de nuestro amigo de inteligencia y su buscador de trufas... Resulta que esa miserable comadreja tiene una hermana aquí. En la orquesta, ¿qué te parece? Pero no te preocupes, querida, estamos a punto de resolver todo esto. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla, tan seco como el papel de lija—. Que tengas una bonita tarde, amor mío. —Se dirigió a la puerta—. Ah, y algo más...

Ella lo miró; sentía un dolor que le punzaba el vientre, como si llevase un bebé dentro que sabía muerto.

—Saluda de mi parte al buen doctor cuando estés en la enfermería, ¿de acuerdo? Deberíamos invitarlos a cenar un día de éstos, ¿no crees?

Blum llevó a Leisa de vuelta a su bloque y la ocultó en el área reservada para aquellos que estaban enfermos, cerca de la parte trasera.

—Túmbate aquí —murmuró poniéndola en un catre. Le entregó una manta fina—. Cúbrete con esto. —Se estaba haciendo tarde. Pronto, los grupos de trabajo estarían llenos—. Estarás a salvo aquí atrás. Nadie lo sabrá.

Sólo había otro prisionero echado en un catre, con la boca abierta; se veía más muerto que vivo.

—Nathan, no puedo creer que realmente estés aquí. —Leisa colocó sus manos sobre su rostro, sus ojos desbordando asombro—. Que realmente esté tocándote.

—Y yo no puedo creer que, después de todo lo que ha pasado, ¡estés viva! Durante mucho tiempo estuve convencido de que...

—No hables de eso ahora. —Le apoyó un dedo sobre los labios.

—No puedo evitarlo. Para mí, es como si hubieses vuelto de entre los muertos. Tener a mi hermana de vuelta... ¿Recuerdas cómo te llamaba cuando éramos niños?

—Claro. *Doleczki* —dijo ella—, «hoyuelos». Aunque me temo que apenas puedes verlos ahora. Y tú eras *Myszka*. Porque siempre fuiste como un ratoncito. Por tu agilidad para meterte y salir de múltiples problemas.

Blum rio.

—Sí, *Myszka*... Prácticamente puedo oír a mamá llamándome así, echándome de la cocina: «Fuera, *Myszka*, shu, shu, o conseguiré a un gran

gato que venga a por ti». —Sus ojos se iluminaron al evocar el bello recuerdo. Luego, apartó la mirada—. Sabes que nunca me he perdonado, ni por un segundo, por haberme marchado. Por haberlos abandonado. Y también a ti.

—No nos abandonaste, Nathan. Papá insistió en que te marcharas.

—De haber estado allí, jamás les habría permitido salir a la plaza. Yo sabía cómo moverme. El apartamento del señor Loracyk llevaba a la azotea de la casa de al lado. Era un salto fácil. Nos podríamos haber escabullido por él y después salir en el siguiente edificio, en la calle Cimilianska.

—Y ¿luego qué? ¿Correr de sótano en sótano como criminales hasta que alguien nos entregara? Jamás lo habrían conseguido, Nathan. Lo sabes. Al final, todos en el gueto fueron enviados a alguna parte. Ellos no habrían tenido un destino diferente. —Trató de borrar la tristeza de su rostro—. Estaban muy orgullosos de ti, hermano. Te querían y tenían grandes esperanzas depositadas en ti. Ésa fue nuestra única esperanza al final. Que, sin importar lo que nos ocurriese a nosotros, al menos tú te salvarías. Tú sobrevivirías. Y mírate ahora... —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Estás aquí..., en este campo. Igual que el resto de nosotros. ¿Qué sentido tuvo todo?

—El sentido es que ambos lograremos salir, Leisa. —La tomó de la mano—. Tú y yo. Ya lo verás.

—¿Del mismo modo que se suponía que iba a salvarme Chaim? —Se apoyó en un codo—. Fui a buscarlo, Nathan, como me pediste. No tenía adónde ir. Y ¿sabes dónde estaba? Sobre una plancha de mármol. En la morgue, en los cuarteles de la Gestapo. Esperando a ser arrojado a una fosa común. Esas cosas pasan, Nathan, cosas que ni siquiera tú puedes controlar. Es hora de dejar ir a mamá y a papá.

»Pero ya basta de eso. Tengo algo que quiero enseñarte —dijo ella; su rostro se iluminó de repente—. Creo que te gustará. —Se quitó el zapato y abrió un agujero en el falso tacón. A continuación, sacó un trozo de papel muy bien doblado y lo abrió cuidadosamente—. No me he separado de él desde el día en que te marchaste. Lo he mantenido oculto, incluso aquí. ¿Recuerdas que nos hicimos la promesa de...?

Blum se quedó mirando el pedazo de papel.

Era su mitad del Concierto para clarinete de Mozart que había partido en dos en el balcón que daba a la escalera de incendios la noche antes de que él se marchara.

—Claro que lo recuerdo —dijo él, cogiéndolo.

—Mozart en la mayor. Se suponía que lo conservaríamos hasta que...

—Hasta que volviéramos a vernos. —Él la miró con arrepentimiento—. Leisa, ha sido un largo viaje, mudarme a Estados Unidos y pensar que te habías ido para siempre. Me temo que...

—Lo sé, Nathan. —Puso la mano en su mejilla—. Está bien, no te preocupes. Lo entiendo...

—Me temo que por eso tuve que ocultarlo muy bien —añadió él, con una gran sonrisa, mientras metía la mano en el forro de su uniforme y sacaba un cuadrado de papel doblado de manera similar, que, al desplegarlo, se convirtió en la otra mitad del concierto.

—¡Eres un diablillo, Nathan! —dijo ella extasiada.

—Yo tampoco me he separado de él ni un solo día. Ha sido mi amuleto de la suerte. Es sólo que nunca creí que podríamos volver a hacer esto.

Colocaron las dos mitades sobre el catre y las unieron hasta que encajaron a la perfección.

A Leisa se le llenaron los ojos de lágrimas, lágrimas de alegría.

—Puedo oírlo en mi cabeza. La-la, la-la-la, la-la... —Blum cantó, agitando las manos como si fuese un director de orquesta—. Casi puedo ver al mismísimo maestro Bernheimer como si estuviese aquí, en persona.

—Sí, el señor Bombacho. —Leisa rio también—. Parecía un personaje desaliñado salido directamente de una novela de Tolstói. Yo también puedo verlo.

—Imagino que ya habrá muerto —supuso Blum.

—Sí. Oí que fue uno de los primeros que se llevaron. —Leisa asintió—. Casi todas las personas que conocíamos están muertas ahora.

Él estrechó su mano.

—Pero, hermana, mañana tú y yo despertaremos y todo habrá sido como un sueño. Este lugar. Todo lo malo. Todo quedará atrás. Estaremos en Inglaterra.

—¿Inglaterra? —Ella parpadeó con incredulidad—. ¿Cómo?

—Ya te lo he dicho. Hay un avión. Aterrizará cerca, esta noche. Lograré que nos asignen uno de los turnos de noche. Tú fingirás ser un chico. Sé que no parece fácil, pero estará oscuro y habrá mucha gente en la fila. Funcionará. A las 0.30 horas habrá un ataque por parte de los simpatizantes locales. Ellos nos proporcionarán una distracción para poder escapar. Si todo sale bien, nos llevarán hasta el avión.

Sus ojos se agrandaron con asombro.

—¿Cómo es que eres parte de todo esto, Nathan? ¿Eres soldado ahora?

—Sí. Después de un año en la escuela, me alisté en el ejército de Estados Unidos. Me enviaron de vuelta aquí en una misión. He venido a sacar a un importante científico a quien los Aliados necesitan para ganar la guerra.

—¿Un científico...?

—La verdad es que ni siquiera yo sé qué es lo que hace. Sólo sé que es muy importante para la guerra. No vas a creer esto, Leisa, pero la misión fue personalmente aprobada por el presidente de Estados Unidos.

—¿Roosevelt?

—Sí. —Blum asintió.

—¿Lo conociste?

—No. Pero hablé con él por teléfono. Desde Londres. Me deseó suerte.

—¿El presidente te llamó en persona? Y ¿qué le dijiste?

—Le dije que me sentía muy honrado. Pero que no necesitaba suerte... —Cogió su mitad de la partitura—. Siempre y cuando tuviese el amuleto que me había dado mi hermanita.

—Oh, no bromees. Seguro que eso fue exactamente lo que dijiste... —Leisa puso los ojos en blanco. Con la cabeza rapada y las facciones hundidas, le recordaba a Blum a la niña que siempre había vivido en su memoria—. Eres muy valiente, Nathan. Mamá y papá estarían muy orgullosos de ti. Imagínate, el presidente...

—Sí, seguramente ella le habría preparado una tarta de almendras y la habría enviado a la Casa Blanca.

—Y papá habría preguntado su talla de sombrero para mandarle uno. Tal vez un bonito bombín.

—Creo que prefiere las fedoras. O tal vez un sombrero panamá. Lo he visto en los noticiarios.

—No importa el que fuese, papá habría dicho que tenía que ser firme y resistente —dijo Leisa, imitando la voz grave de su padre.

—Pero nunca tieso —añadió Blum.

—No, no. Ante todo, nunca tieso.

El prisionero que estaba frente a ellos se movió, con ojos vidriosos, y luego se dio la vuelta.

—Nathan, ¿y si...? —Los ojos de Leisa se ensombrecieron de preocupación—. ¿Y si no sale todo bien?

—¿Qué quieres decir?

—Esta noche. ¿Y si el avión no llega? ¿Y si los alemanes nos encuentran? O si los guardias se dan cuenta de que no soy un hombre. Deberías dejarme aquí. ¿Sabes el riesgo que corres, y también ese hombre, al llevarme contigo?

—Entonces todo habrá valido la pena, hermanita. Haber vuelto aquí. Haberte encontrado. Sin importar lo que nos depare el destino. Jamás he experimentado una alegría semejante a la que sentí cuando seguí el sonido de ese clarinete y vi que se trataba de ti. —Cogió su mitad de la partitura y la dobló de nuevo—. Tú y yo estamos completos otra vez. Nunca te dejaría aquí. No importa el riesgo. Ni el resultado. Ya no.

Ella se inclinó y lo abrazó durante un largo rato.

—En fin, no hay que pensar tonterías —dijo Blum, dándole una afectuosa palmada en la espalda—. Porque lo lograremos. Pronto estaremos uniendo estas dos mitades en Estados Unidos. Y tú estarás tocando el clarinete en el Carnegie Hall.

—Y ¿tú estarás conmigo? —Lo soltó y lo miró. Él se dio cuenta de que había estado llorando.

—Claro. Allí mismo, en el escenario. A tu lado. —Limpió una lágrima de su mejilla—. Aún tratando de aprender mis escalas.

Eso la hizo reír.

—Pero, por ahora, debes fingir que duermes. Tengo que ocuparme de algunas cosas. No te preocupes, estarás a salvo aquí. Por el momento,

guárdalas tú. —Le entregó las dos partituras dobladas—. Estamos enteros otra vez. Eso es lo único que importa. Sólo nos quedan unas horas en este lugar.

—De acuerdo. —Leisa cogió las partituras y las ocultó nuevamente en su zapato.

—Y sólo para que no te sorprendas, hay alguien más que nos acompañará esta noche. Es un joven, el sobrino del profesor. Es un chico bastante inteligente. Uno o dos años menor que tú.

—Entonces ¿seremos cuatro? —Su voz tenía un tono de preocupación.

—Sí. —Tal vez algo en su rostro mostraba que Nathan tenía las mismas inquietudes en mente—. Pero no te preocupes. Lo lograremos, Leisa. —Apretó su mano con fuerza—. Dios quiere que así sea. De lo contrario, ¿por qué habría llegado tan lejos?

—No estoy segura de que Dios nos esté viendo —dijo ella—. Si así fuera, no existiría este lugar.

—Bueno, sea como sea, yo te sacaré de aquí. ¿Qué te parece? —Blum le guiñó un ojo.

—Sí, tú, mi valiente hermano. Eso sí que es algo que puedo creer. —Leisa sonrió y rodeó su cuello con los brazos una vez más.

Josef Wrarinski echó un vistazo alrededor de la oscura habitación y supo que le había llegado la hora. Gemidos bajos emanaban de la cerrada fila de celdas detrás de él. De la pared colgaban instrumentos cuyo único propósito, Josef lo sabía, era infligir dolor. Tenía las manos atadas a la espalda y frente a él había dos oficiales: uno era el comandante del campo, con un rostro apuesto y un gesto de falsa compasión; el otro era un coronel casi del todo calvo, una mirada impaciente pero decidida, quien portaba todos los símbolos de un oficial de inteligencia.

Un fornido sargento de labios gruesos y manos pequeñas y rollizas estaba de pie a un lado, con la chaqueta del uniforme desabotonada y las mangas enrolladas, como si estuviese esperando a que lo llamaran.

Si estaba allí, se dijo Josef, obviamente era porque lo sabían.

Podría retrasar las cosas, pensó. Podría negarlo todo; declararse inocente hasta quedarse afónico. Podría ponerse de rodillas y cantar *Die Holzhackerbaum*, «El leñador feliz», beber una maldita cerveza y brindar con ellos. Pero de nada serviría. Él había elegido ese camino y ahora debía seguirlo hasta el final. Josef sabía que jamás saldría de allí por su propio pie.

Nunca más vería a su familia.

—Bienvenido al bloque once, Herr Wrarinski —dijo el comandante con una sonrisa falsamente cortés—. Por favor, eche un vistazo alrededor, con confianza, disfrute del aroma. Creo que entiende la clase de lugar que es éste y lo que sucede aquí.

Josef no respondió.

—Así pues, no perdamos el tiempo con juegos. Tenemos prisa. Le diré por qué está aquí. En primer lugar, no finjamos que es usted un simple panadero, sería tanto como decir que yo, en vez de ser el *Lagerkommandant* de este campo, soy el administrador de un elegante balneario para millonarios excéntricos. Hace dos días, alguien se las ingenió para infiltrarse aquí. Creemos que llegó en un avión y que un grupo de partisanos, usted entre ellos, lo recogió y lo ayudó a colocarse al día siguiente en un equipo de trabajo dentro del campo. El coronel Franke, aquí presente, quien, como podrá ver, es del cuerpo de inteligencia de Varsovia, cree que la misión de ese hombre es sacar a alguien del campo. Creemos que su fuga está programada para esta noche, así que, como puede ver, eso no nos deja mucho tiempo para el típico interrogatorio del gato y el ratón. ¿Entiende? Así que la pregunta que le planteo, Herr Wrarinski, si es que espera volver a salir de aquí, es ¿quién es ese hombre y cómo planea escapar esta noche?

—No lo sé. No sé de qué está hablando. —Josef se encogió de hombros.

Como teniente del Armia Krajowa, estaba preparado para cualquier cosa que pudiesen hacer. Todos habían jurado que así sería. Era consciente del riesgo desde un principio y ahora tenía que afrontarlo.

—¿Ésa es su respuesta final? —preguntó el comandante.

—Mi única respuesta, ya que no sé cómo responder a la pregunta que me hacen. —Josef asintió.

—Bueno, es una lástima. —El coronel de inteligencia se puso de pie con un suspiro y se desabotonó las mangas—. Porque eso significa que o bien usted o bien su primo, Herr Macak, que sigue siendo nuestro huésped en la celda detrás de usted, está mintiendo. Porque él nos dijo específicamente que fue usted el que buscó su ayuda para colocar a esa persona en su equipo de trabajo el otro día. En fin, primos... —Se encogió de hombros mientras doblaba lentamente los puños de su camisa—. ¿Quién puede saber a ciencia cierta dónde se encuentran sus lealtades o sus rivalidades? Pero, ya que disponemos de poco tiempo, tendremos que asumir que ambos mienten. A continuación, podemos manejar esto de varias maneras para descubrir quién dice la verdad y encargarnos del otro. Puedo pedirle al sargento Dormutter,

que nos acompaña, que haga uso de sus habilidades; me han dicho que puede ser un interrogador bastante obstinado y persuasivo.

Josef miró al sargento, quien estaba apoyado en la pared, sonriendo con satisfacción.

—O puedo hacerle la pregunta otra vez... —Franke se sentó en el escritorio frente a Josef y abrió una carpeta—. Esta vez, recordándole que también tiene una esposa y dos hijos encantadores en casa. Karl y Nikolas, ¿no es cierto? Ni siquiera han llegado a la adolescencia, me entristece pensar en su futuro si el comandante Ackermann decidiera ir a recogerlos y trasladarlos a este lugar, pongamos por caso, esta noche. Tristemente, hay muchas personas, entre ellas mujeres y niños, que no suelen durar aquí ni un día, según me han dicho.

Josef miró al sargento de brazos carnosos, con esa sonrisa prepotente que indicaba que estaba listo, y después al oficial de inteligencia de ojos como el acero, quien se había puesto de pie y se había acercado al lugar en el que el partisano estaba sentado, para después dejar la carpeta en la silla junto a él, de modo que una foto de Mira y sus hijos asomara ligeramente, sólo lo suficiente como para que Josef la viera.

—Qué lástima —dijo el coronel, encogiéndose de hombros y rascándose la frente— que ellos tengan que pagar por su silencio. —Se sentó en el borde de la mesa y se lo quedó mirando, no del todo indolente, pensó Josef, pero con una resolución que era clara e inconfundible—. Se le acabó el tiempo, Herr Wrarinski —dijo el alemán—. La única pregunta que queda por responder es: ¿qué será de su esposa y de sus hijos?

59

Alfred divisó a Zinchenko, el teniente y *kapo* que generalmente se encargaba de organizar los turnos de trabajo de la noche, zigzagueando por el patio con la porra que nunca soltaba, mientras servían la comida de esa tarde.

—*Kapo*, ¿tiene un momento...? —Alfred se acercó a él y atrajo su atención.

—Sólo si es rápido.

El teniente tenía un temperamento explosivo. Mendl lo había visto personalmente aporrear a docenas de prisioneros hasta que perdían el conocimiento, en apariencia sólo por el placer de hacerlo, o simplemente porque podía. A Alfred ni siquiera le gustaba acercarse a ese hombre porque uno nunca podía predecir con qué humor respondería, y mucho menos le gustaba tener que negociar con él por su destino.

—Esperaba que pudiera hacer los arreglos necesarios para que yo esté en el grupo de trabajo de las vías de tren esta noche —dijo inclinándose hacia él.

—¿Tú? —El *kapo* respondió con un resoplido de incredulidad.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no?... ¿Alguna vez en tu vida has levantado un pico o una pala? —preguntó Zinchenko con una sonrisa de superioridad—. Mírate, no queda nada de músculo en esos huesos, si es que alguna vez lo ha habido.

—Tal vez. Pero hay suficiente para hacer el trabajo y así recibir la comida extra, si usted me lo permite.

Los turnos de trabajo nocturno eran organizados principalmente por los

kapos, que iban de bloque en bloque despertando y sacando de sus literas a aquellos que acababan de regresar de sus jornadas de doce horas. Para evitar que se desmayaran, les servían un segundo tazón de sopa en un breve descanso después de la medianoche, y por lo general podían dormir después del desayuno al día siguiente. Aun así, no era precisamente un trabajo fácil. Los guardias del turno de noche siempre estaban de mal humor y se ponían agresivos con facilidad, y muchas mañanas, unos cuantos de los que se habían marchado a pie la noche anterior, regresaban como cadáveres desplomados y retorcidos, arrastrados en un carro.

—Si acepta, puede ganarse unos cuantos billetes. Libras esterlinas... —dijo Alfred, observando la chispa en los ojos mercantiles del *kapo*.

—¿Quién crees que soy? —Lo fulminó con la mirada—. Podría abrirte un agujero en ese cráneo tuyo sólo por sugerir algo así.

—Lo siento. No quería ser irrespetuoso —dijo Alfred—. Sólo una comida.

—Una comida. —El *kapo* escupió. Luego alzó la mirada—. ¿Has dicho libras...? —Alfred sabía que era como sacar la basura bajo la nariz de un ratón de cocina—. Los equipos se forman a las siete y media junto a la torre del reloj —accedió Zinchenko.

—Gracias, señor. Allí estaré.

—Y no quiero verte vomitando ni nada parecido, profesor. Esto no es sólo un cupón de comida. Si vienes, trabajas, al igual que todos los demás. Si no...

—Entiendo —asintió Alfred—. Escuche —dijo a continuación, dando un paso para acercarse al *kapo* mientras éste empezaba ya a alejarse—, conozco a un par de prisioneros más que buscan el mismo privilegio.

—¿Otros?

—Uno de ellos es Leo. Lo conoce. Es el campeón de ajedrez del campo.

—No abuses de tu suerte, viejo. O tal vez te traerán de vuelta al campo en uno de los carros, y al diablo con tu comida.

—Sólo pensaba que es difícil conseguir libras aquí... Esto sería al mismo precio, desde luego.

Al principio, el *kapo* hizo ademán de alejarse. Pero el funcionamiento

interno de su mente era tan transparente como el lento tictac de un reloj barato.

—Has dicho esterlinas, ¿verdad?...

—Billetes nuevecitos. Se los quitaron a un recién llegado. ¿Para qué más los puedo usar? —Alfred se encogió de hombros—. Ya no tengo vicios en esta vida.

—Diez libras por cabeza. —El *kapo* se frotó la nariz.

—¿Diez? Es el doble de la tarifa en marcos.

—Ése es el precio. Si no estás dispuesto a pagarlo, puedes revisar los cubos de basura de la cocina, a ver si encuentras más comida.

—Con ese dinero podría pagar una cena de lo mejor en Vilna. —Alfred trató de apelar al lugar de nacimiento del *kapo* y teniente, como si lo hubiese conocido fuera de allí.

—Entonces, adelante, puedes ir a Vilna. Yo invito. —Zinchenko empezó a alejarse de nuevo.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Qué otra opción tengo? Allí estaremos.

—Esperad al final de la fila —dijo el *kapo* con una sonrisa ambiciosa. Con lo que sacara esa noche podría comprar vodka para un mes—. Y trae el efectivo. Te buscaré allí.

60

Cuando Martin Franke era niño y vivía en Essen, su padre, que trabajaba como herrero en la empresa Krupp Ironworks, actuaba como si tuviese un solo hijo.

Sin embargo, eran tres.

Su padre era un alcohólico taciturno e irascible. Cada noche, después de su turno, mientras su mujer se quedaba en la habitación cosiendo colchas, él bebía en la mesa de la cocina hasta que llegaba la hora de tambalearse hasta la cama y rara vez intercambiaba alguna palabra con sus hijos. Su estilo particular de severidad no era del tipo diseñado para inspirar a sus hijos a mejorar su posición en la vida a través de una buena educación y trabajo duro. Su intención era simplemente denigrarlos, para recordarles la oscura y abrasadora fundición hasta la que él se arrastraba todos los días, y la miserable vida que les había sido dada y de la cual él no había logrado salir.

Hans, el mayor, había sido un destacado jugador de fútbol en su juventud, y su padre, sin dudarlo un minuto, le restregaba sus logros a Martin por la cara, ya que él nunca había tenido la misma envergadura que su hermano mayor. En la mesa familiar, era como si Hans, que ya era titular en el equipo alemán, fuese una estrella internacional, aunque nunca había llegado más allá de las canchas locales.

—¿Por qué tú no puedes ser más que una insignificante ramita? —decía su padre mientras contemplaba a Martin avergonzado—. Mira a tu hermano. Tiene todo un futuro por delante. ¿Qué podrás ofrecer tú en una fábrica? Los

alemanes necesitan hombres grandes como abetos para construir su futuro, no ramas escuálidas.

Ernst, el hijo mediano, no había sido bendecido con mucha materia gris entre las orejas, pero en una pelea, siempre podías contar con que fuese el último que quedara de pie. Cuando Ernst se miraba al espejo con su padre detrás de él, el viejo veía una imagen de sí mismo en su juventud, alguien rudo, bueno con los puños, que tal vez tenía sueños, hasta que los percances después de la Gran Guerra lo obligaron a dedicar su vida a trabajar en la fundición. En incontables ocasiones, Ernst le echaba a Martin toda la culpa, por aprietos y transgresiones en la escuela o porque faltaba cerveza en la nevera de casa. Poseía la clase de bravuconería petulante y engreída de aquellos que saben que no tienen nada que aportar al mundo, pero que, aun así, son personas con las que todos buscan alinearse y que fingen tenerlo todo. Incluso en la actualidad, cada vez que Martin lo recordaba, lo único que le venía a la mente era la nariz chata de su hermano y sus labios gruesos, siempre esbozando una sonrisa petulante.

Martin era el callado. Desde una temprana edad siempre había sido del tipo que observaba en vez de actuar, sin haber sido bendecido con la agilidad o la fuerza de sus hermanos. Tenía una mente metódica. Sin embargo, sus altas calificaciones en la escuela resultaban más en indiferencia que en una insignia de honor ante los ojos nublados por la cerveza de su padre. Nadie en su pueblo iba a ningún lado a excepción de la fábrica, que era una especie de horno gigante que devoraba a la juventud como un bosque maderero. Cuando se graduó, Hans, cuya habilidad para el fútbol nunca llegó más allá de unas cuantas menciones en el periódico local, pasó a trabajar como herrero en la fundición, junto a su padre. En 1942, a los cuarenta y seis años, cuando reclutaban a cualquiera que pudiera caminar, se lo llevaron y le colocaron un uniforme. Y, antes de que el telegrama pudiera llegar a su destino, se enteraron de que había muerto congelado en Stalingrado un año después. El abusón de Ernst fue reclutado en las SA en 1935, mientras Hitler tomaba el poder, y se dedicó a romper las ventanas de las sinagogas, destrozar escaparates y golpear judíos, ya que sus puños tenían una gran demanda. En 1938, fue encontrado muerto en un callejón en Dortmund, con un cuchillo

clavado en su uniforme color caqui y una estrella judía en el pecho.

Por su parte, Martin entró en la academia de la policía local después de su graduación. Su estilo constante y vigilante le proporcionó las habilidades necesarias para convertirse en un investigador destacado. Durante el curso de diez años, trabajó y se fue abriendo paso hasta convertirse en el inspector más condecorado de las fuerzas militares de Essen. En 1937, fue reclutado por la Abwehr con el rango de capitán. Fue recompensado con un puesto en Francia en 1940 y luego otro en la embajada de Lisboa en 1942, y una promoción a su rango.

Pero, para entonces, su padre había muerto en un accidente con el torno en la fundición, y nunca pudo ver una sola medalla en el pecho de su hijo.

En eso pensaba Martin Franke en la oficina del *Lagerkommandant* esa tarde, mientras esperaba para atrapar a su presa. En la sorpresa que se habría llevado su padre si hubiese estado lo suficientemente sobrio para ver cómo, esa noche, su hijo, que nunca había sido más que una insignificante ramita para él y jamás había sido capaz de enfrentarse a su viejo borracho, desenterraba un complot que llamaría la atención de todos los grandes abetos de Berlín.

—Entonces ¿dónde está la mujer de la orquesta? —le preguntó Ackermann al teniente Fromm, su asistente, mientras éste entraba en su oficina—. Ya han pasado tres horas.

—Encontramos a dos mujeres, pero, de acuerdo con nuestra testigo —explicó el joven teniente—, ninguna de ellas es la que buscamos. La tercera, la clarinetista, de apellido Blum, no llegó a la presentación de esta tarde después de regresar de su turno de trabajo.

—Pues vayan a buscarla. ¿Por qué no lo han hecho ya? Tráiganla aquí —insistió Ackermann.

—Ése es el problema, *Herr Lagerkommandant*. Fuimos a su bloque, el trece, en el campo de las mujeres, pero no la encontramos por ninguna parte. De hecho, no la han visto desde entonces.

—¿Desde esta mañana...?

—Aparentemente, desde que un equipo de trabajo fue enviado a su bloque por la tarde. La matrona del campo asegura que la vieron hablando con uno de los hombres que fueron allí. En ese momento asumieron que se trataba de una visita conyugal.

—¿«Conyugal»? No entiendo.

—Se trata del equipo encargado de llevar la bomba de agua. Pero parece ser que no hubo ninguna solicitud oficial.

—¡Ahí lo tenemos! —Ackermann miró emocionado a Franke, quien estaba en una mesa cercana—. Creo que ya sabemos a quién vino a buscar su buscador de trufas.

Franke se puso de pie lentamente y negó con la cabeza con escepticismo.

—¿A buscar a esa mujer? No, no lo creo, comandante. No fue por eso por lo que lo enviaron en avión y lo pusieron en contacto con los partisanos locales. No, estoy seguro de que hay un premio mucho mayor que lo está esperando aquí. Ya lo veremos.

—El premio de un solo prisionero me parece una recompensa bastante grande —repuso Ackermann. Luego se dirigió de nuevo al teniente—: Busquen al jefe del equipo de reparaciones. Lo quiero ante mí de inmediato.

—Sí, *Herr Lagerkommandant*... —El asistente se aclaró la garganta, pero no se movió.

—Vaya, Fromm. ¿Por qué sigue ahí parado?

—Porque creo que ya sé dónde encontrarlos, *Herr Lagerkommandant* —dijo el teniente de las SS.

—Entonces vaya a por ellos. ¿O está esperando a que le manden una postal desde Londres una vez se hayan fugado?

—Ocurrió algo inusual en el pase de lista de esta mañana. No nos hemos percatado hasta hace un rato. —Fromm se aclaró la garganta de nuevo.

—Estoy esperando...

—Uno de los prisioneros del bloque doce usó el nombre de Fisher. Tenemos el registro de un tal Pavel Fisher que murió ayer. El *Blockführer* ha confirmado que él era el único Fisher en ese bloque.

—Y ¿cuál era el número del tal Fisher? —lo presionó Ackermann.

—¿El de hoy? A22327, *Herr Lagerkommandant*. —El teniente buscó sus

notas y leyó.

—¿Y...? —Ackermann esperó—. Estoy tratando de determinar si el número de ese tal Fisher se correspondía con el del hombre muerto, así que, si no le importa, ilústreme, *Obersturmführer* Fromm.

—No, señor, no se correspondía —dijo nerviosamente el asistente—. De hecho, el número A22327 pertenecía a un prisionero distinto.

—¿A quién? —Ackermann se lo quedó mirando con impaciencia. Chasqueó los dedos—. Rápido, Fromm. Tenemos prisa.

—Rudolf Vrba. —El teniente tragó saliva con vacilación.

—Vrba... —Ackermann se puso en pie demudado.

Desde luego, el nombre era conocido por todos en el campo, tanto guardias como prisioneros. Ahora sabía que, si eso llegaba a saberse, sin el arresto inmediato de todos los involucrados esa noche, las cosas no marcharían bien para él cuando Höss regresara y llegara el momento de discutir su carrera. Sin importar las cuotas que alcanzara.

—¿Qué pasa? —preguntó Franke.

—Tiene razón, coronel. Esto es mucho, mucho más grande que alguien que viene simplemente a rescatar a un familiar. ¡Que saquen a todos los prisioneros de ese bloque! —le ordenó Ackermann a Fromm—. A todos los malditos judíos que haya allí. Quiero que limpien y revisen el lugar de arriba abajo, quiero un registro de todo, hasta de los malditos piojos. ¿Me ha entendido, teniente?

—Sí, *Herr Lagerkommandant*. Entiendo. —Fromm saludó y se dispuso a salir.

—Espere, teniente... —Franke le hizo un gesto al asistente para que se quedara—. Comandante, aquí hay más en juego que ese hombre y una fuga. Es de vital importancia que averigüemos precisamente quién es y para qué está aquí.

—Y ¿qué es lo que sugiere, coronel?

—Sugiero que dejemos que la situación se desarrolle.

—¿Que se desarrolle? ¿Por qué arriesgarse tanto? —dijo Ackermann—. Sabemos dónde están, ya los tenemos.

—Sólo es un pequeño riesgo, ¿no cree? Los equipos de trabajo se

formarán en breve, ¿no es así? —Franke comprobó su reloj. Una parte de su mente evocó un recuerdo de su padre, inclinado sobre una cerveza. Ahora que sus dos brillantes hijos habían caído de forma vergonzosa, mientras su insignificante ramita, su descendencia indigna de serlo, estaba a punto de descubrir un plan de los Aliados de tal magnitud que tal vez incluso lo haría merecedor de recibir la Cruz de Hierro—. Propongo que dejemos que todo marche de acuerdo con el plan. Sabemos exactamente dónde estarán dentro de unos cuantos minutos.

61

Los minutos pasaban y Alfred permanecía sentado entre los agotados trabajadores en su litera. Ya había tomado su comida de la tarde, su última comida en el campo, o eso esperaba. De todas las cosas que había experimentado y esperaba olvidar, el caldo rancio que servían dos veces al día, que apenas los mantenía con vida, estaba cerca de los primeros puestos en su lista.

Su mente se desvió hacia la evocación de Marte y Lucy.

Recordó que las dos hablaban acerca de viajar a Estados Unidos algún día. Para instalarse en alguna hermosa y bulliciosa ciudad donde hubiese alguna institución respetada. Tal vez Chicago, con Fermi. O Berkeley, en California, con su viejo amigo Lawrence. O en Nueva York. Había estado allí alguna vez para presentar una investigación en el Simposio de Ciencia Atómica de 1936. La oportunidad de continuar su trabajo en un lugar que fuese seguro y no hostil con los judíos sería un sueño hecho realidad.

Había sido el sueño de todos ellos, cuando cruzaron de Polonia a Holanda y a Francia, con papeles en la mano.

Pero, ahora, sólo él tendría la oportunidad de vivir ese sueño. Si es que eso era lo que le deparaba el destino. El destino de esa sombra del hombre que alguna vez fue, pálido y desnutrido, tan delgado que Marte habría tenido que mirarlo dos veces y ni aun así lo habría reconocido.

Él y ese chico.

Era igual que el teorema de Heisenberg, reflexionó Alfred. La

incertidumbre es la única certidumbre que existe en este mundo. Lo único que uno puede medir por completo. Incluso en la pequeña escala del átomo, había límites inherentes respecto a la precisión con la que se podían identificar ciertos eventos.

Y, claramente, ése era el caso en la gran escala de la vida.

Alfred sonreía al recordar lo que el gran Einstein presuntamente contestó cuando le dijeron que había sido su teoría, $E = mc^2$, la que había abierto un nuevo mundo y desencadenado las consecuencias radiactivas de masa y energía: «*Ist das wirklich so?*» («¿Eso es verdad?»).

Incluso una mente tan grande como la de Einstein nunca pudo imaginar las consecuencias que tendrían sus reflexiones fortuitas en una página de cuaderno.

Lo incognoscible era la belleza de la vida, Alfred lo sabía ahora, y también su mayor tristeza.

Si identificabas la posición de una partícula, recordó, por ejemplo, permitiendo que ésta se transfiera a través de una pantalla de sulfuro de zinc, cambiabas su velocidad y, por tanto, perdías su información. Si la bombardeabas con rayos gamma, también cambiabas inalterablemente su camino, así que, ¿quién podría medir su posición con exactitud? Cualquier método de medición nuevo siempre hacía que los anteriores, incluso si habían sido utilizados un momento antes, fuesen inciertos. Y, después, el que viniese a continuación de ése y también los siguientes, según Heisenberg.

Sólo la integridad de todo conducía a la claridad.

Y ¿cuándo tenía uno la oportunidad de ver eso? ¿Cuándo teníamos la oportunidad de ver el panorama completo?

«Marte y Lucy, ahora lo entendéis, ¿no es cierto? Sé que lo entendéis. Y yo seguiré adelante, hasta donde Dios me lo permita.

»Con ese chico.»

El único momento de claridad verdadera se da al final.

Se levantó de su catre y metió sus pies amoratados e hinchados en sus duros zuecos. Dobló con cuidado la tela delgada y llena de agujeros que había utilizado como manta durante los últimos meses y la colocó ordenadamente al pie de su colchón.

—¿Se va, profesor? —le preguntó Ostrow, el recolector, quien dormía frente a él, al ver que arreglaba sus cosas.

—Sólo tengo hambre —dijo Alfred—. Pienso ir a buscar comida.

—¿El qué? ¿Algunos pedazos de pan duro? ¿Un poco de llanto tal vez? Hervido a la perfección. ¿Quizá un trozo de grasa? —dijo el recolector entre risas.

—No. —Alfred lo miró—. De hecho, estaba pensando en panecillos ingleses.

—¿Panecillos ingleses? —El zapatero observó cómo Alfred caminaba hasta la parte delantera del bloque, con la seguridad de que, con todos esos números y teoremas nublando su cabeza, el viejo finalmente se había vuelto loco.

—Trabajo en el turno de noche hoy, en las vías —avisó Alfred a Panish, el *Blockführer*.

—¿Tú? —Panish alzó las cejas.

—Y ¿por qué no? ¿Tan raro es que quiera hacer mi parte del trabajo?

—No, no es que sea raro, es sólo que... —El *Blockführer* pensó que debía de tratarse de un suicidio. Que, como muchos hacían de vez en cuando, el viejo finalmente había decidido tirar la toalla—. Adiós, profesor. Que Dios te acompañe.

—Gracias, Panish. Lo necesitaré.

El *Blockführer* anotó en su cuaderno que habría que ocupar la litera 71.

En la puerta, Alfred observó su bloque por la que sabía que sería la última vez. Formas encorvadas y delgadas, con más hueso que carne. Adiós. «Sólo la integridad conduce a la claridad —pensó—. Ellos lo verán mañana. Sólo conocemos pedazos. Fragmentos. Lo que el universo nos permite ver. El resto... el resto son sólo cosas volando por ahí. Incertidumbre.»

«*Ist das wirklich so?*» Sonrió y salió con el cielo nocturno sobre su cabeza.

62

Blum estaba sentado en el borde del catre en el que dormía su hermana mientras él la observaba.

Colocó una mano sobre su hombro, percibiendo su respiración constante, sus pulmones inhalando y exhalando, y se preguntó si, en sus sueños, existía un lugar lejano al que ella escapaba cada noche, un lugar donde podía sentirse segura, donde podía confiar, muy lejos del olor a muerte que lo penetraba todo allí. Acarició su mejilla.

Doleczki.

Se recordó por qué estaba allí. Por qué había regresado a ese país que sólo le evocaba los recuerdos más crueles de toda su vida. Por qué se había puesto ese uniforme de rayas, se había infiltrado en ese agujero infernal y se había enfrentado a una muerte inmediata si se descubría quién era y cuál era su misión.

Ahora sabía que no había sido para ayudar a su nuevo país a ganar la guerra, ni siquiera para vengarse de los alemanes por lo que les habían hecho a sus padres.

No, no era por eso.

Era para enterrar la vergüenza que había sentido durante largo tiempo por ser el único que se había marchado. Para pagar la deuda que sentía en su corazón con aquellos que había dejado atrás.

Y ahora, mientras observaba amoroso el rostro durmiente de su hermana, se dio cuenta de que había pagado esa deuda de la manera más extraordinaria.

Se sintió extasiado.

Una de las primeras piezas que Leisa había tocado en un recital era una de *Orfeo en los infiernos*, del alemán Offenbach. Ésta contaba la historia de un amante afligido y desesperado que se aventuraba al inframundo con su lira, topándose con fantasmas y almas atormentadas de gente desconocida; encantaba a Cerbero, el guardián de las profundidades con sus tres cabezas, hasta lograr incluso derretir el helado corazón de Hades lo suficiente para que éste le permitiera al amor de Orfeo, Eurídice, volver con él al mundo de la superficie.

«Hagas lo que hagas, no mires atrás», fue la única condición del gobernante del inframundo.

Y, de algún modo, Blum se identificaba con ese músico de la lira. Abriéndose paso hasta el infierno, engañando a la muerte no una, sino dos veces; más allá de las cercas de alambre y los guardias, hasta que el hermoso sonido de la música lo atrajo a ella.

Excepto que, esta vez, no la abandonaría.

Ésa era la razón, y no los cálculos de algún profesor, por la que Dios lo había enviado allí.

—Leisa —susurró, dándole un leve apretón en el hombro—. Despierta ya.

Su hermana se movió ligeramente sobresaltada y luego, como si la tranquilizara el hecho de que Nathan siguiera a su lado, sonrió.

—He tenido un sueño de lo más inquietante —dijo ella—. Estábamos de vuelta en Cracovia. Yo me escondía, en el altillo de la tienda de papá. ¿Recuerdas que solíamos jugar allí, entre las filas y filas de sombreros y moldes para medir tallas?

—Sí.

—Excepto que, esta vez, estaba encerrada. Estaba oscuro, y nadie podía oírme gritar. Y, por un momento, me asusté mucho. Así que empecé a tocar. Por alguna razón, tenía mi clarinete, y tenía que tocar más y más fuerte. Estaba segura de que nadie vendría. Que estaría perdida ahí para siempre. Pero, entonces, llegaste tú, encontraste la forma de entrar. Tú me rescataste, Nathan.

—Lo sé —dijo con una sonrisa—. Estaba pensando algo parecido. Igual que hoy.

Ella lo miró.

—Lo lograremos, ¿verdad, Nathan?

—Sí. Lo lograremos.

—No, en serio. Puedes decírmelo. Porque no podría seguir con esto si supiera que te estoy poniendo en peligro. Prefiero morir aquí, Nathan. Prefiero...

—Shhh, no digas más. —Apretó su brazo—. Nadie va a morir. ¿Recuerdas el juramento que le hice a papá cuando te sostuvo en la ventana?

—Recuerdo que me lo contaste. —Leisa sonrió—. Yo era un bebé.

—Sólo tienes que saber que ahora más que nunca pienso cumplir esa promesa. Así que, sí, lo lograremos. Te lo prometo. —Miró al hombre que dormía en el catre frente a ellos—. Ahora, ponte esto. —Le dio su gorra y la colocó sobre su frente. A continuación, pasó las manos por el suelo y le embadurnó las mejillas de tierra con los pulgares—. Listo, ahora pareces un joven y rudo muchacho.

—Eso no es muy halagador, Nathan.

—Tal vez. Pero eso te salvará la vida hoy. Así que vámonos. —La ayudó a ponerse de pie. Sus latidos se aceleraron con urgencia—. Ha llegado la hora.

Base aérea de Newmarket, Inglaterra

Strauss ya estaba en la pista dando instrucciones a la tripulación de vuelo, que se estaba preparando para partir, cuando un operador de radio corrió hacia él y lo informó de que tenía una llamada importante. El capitán siguió al hombre de vuelta al centro de comunicaciones.

Era Donovan. Desde Washington.

—Así que ésta es la gran noche, ¿no, Peter? —dijo el jefe de la OSS.

—Sí, señor, así es.

—Estoy seguro que debe de ser un momento estresante para ti. ¿Hemos tenido más noticias?

—Sólo lo que le he pasado. Blum está dentro. La tripulación está preparando su plan de vuelo. Tenemos bombarderos de distracción listos para salir de Hamburgo y Dresde. El ataque de los partisanos se llevará a cabo de acuerdo con lo planeado, dentro de cinco horas.

—Bueno, has hecho bien tu trabajo, hijo. Deberías estar orgulloso, sin importar el resultado. Sólo llamaba para deseáros buena suerte.

—Gracias, coronel.

—¿Cómo se dice eso en hebreo, capitán?

—*Beh-hats-la-khah*, señor —respondió Strauss—. Quiere decir literalmente «éxito».

—¿Éxito...? ¿Sabes?, por lo general no es bueno depositar demasiadas

esperanzas en esta clase de trabajos. En estas situaciones, siempre hay más cosas que pueden salir más mal que bien, y destruir así esas esperanzas. En este caso, mucho más que eso. Ambos sabíamos desde un principio que las probabilidades de éxito eran escasas.

—Entiendo, coronel. Pero creo que el hombre que seleccioné podría sorprenderlo en este caso.

—Bueno, nada me haría más feliz que informar de eso al presidente. Así que los dos depositaremos un poco de esperanza en este caso.

—Gracias, señor. Aprecio mucho sus palabras.

—Entonces, *beh-hats-la-khah* —dijo el jefe de la OSS, pronunciando las palabras con dificultad—. ¿Sabes?, *mazel tov* sería muchísimo más fácil.

Strauss rio.

—Sí. Ya veremos si es así, señor. Un poco más tarde.

—Estaré junto a mi escritorio el tiempo necesario, esperando noticias.

—Sí, señor. Lo informaré tan pronto como sepa algo.

Strauss colgó el teléfono. Le resultaba difícil controlar los fuertes latidos de su corazón. Tenía un buen presentimiento en su interior. Al diablo con las probabilidades. Sonrió. Estaba seguro de que saldrían victoriosos esa noche.

Minutos antes de las 19.30 horas, la fila de trabajo se formó bajo el reloj, cerca de la entrada principal. Había entre treinta y cuarenta prisioneros de pie en una fila irregular. La mayoría, incluidos muchos que ya habían trabajado todo el día y habían sido despertados de su siesta, mostraban muy pocos deseos de estar allí. Blum se acercó con Leisa y buscaron un sitio en la dispar y harapienta fila. Siguiendo las instrucciones de Blum, ella mantuvo la mirada baja, así como su gorra, que le cubría la frente. Con sus facciones oscurecidas y la tierra embarrada en las mejillas, no tenía un aspecto muy distinto de un chico adolescente cualquiera. Ya había oscurecido. Había cuatro o cinco guardias de las SS dando vueltas alrededor del grupo, manteniendo el orden. Otros merodeaban por el área alrededor de la entrada principal, armados con ametralladoras. Los perros ladraban y tiraban de sus correas, como si el olor de los judíos arrastrándose al trabajo les recordara que era hora de comer.

Alfred y su «sobrino» se acercaron y se mezclaron con la multitud de la fila.

—¿Todo listo? —preguntó Nathan.

Mendl asintió.

—Pero ¿quién es éste? —preguntó, sorprendido de ver a Blum con alguien más.

Su rostro reflejaba lo que Blum ya sabía: que tres personas era una cosa, pero ahora cuatro, fuera quien fuese esa nueva incorporación... Cuatro

personas serían aún más difíciles de ocultar mientras trataban de perderse durante el ataque. Cuatro eran demasiadas.

—Usted dijo que no dejaría atrás a alguien de su propia sangre —repuso señalando a Leo.

—Sí, pero...

—Bueno, pues tampoco yo. Leisa, éste es el hombre que he venido a rescatar.

—¿Leisa? —Mendl se lo quedó mirando, abriendo los ojos confundido.

—Mi hermana —dijo Nathan en voz baja—. Un acontecimiento imprevisto. Pero vendrá con nosotros. ¿Algún problema?

—¿Tu hermana? —Mendl se dio cuenta de que no había vacilación en el rostro de Blum—. Ningún problema —contestó. De todos modos, no había tiempo de ponerse a discutir.

—Soy Leo —dijo el sobrino de Mendl—. Los cuatro nos cuidaremos entre nosotros.

Leisa asintió con una sonrisa nerviosa.

A continuación, Blum puso unos cuantos billetes en la mano de Alfred.

—Aquí tiene. Según la tarifa actual, será suficiente para los cuatro.

Llegaron unos cuantos rezagados.

—¡No rompáis la fila! —Los guardias y los *kapos* los juntaban a todos a empujones.

Lentamente, la fila empezó a avanzar. Los perros ladraban y les gruñían a los prisioneros mientras éstos pasaban por su lado; lo único que evitaba que los atacaran eran sus adiestradores, que los sujetaban. Blum observó mientras Mendl entablaba contacto visual con un *kapo* que recorría la fila empuñando una porra.

—¿Listo para una noche de duro trabajo, profesor? —El *kapo* de mirada esquiva parecía reconocerlo.

—Espero que no sea tan mala después de todo. Esta fila es para las vías de tren, ¿verdad?

—Sí, para las vías de tren —asintió el *kapo*.

Alfred estiró la mano y colocó los billetes que Blum le había dado en la palma del SS. Zinchenko miró hacia abajo y pareció sorprenderse.

—Ahora somos cuatro —explicó Alfred.

—¿Cuatro?

—¿Qué más le da? Se nos ha unido alguien más. Ya pagamos por todos.

El *kapo* lo miró con desprecio, pero se guardó el dinero en el bolsillo.

—Permaneced en la fila o me aseguraré de que recibáis una buena paliza.

—Levantó su porra, amenazando a un prisionero que estaba detrás de ellos.

Varios camiones estacionaron al otro lado de la entrada principal. El campo de trabajo suministraba obreros para varios lugares. Algunos para las vías de tren que iban hasta Birkenau y varias zanjas más allá de las puertas del campo, que se usaban tanto de drenaje como de fosa común para aquellos que nunca llegaban a los hornos, y estaban cerca de allí conduciendo. Otros, como las instalaciones de IG Farben o la planta de munición, estaban situados a uno o dos kilómetros de distancia al oeste, por Auschwitz III. El truco, como cuando Blum había llegado allí, consistía en asegurarse de que los colocaran en la fila indicada; de lo contrario, nada de eso tendría sentido. Llegaría el ataque y ellos se encontrarían en otro lugar, por lo que quedarían atrapados allí.

—Recuerden: deben correr hacia el río —le dijo Blum a Alfred al oído—. Tan pronto como comience el tiroteo. No hacia el bosque. Ellos nos cubrirán.

—Yo lo llevaré hasta allí —indicó Leo.

—Tú harás exactamente lo que dijimos —le reprochó Alfred bruscamente.

Por primera vez, Blum se daba cuenta de lo inseguro que se sentía el anciano con respecto a si podría correr en medio del tiroteo. Aun así, todo dependía de que él llegara allí con vida.

—Ustedes quédense conmigo —dijo Blum, colocándose entre Alfred y Leisa. Ahora tenía a dos personas que proteger.

—¿Qué pasará si salimos y el ataque no llega? —preguntó Alfred—. ¿Y si lo único que recibimos es nuestro tazón de sopa antes de que nos obliguen a marchar de vuelta?

—Entonces no estará peor de lo que ya lo estaba esta mañana. —Blum se encogió de hombros pensativo—. Pero yo no podré decir lo mismo.

Leo señaló la cabecera de la fila.

—Estamos avanzando.

En efecto, la hilera había empezado a moverse. Había un oficial al frente que contaba a aquellos que pasaban delante de él. Alfred y Leo se mezclaron detrás de los demás.

—Tengo algo que decirte —le dijo Mendl a Blum al oído—, en caso de que no lo logremos.

—Lo lograremos.

—Se trata de Leo.

—¿Su sobrino? No se preocupe, haré todo lo posible por protegerlo a él también. Le doy mi...

—No, no me refiero a eso. Yo...

De pronto, el oficial que estaba contando al frente de la fila empezó a gritar:

—*Vierzig! Vierzig nur. Nicht mehr.* —«Cuarenta. Sólo cuarenta.»

Contaba a cada prisionero y les daba un ligero golpe en la cabeza mientras pasaban.

Blum se quedó helado. Examinó la fila delante de ellos. Tal vez habían pasado ya unos quince o veinte. Y, por delante, parecía haber un número igual de prisioneros. Se le hizo un nudo en el estómago.

—Nos van a dejar aquí —le dijo a Mendl con preocupación. Si querían asegurarse de pasar, tenían que avanzar unos tres o cuatro puestos en la fila.

—Zinchenko... —El profesor llamó la atención del *kapo* a quien había sobornado—. Han dicho que sólo necesitan cuarenta...

—Una comida es una comida, profesor —respondió el *kapo* con indiferencia—. Hay otras filas.

—Esos otros trabajos no son más que marchas fúnebres —insistió Mendl—. Hemos pagado un precio. Un trato es un trato, Zinchenko. Cumpla su palabra.

—¿Quiere discutir, profesor? —El *kapo* mostró su porra—. Aquí está la corte de apelaciones. —Se notaba que a ese bastardo no le gustaba que lo desafiaran.

El pánico aumentó cuando Blum miró hacia delante y se percató de que los últimos diez prisioneros se iban integrando al grupo de trabajo mientras el

oficial contaba en voz alta:

—Treinta y uno, treinta y dos... —Golpeaba la cabeza de cada prisionero que dejaba pasar.

Delante de ellos, seguía habiendo alrededor de unas quince personas más.

—No lo conseguiremos —señaló Blum, más alarmado cada vez.

¿Todo aquello para nada? Tal vez el avión ya estuviera en el aire. El ataque... Era esa noche o nunca. Tenían que avanzar.

—Hay más de donde ha salido ése, Zinchenko —murmuró Mendl al *kapo* al ver el mismo resultado tomando forma—. Puedo conseguirlo.

—*Dreiunddreißig, vierunddreißig*... —seguía diciendo el oficial. «Treinta y tres, treinta y cuatro...»

Aún quedaban diez personas más delante de ellos. Y sólo seis sitios más.

—Zinchenko... —dijo Alfred entre dientes.

—¡Aquí! Más madera —dijo el *kapo*, empujando al profesor y a Leo hacia delante y agarrando a Blum del cuello de su uniforme. Blum sujetaba a Leisa. A continuación, Zinchenko los arrojó al frente de la fila, gruñéndole al oficial que los estaba contando—: Estos cuatro corren de mi cuenta esta noche. Son trabajadores de primera.

—Ninguno de ellos parece capaz de sostener una pala siquiera —respondió el alemán mientras les echaba un ojo. Luego siguió contando como si no le importara—. Treinta y cinco, treinta y seis, treinta y siete, treinta y ocho... —El oficial empujó a cada uno de ellos por el hombro hasta que pasaron—. Sólo dos más —dijo en dirección a la fila detrás de ellos—. Todos los demás, quedaos donde estáis. Habrá otros grupos de trabajo.

Habían logrado pasar. Aliviado, Blum apretó el brazo de Leisa mientras cruzaban lentamente la entrada principal, que estaba rodeada por guardias que tenían la mirada perdida al frente, como si los prisioneros fuesen ganado en lugar de personas. Muchos en la fila se lamentaban de su suerte. Sacados de su catre, privados de una noche de sueño. Y, por si fuera poco, el *Hauptscharführer* Scharf estaba a cargo; tenía un carácter explosivo incluso cuando había dormido bien. Retiraron las lonas de los compartimentos de carga de los camiones, y aquellos que estaban en la parte delantera de la fila empezaron a subir; los guardias revisaban sus números y los empujaban; los

perros ladraban y gruñían escandalosamente, como un recordatorio para cualquiera que tuviese la idea de escapar lejos de la alambrada.

El corazón de Blum latía con expectación. Escabullirse con Mendl era una cosa, pero Leo y Leisa hacían que la situación fuese mucho más desafiante aún. Ya casi estaban. Sólo un punto de control más. Más adelante había un guardia que anotaba los números de los trabajadores. Lograr que Leisa pasara sería el último obstáculo. Ciertamente, con la cabeza rapada y las mejillas manchadas de tierra, se veía prácticamente tan masculina como Leo.

—Sólo di tu nombre y muestra tu brazo —le susurró Blum al oído—. Y no los mires a los ojos. Mantén la cabeza gacha. Estarás bien. —Ella asintió con valentía, pero él podía sentir cómo su nervioso corazón latía enérgicamente.

Mendl fue el primero. Recitó su nombre y su número. El guardia lo dejó pasar. Luego, Leo. El mismo resultado. Nathan era el siguiente. Empujó a Leisa frente a él y la sostuvo del brazo.

—Blum —murmuró ella mientras mostraba su antebrazo.

—A390207 —leyó el guardia.

Leisa mantuvo la mirada baja.

Blum miró la Luger en el costado del guardia. Si detenía a Leisa, si ahí acababa todo, sería la señal para que Blum arremetiera contra él. Los matarían en un instante, desde luego. Pero él no dejaría que se los llevaran y los torturaran. No se dejaría vencer sin presentar batalla, como sus padres.

—Siguiente.

Leisa pasó.

Estaba hecho.

—Mirek. A22327 —dijo Blum.

—Mirek. A22317... —confirmó el guardia. Luego, su mirada se dirigió al que se encontraba detrás de él—. ¿Y tú?...

Lo habían logrado. Gran parte de su fila ya estaba subiendo al camión. Blum apretó el hombro de Leisa. Todo estaba marchando según lo previsto. Lo único que tendrían que hacer ahora era trabajar durante un par de horas y esperar el ataque. Cuando éste llegase, con disparos de ametralladora y tal

vez una granada o dos, se desataría el caos. Habría humo. Gente corriendo por todas partes. Obviamente, les quedaba el último obstáculo: escabullirse en medio del alboroto y llegar hasta el río. Ahora, con cuatro personas en lugar de dos, eso sería una hazaña mucho más difícil de lograr. Pero, de ser necesario, Blum estaba preparado para inutilizar a alguno de los guardias; todos estarían distraídos con la confusión. Sería arriesgado, de eso no cabía duda, pero la parte más difícil ya había pasado. Había logrado entrar en el campo, encontrar a Mendl, y a Leisa también. Todo iba a salir bien, estaba seguro. Lo sentía en su corazón. En cuestión de horas, el avión aterrizaría y ellos estarían de camino a Londres. Y luego a Estados Unidos. Le vino a la memoria la imagen de Orfeo rescatando a Eurídice de la muerte; él también lo haría. Y, entonces, la advertencia de Hades le pasó por la mente también. «Hagas lo que hagas, Leisa, no mires atrás.»

Sólo unos pocos segundos más.

Aproximadamente la mitad del equipo de trabajo había subido al camión número uno. La lona fue bajada y asegurada, y el resto de ellos fue dirigido al siguiente. Lentamente, empezaron a formar para subir. Cinco, luego diez, los guardias los arreaban rápidamente al compartimento de carga.

—*Schnell! Schnell!*

Casi había llegado su turno. El corazón de Blum se aceleró. Uno de los soldados se encargaba de empujar a cada uno de los que iban pasando.

—Tú. Tú.

Ya les tocaba. Leo subió un pie y entró primero. Se volvió para ayudar a Alfred, quien puso torpemente un pie sobre el escalón, agarró la mano de Leo y se impulsó con una rápida mirada de satisfacción que parecía decir: «Hasta ahora, todo bien».

Blum se acercó al oído de Leisa y susurró:

—Yo te ayudaré. Ya casi estamos. Sólo es cuestión de...

El guardia les cortó el paso con su brazo.

—*Alt!*

Un instante después, se encendieron unas luces brillantes y toda la escena se inundó con una luz cegadora. Blum se cubrió los ojos; los perros ladraban, saliendo de la oscuridad, tan sólo visibles sus dientes y sus hocicos. Se oyó el

penetrante sonido de una sirena.

¿Qué estaba pasando?

Para horror de Blum, el mismo comandante que había visto en el pase de lista esa mañana apareció de detrás del camión, seguido muy de cerca por el coronel de la Abwehr que también había visto, con su Luger en la mano.

¿Por qué estaban allí? ¿Qué diablos había salido mal?

Alguien lo sujetó de los hombros mientras unas voces gritaban en alemán: «¡Estos cuatro!».

El coronel de inteligencia se puso de pie frente a él, los ojos iluminados y llenos de satisfacción.

—Así que al fin nos conocemos, buscador de trufas... —dijo en inglés—. ¿Cuál de ustedes es el premio?

El comandante saludó a Alfred:

—*Herr professor*.

En ese instante, Blum supo que todo estaba perdido. La misión. Mendl. Leisa. Todo. Con la sangre hirviendo, se lanzó hacia la pistola del coronel, tratando de arrancarla de su mano. Sabía que era un intento inútil. En cualquier momento, seguramente sería reventado por los disparos de una ametralladora. Sabía que le había costado la vida a su hermana, la cual había tratado de salvar valientemente. Pero, aun así, saltó. Sus manos llegaron incluso a agarrar el arma del coronel, enfocándose solamente en el hecho de que no moriría igual que sus padres, resignado y asustado, cuando, de pronto, alguien lo golpeó en la espalda con un objeto duro y contundente. Sus rodillas se doblaron y él cayó al suelo.

Leisa corrió hacia él y gritó, cubriendo a Nathan y repitiendo su nombre.

—Leisa, no, no... —suplicó él. La observó con una mirada de devastación, sabiendo que le había fallado. Les había fallado a todos.

—Ah, ¡si también está aquí la clarinetista que nos faltaba! —exclamó el comandante. A Leisa se le había caído la gorra y había quedado totalmente expuesta—. Puedes estar segura de que tus amigos te acompañarán con una serenata camino de la horca.

Asintió y un guardia la golpeó en la espalda con la culata de su fusil. Con un quejido, la chica cayó al suelo.

—¡Leisa, no! No le hagan daño. ¡Por favor! —Blum trató de alcanzarla.

—Y veamos quién es éste —dijo el comandante.

Un guardia tiró de Leo y lo bajó del camión.

—Lo siento, amigo —dijo Mendl mientras un soldado lo bajaba a rastras, golpeándolo en la espalda y en la cabeza con la culata de su arma.

—¡Alfred! —Leo se liberó, corrió hacia el anciano y recibió el golpe de un fusil en la cabeza, haciendo que cayera también él al suelo.

Los guardias forzaron entonces a Blum a ponerse de pie y lo escudriñaron a la brillante luz.

—Déjenla ir —pidió él, sin poder distinguir siquiera los rostros que tenía enfrente—. Ya me tienen a mí. Por favor, déjenla ir.

Entonces, algo firme y contundente entró en contacto con la parte posterior de su cabeza, y la imagen de su hermana siendo arrastrada inconsciente se vio inundada por una ola de oscuridad.

65

—En un mundo muy lejano... —Greta le leía al hombre semiinconsciente que se encontraba en el catre, mirando hacia arriba con ojos vacíos—, a través del velo de niebla uno puede ver una imagen de belleza...

Iba allí a leer casi todas las tardes. Ese día, después de lo que Kurt había hecho, no podía volver a casa. Por muy duro que fuese ver los cuerpos marchitos y desfigurados, con más hueso que carne, muchos exhalando sus últimos alientos de vida, ése era uno de los pocos lugares que la hacían sentir completa. Que la hacían creer en la vida nuevamente. Contemplar el breve destello de una sonrisa o el brillo en los ojos de alguien a punto de morir, cuya mente ahora había quedado libre. No se le permitía atender a los enfermos, ya que no era una enfermera titulada, ni tampoco era apropiado, como había insistido Kurt, que la esposa de un *Lagerkommandant* tocara a los judíos directamente o, incluso peor aún, que tratara de curarlos. Así que hacía lo que podía.

Y eso incluía hablarles suavemente a aquellos que se estaban muriendo, asegurarles que no se encontraban solos. Nadie debería marcharse de este mundo sin tener a alguien que sostuviera su mano o se sentara a su lado. Una vez, pasó de contrabando un poco de valiosa sulfanilamida para tratar a un paciente con gangrena, lo que solía ser el equivalente a una sentencia de muerte en ese lugar. Y, en otra ocasión, cuando una joven prisionera que atendía a los enfermos y mantenía oculto su embarazo dio a luz en un estado de abyecto terror, ya que generalmente significaba una sentencia de muerte

tanto para la madre como para el bebé, pues Kurt solía hacer hincapié en que aquello no era una guardería, y traer vida judía al mundo no valía la leche que se desperdiciaría para alimentarla, cogió al bebé recién nacido e hizo los arreglos necesarios para que su sirvienta, Hedda, lo sacara a escondidas del campo. Y rezó con toda la esperanza que le quedaba para que, incluso si ella misma no había traído un niño al mundo, en alguna parte hubiese uno con vida gracias a ella.

Uno por todos los que habían muerto.

Aunque lo que más hacía era leer. Rilke. Heine. Hölderlin. La mayoría de las personas a las que les leía ya eran más cadáver que persona. Les daban tres días, después de eso, los enviaban al crematorio y su destino estaba sellado. Pero sabía que les gustaba escuchar la voz de una mujer, pues los transportaba momentáneamente a un lugar de tranquilidad y descanso. Y, mientras ayudaba a algunos a que sus últimos pensamientos volaran más allá de la nube oscura y de la alambrada hasta sus hogares y sus familias, la propia Greta se sentía, al menos por un breve momento, menos atrapada y también menos sola.

Casi libre.

—*Pani...* —El paciente al que le estaba leyendo estiró la mano y tocó su brazo. Sus labios temblaron. Indicó que quería un poco de agua.

—Descanse. Vuelvo enseguida. —Dejó marcada la página donde se había quedado y se levantó para servirle en una pequeña taza.

Fue entonces cuando oyó el sonido de la sirena.

Un ruido inconfundible e incesante que penetraba todo el campo como una navaja por los oídos, diseñado para alertar a los guardias en caso de un intento de fuga o una emergencia, y para indicarles a los prisioneros que habían capturado a alguien, ya que nadie lograba llegar jamás más allá de la segunda alambrada electrificada.

En su fuero interno, siempre aclamaba a aquellos lo suficientemente valientes para intentarlo.

Pero ahora temía, por lo que Kurt le había dicho, que hubiesen encontrado al topo que buscaba el oficial de inteligencia. La desmoralizaba que hubiesen ganado otra vez, justo como su esposo había predicho.

Aun así, por un segundo mantuvo la esperanza de que, tal vez, en esa ocasión no hubiesen ganado. La esperanza de que, quizá, alguien hubiera logrado escapar.

Puso la taza de agua frente a los labios del paciente y permitió que bebiera, luego se disculpó por un momento y salió.

Los guardias corrían, con sus armas en ristre, en dirección de la entrada principal.

—*Rottenführer* Langer —gritó al ver que el cabo venía de esa dirección—. ¿Qué está pasando?

—Un intento de fuga —dijo él.

—¿De fuga?... —Entonces tal vez no hubieran atrapado al topo aún. Todavía había esperanza.

—Pero no se preocupe, Frau Ackermann —añadió Langer con evidente sarcasmo—. La complacerá saber que no han tenido éxito.

«La complacerá...» Lo que la habría complacido habría sido que alguien hubiera conseguido llegar más allá de la alambrada, aunque fuera por un momento, para morir allí, como muchos lo hacían, sólo para poner fin a su sufrimiento de una vez por todas. Pero, fueran quienes fuesen esos fugitivos, sabía que ahora no se enfrentarían a una muerte tan rápida.

—Excelente, cabo —respondió de una forma lo suficientemente elocuente como para que incluso un tonto como Langer pudiese leer entre líneas.

—No obstante, creo que estará usted particularmente interesada, Frau Ackermann, en conocer la identidad de uno de los fugitivos... —Los ojos del *Rottenführer* se iluminaron con una especie de regodeo y satisfacción—. El chico joven, me temo —añadió.

—¿Chico...? —Su corazón dio un vuelco.

—Wolciek, su compañero de ajedrez, Frau Ackermann.

—¿Leo? —El pulso de Greta se detuvo en seco.

—Siempre supe que ese malnacido tenía un lado astuto —dijo el *Rottenführer* con un resoplido—. Y, encima, con toda la bondad que usted generosamente le mostró. En fin, debería asegurarse de que no le haya robado nada antes de que pongamos fin a su patética existencia.

«Leo...»

Greta sintió como si alguien le hubiera atado el corazón a un yunque y lo hubiese arrojado al mar. Por un momento, pensó que el propio Kurt lo había planeado todo. Sabía lo mucho que le molestaba su intimidad. Y lo que le había dicho... «Tengo las manos atadas.» Que no podía seguir protegiéndolo. Ella sabía que él haría todo lo posible con tal de herirla. Era muy de su estilo.

«Leo...»

Se sintió desfallecer. Sabía que el muchacho ya era hombre muerto. Peor que eso. Kurt siempre se encargaba de buscar algo especial para aquellos que eran descubiertos tratando de escapar, como advertencia para cualquiera que albergase ese tipo de ideas. Y ese castigo lo aplicaría él personalmente y lo disfrutaría. Y se regodearía después, con ese repulsivo y prepotente tono de «te lo dije»: «Si mal no recuerdo, Greta, te advertí que no debías abrirle las puertas de nuestra casa a un judío y bajar la guardia».

—Sí, tiene razón —le respondió a Langer—. Lo comprobaré. —Sin embargo, por dentro, su corazón estaba destrozado por la devastadora noticia—. ¿Adónde lo han llevado, *Rottenführer*? —le preguntó, aunque, desde luego, ya sabía la respuesta.

—A donde los llevan a todos, Frau Ackermann. —Langer resopló con una sonrisa cínica—. A darle una cálida bienvenida de vuelta al campo. Aunque no importa, para la hora del desayuno, ya estará en la horca para que todos puedan verlo al pasar. Esas alimañas deben servir como ejemplo para los demás, ¿no cree? —preguntó.

Él mismo había arrastrado a Leo visita tras visita hasta su puerta y había recibido órdenes de esperar fuera, y ahora parecía estar disfrutando enormemente del dolor que sabía que le causaba aquello.

—Sí, cabo. —Greta asintió—. Todo un ejemplo, indudablemente.

Langer se disculpó con una sonrisa de satisfacción y echó a correr, carcajeándose para sí. Sin duda, todos en el cuartel estarían riéndose del asunto dentro de una hora. «Servir como ejemplo», había dicho él. Sí, sin duda.

Greta emprendió el camino hacia su casa. Leo era el único indicio de bondad que ella había encontrado en ese lugar.

Pero, por una vez en su vida, el *Rottenführer* tenía razón.

Eso era precisamente lo que debía hacerse con esas personas. Un ejemplo.

Al notar el agua que le salpicaba el rostro, Blum reaccionó. Su cuerpo estaba suspendido, con los brazos colgando de un gancho en una celda y los pies arrastrando en el suelo. Estaba oscuro. Los brazos le dolían. La celda apestaba a excrementos y a orina. Aún se sentía confuso por el golpe que había recibido. Quería preguntar: «¿Dónde están? ¿Leisa? ¿Mendl? ¿Qué han hecho con ellos?». Pero entonces se dio cuenta de que tenía la boca tapada. Había dos hombres de pie en la celda frente a él. A uno lo reconocía como el sargento mayor Scharf. «Evita a ése, es un asesino nato», le habían advertido. El otro era Zinchenko. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado. Horas, tal vez. Probablemente el avión ya había llegado y se había marchado a esas alturas. Su única vía de escape de ese lugar.

Pero ¿qué importancia tenía ahora?

Fuera como fuese, moriría en breve.

—Herr Vrba. —El alemán se rio, agarrándolo por la muñeca—. A22327. Bienvenido de nuevo. No teníamos ni idea de lo mucho que extrañaba este lugar.

Lo bajaron de donde estaba colgado.

—Disculpe, pero tenemos que adecentarlo un poco antes de su entrevista. Está usted hecho un desastre —dijo el sargento de las SS.

Luego, le dio a Blum un puñetazo en la boca del estómago, sacándole el poco aire que tenía en los pulmones y haciendo que se doblara de dolor. Zinchenko lo levantó y Scharf lo golpeó otra vez. Cada célula de su cuerpo

gritó de dolor, le faltaba el aire, sintió deseos de vomitar.

—Esto es sólo el principio. Acostúmbrate, judío —dijo el guardia de las SS—. Tenemos toda la noche. Para mí, esto ni siquiera es trabajo. Es un placer.

El siguiente golpe lo dirigió a los riñones. Un dolor paralizante recorrió a Nathan de pies a cabeza.

Luego lo soltaron y se desplomó sobre el mugriento suelo de hormigón.

¿Dónde estaba Leisa? Probablemente ya debía de estar muerta. No la necesitaban, así que, ¿para qué mantenerla con vida? No era más que otra prisionera que había tratado de escapar. «Miles mueren cada día.» Alguien los había traicionado. Tal vez Josef, el partisano. Quién lo sabía. Y, de todos modos, ¿qué importancia tenía ahora? La misión había terminado. Él estaba acabado. Cuando estuvieran listos, harían todo lo que estuviera en su poder por descubrir por qué estaba allí. Seguramente torturarlo. Para ellos era un juego de niños. Golpear sus talones. Clavarle alambres por el cuerpo. Blum no sabía si podría resistir mucho. Y, a fin de cuentas, ¿qué era lo que sabía en realidad? No demasiado. Por eso nunca le habían revelado toda la información, según había dicho Strauss. «Por si...» Por si terminaba justo como estaba ahora.

Era una misión suicida. Todos lo sabían desde el principio.

—Vamos, judío, te están esperando. Mueve el culo y levántate.

Scharf le arrancó la cinta adhesiva de la boca.

Los pensamientos de Blum se enfocaron en las cápsulas de cianuro que llevaba cosidas al cuello de su camisa. «Muerde —le había dicho Strauss—. Con eso bastará.» En cuestión de segundos. Tenía que creer que seguían estando allí. Como Strauss lo había planteado: «Si te capturaran, ésta bien podría ser la mejor alternativa...».

Con tan sólo bajar la cabeza y mordisquear el cuello de su camisa, no tendría que pasar por todo el sufrimiento.

Lo arrastraron frente a una fila de celdas; las piernas no lo sostenían. La luz se volvió entonces un poco más brillante, emanando desagradable de un foco expuesto. Al final del pasillo, vio una mesa. Había un alemán apoyado en ella. Blum lo reconoció, era el coronel de inteligencia. Y Ackermann, el

comandante, detrás de él, vestido de gala, como si tuviese una cita con el Führer. Había tres sillas de madera frente a la mesa. Dos de éstas tenían unos cuerpos desplomados sobre ellas, con los brazos atados a la espalda. Vio que se trataba de Mendl y de Leo. Sus rostros estaban hinchados y amoratados. No parecían estar mucho mejor que él. Especialmente el profesor. Tenía la cabeza gacha y respiraba con dificultad. Leo hacía todo lo posible por mostrarse animoso, a pesar de su rostro abultado, pero, por dentro, Blum sabía que debía de estar muerto de miedo.

Porque él lo estaba.

—¡Le hemos guardado un sitio! —anunció el coronel de inteligencia con el rostro iluminado—. Me alegro de que pueda acompañarnos, Herr Blum. Ése es su nombre, ¿verdad? Ya he tenido el gusto de conocer a su hermana. Qué lástima que no pude oírla tocar.

—¿Dónde está? —Nathan lo miró con una mirada acusatoria.

—Por favor, por favor, ya llegaremos a esa parte después —dijo el coronel—. Por el momento, enfoquémonos en lo que tenemos aquí.

Arrojaron a Blum sobre la silla de la izquierda, le pusieron los brazos detrás de su espalda y los ataron con una cuerda. Con aparente deleite, Scharf apretó el nudo todo cuanto pudo. Blum miró a Mendl y a Leo.

—Lo siento —les dijo, y trató de succionar el aire que le hacía falta en los pulmones.

—No importa. —Mendl también respiró con dificultad e intentó sonreír—. De todos modos, no estoy seguro de que mi estómago aún tenga la capacidad de disfrutar de la comida del exterior. Me sabe peor por Leo... Ha sido culpa mía, por incluirlo en esto desde un principio. Y, claro, también por tu...

«Hermana.» Decidió no decirlo. Quién sabía dónde estaba ella o qué destino había sufrido ya.

—No lo escuches —dijo Leo dirigiéndose a Blum—. Es un anciano. Su cabeza no funciona bien a veces.

—Insolente hasta el final. —Mendl le esbozó una afectuosa sonrisa—. Eso siempre te impidió progresar como estudiante.

—¿Y bien? ¿Empezamos entonces? —dijo el coronel calvo, con las

palmas juntas como si anunciase el comienzo de una fiesta.

—Quiero saber dónde está mi hermana —exigió Blum en alemán al comandante de facciones oscuras que estaba sentado detrás de la mesa y tenía un pequeño látigo en la mano.

—Yo no me preocuparía por ella en este momento. —Sacudió la cabeza—. Me temo que su destino está sellado. Depende de ti hacerlo... —golpeó el látigo contra la mano— más tolerable, no sé si me entiendes.

—Díganme qué han hecho con ella —repitió Blum—. Quiero verla.

—¿Sabes...? —El comandante resopló de mala gana, con una sonrisa de diversión.

—Soy el coronel Franke —declaró el oficial de inteligencia mientras se sentaba en el borde de la mesa, de cara a ellos. Su mirada se detuvo en Blum; un par de ojos grises que se veían satisfechos, por un lado, de haber encontrado a su presa, y, al mismo tiempo, calculadores y calmadamente metódicos—. Sé que sólo ha estado en el campo unos cuantos días, pero creo que se habrá dado cuenta, y, si no, estoy seguro de que sus amigos pueden corroborarlo, de que el comandante Ackermann, aquí presente, es capaz de hacer muchas cosas. Una de ellas, como he notado, es causar más sufrimiento del que un hombre puede soportar. Él y su asistente, aquí presente también, el *Hauptscharführer* Scharf. Y eso es precisamente lo que ocurrirá, puedo asegurárselo, si nuestra charla no da frutos.

El fornido sargento lo miró con un destello en la mirada.

—Permítanme que empiece por lo que ya sabemos. Le interesará saber que he estado siguiendo su viaje durante mucho tiempo. Sabemos que lo dejaron aquí la mañana del 23 de mayo, hace tres días. Su acento es bastante bueno, Herr Blum. Es polaco, me imagino. ¿Checo, tal vez?

—Quiero ver a mi hermana —exigió Blum nuevamente.

—Pronto nos lo dirá —dijo Franke ignorando su solicitud—. O, si no, uno de sus socios lo hará, se lo aseguro. Sabemos que lo recibió la resistencia local y que llegó al campo como parte de un equipo de construcción. El capataz del equipo, me temo, acaba de sufrir un repentino accidente en el trabajo que ha puesto fin a su carrera como constructor. Le reventaron el cráneo. Sé que lo enviaron aquí para localizar a alguien dentro del campo, y

parece ser que ya hemos descubierto a quién —dijo el coronel, golpeando la mesa con un dedo—. Al profesor..., para sacarlo de aquí. Pero díganos, por favor, adónde tenía planeado llevarlo, Herr Blum..., si es que quiere volver a ver a su hermana. ¿De vuelta a Inglaterra, tal vez? ¿Cuál es su especialidad, profesor Mendl? ¿Matemáticas? ¿Física?... —Esperó—. ¿No tenemos ganas de hablar?... No importa. Pronto lo sabremos. En cuanto a los demás... —Miró a Leo—. ¿Cómo encajas tú en todo esto, muchacho? He oído que eres un prodigio en el ajedrez. Yo también solía jugar. Será una lástima perderme ese desafío... ¿Nadie se anima? —Asintió con una sonrisa, como si estuviese muy calmado, y comprobó su reloj—. Las diez y media... Aún es temprano. Tenemos toda la noche. Hay muchas cosas que uno puede hacer para conseguir que alguien hable, especialmente teniendo toda la noche por delante.

—Aceleremos esto, coronel. —El comandante le dio un golpecito a su reloj con impaciencia—. Ya hemos hablado bastante. El *Hauptscharführer* Scharf se está impacientando. Y yo también. Éstos son mis prisioneros, no los suyos. Los interrogaremos a nuestra manera. Pero, por desgracia, hay un tren en camino que llegará pronto, lo cual interferirá. Dejando el tema del espionaje a un lado, aquí seguimos teniendo asuntos que atender.

—Vaya a ocuparse de su tren entonces, comandante. Tendrá que responder ante Göring personalmente si no sueltan lo que saben antes de que su sargento los mate a golpes. ¿Y bien? —El coronel devolvió su atención a Blum—. ¿Quién es usted entonces? ¿Por qué Mendl? ¿Por qué él? ¿Por qué es tan importante este viejo para enviar a alguien a este infierno sólo para sacarlo? Y ¿para llevarlo adónde?... En cuanto a ti, mi joven amigo... —observó a Leo—, parece tenerle aprecio al viejo. Empieza a hablar o dejaré que el sargento haga su trabajo contigo si tus amigos son demasiado estúpidos para no cooperar.

—De todos modos, estamos muertos. —Leo se encogió de hombros mientras le sostenía la mirada al hombre—. Llevamos muertos desde el momento en que cruzamos esa verja. Sólo es cuestión de tiempo.

—Déjenlos marchar —pidió Blum—. A Leisa y al chico. Deme su palabra de oficial de que no les harán daño. Entonces le diré lo que quiere

saber.

—Pues empiece a hablar, Herr Blum. —El coronel de inteligencia se levantó y fue a sentarse frente a él—. Mi coche está fuera. Puedo dejarlos en la frontera rumana en cuestión de horas.

—Nadie irá a ninguna parte —lo interrumpió Mendl, luchando por reunir el suficiente aliento para hablar—. De hecho, ninguno de nosotros seguirá aquí mañana. Incluso si el coronel te da su palabra, en cuanto él se marche, tendrán una bala detrás de la cabeza. O tal vez algo incluso menos «grato»... ¿No es así, *Herr Lagerkommandant*? Ya estamos muertos, sólo falta el tiro de gracia.

—Como ya he dicho, la elección es suya —intervino Ackermann, asintiendo con un ademán que parecía decir «dejemos de perder el tiempo»—. Yo propongo que los colguemos uno a uno de la percha y que Scharf se encargue de ellos. Dentro de un minuto, estarán cantando como pajaritos.

—Verán, no puedo salvarlos durante mucho tiempo —dijo Franke—. Después de eso, lo que ocurra escapará a mi control.

Se oyó un ruido en la puerta y entró un guardia.

—El tren, *Herr Lagerkommandant*. Pidió que lo avisáramos...

Ackermann asintió y tomó aliento.

—Media hora. Una hora como máximo. Volveré. —El comandante se puso de pie—. Nadie sale del bloque. Nadie va a ninguna parte. Es una orden. ¿Entendido, Scharf?

—Desde luego, Herr comandante. —El sargento saludó—. Perfectamente.

—*Kapo* Zinchenko, puede acompañarme. Y si no ha obtenido lo que desea para cuando regrese... —fulminó a Franke con la mirada—, lo haremos a mi modo. Y tú, mi pequeño campeón de ajedrez —dijo mirando a Leo con una sonrisa helada—, cuando regrese hablaremos largo y tendido sobre cómo fue que obtuviste esto... —Sacó la fotografía de Greta que Leo se había llevado de su casa y la dejó sobre la mesa. Luego cogió la torre blanca que ella le había dado y la colocó encima de la foto. Sonrió—. Espero ansioso esa charla. —Dejó su porra en la mesa y salió.

—Ya lo han oído. —Franke levantó las palmas con frustración, como dando a entender que ya no tenía el control—. Tiene un trabajo muy difícil. Aunque, en ciertos aspectos, puede que lleve razón. Siempre me han dicho que tengo demasiada paciencia. Entonces ¿qué es lo que saben? —Rodeó la mesa y se acercó a Alfred. Los ojos del viejo miraron hacia abajo y su boca se abrió ligeramente—. ¿Por qué enviaron a este hombre a buscarlo? ¿Qué es lo que sabe usted, profesor, que puede ser tan importante?

—Sólo que la densidad de un gas es directamente proporcional a su masa —dijo Mendl con una leve sonrisa—. ¿No es así, Leo?

—Sí, profesor, así es —respondió el chico—. Al menos, eso es lo que me han dicho.

—Muy valiente, sí, señor. ¿No lo cree usted, Scharf? Semejante despliegue de osadía... Entonces, usted es la trufa... —le dijo Franke a Mendl, sacando su Luger de la funda y moviéndola entre sus manos—. Y eso lo convierte a usted en el cerdo. —Miró a Blum—. Y ya ha visto lo que les pasa a los cerditos aquí, ¿verdad? —Sostuvo firmemente la pistola y la apretó contra el costado de Alfred—. ¿Por qué vino a sacarlo?

—Si cree que la posibilidad de que una bala me asuste después de haber pasado meses aquí, es que en verdad ha subestimado enormemente este nido de ratas —replicó Mendl.

—No me diga, profesor... —Franke apretó el gatillo.

Hubo un sonido amortiguado y el olor acre de tela y carne humana quemada. Con un gemido, Alfred se balanceó hacia atrás en su silla, con una mueca torcida en el rostro.

—¡No! —gritó Leo.

Una flor de sangre se extendió por el uniforme de Alfred.

—El siguiente será en sus rótulas, muchacho. Y después en los huevos. Sabes qué son los huevos, ¿no, chico? Si a él no le molesta, sé que a ti sí. ¿Y bien?, ¿por qué tanto interés en el viejo profesor? Sé que tú lo sabes. Y ¿adónde se dirigían? Habla. —Puso la Luger en la rodilla de Mendl—. Sólo tú puedes detener esto.

—No lo hagas. —Mendl miró a Leo y negó con la cabeza. Observó su costado; la sangre mojaba su uniforme—. ¿Me escuchas, Leo? No lo hagas.

—Sí, Leo, escúchalo. —Franke envolvió el gatillo firmemente con el dedo—. ¿Cuánto aguante tienes, chico? ¿Cuánto crees que soportarás verlo sufrir? No tienes mucho tiempo. Sin respuestas...

El coronel apretó el gatillo otra vez.

Mendl se sacudió en su silla, pero las ataduras lo sujetaban. Arqueó la cabeza hacia atrás y se retorció de dolor. La sangre manaba de la parte superior de su rodilla.

—¡Basta! —suplicó Leo.

—Lo diré una vez más, hijo. —El coronel cogió su pistola y la cargó de nuevo. A continuación, la apretó contra la entrepierna de Alfred—. Contaré hacia atrás desde cinco...

—No, chico —dijo Mendl, sacudiendo la cabeza. Ya no tenía color en el rostro—. Ni una palabra.

—Dos, uno... —Franke sostuvo el arma con firmeza—. ¡Ahora!

—¡Es físico! —gritó Leo—. ¡Basta, por favor! Especialista en electromagnetismo y en un proceso llamado *difusión gaseosa*, que trata del desplazamiento de un gas dentro de un espacio cerrado.

—Y ¿por qué es eso tan importante? —insistió Franke. Volvió a presionar la boca del arma contra la ingle de Alfred—. Lo destrozaré miembro a miembro, lo prometo. ¿Por qué vino este hombre aquí? —Hizo un gesto en dirección a Blum—. ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Los británicos? ¿Los estadounidenses? ¿Adónde pensaban llevarlo? No me presiones, chico, le queda poco tiempo.

—¡Hágamelo a mí! —Leo se retorció en sus ataduras—. Déjelo en paz. ¡Dispáreme a mí! ¿No ve que se está muriendo? ¡Dispáreme a mí!

—Última oportunidad. —La mirada de Franke se dirigió a Leo mientras amartillaba el arma.

—No, por el amor de Dios —dijo Blum, forcejeando para librarse de sus ataduras.

El matón de las SS se acercó y le dio un fuerte golpe en la cabeza con su puño enguantado.

—¡Iba a llevarlo a Estados Unidos! —gritó Leo—. ¡A Estados Unidos!

—¡Estados Unidos! —dijo Franke con la voz entrecortada y los ojos muy

abiertos.

—Para fabricar un arma... Lo siento, Alfred, pero no puedo quedarme aquí sentado viendo cómo te matan. Lo siento... —Leo miró al coronel y empezó a sollozar—. Dispáreme. Puede dispararme a mí. ¡¿No ve que lo está matando?!

Franke retiró la pistola. Blum se dio cuenta de que su cerebro estaba uniendo las piezas del rompecabezas y percatándose de que aquello se había convertido en algo mucho más grande de lo que incluso él había imaginado.

—¿Qué clase de arma? —le preguntó a Leo—. ¿Qué clase de arma? —repitió. Esta vez apoyó la pistola en la cabeza de Alfred—. Dímelo o te juro que esto es sólo el principio de lo que verás. Dímelo o su cerebro quedará esparcido sobre tu regazo.

—¡No lo sé! ¡No sé qué clase de arma! Lo juro. No sé nada sobre el arma. Eso fue lo único que me dijo. No le haga más daño... Lo siento, Alfred, pero no puedo ver cómo lo matan así. No puedo..., no puedo... —El chico agachó la cabeza y lloró.

—Está bien, hijo —murmuró él suavemente. Acto seguido, miró a Franke—. Eso es todo lo que sabe. Ya ha obtenido todo lo que podía sacarle. —La mancha de sangre en su costado se había extendido—. Eso fue todo lo que le conté.

Franke se sentó nuevamente en el borde de la mesa, esta vez, frente a Blum.

—De acuerdo... En ese caso, le toca a usted, buscador de trufas. Es su turno. —Le puso la pistola en la rodilla a Blum—. Por algún motivo, no creo que nadie se moleste en salvarlo.

—Probablemente esté en lo cierto —le respondió Blum.

Se inclinó para alcanzar las dos píldoras que llevaba en el cuello de la camisa. Strauss había dicho que, incluso a través de la tela, entraría suficiente veneno en su cuerpo para cumplir su función. Y ¿por qué no ahora? La misión ya no existía. Leisa probablemente estaba muerta; todos lo estarían en cuestión de horas. Levantó el hombro para que el cuello de la camisa quedase cerca de sus dientes. «¿Por qué no ahora?»

—Excepto una persona... —añadió el coronel. Observó a Scharf y asintió

—. Alguien que aún podría persuadirlo. Tráiganla.

Arrastraron a Leisa desde la última celda y le arrancaron la cinta adhesiva de la boca. La chica cogió aliento y gritó:

—¡Nathan!

Era muy duro para Blum verla así. Su rostro estaba inflamado; sus ojos hinchados y amoratados. Al verla, se llenó de dolor. Pero lo único que podía hacer era sacudir la cabeza con impotencia.

—Lo siento tanto...

—No, Nathan, no lo hagas. —Leisa lo miró, con los ojos inundados de lágrimas—. Yo sólo lamento que estés aquí.

Él sonrió, a pesar de las lágrimas que se escurrían por sus mejillas. Eran lágrimas de pena, de impotencia. Forcejeó para liberarse de las ataduras, tratando desesperadamente de retorcer sus brazos para sacarlos por los nudos, casi descoyuntándolos.

—No se atreva a tocarla otra vez —le dijo furiosamente a Franke en alemán—. O encontraré la manera de acabar con usted.

—¿Eso hará? No me diga. Muy valiente por su parte, Herr Blum. Es todo un protector. Y, además, muy conmovedor. —La luz se reflejaba en la brillante frente del coronel—. ¿No cree, sargento Scharf?

—Así es, coronel —asintió riendo el verdugo de las SS, como si las cosas estuviesen yendo estupendamente para él.

—He oído hablar de su breve encuentro junto a la alambrada —dijo Franke—. Una pregunta, ¿sabía que su hermana estaba aquí, o fue sólo por

casualidades del destino que la encontró mientras buscaba al profesor?

Blum no respondió.

—Supongo que fue la segunda opción. Con más razón, es una historia que le llega a uno al corazón, ¿verdad, sargento?

—Así es, señor, sin duda. —El *Hauptscharführer* sonrió, entretenido.

—Bueno, ahora veremos cuán conmovedora se pone. —Franke cogió su pistola y recorrió suavemente con el dorso de la mano el rostro y el cuello de Leisa.

Blum lo fulminó con la mirada; le hervía la sangre.

—Déjela en paz.

—¿Quién le ordenó venir aquí para localizar al buen profesor? ¿Cómo planeaban llevarlo de vuelta? Primero a Inglaterra, me imagino. ¿O tal vez a Suecia? ¿Por tierra? ¿O tenían un avión?

—Profesor, ¿cómo está? —le preguntó Leo, inclinándose todo lo que podía.

—Me temo que no muy bien... —Mendl echó la cabeza hacia atrás. Era obvio que se estaba muriendo lentamente.

—No se preocupe por él. Hábleme del arma que ha mencionado el chico. —Franke se sentó frente a Blum y recorrió la mejilla de Leisa con el cañón de la pistola—. He oído hablar de cosas como «agua pesada», aprovechar el «poder del átomo»... ¿Cuán adelantados están los Aliados en su desarrollo? ¿Se le ha comido la lengua el gato? Tal vez yo pueda aflojársela un poco. —Movié la Luger a la cabeza de Leisa—. ¿Cómo será ver cómo explota su cerebro y queda esparcido en su regazo? Bastante desagradable, creo. Sólo usted puede detenerlo.

Leisa negó con la cabeza; las lágrimas inundaban sus mejillas.

—Nathan, no lo hagas. Ni una palabra. Sea como sea, ya todos estamos muertos. No le des lo que quiere.

Blum gritó y luchó con todas sus fuerzas por liberar sus manos atadas. Sólo para poder ponerlas alrededor del cuello de Franke, si Dios intervenía a su favor, y luego ser molido a golpes por el sargento sediento de sangre. Ella tenía razón, estaban muertos de todas formas.

—No sé qué clase de bomba es —gritó—. ¡Por favor! Déjela en paz.

—Me pregunto cómo será ver morir a su hermana. La hermana que tan valerosamente rescató del campo de las mujeres. Y, ahora, verla aquí, frente a usted, tan cerca de la muerte. Y usted es el único que puede salvarla. Con una sola palabra. Basta con que apriete con el dedo y... —Franke movió su dedo sobre el gatillo.

—¡Juro que no sé nada más sobre el arma! —gritó Blum, suplicando con los ojos llenos de desesperación—. Sólo me enviaron aquí para sacarlo. Es todo lo que sé. Lo juro.

Leisa lo miró a los ojos, implorando.

—No, Nathan, no lo hagas.

—¿Por qué a usted? —El coronel lo miró con fijeza. Blum se retorció inútilmente en sus ataduras—. Dígamelo, o ella morirá antes de su próxima respiración.

—Porque hablaba el idioma. Y porque mi apariencia era la idónea para mezclarme entre los prisioneros.

—¿Es polaco?

—Sí. —Asintió.

—Y ¿de dónde venía antes de esta misión? ¿De Inglaterra? ¿De Estados Unidos?

—¿De Estados Unidos! —Blum miró a Leisa, sacudiendo la cabeza con desaliento.

—¿De Estados Unidos! —Los ojos de Franke se iluminaron—. Y ¿cómo llegó hasta aquí? —Levantó el arma otra vez—. No se quede mudo ahora...

—Escapé del gueto en Cracovia en 1941. Y me alisté en el ejército un año después.

Leisa lo miró, y la tranquilidad reemplazó al miedo en su rostro. De pronto, él se dio cuenta. Había creído lo contrario desde un principio. Sin embargo, en ese momento, en el que no podía hacer nada para detenerlo, para salvarla, vio que su hermana, quien estaba dispuesta a morir, era más fuerte que él. Era hermosa.

—Nathan, te libero de tu juramento —le dijo ella con una sonrisa de complicidad deliberada—. Está bien, está bien parar ya.

—Entonces ¿por qué regresó? —insistió Franke. A Blum le ardían los

ojos por las lágrimas—. Sea cual sea el juramento del que habla, no puede ser que valga tanto como para verla morir. Había salido. Estaba a salvo. ¿Por qué lo arriesgó todo para regresar? ¿Para encontrar a su hermana?

Nathan sacudió la cabeza.

—No. Pensé que ella estaba muerta.

—¿Por su nuevo país, entonces? —dijo Franke, sin dejar de presionar la Luger contra la sien de Leisa. Ella volvió la cabeza.

—No. —Blum negó—. Porque estaba avergonzado. Avergonzado por haber huido. —Miró a Leisa y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Porque todos los demás, mis padres y mi hermana, estaban muertos, o eso pensaba. —Observó a Franke—. Porque yo era el único que había podido salir.

—¿Lo ven?, siempre hablan. Quieren hacerse los héroes, pero siempre terminan hablando. —El oficial de inteligencia sonrió—. Quería vengar la muerte de sus padres. Y ¿cómo se siente ahora, Herr Blum, sabiendo que lo que ha hecho ha tenido justo el efecto contrario? ¿Que esta pequeña aventura esencialmente ha logrado que la persona a quien más amaba, y que seguía con vida, muera?

—Todos habríamos muerto de cualquier modo, Myszka. —Leisa miró a Nathan—. Esto sólo lo hace más rápido.

—¿Que cómo me siento?... —dijo Blum. En la distancia, oyó una marcha militar. Estaba desembarcando el tren de Ackermann. Observó a su hermana y le sonrió; su mente evocó la imagen de ella cuando era niña, tal vez sólo un vistazo o un guiño travieso mientras hacían sus deberes. Luego, miró al coronel—. Lo haría otra vez. Sin pensarlo. —En ese momento, pensó que tal vez ésas serían las últimas palabras que ella oiría—. Ella es la mitad de lo que yo soy, sin importar lo que eso sea. Y usted no puede separarnos. Prefiero morir con ella que vivir sin saber. —A continuación, devolvió la mirada a Franke y se encogió de hombros—. ¿Cuánto lo conmueve eso?

—Déjeme mostrárselo —dijo el coronel, y extendió su brazo contra la sien de Leisa.

Luego, se distrajo por el sonido de una puerta que se abría. Entró una mujer. Muy hermosa. Con un vestido estampado, una gabardina y el cabello rubio recogido en un moño apretado.

—¡Frau Ackermann! —exclamó el sargento Scharf sorprendido.

Leo alzó la mirada.

—Nunca había estado aquí —dijo ella, escaneando la habitación donde, se decía, se llevaban a cabo esos actos tan graves—. Sólo había oído...

—Frau Ackermann, con todo el respeto, éste no es lugar para una mujer. —Franke bajó su arma—. Así pues, debo pedirle que...

—Tengo algo que decir —repuso ella. Su mirada se dirigió a Leo primero, con cariño al percatarse de la foto y la pieza de ajedrez hecha de alabastro que se encontraban sobre la mesa; luego, su mirada pareció endurecerse rápidamente—. Te traté con respeto. Te di comida, regalos. Te dije que te protegería... Y así es como agradeces mi confianza, traicionándome.

Detrás de Leo, Scharf contuvo una sonrisa de satisfacción.

—Estas personas no valen nada, madame —le dijo Franke—. Uno les demuestra un poco de amabilidad y ellos se comportan como...

Ella sacó la mano de su suéter, sosteniendo un arma.

—¡Frau Ackermann! —Los ojos de Franke se agrandaron y dio un paso hacia ella.

Su mano estaba un poco temblorosa al principio. Claramente, nunca había sostenido un arma. Pero extendió ambos brazos con firmeza y apuntó a Leo, quien estaba atado en la silla.

—Te acogí bajo mi protección. Te di esperanza. Y tú me has humillado. —Retiró el percutor del arma.

—Madame, lo lamento. —Leo la miró y agachó la cabeza, esperando.

—No lo lamentos. —Greta giró los hombros y movió el arma en dirección a Franke. Él la miró en estado de *shock*—. ¿Se comportan como qué, coronel?...

Disparó. La mandíbula de Franke se abrió en medio de una respuesta perpleja y sin palabras. Apareció un agujero entre los ojos del hombre de la Abwehr y éste se desplomó al suelo.

La sonrisa burlona de Scharf desapareció de inmediato, y trató con dificultad de alcanzar su propia arma. Greta le disparó dos veces en el pecho, y el impacto lo lanzó contra la pared, donde se hundió lentamente, en una

mancha de su propia sangre, y se deslizó hasta el suelo.

Al principio, sólo hubo silencio. Y el olor a plomo y a carne quemada. Por un momento, todos estaban demasiado estupefactos para entender por completo lo que acababa de ocurrir.

—Rápido —dijo Greta—. No hay mucho tiempo. El tren sólo los mantendrá ocupados unos minutos. —Corrió hacia Leo y lo desató—. ¿Tienen alguna manera de escapar? —dijo dirigiendo la pregunta a Blum.

—Sí. Creo que sí —respondió él, un poco aturdido.

—Entonces pueden cambiarse. —Señaló el uniforme del oficial de inteligencia—. Su coche está fuera. Hay un chófer en él. Pero deben apresurarse.

—¡Nathan! —Leisa corrió hacia él y deshizo el nudo que mantenía sus muñecas atadas.

Blum sacudió los brazos para librarse de la cuerda y abrazó a su hermana. Había pensado que no volvería a sostenerla entre sus brazos. Luego corrió rápidamente hacia el cuerpo de Franke, en el suelo, e hizo lo que Frau Ackermann había sugerido. Desabotonó la chaqueta gris del oficial y sacó los brazos del hombre muerto. Oyeron el sonido lejano de la música y el escándalo de los recién llegados en la plataforma del tren. Ya no separaban a la gente en dos filas, a la izquierda o a la derecha, sino que todos iban en una misma hilera y avanzaban con rapidez, probablemente en dirección a su muerte, esa misma noche.

Blum habría deseado poder advertirles a todos y a cada uno de ellos. Pero, por ahora, era la mejor distracción que podían pedir.

Tan pronto como Leo se liberó, corrió hacia Mendl. El rostro del anciano estaba totalmente pálido. Había perdido mucha sangre; la sangre de la herida había empapado su uniforme de rayas por completo. Sin embargo, su mirada reflejaba una especie de calma y claridad, incluso mientras sus fuerzas se agotaban. Blum se puso la chaqueta del oficial mientras Leo desataba los brazos de Mendl.

—Profesor, por favor, levántese. Tiene que venir con nosotros.

—No. —El viejo negó con la cabeza—. Ya es demasiado tarde. No iré a ninguna parte. Como ves, mi tiempo se ha agotado.

—No, no se ha agotado —suplicó Leo—. Aún no, Alfred. Tiene que venir con nosotros.

Blum le quitó las botas al hombre muerto y le arrancó los pantalones.

—Señor, creo que usted sabe mejor que nadie lo mucho que depende de ello. —Metió las piernas en el pantalón y se puso las botas negras, que eran una o dos tallas más grandes que sus pies.

Leo trató de ayudar a su amigo a ponerse de pie.

—Alfred, por favor..., tiene que intentarlo. Nosotros podemos llevarlo.

—No. No puedo. No puedo... —Su respiración se había vuelto pesada y dificultosa. Miró su costado y colocó la mano ahí. Luego volvió a levantarla y vio la palma de la mano manchada de sangre. Sacudió la cabeza triste—. Moriría en el camino y os retrasaría. Dejad que me quede.

—Imposible —insistió Blum, usando el uniforme de la Abwehr que solía pertenecer a Franke. Aunque, desde luego, no se parecía en nada al coronel. En absoluto. Tenía la mitad de años que él y las facciones más oscuras. Pero, de noche, con el uniforme, y la gorra baja cubriendo su frente, sólo necesitarían un instante—. Levántese, señor. El presidente de Estados Unidos me envió para llevarlo de vuelta conmigo, y mientras siga habiendo aliento en su cuerpo, eso es exactamente lo que haré. Usted más que nadie sabe lo que está en juego, lo que depende de que usted logre salir de aquí. Lo llevaré en brazos de ser necesario. Sólo hasta el coche.

—Blum, por favor... —La mancha de sangre se había extendido aún más en el costado de Mendl. Sólo quedaba un destello resignado y debilitado en su mirada—. No puedo.

—¡Tiene que hacerlo! No pienso dejarlo. No después de todo lo que hemos arriesgado para encontrarlo, profesor. No ahora.

Blum sabía que sólo tenían unos segundos para salir de allí. Ackermann había dicho que volvería al cabo de media hora. Eso podría ser en cualquier momento.

Observó al pálido físico, temiendo, a cada instante que pasaba, que falleciera y todo se perdiera: la misión, su juramento. La voz de Roosevelt resonaba en su cabeza: «No nos falle»; no sabía qué hacer.

—Me temo que Dios tenía en mente un final distinto para mí —dijo

Mendl, jadeando y esbozando una sonrisa extremadamente débil—. Pero aún existe una manera...

—¿Una manera...? La única manera es saliendo por la puerta, señor. ¿A qué se refiere? —Blum sabía que, en cuestión de un par de minutos, el hombre por quien había arriesgado su vida posiblemente moriría.

—Leo —dijo el profesor. Extendió la mano, casi sin ver, y Leo se la cogió. Mendl miró a Blum—. Él no es mi sobrino. Te mentí. Lo siento, sé que eso podría habernos retrasado, pero lo hice precisamente por si ocurría esto. El chico... —Mendl tosió, y luego hizo una mueca de dolor, limpiándose la sangre de los labios con la manga—. Él lo sabe todo. Todo lo que yo sé. Cada prueba. Cada fórmula. Todo lo que necesitan. Se lo he estado enseñando estos últimos meses.

—¿Se lo ha estado enseñando? —Blum se quedó mirando a Leo boquiabierto—. ¿Habla en serio?

—Sí —asintió el chico—. Pero...

—Lo tiene todo, Blum. Cada detalle. —Una llama ardía en los ojos de Mendl y confirmaba lo que decía—. Incluso más que si te diera mis propias notas para que te las llevaras. Te doy mi palabra.

Blum miró a Leo. No tenía ninguna libreta, ningún cuaderno a la mano. Nada. Y tampoco llevaba nada consigo cuando habían tratado de escapar del campo.

—¿Cómo? ¿Dónde...?

—Díselo, Leo. —Alfred asintió con una sonrisa—. Vamos.

El chico se tocó su propia sien.

—Aquí.

—¿En tu cabeza? —Blum abrió la boca otra vez y observó a Mendl.

—Te dije que era un chico excepcional, ¿recuerdas?... —dijo el profesor, aunque cada respiración que daba parecía quitarle más y más energía—. Su cabeza es como una enciclopedia. Lo supe en cuanto lo conocí. Créeme, Blum, no sabes lo feliz que sería si pudiese irme contigo y reunirme con algunos de mis viejos amigos; si pudiese presentar mi trabajo al fin. Pero eso sólo os retrasaría. Sabes tan bien como yo que, en ese caso, ninguno de nosotros lograría escapar. Así que marchaos ahora. —Sonrió débilmente,

luego tosió—. Ya no me necesitáis.

—Rápido, tienen que darse prisa —terció Greta—. ¿Oyen la orquesta? La multitud empieza a avanzar. Kurt volverá pronto.

—Están tocando el «Himno de la Alegría» de Beethoven —le confirmó Leisa a Blum—. Eso significa que los están bajando de la plataforma.

Los ojos de Leo se llenaron de lágrimas.

—Alfred, por favor, venga con nosotros..., tiene que hacerlo.

—No, hijo. Éste es tu camino, Leo, no el mío. Por eso Dios quiso que te encontrara. Ahora lo entiendo. Es la única certeza que tengo.

—No puedo dejarlo aquí.

—Sí, lo harás, Leo. Tienes que dejarme. Prometiste que lo harías. Tienes que cumplir tu palabra.

Blum cogió a Leo de los hombros y lo miró a los ojos.

—¿Todo eso es cierto? ¿Sabes todas esas cosas, todo lo que él dice? ¿Cada parte? Necesito estar completamente seguro.

—Sí. —El chico dudó al principio, luego asintió con convicción—. Lo juro.

—Entonces, tenemos que irnos. Ahora. —Recogió la Luger de Franke del suelo—. Profesor, desearía poder decir algo más. Dios le debe un mejor destino que simplemente quedarse aquí para morir.

—Mi destino está en buenas manos —repuso con una sonrisa que reflejaba determinación—. Mis chicas llevan mucho tiempo esperándome.

—Y, madame... —Blum miró a Greta—. Hay sitio. ¿Vendrá con nosotros?

—Gracias. —Ella negó con la cabeza—. Pero me quedaré con él.

—Por favor, venga con nosotros... —le imploró Leo. Todos sabían el destino que le aguardaba cuando su esposo regresara.

—No. —Greta le esbozó una sonrisa—. El profesor está en lo cierto: tampoco es mi destino. Además, es posible que necesiten unos minutos de distracción adicionales cuando mi esposo vuelva. Así que váyanse.

Blum asintió.

—Sin importar qué es lo que la ha incitado a hacer lo que ha hecho por nosotros, tiene mi más sincero y profundo agradecimiento.

—Deben darse prisa. —Miró a Leo profundamente a los ojos y colocó una mano sobre su mejilla—. Vete. Los guardias volverán de la plataforma en cualquier momento. Que Dios os acompañe.

—Y a usted también, madame —respondió Blum—. Leisa, ponte eso por encima. —Blum señaló una manta doblada que estaba en el suelo—. Leo, tú me seguirás una vez que te dé la señal de que es seguro. ¿Dice que su coche está fuera?

—Sí. —Greta asintió—. Cuando entré, su chófer estaba fumando un cigarrillo.

—Bueno, esperemos que ya haya terminado y haya vuelto al vehículo. —Blum revisó el arma—. De lo contrario, la guerra habrá terminado para él y nosotros tendremos que tratar de escapar en el coche lo mejor que podamos. Leo, ¿por casualidad sabes conducir?

—No —respondió el muchacho sacudiendo la cabeza—. No sé conducir.

—Yo tampoco. Esperemos que el chófer esté de vuelta en el coche. Profesor...

Mendl no respondió. Su cabeza estaba inclinada, su boca abierta, los labios blancos y agrietados y murmuraba algo. Se estaba muriendo.

—¡Alfred! —exclamó Leo, con la angustia desgarrándolo desde dentro. De nuevo, parecía incapaz de marcharse.

—¡Leo! —Blum lo agarró del hombro—. Tienes que dejarlo. Es hora de irnos.

—Yo me quedaré con él —dijo Greta—. No morirá solo. Tu amigo tiene razón, tenéis que marcharos sin demora. Pero, Leo...

—¿Sí, Frau Ackermann?... —Leo se volvió al llegar a la puerta.

—Greta. —Ella sonrió—. No humillarías a una dama habiéndolo olvidado tan deprisa, ¿verdad?... —Cogió de la mesa la foto de ella en la barca que Leo se había llevado de su casa, así como la pieza de ajedrez blanca que le había regalado. Se acercó a él, colocó ambos objetos entre las manos del chico y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. El bien gana, Leo. De vez en cuando. Recuérdalo. Incluso aquí. Así que sálvate y vive tu vida. Si no por otra cosa, hazlo por mí.

—Lo haré, madame —dijo él; las lágrimas se escurrían por sus mejillas

—. Lo haré.

—Vete entonces. —Greta volvió junto al profesor y le tomó la mano—. Ahora necesita oír una voz reconfortante.

—Gracias otra vez —dijo Blum mientras abría la puerta del bloque de celdas unos centímetros. Se asomó. Vio el gran coche a unos cuantos metros de distancia. No parecía haber nadie alrededor—. ¿Estáis listos? —Miró a Leo y a Leisa. Ambos asintieron. Había llegado el momento. Observó a Alfred una vez más y le esbozó una última sonrisa a Greta—. Que sea por el bien entonces.

—Sí. Por el bien.

Blum se bajó la gorra del coronel para que ésta ocultara sus ojos y salió.

Una vez fuera, la suerte parecía estar de su parte. No había guardias a la vista. Oyeron un gran estruendo y vieron el brillante destello de unas luces que provenían de la plataforma del tren, cerca de la entrada principal. El chófer de Franke estaba en el asiento delantero de un gran sedán Daimler, con la puerta abierta.

—En marcha —dijo Blum, quien llevaba a Leisa en brazos envuelta con la manta, y le hizo una señal a Leo con la mano para que esperase.

El chófer corrió a abrir la puerta.

—Quédate delante —gritó Blum oficiosamente en alemán. Llevaba la Luger de Franke en la mano y estaba preparado para usarla si el chófer no obedecía.

Por fortuna, el coronel de inteligencia debía de haber sido un jefe tan estricto que el conductor simplemente saludó y se quedó detrás del volante, después de responder:

—Sí, Herr coronel.

Blum abrió el maletero del Daimler. Luego, metió en él a Leisa.

—Ahora. —Miró a su alrededor y, con otra señal dirigida a Leo, éste salió del bloque a la carrera y se metió en el maletero también—. Guardad silencio. Os sacaré de aquí cuando estemos lejos y a salvo.

A continuación, cerró de nuevo el maletero y abandonó la parte trasera del vehículo.

—Arranca —ordenó subiendo al asiento de atrás, con la gorra del coronel

de la Abwehr cubriendo parcialmente su rostro—. Regresamos esta noche. Vamos.

—¿De vuelta a Varsovia, Herr coronel?... —Ya era casi medianoche y era un viaje muy largo.

El chófer volvió la cabeza. Sus ojos se agrandaron a causa del impacto.

Blum lo apuntaba a la cara con la Luger.

—Si quieres vivir, conduce. Una vez nos alejemos de la entrada, te dejaré marchar. Pero si dices una sola palabra o muestras el menor indicio de que algo va mal, será lo último que hagas. ¿Entendido?

El chófer, un cabo que llevaba un uniforme gris de la Abwehr y una gorra blanda y puntiaguda, un par de años mayor que Blum, asintió y miró al frente.

—Sí, señor, entendido. —Giró la llave en el contacto y el motor del Daimler se puso en marcha con estrépito.

—Mantén ambas manos en el volante, donde pueda verlas. Y, como puedes comprobar, cabo, mi alemán es perfecto, así que nada de trucos. Puedes estar seguro de que mi arma está detrás de tu cabeza.

—Sí, coronel. —El chófer asintió nerviosamente.

—Conduce.

A continuación, dio media vuelta y se dirigió lentamente a la entrada principal. Aparentemente, nadie les prestaba atención ni los perseguía. Blum alcanzaba a ver guardias en las torres de vigilancia, detrás de ametralladoras, pero su atención parecía estar dirigida a las vías, no al elegante vehículo de un oficial debajo de ellos. Había mucho movimiento al frente, ya que el tren principal había dejado su carga. Reflectores y música de orquesta. Una festiva danza eslava. Los guardias gritaban órdenes. Blum alcanzaba a ver una gran multitud, miles de personas, como una ola negra, congestionada en la plataforma del tren.

Era probable que ninguno de ellos viviera para ver la luz del día.

—Detente en la entrada, como de costumbre —le indicó Blum. Su ritmo cardíaco empezó a acelerarse. Vio a dos o tres guardias vigilando la entrada—. Y, te repito, una sola palabra o movimiento en falso y respirarás tu último aliento.

—Sí. Entiendo. —El conductor asintió.

—Bien.

Al aproximarse al camino de salida, el vehículo aminoró la velocidad y se detuvo frente a la entrada, la misma por la que Blum había accedido al campo tres días antes. El reloj de la puerta marcaba las doce y ocho minutos. Faltaba una hora y media, aproximadamente, para que aterrizara el avión, de acuerdo con el plan. Si es que aún aterrizaba. De pronto, Blum contuvo un temblor de preocupación, al pensar que él y Mendl no estarían en el río, de acuerdo con lo planeado, cuando ocurriera el ataque, dentro de veinte minutos. Un guardia salió de la caseta de vigilancia y se acercó al Daimler. El chófer se dispuso a bajar la ventanilla. Blum tiró del percutor para que el conductor lo oyera.

—Recuerda, estaré escuchando cada palabra.

—¿Se va tan tarde? —preguntó el guardia de la entrada, echándole un vistazo al coche.

—De vuelta a Varsovia —respondió el chófer—. Un asunto urgente, me temo.

—Herr coronel... —saludó el guardia, mirando someramente la parte de atrás del automóvil.

Desde la parte más oscura del asiento trasero, Blum le respondió con un gesto de la mano. El arma estaba oculta bajo el abrigo del coronel, que le cubría el brazo.

El corazón casi se le salía del pecho.

—Bueno, en ese caso, cuidado con la niebla —dijo el guardia, e hizo una señal en dirección a la caseta de vigilancia—. Hay mucha en el valle por la noche.

—Gracias. Tendré cuidado —respondió el chófer. A continuación, la verja se abrió lentamente y el guardia se hizo a un lado.

Blum dejó escapar una profunda exhalación.

El Daimler avanzó. Al pasar, Blum miró hacia atrás y vio cómo el soldado regresaba a su posición en la caseta de vigilancia. La verja se cerró nuevamente. Su corazón empezó a retomar su ritmo normal.

Había pasado tres días en el peor infierno imaginable en la tierra.

Y, ahora, eran libres.

Ackermann supo que algo andaba mal tan pronto como él y Fromm se acercaron al bloque de celdas.

Se oían silbatos. Los guardias corrían por todas partes, gritando. El teniente Kessler estaba de pie en la entrada, con el rostro ceniciento; se puso en posición de firmes y saludó cuando Ackermann se acercó.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el *Lagerkommandant* con los nervios dando vueltas en su vientre.

Kessler se limitó a señalar el interior.

Ackermann entró, y su mandíbula se tensó con fuerza al echar un vistazo alrededor.

Franke estaba muerto. «Imposible.» En el suelo. Había un agujero oscuro en su frente. Sus ojos estaban tan abiertos como dos monedas de Reichsmark.

Y Scharf... Él estaba sentado y apoyado en la pared; su expresión era de estupor, tenía dos agujeros rojos en el pecho y había un rastro de sangre embarrado en la pared donde su cuerpo se había deslizado.

Greta lo miró. Llevaba un vestido estampado de color azul y una gabardina. Sostenía un arma en la mano.

—¿Qué ha pasado aquí? —dijo su marido horrorizado, aunque la respuesta era evidente.

—Se han ido, Kurt. Eso es lo que ha pasado. —Greta sonrió, aunque no con humor—. Tu preciado topo. Su hermana. Oh, y mi pequeño amigo jugador de ajedrez. Todos se han ido. El profesor... —Mendl seguía sentado

en la silla, con la cabeza hacia atrás, los ojos parpadeando en largos intervalos, una gran mancha de sangre en su uniforme de rayas y murmurando algo—. Él se ha quedado conmigo.

—¿Qué diablos está diciendo? —preguntó Ackermann, aunque no sabía a ciencia cierta por qué le importaba.

—Está hablando en alemán, Kurt. Deberías entenderlo. Dice: «*Ist das wirklich so?*».

—¿«Eso es verdad»? —preguntó Ackermann, desconcertado.

—Tal vez está tan sorprendido por lo que ve como tú, Kurt.

—Greta, baja el arma. Por favor.

—No, Kurt. No lo haré. —En vez de eso, lo apuntó con ella.

Fromm trató de alcanzar su pistola, pero Ackermann estiró un brazo.

—Podría matarte también a ti, Kurt. Pero ¿qué importancia tiene eso ya? —Su mirada y su voz denotaban cierto placer—. Tu carrera está acabada. Todo por lo que has trabajado tan duro. Todos tus adorados números. Y ni siquiera necesito apretar el gatillo. Ya estás muerto. Tan muerto para ellos como lo estás para mí. Muerto para todos.

Ackermann la observó con horror y luego miró lentamente a su alrededor.

—Greta, ¿qué has hecho?

—¿Qué he hecho yo? —Ella rio—. La pregunta es ¿qué es lo que has hecho tú, Kurt? ¿Qué es lo que habéis hecho todos vosotros? Eran personas. Tus preciados números... no lo eran, Kurt. Eran madres. Esposos. Niños pequeños. Tenían vidas. Esperanzas. Al igual que nosotros alguna vez. Personas.

—He hecho lo que tenía que hacer, Greta. Si no lo hubiese hecho yo, habría sido otro. —Dio un paso hacia delante—. Fromm, active la alarma. Quiero que traigan a esos tres de vuelta de inmediato.

—Sí, *Herr Lagerkommandant*. —El asistente retrocedió lentamente en dirección a la puerta, consciente del arma que Greta tenía entre manos y que no se había movido en ningún momento del pecho de su marido. Salió corriendo.

—Los atraparemos, Greta. Todo esto habrá sido en vano. Los atraparemos, y ya sabes lo que les haremos. Ahora, baja el arma.

—Me temo que no puedo hacerlo, Kurt. Es demasiado tarde. Ambos lo sabemos. No ahora. Ah, y otra cosa, mi querido esposo..., hay algo que deberías saber.

—¿Qué es lo que debería saber, Greta? —La observó con la ira acumulándose dentro de él. Estaba en lo cierto. Su carrera estaba arruinada. Sus vidas. ¿Qué más faltaba?

—Tenías razón. Sí me tiré al joven judío.

La mandíbula del *Lagerkommandant* se tensó de rabia.

—Dejé que me hiciera voluntariamente lo que tú tuviste que obligarme a hacer.

Él apretó los dientes.

—Greta, dame el arma.

El anciano había dejado de murmurar. La cabeza le colgaba hacia un lado. Su boca estaba abierta, pero sus ojos parecían claros. Finalmente, dejó escapar una última y profunda exhalación.

Se había ido.

—Creo que sabes lo que eso significaba, Kurt. «*Ist das wirklich so?*» Cualquiera que haya vivido en este infierno lo sabría. Creo que estaba viendo a su esposa y a su hija. Así como yo veo algo ahora...

—¿Qué es lo que ves, Greta?

—Veo más allá de esto. Incluso en este infierno, uno tiene que seguir creyendo en algo, ¿no es así?

—Y ¿en qué crees tú, Greta?

—¿En qué creo yo?... —Le esbozó una pequeña sonrisa—. Yo creo en el cielo, Kurt. En la gran inmensidad azul del cielo.

—¡Greta!

Entonces ella subió el arma a su propia cabeza y apretó el gatillo.

Cuando se desplomó en el suelo, Greta logró quitarse un gran peso de encima. Ya no se sentía atada a ese lugar lleno de fealdad y de muerte. Pasó junto a Kurt, que seguía mirando su cuerpo con horror, como si ella no estuviese allí. La puerta estaba abierta. Pasó frente los barracones, uno tras otro, todos geoméricamente idénticos, y junto al funesto crematorio de ladrillo rojo. Los guardias corrían por todas partes. Siguió más allá del

penetrante olor acre y la pesada nube negra que siempre flotaba tan baja que nunca permitía ver el cielo azul más allá de ella, incluso los días en que estaba despejado.

Sin embargo, ahora podía ver el cielo, infinito y hermoso. Podía ver estrellas y galaxias. Podía ver hasta un lugar lejano sobre el que había leído. Un lugar repleto de praderas, ríos y belleza. Todo parecía estar tan cerca, justo delante de ella. Sonrió. A través de la niebla. Siempre había estado ahí, pensó. Siempre tan cercano.

Justo al otro lado de la alambrada.

70

—Dirígete al pueblo de Rajsko —le ordenó Blum al conductor tan pronto como se alejaron del campo. Un letrero en el camino decía que estaba a doce kilómetros al sureste—. Recuerda que sigues teniendo un arma en la cabeza.

—Por favor —pidió el joven chófer—. Haré lo que usted diga, pero no me dispare. Acabo de casarme hace cuatro meses.

—Entonces, conduce. Con ambas manos sobre el volante. Todo el tiempo.

El lugar donde Blum había saltado se encontraba en un campo situado a tres kilómetros al sur de la aldea de Wilczkowice, y el punto de aterrizaje estaba en un camino de granja lo suficientemente despejado para que cupiera el Havilland Mosquito, a medio kilómetro al norte. Josef le había señalado el lugar después de recogerlo.

—¿Qué hora tienes? —le preguntó al chófer.

—¿Hora? Las cero quince horas, señor —respondió el conductor mirando hacia atrás.

El ataque al grupo de trabajo estaba programado para dentro de quince minutos. El avión ya debía de estar en camino. Pero, al no haber nadie en el río, los temores de Blum lo condujeron a pensar si el avión siquiera aterrizaría. Sólo podía rezar para que aún hubiese gente en el punto de aterrizaje. Tenía que despejar el campo y alumbrar el camino. Se pondrían en contacto por radio con el avión.

Ahora, sólo tenía que localizar el lugar.

—¿Cuál es el kilometraje, cabo? En el cuentakilómetros.

—¿El kilometraje? 78.429 —leyó.

—78.429 —repitió Blum—. Gracias. —Por primera vez, se apoyó en el asiento.

El camino estaba oscuro; después de la medianoche, ya casi no había nadie en él. Se preguntó cuánto podrían avanzar antes de que los descubriesen. Hasta que encontrasen a Greta Ackermann. Al principio, los alemanes no podrían saber con certeza qué dirección habían tomado. Pero probablemente tenían controles fronterizos en cada pueblo y, en un elegante y llamativo Daimler, los encontrarían rápidamente.

—Apaga las luces —le ordenó al chófer.

—Pero, señor, el camino está oscuro. Es peligroso.

—Créeme, será más peligroso si no las apagas. —Blum le apoyó el arma en la parte posterior de la cabeza—. Hazlo.

El conductor obedeció y apagó los faros.

Los pensamientos de Blum volaron hacia Mendl y la esposa de Ackermann. Probablemente él ya estaba muerto; en cuanto a ella, era imposible saberlo. Sólo rezaba para que lo que había dicho el profesor fuera cierto. Que todo lo que él sabía estaba a salvo en el cerebro de Leo. Todo dependía de eso ahora.

«Rajsko, a tres kilómetros...»

—Reduce la velocidad. Giraremos a la izquierda más adelante.

—¿A la izquierda? Creí que había dicho que quería ir a Rajsko.

—Verás una especie de molino a la derecha, y debería haber un camino de tierra a la izquierda. Tómallo. Ve despacio o te lo pasarás. —Era una de las carreteras secundarias que Josef había tomado para evitar ser detectado camino de Brzezinka la noche en que Blum llegó.

De pronto, más adelante, vio la luz de unos faros en la distancia que se dirigían hacia ellos.

—Rápido, sal del camino ahora.

—¿Aquí, señor?

—¡Ahora! En esa zanja a la izquierda. —Blum le puso la pistola en la cabeza otra vez—. Y ni se te ocurra encender las luces mientras pasan, a

menos que quieras que esa nueva esposa de la que hablas se convierta en una viuda de guerra.

—Sí, señor. —El chófer asintió.

Giró el volante del Daimler, con las luces apagadas ahora, y se metió en un claro junto a la carretera. Las luces que se acercaban se hicieron más brillantes. Blum vio que se trataba de un camión que se dirigía al campo. Mientras pasaba, su corazón se detuvo por completo. Se inclinó con el arma aún en la cabeza del chófer.

—Ni un movimiento.

Al pasar, Blum vio que se trataba de un camión militar... lleno. Sabía que había un destacamento en Rajsko. Así que, probablemente, ya se habían enterado en otras partes. Contuvo la respiración mientras observaba cómo el camión pasaba y seguía avanzando, sus luces traseras desvaneciéndose en la oscuridad de la noche.

Blum dejó escapar un suspiro.

—De acuerdo, sigamos. Y mantén los ojos abiertos para tomar el desvío.

Encontraron el camino y bordearon el pueblo. El camino pasaba junto a granjas y cabañas oscuras, con sus habitantes dormidos. Era muy irregular y estaba lleno de baches, más adecuado para un camión agrícola o un tractor que para un pesado Daimler, diseñado para mantener una velocidad constante. Se sentía mal por Leisa y por Leo, por lo que debían de estar sufriendo encerrados en el maletero.

Finalmente, el desvío los condujo al camino principal otra vez.

—¿Por dónde ahora? —preguntó el cabo.

—A la izquierda. Hacia Wilczkowice.

El chófer viró y, durante algunos kilómetros, el único vehículo con el que se cruzaron fue un camión de transporte de químicos que se dirigía al este, posiblemente a las instalaciones de IG Farben. Blum trataba de encontrar algo, cualquier cosa, que le resultase vagamente familiar a su alrededor. No había nada, pero, para su satisfacción, algo más adelante se toparon con el paso a nivel donde los guardias los habían detenido a Josef y a él tres noches antes, que ahora estaba desierto y en silencio. Blum sabía que iba por buen camino. Pero ahora era cuando las cosas empezaban a complicarse. En el

trayecto con Josef y Anja, había pasado todo el tiempo con ellos, sin prestar atención al camino. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que tal vez tendría la necesidad de encontrar su camino de vuelta. Sabía que buscaba un sendero alternativo, sin pavimentar, lejos de la carretera principal. «Pero ¿dónde?...» Pasaron junto a una granja con un silo cónico. Sí, pensó que tal vez ya había visto eso antes. Tal vez.

—Sigue avanzando.

Más adelante, pasaron junto a un camino de granja a oscuras, bloqueado por una verja.

—¡Detente!

El chófer frenó.

—¿Cuál es el kilometraje ahora? —preguntó Blum.

—78.451 —leyó el chófer.

Habían recorrido veintidós kilómetros.

Ése tenía que ser el camino.

—Sal del coche y abre esa verja —le ordenó Blum—. Si intentas correr, te dispararé en la espalda. Ya no te necesito ahora.

—No lo haré. No lo haga, por favor.

—Entrégame tu arma.

—No llevo arma —dijo el chófer—. Sólo soy un mecánico. Mire... —Se levantó la chaqueta. Como había dicho, no había ninguna sujeta a su cinturón.

—Está bien. Hazlo rápido entonces. —Blum salió del vehículo con él—. Deberías poder abrir la verja.

El cabo corrió hacia ella y sacudió la cerradura torpemente durante unos segundos, luego, abrió finalmente la verja; en todo ese tiempo, Blum no apartó la pistola de él ni un instante. Estaba oscuro como boca de lobo. Blum no estaba cien por cien seguro del camino, pero esa verja tenía que ser la misma que Josef había abierto cuando se dirigían a Brzezinka. No habían pasado por ninguna otra similar. Y el kilometraje parecía corresponder.

—Ahora, ve a la parte trasera del coche y abre el maletero —le ordenó Blum.

—De acuerdo —dijo el chófer, alzando las palmas a la altura de los hombros—. Pero no dispare. —Abrió el maletero.

Leo y Leisa asomaron la cabeza con incertidumbre.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó el muchacho.

—Cerca de donde tenemos que estar. Salid.

Leisa miró a su alrededor.

—¿Va todo bien, Nathan? ¿Sabes dónde estamos?

Blum le hizo un guiño afirmativamente para indicarle que todo estaba bien.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó Leo refiriéndose al chófer, que empezaba a mirarlos con ansiedad y preocupación.

—Ya lo decidiremos. Por ahora, subid al coche. Leo, tú delante.

Continuaron avanzando por el camino oscuro, con las luces encendidas ahora. Blum se concentraba en cada trecho y cada curva, tratando de encontrar algo que le resultara familiar. Un granero. La verja de una granja. Un letrero.

Nada.

—¿Qué hora es? —le preguntó nuevamente al chófer.

—Las cero cuarenta —dijo él.

«Cincuenta minutos para el aterrizaje.» Si perdían el avión, no importaría si estaban en lo cierto o estaban equivocados. Tampoco importaría dónde se encontrarán. No tenían otra forma de volver a casa. Estaba el refugio de Rajsko, pero eso implicaría conducir en un vehículo que probablemente debían de estar buscando todos los nazis de Polonia. Además, era evidente que su plan de fuga se había filtrado. Tal vez el refugio ya ni siquiera fuera un lugar seguro.

De pronto, llegaron a una bifurcación.

El chófer miró hacia atrás.

—¿Por dónde?

«Tres kilómetros al oeste de Wilczkowice», había dicho Josef.

—Por ahí —indicó Blum, señalando hacia la izquierda.

Allí, el camino parecía avanzar a lo largo de una cumbre con frondosos árboles.

—¿Cómo podrá aterrizar el avión? —preguntó Leisa mirando alrededor—. Aquí todo es bosque.

—¡Shhh! —le advirtió Blum. Vio cómo el guardia volvía la cabeza.

—¿Estás seguro de que sabes dónde estás? —le preguntó Leo desde delante.

—No tengo tan buena memoria como tú —repuso Blum secamente—, pero sé que está cerca de aquí.

Más le valía rezar para que así fuera.

Siguieron avanzando durante otro kilómetro o dos más. La noche era tan densa y oscura que no podían ver nada más que la luz de sus propios faros y los insectos que chocaban contra el parabrisas, prácticamente cegándolos. El Daimler se sacudía mientras circulaba por el camino lleno de baches. Un conejo pasó corriendo frente a ellos. El conductor se detuvo. Luego, llegaron a una alambrada que cercaba un campo. A Blum le parecía haberlo visto antes. Después, una casa en la distancia, donde un perro ladraba. Un letrero escrito a mano: Nie wchodzic na («Prohibido el paso»).

Su corazón se aceleró. Estaba seguro de que estaba cerca del lugar en donde había aterrizado.

—Aparca aquí.

El Daimler se detuvo.

—¿Es aquí? —Leo miró dubitativo a su alrededor. Allí no había nada. Tan sólo campos vallados y más bosque.

—Lo suficientemente cerca. Salid todos.

No había ni una luz ni ningún punto de referencia por ningún sitio. Blum calculaba que habían conducido unos tres kilómetros desde la carretera principal. La vivienda más cercana estaba al menos a unos cientos de metros de distancia.

El chófer los miró con nerviosismo y las manos levantadas.

—¿Y ahora qué? —Leo miró a Blum.

Blum se fijó en el chófer.

—Ahora, nos ocuparemos de él.

—Dame tu reloj —ordenó Blum al chófer.

—Pertenece a mi padre —protestó el alemán.

—Mis disculpas para él entonces. Al mío lo asesinaron los nazis. —Blum lo apuntó con el arma—. Vamos, dámelo.

El conductor se quitó el reloj y se lo dio. Diez minutos para la una. Faltaban cuarenta. Si es que aún estaba previsto que el avión aterrizara. El ataque a las vías del tren ya debía de haber tenido lugar, y los partisanos ya se habrían dado cuenta de que nadie había aparecido para encontrarse con ellos.

El corazón de Nathan se aceleró con ansiedad. No había ningún indicio de presencia humana alrededor.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos con él? —preguntó finalmente Leo.

—Dice que es sólo un mecánico —dijo Blum.

—Lo soy —insistió el chófer al oír la palabra *mecánico*, que era igual en polaco. Probablemente tenía uno o dos años más que Blum, no más. Recién casado. Si es que decía la verdad. Sus ojos se movían de un sitio a otro, tal vez buscando una posible ruta de escape para correr si era necesario.

—Bueno, pero ha oído cosas —dijo Leo—. Y, mecánico o no, lleva esa águila en el pecho. —Señaló su insignia de la Abwehr.

—Es sólo un uniforme —le suplicó a Blum el chófer, que no necesitó traducción de lo que había oído—. Fui reclutado.

—Vosotros dos adelantaos. —Blum señaló un oscuro grupo de árboles a unos doscientos metros de distancia—. Esperadme allí. Yo me encargaré de

él.

—Tienes que matarlo —le insistió Leo en polaco—. Si no, alertará a todos los demás.

—Tal vez esté diciendo la verdad —terció Leisa en defensa del chófer.

Nathan asintió.

—Vosotros seguid. Os alcanzaré dentro de un momento.

El conductor parecía estar tratando de entender lo que decían y no daba la impresión de estar muy feliz con lo que oía.

Leo y Leisa comenzaron a caminar entre la alta hierba hacia los árboles. Blum esperó hasta que se perdieron de vista.

—Por favor, no se lo diré a nadie —suplicó el alemán, presintiendo lo que ocurría—. Sólo soy un mecánico. Me ordenaron que condujera este coche. El uniforme no significa nada para mí. Me obligan a usarlo. No creo en lo que hacen.

—Camina. —Blum señaló con el arma. Había un punto bajo un árbol donde la hierba era más alta—. Por ahí.

—Por favor, he hecho lo que me ha pedido. Ha dicho que me dejaría ir. No se lo contaré absolutamente a nadie. Lo prometo —suplicó nerviosamente.

—Has oído lo del avión.

—No he oído nada. ¿Qué avión? No hablo ni una palabra de polaco. Mi esposa me espera de vuelta dentro de tres meses. No me dispare, por favor...

—Lo siento. Ocurren muchas cosas malas durante la guerra. ¿Nadie te lo había dicho? Camina hacia allí.

El alemán dio un paso atrás. Blum sabía qué era lo que debía hacer. Recordó lo que Strauss y Kendry le habían preguntado en Inglaterra: «¿Es capaz de matar?».

«Soy un soldado. Desde luego que soy capaz de matar.»

«En esta misión, ésa podría ser la diferencia entre la vida y la muerte. Tendrá que hacer cosas mucho peores que matar a un gato.»

«Entonces, hágalo. Ahora.»

El chófer se quedó allí parado, con el miedo inundando sus ojos.

—Los nazis asesinaron a mis padres —dijo Blum— sólo porque estaban

cerca del lugar donde mataron a uno de los suyos. —Tensó su dedo sobre el gatillo.

—Yo no lo hice —suplicó el cabo. Lo miró a los ojos—. Por favor.

—Da un paso hacia atrás.

Temeroso, el alemán tragó saliva e hizo lo que le habían ordenado.

Blum quería dispararle. Por la memoria de su padre y de su madre. Por todo el dolor y el sufrimiento monumental que había presenciado durante los últimos tres días. Por todo eso, le parecía justo empuñar el arma y ver cómo suplicaba ese *szkop* alemán momentos antes de su ejecución, como lo haría cualquiera, como miles de judíos lo habían hecho anteriormente, por su vida.

Apuntó la Luger al pecho del conductor.

«Dispara ahora.»

En vez de eso, bajó el arma.

—Vamos, vete. Lárgate de aquí.

El cabo lo miró con desconcierto.

—¡Vete! Y recuerda que fue un judío el que te devolvió la vida cuando podría habértela arrebatado. Haz algo bueno con ella. Eso está en el Talmud.

—Sí. —El alemán sonrió y asintió, agradecido por ese repentino golpe de suerte—. Lo prometo. Lo haré.

—Ocúltate en aquel bosque y quédate ahí hasta que nos vayamos. — Blum lo apuntó con el arma otra vez—. O, de lo contrario, cambiaré de opinión.

—Sí. Desde luego. No se preocupe, lo haré.

Calculó que tendría que recorrer al menos unos tres kilómetros por el oscuro camino de tierra para regresar a la carretera principal y hacerle señas a un vehículo. Y, si corría hacia una de las granjas, estando allí solo y desarmado... ¿Cómo saber con certeza a quién pertenecía la lealtad de cualquier granjero?

—¡Vete!

—Sí. Gracias —dijo el joven cabo, asintiendo—. Gracias —repitió. Se alejó, miró hacia atrás una vez más, retomó el ritmo y desapareció entre la maleza.

Blum disparó un tiro al suelo. Luego otro.

Después, corrió por la alta hierba hasta el lugar donde lo esperaban Leo y Leisa.

—¿Lo has hecho? —preguntó el muchacho.

Blum asintió sombríamente.

—Ha sido la decisión correcta. ¿Y ahora...? —Leo lo miró con reservas.

«La una de la madrugada.» Nathan no estaba seguro de haber tomado la decisión correcta al dejar que el chófer se marchara. Pero el avión llegaría dentro de media hora. Demasiado pronto, pensó, como para que el hombre pudiese regresar y encontrar a sus compatriotas.

«Medio kilómetro al sureste del lugar del salto.»

Blum señaló esa dirección.

—Ahora, seguiremos a pie.

Medianoche, hora media de Greenwich
1.00 horas en Polonia

En Newcastle, Peter Strauss estaba inclinado junto a un operador de radio que contactaba con la resistencia polaca.

—Buscador de Trufas Uno a Katya —dijo el operador en polaco a su contacto en el país—. Por favor, confirme si tiene nuestra entrega. El camión está cerca.

El avión Mosquito se había marchado tres horas antes. No se había comunicado por radio durante la mayor parte del viaje, pero ahora, de acuerdo con el horario, se encontraba en Polonia, acercándose al lugar de aterrizaje.

Si todo salía bien, Blum debería estar con Mendl en ese avión dentro de una media hora.

Strauss no era un hombre religioso. La Escuela de Derecho y la implacable guerra lo habían curado hacía mucho de eso. Su padre, el cantor de sinagoga, casi no reconocía al hombre laico con dos hijos pequeños que andaba por ahí con gorras de los Yankees —¡ni siquiera de los Dodgers!— y apenas sabía el significado de Yamim Noraim. Sin embargo, Strauss sentía que debía rezar un poco esta noche. Llevaban un año tratando de sacar a ese hombre de Europa. Un año en el que diversos operarios habían muerto; un año en el que les habían interceptado cualquier camino; un año en el que la

esperanza se había convertido en desesperación al menos una docena de veces.

Y ahora, por fin, estaban a unos minutos de lograrlo. «Tan cerca como el Éxodo está del Génesis», habría dicho el cantor. Cada célula en su cuerpo parecía estar atenta a la situación. Strauss se había fumado ya seis cigarrillos en la última hora. Sin duda, el ataque a las afueras del campo ya había tenido lugar. En cualquier segundo, debería estar recibiendo noticias de su contacto en Polonia. Si ya los tenían, si Blum y Mendl estaban a salvo en sus manos, sólo les quedaba aterrizar.

—¿Algo...? —le insistió al operador de radio, buscando cualquier señal de contacto.

—Nada aún, señor.

—Siga intentándolo.

—Buscador de Trufas Uno a Katya. El camión está en el vecindario. Avísenos si tiene nuestra mercancía.

0.10 horas.

—*To Katya* —se oyó finalmente que decía una voz rasposa en polaco. «Aquí Katya.»

—¡Tenemos contacto, señor! —dijo el operador—. Katya, el camionero quiere saber si ya tiene su entrega.

—*Negacja* —dijo la voz. «Negativo»—. No hay trufas. Sólo hay remolachas hoy, me temo.

Ni siquiera hacía falta que el operador de radio tradujera. «Remolachas.» Ésa era la respuesta predeterminada en caso de que la huida no hubiese salido de acuerdo con el plan.

A Strauss le dio un vuelco el estómago. Todo debería haber ocurrido hacía casi una hora. Comprobó su reloj, aunque ya lo había comprobado cinco veces en los últimos diez minutos.

«Remolachas de mierda...»

Se sentó en el borde de la mesa de la radio.

—Lo siento, señor. ¿Aterrizamos de todos modos? —le preguntó el operador de radio—. El piloto quiere saberlo.

¿Aterrizaban de todos modos? ¿Qué sentido tenía arriesgar un avión y a

su tripulación en medio del territorio ocupado de Polonia si su «cargamento» no estaba allí para que lo recogieran? ¿Por la exigua esperanza de que hubiesen encontrado alguna otra forma de salir? Había que ser realista: no había esperanza. Un año, un año de planificar, de supervisar cada detalle, de contemplar cada posibilidad, desperdiciado. Y Blum... Strauss murmuró una oración en hebreo. Había depositado todas sus expectativas en él. «Que Dios lo bendiga. Que Dios los bendiga a todos —se dijo—, por lo que han hecho.» Dejó escapar el aliento con indignación y se frotó la frente.

—Señor, el piloto está preguntando si aún deberían aterrizar. —El operador de radio lo miró.

Strauss sintió deseos de decir: «Sí, al diablo, háganlo de todos modos. Aterricen». Un destello de esperanza que seguía ardiendo dentro de él. Blum era un hombre ingenioso.

—Cancélelo —dijo en cambio. Se quitó los auriculares y observó su reloj—. Que permanezcan en el área hasta la hora de la extracción y que luego regresen.

Ese plan había sido un suicidio desde su concepción, reconoció Strauss en su mente. Donovan lo había dicho. Todos lo habían dicho. Un camino sin retorno desde el principio. Rezó para que Blum estuviese bien, de algún modo, incluso si no había logrado salir. Forzado a pasar la guerra en ese campo. Por ponerlo en palabras sencillas, le gustaba ese bastardo y admiraba su valor. Pero la cruda realidad era que posiblemente nunca sabrían qué había sido de él.

—Comuníqueme con la sede de la OSS en Washington —pidió al operador después de que éste hubo entregado su mensaje al piloto del avión.

El presidente había pedido que lo mantuviesen informado de la misión. Debería saber las malas noticias.

73

Los tres se abrieron paso con dificultad por el bosque y la densa maleza en la dirección que Blum había indicado; estaba seguro de que ésa era la que Josef había señalado, el lugar donde aterrizaría el avión.

Estaba oscuro; sólo la luna iluminaba su camino. Leisa y Leo iban descalzos. Se mantenían todo lo ocultos que podían. Mientras caminaban, Blum rezaba, una y otra vez, para que la única esperanza que le quedaba, que ese avión aún viniera, no resultara ser inútil, y también para que el lugar de aterrizaje estuviera cerca. Sabía que alguien los había delatado, eso estaba claro. ¿Había sido Josef? ¿O el capataz, Macak? ¿O Anja, incluso? Y ¿cuánto del plan habría destapado la persona en cuestión? Blum se percató de que, si el ataque de los partisanos al lugar de trabajo ya había ocurrido, según lo planeado, lo único que podían estar pensando en esos momentos era que él y Mendl no lo habían logrado. Que estaba muerto o había sido capturado. En ese caso, ¿qué vendría a continuación? Quién sabía si ya habrían comunicado esa información por radio, y si el avión aún aterrizaría de acuerdo con el plan. O si ya había dado media vuelta e iba camino de regreso a Inglaterra.

Si ni siquiera habría alguien esperándolos en el lugar.

—¿Estás seguro de que vamos bien? —Leo lo miraba con exasperación, como si estuviesen deambulando en una búsqueda sin sentido.

—Sí, es después del siguiente campo —dijo Blum—. Estoy seguro.

Tenía que convencerse a sí mismo.

¿Y si no venía? El avión. Si no había nadie esperándolos. Recordó el

refugio en Brzezinka... A esas alturas, esa opción ya estaba probablemente perdida. El lugar estaba a kilómetros de distancia. Y cada control fronterizo en el área estaría buscando el Daimler de Franke. Pronto, el bosque estaría plagado de alemanes. No había manera de que pudieran llegar hasta el pueblo a pie.

Blum sabía que era eso o nada.

—Seguid caminando —los exhortó, como tratando de convencerse a sí mismo también.

—Nathan, ¿podemos descansar por un momento? —preguntó Leisa, tratando de recuperar el aliento. Sus pies descalzos estaban cortados y adoloridos.

Él revisó el reloj. Ya era la una y diez. Veinte minutos para el aterrizaje. Nada del paisaje le resultaba familiar. No había señal alguna de alguien que acudiera a recibirlos. La única luz que tenían para guiarlos era la brillante luna.

Tal vez en el siguiente campo.

—No, tenemos que seguir. A ver, déjame ayudarte, Leisa. Te llevaré en brazos.

—No, puedo hacerlo —dijo ella sin dejar de avanzar.

—¿Recuerdas cuando solíamos jugar al escondite fuera de nuestra casa de campo? —Trató de distraerla para olvidarse un poco de su situación.

—Sí, pero siempre lo hacíamos de día. Además, jugábamos con nuestro primo menor, Janusz, que siempre acababa destapando tus escondites.

—Había que sobornarlo con pasteles para que mantuviera la boca cerrada, de lo contrario, podías darte por muerto.

Leisa se rio.

—Menudo mocososo. No es de extrañar que de mayor sea tan gordo.

—Sí, creo que él y esa gata, *Phoebe*, estaban conchabados para...

Oyeron un sonido proveniente de atrás. Incluso Leo se volvió.

El corazón de Blum se detuvo.

Eran perros. Ladrando. No la clase de perro que vigila una granja y se despierta de noche.

Muchos perros. El sonido era lejano pero claro. Iban detrás de ellos.

—¡Parad! —dijo Blum, agarrando a Leisa del brazo. Levantó las palmas para indicarles que se quedaran quietos.

En la distancia, oyeron voces también. Un grito.

«¡Mierda!» Tenían que ser ellos. Los alemanes los estaban persiguiendo.

—¿Cómo han conseguido llegar tan pronto? —preguntó Leisa en un tono desolado que daba a entender: «¿Qué esperanza tenemos ahora?».

—No lo sé. No lo sé... —Blum negó con la cabeza, inseguro.

¿Podría haber sido el chófer? ¿Tan rápido? Desde luego, Leo tenía razón. Debería haber matado a ese bastardo sin dudarlo. Se había equivocado al dejarlo ir.

O tal vez la persona que los había delatado también había revelado la ubicación del punto de aterrizaje.

¿Qué importancia tenía ahora? Estaban detrás de ellos. Tal vez como a medio kilómetro.

—¡Deprisa! —Agarró la mano de Leisa y echó a correr a través del campo con la hierba alta—. Es ahí delante, estoy seguro. —Blum los instó a seguir corriendo.

«Trescientos metros al sureste del lugar del salto.» Debía de estar por allí. Pero no se suponía que era su trabajo llevarlos allí, sino de los partisanos, así que todo le resultaba desconocido.

Corrieron hasta que casi se quedaron sin aliento.

—¿Adónde diablos vamos, Nathan? —dijo finalmente Leisa, exhausta—. Nunca conseguiremos dejarlos atrás.

—Están a tan sólo unos minutos de distancia —terció Leo—. Para cuando lleguemos a...

De pronto, trastabilló y dejó escapar un grito. Había tropezado con algo y caído de lado.

—¿Qué diablos es eso?

Recogió un objeto.

—Es una linterna —indicó Blum. Estaba apagada.

—Aquí hay otra —dijo Leo, arrastrándose a unos metros de distancia—. Y otra más.

Después, corrió más adelante y se topó con otra.

Había docenas de ellas. En dos líneas paralelas. Colocadas a intervalos de diez metros.

—Debe de ser alguna especie de camino —sugirió Leo. De tierra, desde luego. Un camino despejado en medio del campo irregular. Parecía extenderse bastante a lo largo. Era lo suficientemente ancho para un camión o un tractor. O para un...

Se miraron el uno al otro con alegría y se dieron cuenta de que lo habían encontrado.

—¡Dios santo, es el punto de aterrizaje! —dijo Blum. Tenía que serlo.

Miró su reloj. ¡Lo habían logrado! «Quince minutos para el aterrizaje.»

Blum quería dar volteretas y vitorear con euforia, pero los alemanes estaban detrás de ellos, a minutos de distancia.

—Ahora tenemos que...

De la nada, una mano le cubrió la boca y tiró de su cabeza hacia atrás. Notó un cuchillo en la garganta.

—*Nie ruszaj sie* —le susurró alguien en polaco. «No te muevas.»

Del oscuro bosque salió gente portando armas.

Leo y Leisa levantaron las manos.

—¿Qué carajo estáis haciendo aquí? —le susurró a Blum al oído el hombre que sujetaba el cuchillo.

—Escapamos del campo. Hemos traído vuestras trufas —dijo él, usando la misma contraseña que había usado con Josef—. Vengo desde muy lejos...

El tipo le soltó el cuello. Blum se volvió y quedó cara a cara con un hombre de barba que llevaba una chaqueta de caza y una gorra. El hombre guardó el cuchillo en su cinturón.

También estaba Anja, la chica que lo había recogido junto con Josef. Sus rizos dorados sobresalían por debajo de su gorro de lana. Sostenía su ametralladora Błyskawica.

—¿Dónde está Josef? —preguntó Blum.

—Josef está muerto.

—¿Muerto?

—Se lo llevaron. Los alemanes. Asumimos que tú lo habías delatado.

—¿Yo? De ninguna manera. Nunca.

—Entonces ¿por qué no estabais en el sitio de trabajo, de acuerdo con el plan? —le preguntó el hombre de la barba—. Seguimos adelante con la emboscada, pero no había nadie allí.

—Lo intentamos, pero nos descubrieron en la entrada del campo. Alguien nos delató. Nos encerraron en una celda.

—Era una trampa —espetó el hombre de barba, que parecía ser el líder. Diez personas más, todas ellas con ropa oscura, salieron de entre los árboles y los arbustos—. Perdimos a seis buenos combatientes.

—¿Una trampa...?

—Nos estaban esperando. ¿Qué le ha pasado al viejo? Se suponía que seríais sólo dos.

—No lo logró. Estamos sólo nosotros —dijo Blum—. Pero la misión no ha muerto aún.

El líder los observó con sospecha y rencor. Miró despectivamente a Leo.

—No sé quién coño eres, pero espero que salvarte haya valido la vida de nuestro amigo Josef. Él mató a muchos alemanes.

—¿Y el avión? —preguntó Blum—. Los alemanes nos vienen pisando los talones.

—Nosotros nos encargaremos de los alemanes esta vez. —Les hizo una señal a los hombres que se encontraban en el bosque, y éstos empezaron a extenderse por la maleza—. En cuanto al avión... Lucjan, tráeme la radio otra vez. La verdad es que pensamos que no encontraríamos a nadie aquí. Necesito llamar a vuestro transporte otra vez.

Strauss estaba a punto de contactar con Donovan para darle las malas noticias cuando el operador de radio lo cogió del brazo.

—Creo que debería esperar un segundo, señor. Está entrando otra transmisión.

—Buscador de Trufas Uno. Katya al habla... —El operador tradujo el mensaje en polaco—. Le alegrará saber que, después de todo, sí tenemos sus trufas. Tres grandes trufas. Listas para ser recogidas. Vengan a buscarlas, como habíamos acordado. Y deprisa, por favor, porque hay otros

compradores cerca.

«Tenemos sus trufas. ¡Vengan a buscarlas!»

—¡Seguimos adelante! —gritó Blum mientras sacudía los hombros del operador, casi haciendo que se le cayeran los auriculares.

Acto seguido, agarró el micrófono y contactó personalmente con el avión que estaba dando vueltas sobre la zona.

—Perro de Agua Uno, Perro de Agua Uno, ¡seguimos adelante! Repito, están ahí. Bajen y recójalos cuanto antes. Y puede que se topen con un poco de acción en tierra. ¡Seguimos adelante con el plan!

A continuación se oyó la respuesta rasposa del copiloto del Mosquito:

—Entendido. Vamos para allá.

Strauss se apoyó en el respaldo de la silla. La euforia recorría su cuerpo. Era un hombre reservado por naturaleza, y el hijo de un cantor de sinagoga, pero no hizo esfuerzo alguno por contener su entusiasmo.

—Cancele la llamada a Donovan —le dijo al operador. Golpeó la mesa y varios papeles salieron volando—. ¡Seguimos adelante! ¡Están allí!

No importaba cómo diablos lo había conseguido Blum, ¡estaban allí!

Luego se detuvo por un momento y cayó en la cuenta por primera vez de lo que acababa de decirles el líder de los partisanos. Se sentó en el borde de la mesa y murmuró, inquisitivamente y arrugando la frente:

—¿Tres?...

Se ocultaron en el bosque hasta que el grupo de partisanos desapareció en sus respectivos escondites. Anja y otro corrieron hacia el campo y encendieron las linternas.

En cuestión de minutos, la pista de aterrizaje se hizo visible.

Ahora, a Blum sólo le quedaba rezar para que pudieran contener a los alemanes.

«Cinco minutos.»

—El avión está en la zona —les dijo Janusz, el líder de los partisanos—. Por desgracia, parece que también tendremos un comité de bienvenida local.

Se oían los ladridos de los perros de búsqueda que se acercaban, avanzando por los campos oscuros, incluso más cerca que hacía unos minutos. Gritos en alemán. Luces moviéndose intermitentemente al azar.

Blum comprobó su Luger. La sangre le hervía. Quedaba claro que tendrían que luchar para escapar.

De pronto, por encima de ellos, oyeron el sonido de un motor en el cielo nocturno.

—¿Oyes eso? —le dijo Blum a Leisa en tono exultante mientras apuntaba al cielo—. ¿A quién más podría venir a recoger ese avión? Dentro de unas cuantas horas estaremos en Inglaterra.

Por primera vez desde que la había encontrado en la orquesta ese mismo día, vio la brillante sonrisa en su rostro y los ojos llenos de confianza que recordaba de su juventud.

—Sí. Lo oigo, Nathan.

—¿Lo ves, Leo? —Blum le dio un empujón al chico con aire triunfal—. Te dije que éste era el sitio.

—No lo dudé en ningún momento. —Leo le devolvió la sonrisa. Luego, dirigió una mirada nerviosa al lugar de donde provenían los gritos en alemán.

Pasó otro minuto y el estruendo se volvió más fuerte sobre sus cabezas. El avión aterrizaría sin luces, había explicado Janusz, y usaría las linternas para guiarse.

—¡Allí! —Leo señaló el cielo.

Apenas una sombra por encima del horizonte, con la única luz proveniente de la cabina, el avión se aproximaba descendiendo desde el norte. Pronto estuvo a tan sólo unas decenas de metros del suelo, con sus alas meciéndose en el viento.

—¡Está bajando muy deprisa! —dijo Blum.

—Preparaos. Tocaré tierra dentro de treinta segundos —dijo Janusz—. Cuando aterrice, nosotros...

De pronto, oyeron el sonido de los disparos de una ametralladora. Una ZB vz. 26 checa. Los partisanos habían sorprendido a los alemanes y estaban tratando de alejarlos del lugar. Lo único que tenían que hacer era mantenerlos ocupados durante un par de minutos.

Blum sólo alcanzaba a ver sombras oscuras, soldados que avanzaban por el mismo campo por el que él, Leisa y Leo habían pasado minutos antes, y los destellos amarillos de los disparos de las ametralladoras.

—¡Agachaos —les ordenó Janusz— o nos alcanzarán!

Los alemanes estaban respondiendo al fuego, principalmente en dirección al bosque, en donde se encontraban ocultos los combatientes de la resistencia. Los disparos eran tan escandalosos que no estaban seguros de si ya habían visto el avión.

—Son muchos. —Janusz le quitó el seguro a su Błyskawica—. Una vez que aterrice, tendréis que moveros rápidamente, y pase lo que pase, no os detengáis.

Blum asintió, cogiendo la mano de Leisa.

—Entiendo. ¿Y tú?

—Sí. —Leisa asintió a su vez; la preocupación era evidente en su mirada.

—Entonces, prepárate. Agarra mi mano.

La anticipación le recorría el cuerpo como un río que se desbordase en la orilla. Blum siguió con la mirada la trayectoria del avión Mosquito mientras volaba por encima del campo y se acercaba. Ahora ya podía ver sus alas balanceándose de un lado a otro, más y más abajo cada vez, la luz de la cabina descendiendo bajo los árboles y luego tocando tierra. Las ruedas golpearon el suelo y rebotaron con fuerza una, dos veces, por la improvisada pista llena de baches.

—¡Preparaos, ya está abajo! —dijo Janusz.

Con las hélices aún girando, el aparato se detuvo en el otro extremo del campo y dio media vuelta de inmediato. Se paró nuevamente a unos doscientos metros de ellos, listo para una rápida partida.

Se abrió una escotilla en el fuselaje.

Janusz les dio el visto bueno.

—¡Id, ahora! ¡Vamos! —El enfrentamiento estaba ya más cerca de ellos —. ¡Buena suerte!

Anja amartilló su Błyskawica y señaló dirigiéndose a Blum:

—Estaba equivocada. Ahora sí que pareces un combatiente.

Él le devolvió la sonrisa.

—Tú también.

Sin perder más tiempo, asintió en dirección a Leo, apretó con fuerza la mano de Leisa y gritó:

—¡Corred!

Se apresuraron hacia el campo, moviendo los pies tan deprisa como podían. Detrás de ellos oyeron el estampido de una granada que estallaba. Luego, un destello. Sobresaltada por el ruido, Leisa se detuvo y gritó.

—¡No te detengas! —gritó Blum mientras volvía a agarrarla de la mano y tiraba de ella.

El enfrentamiento se acercaba. Los alemanes, que ya habían visto el avión, habían desviado su atención hacia ellos tres. Mientras corrían, los disparos salpicaban cerca de sus pies; oían el sonido sibilante de las balas que golpeaban el suelo detrás de ellos.

—¡Corred! —gritó Blum otra vez.

El avión estaba a unos cien metros de distancia. Había un aviador agachado en la abertura de la escotilla, agitando la mano para indicarles que se apresuraran. Leo corría delante, y Blum, que sujetaba la mano de Leisa, unos diez metros por detrás de él.

—¡No os detengáis! ¡Vamos!

Blum oyó un estallido no muy lejos de ellos. Una granada había aterrizado directamente en el lugar desde donde Janusz y sus hombres habían estado disparando; varios cuerpos salieron despedidos en medio de la explosión amarilla. La onda expansiva estuvo a punto de destrozarles los tímpanos.

Anja salió entonces de entre la maleza. Se detuvo en campo abierto, cubriéndolos y disparando su ametralladora hasta que ésta quedó vacía. Después, Blum oyó que alguien respondía al fuego. Anja gritó y cayó al suelo.

—¡Anja! —Quería ir a ayudarla, pero no podía detenerse ahora—. ¡Leisa, Leo, seguid corriendo!

De pronto, un alemán apareció a su lado. Blum soltó a su hermana y le disparó cuatro veces con la Luger de Franke, vaciándola. El soldado cayó sobre su espalda.

Blum se dio la vuelta y corrió.

El aviador seguía haciendo señas con la mano. «Veinte metros.» Llovían las balas, rozando el suelo detrás de ellos, emitiendo un fuerte sonido metálico al golpear el fuselaje.

—¡Leisa, sigue corriendo! ¡No te detengas!

Estaban a punto de lograrlo. «Diez metros.»

Finalmente, llegaron al avión; a su alrededor, las balas seguían rebotando fuertemente en la estructura metálica.

—¡Tú primero! —le dijo Blum a Leo.

El aviador alargó el brazo.

—¿Quién demonios son éstos? —gritó—. ¿Dónde está el viejo?

Subió a Leo al aparato. Luego le tendió la mano a la chica.

—Mendl está muerto —dijo Blum—. ¡Leisa, sube ya!

Los disparos en el suelo se habían vuelto más intensos. Las balas emitían un sonido metálico, como granizo muy pesado, al golpear el fuselaje. Una bala rozó el hombro del aviador y éste dejó escapar un gemido, agachándose dentro del avión.

Leisa chilló histérica, las balas surcando el aire a su alrededor.

—¡Leisa, tienes que subir ahora! —Blum la empujó para que subiera al aparato.

El aviador se puso en cuclillas, la agarró del brazo y tiró de ella. Los motores aceleraron escandalosamente y las hélices empezaron a girar.

—¡Vamos, Nathan! —le gritó ella.

Ahora era el turno de Blum. El aviador se dispuso a agarrarlo mientras las balas seguían golpeando y abollando la puerta del fuselaje.

—¡Nathan, dame la mano! —Leisa se volvió para ayudarlo.

«Leisa, no...»

Blum alargó la mano y rozó la de ella, vislumbrando en sus ojos feroces y decididos su belleza y el amor que sentía por él.

Fue en ese instante cuando notó cómo algo caliente y abrasador golpeaba su espalda. Como el golpe de un campeón de boxeo. Pero más fuerte. Se sintió arder por dentro.

—¡Nathan! —gritó su hermana.

Luego otro golpe, enderezando la espalda de Blum; los dedos se le resbalaban del agarre desesperado del aviador.

Tal vez uno más.

Lo siguiente que supo fue que estaba en el suelo. Alzó la mirada y vio el avión. No podía oír ningún sonido; sólo veía al aviador que le gritaba silenciosamente que se pusiera de pie. Y a Leisa, con las facciones retorcidas por la impotencia y el horror, vociferando su nombre una y otra vez, pero sin sonido, mientras estiraba la mano con desesperación y forcejeaba con el aviador para que la dejara bajar a por él.

«Nathan, levántate.»

Trató de impulsarse para ponerse de rodillas. Lo intentó con todas sus fuerzas. Pero era como si el mayor peso que jamás hubiera sentido lo hubiese fijado al suelo y no le permitiera levantarse.

«Levántate.»

Apoyó la cabeza en la tierra. Se sentía bien allí. Parpadeó una o dos veces. Miró la mano que tenía contra el pecho y vio que estaba cubierta de sangre. Todo empezó a volverse borroso. «Tienes que levantarte —se decía—. Arriba.» Percibió una explosión a su izquierda, cerca del avión. Una granada, tal vez. La tierra lo levantó por un segundo y luego volvió a caer al suelo.

Podía ver al aviador y a Leisa cubriéndose del fuego enemigo.

Debían salir rápido de allí, se dijo.

«Marchaos.

»Tienes que irte ahora, Leisa. Ahora.»

Apoyó la cabeza de nuevo. Oyó el zumbido de los propulsores. De lo único que se arrepentía era de no haber hecho lo que pensaba hacer originalmente y haberle disparado al maldito chófer.

—¡Nathan! —vociferó Leisa—. ¡Nathan! —siguió gritando mientras lo observaba horrorizada desde arriba. *Trató de saltar del aeroplano para ayudarlo, pero el aviador la sostuvo del torso, luchando en contra de sus desesperados intentos por liberarse—. ¡Nathan, no, no, no...!*

—¡Tenemos que irnos! —gritó el hombre tratando de cerrar la puerta. *Las balas rebotaban contra el fuselaje y el aviador se tiró al suelo—. Nos están disparando.*

Ya podían divisarse alemanes corriendo por el campo. A tan sólo unos cincuenta metros del aparato. El aviador estiró el brazo para agarrar la manija de la puerta.

—¡Tenemos que irnos ya!

—¡No! ¡No! —seguía gritando ella, luchando con cada gramo de fuerza que albergaba—. ¡Nathan! ¡Nathan! *Debemos ir a buscarlo.*

Antes de que el hombre cerrara la puerta, Leisa se asomó y miró a su hermano, impotente y horrorizada, ciega al fuego enemigo.

Yo lo vi allí tendido. Sus ojos estaban inmóviles y vidriosos. No sé, tal vez alcancé a ver que aún quedaba algo de vida en ellos. No miedo. Ni siquiera un destello de miedo. Arrepentimiento, quizá. Mientras la veía marchar. Tal vez parezca un disparate, pero casi diría que esbozaba una sonrisa.

—¡No podemos! —El aviador tiró de ella hacia el interior del avión—. *Se ha ido.*

—¡No! —Leisa trató de liberarse de sus brazos—. *¡No se ha ido! ¡No se*

ha ido!

—¡Se ha ido! —repitió el aviador, y cerró finalmente la puerta.

—¡No...! —Estaba gritando y sollozando, mientras le quedaba del todo claro que lo habían dejado atrás—. No, no... —seguía repitiendo, las lágrimas escurriéndose por su rostro—. Se suponía que debía ser yo, ¿no lo entiende? Se suponía que sería yo la que moriría. ¡No él! ¡Yo!... —Corrió a la ventanilla y siguió gritando su nombre, observándolo desde arriba, mientras las balas rebotaban en la puerta—. Nathan, levántate, por favor...

—¡Tenemos que salir de aquí ya! —gritó entonces uno de los pilotos—. ¡Agárrense!

Las hélices empezaron a zumbiar cada vez más rápido y el estruendo del motor se intensificó hasta convertirse en un estrépito.

Empezamos a movernos.

—¿No lo entiende? Se suponía que era yo la que moriría —seguía sollozando ella—. No él..., ¡yo!... ¡Nathan!

—¡Sujétense! —indicó el aviador—. Vamos a despegar. Agárrense fuerte.

—¡No, por favor, no se vayan! —Leisa corrió hacia la puerta—. ¡No despeguen! ¡No despeguen! —dijo mientras el aparato aceleraba—. No lo dejen... —Clavó los dedos en la puerta.

La cogí y la llevé conmigo al asiento improvisado. No había tiempo de ponerse el cinturón. El avión ya se estaba moviendo rápidamente. Noté el tirón de la fuerza de gravedad mientras el Mosquito iba ganando velocidad sobre la pista de aterrizaje llena de baches.

Así que la sujeté con fuerza, tanta como pude. Estaba llorando, sollozando sobre mí, repitiendo su nombre una y otra vez.

La sostuve contra mi cuerpo y en ese mismo momento juré que jamás la dejaría ir.

76

«Así que esto es lo que se siente...», pensó Blum.

La puerta del avión estaba ya cerrada. Leisa, a salvo en el interior. Oyó el estruendo de los motores que aceleraban y el golpeteo de las balas rebotando en el fuselaje.

«No está tan mal, en absoluto.»

El zumbido de los motores se volvió cada vez más fuerte.

Luego, todo quedó en silencio.

La poca luz que había, la del halo de la luna, se intensificó hasta convertirse en un brillante resplandor, tan luminoso como la explosión de una estrella. Le pareció oír el chirrido del avión al despegar del camino irregular. Y luego que descendía súbitamente, tal vez sólo una vez, bajando las alas para decir adiós.

O quizá sólo lo estuviera imaginando.

De todas formas, se sentía orgulloso, de algún modo. Leo iba camino de Inglaterra. Con los conocimientos de Mendl en su cabeza. Strauss y Donovan estarían satisfechos. Había hecho lo que había dicho que haría. Había cumplido su misión.

En cuanto a Leisa... Ella también estaba a salvo. La había protegido, tal como había prometido siempre. En ese sentido, había cumplido también su juramento.

«Doleczki.» Sonrió. Había visto esos hoyuelos una última vez cuando ella le había sonreído en el bosque. «No te enfades conmigo. Ése fue mi

juramento desde un principio. Nuestra partitura de Mozart encajó por última vez. Recuérdalo. Mantenla así. Unida.»

«No, no está tan mal, en absoluto.»

Oyó gritos. No podía distinguir si estaban cerca o lejos de él. O si sus ojos estaban abiertos o cerrados. ¿Qué importancia tenía ahora? *Aliyá*. ¿Por qué, de todas las palabras, ésa era la que acudía a su mente? La primera vez que la había leído de la Torá. Había hecho la promesa de regresar algún día. A Tierra Santa.

«Un hombre puede obligar a toda su familia a ir con él a la tierra de Israel —le había dicho el rabino Leitner—, pero no puede obligar a nadie a marcharse.»

Clavó las uñas en la suave tierra que había a su alrededor.

«Ya te lo dije, papá, no me iré.»

La noche en que se había marchado era oscura; los nervios se arremolinaban en su estómago. Nathan era un muchacho, a punto de convertirse en un hombre.

—No quiero irme —le suplicó a su padre mientras se vestía para emprender su viaje—. Si me voy, ¿quién la cuidará?

—Tienes que irte —dijo su padre—. Te libero de tu juramento, Nathan. Ya no puedes protegerla más.

—Sí puedo —replicó él en tono desafiante.

—No. No puedes. —Su padre sacudió la cabeza—. Ya no. Con lo que se avecina, ya sólo Dios puede protegerla. Pero ahora tienes algo igual de importante que puedes proteger. Llevarás la Mishná a un nuevo hogar. De ese modo, nos protegerás a todos, hijo mío. Nuestra historia. Nuestra tradición. No sólo a Leisa. A todos. Por eso tienes que irte.

—Pero, papá...

—Aquello que es bueno no puede conocerse a corto plazo, Nathan. ¿Recuerdas? —insistió su padre—. Es un gran honor. —Puso las manos sobre los hombros del muchacho—. Y te eligieron a ti, hijo. Toma... —Se quitó el sombrero, su bombín de fieltro, y se lo puso a Nathan en la cabeza,

ajustándolo para que le quedara a la perfección—. Esto te pertenece ahora. Te has convertido en todo un hombre. Y, recuerda, un sombrero no es sólo algo que usas: es lo que representas. Lo que eres.

Un sentimiento de orgullo equiparable al que había sentido la primera vez que subió a la *bimá* y leyó la Torá recorrió su cuerpo. La perilla de su padre se curvó en una sonrisa. Puso la mano en la mejilla de Nathan.

—¿Entiendes todo esto, hijo mío? ¿Todo lo que te he dicho?

Un soldado corrió hacia él en el suelo. Apuntó su fusil al pecho de Blum, con el dedo en el gatillo.

«Sí, papá. —Nathan miró a su padre a los ojos—. Creo que lo entiendo.»

Hospital Edward Hines Jr. para veteranos

—Entonces, supongo que ya sabrás —el viejo se mueve en su silla y mira a su hija con ojos vacíos e inyectados en sangre— que la mujer que sujeté en el avión es tu madre.

Su hija asiente sosteniendo firmemente la mano de su padre, las lágrimas formándose en sus ojos.

—Sí.

—Juré que nunca la dejaría ir. Y así lo hice. No la dejé ir durante sesenta años.

—Oh, papá... —dice ella, acercando su mano suavemente a su mejilla.

—Usó su segundo nombre, Ida, cuando llegó a Estados Unidos. Y supongo que simplemente se le quedó. Todos estos años. Como puedes comprender ahora, pasaron muchas cosas allí que queríamos dejar atrás. Nos mudamos a Chicago, justo como lo había hecho su hermano. Era la única familia que cualquiera de los dos teníamos.

Nunca había oído nada de eso, la verdadera historia de cómo se conocieron su padre y su madre. Sólo había oído, sin muchas explicaciones, que fue «en el campo».

—Oh, papá... —Ella aprieta su mano.

Ya es más de medianoche. El personal de la residencia ha dejado que se quedara. La enfermera del turno de noche les ha estado echando un ojo de

vez en cuando, mientras se llevaba la bandeja, le traía sus pastillas, pero lo han dejado terminar su historia. Ha estado sentado todo ese tiempo, los años se le derraman por la mirada, años que se ha guardado para sí, completamente ocultos; sólo se ha detenido para tomar unos cuantos sorbos de agua cuando su garganta se secaba.

Luego, permanece ahí sentado. Ya no queda nada más que decir.

—¿Lo ves?, no soy un héroe. Ni siquiera pude salvar al hombre que me salvó a mí. Esta foto... —Levanta la fotografía de los oficiales del ejército entregando la Medalla al Mérito Militar—. No me otorgaron la condecoración a mí. Se la dieron a su hermana; tu madre. Su único pariente con vida. Probablemente no la viste en la caja, pero hay una pequeña placa: «A Nathan Blum, teniente, Ejército de los Estados Unidos de América». Él sí era un héroe. —El anciano sacude la cabeza—. Tu tío..., no yo.

—No estoy segura de eso, papá. —Su hija sacude la cabeza también—. Por lo que he oído, creo que ambos lo erais.

—No lo sé... —El anciano se apoya en el respaldo—. Pero sí decidí otorgarle el mayor honor que se me pudo ocurrir... —La coge de las manos—. Que fue darte a ti su nombre, cariño. Al menos, al fin puedo decirte de dónde proviene tu nombre: Natalie.

Una sensación de orgullo surge dentro de ella. Sus ojos brillan. No lo sabía. Natalie. En honor a Nathan, su tío.

—Gracias, papá. —Asiente.

—Lo lamento tanto... —Él sacude la cabeza otra vez mientras una lágrima se escurre por su mejilla.

—¿Por qué? —Ella aprieta y besa su mano.

—Por no haber podido revelarte lo que había en mi corazón durante todos estos años. Lo que siempre estuvo ahí. Cada día. —Se toca el pecho—. Aquí dentro.

—Está bien. —Coge un pañuelo para secar sus ojos—. Ya lo has hecho ahora.

—Hicimos un pacto, tu madre y yo. Nunca volví a tocar otra pieza de ajedrez. Y ella... Bueno, como sabes, tal vez tocó un poco el piano con el paso de los años, pero el clarinete... —Él se encoge de hombros—. Sólo le

recordaba todas las cosas por las que se sentía responsable y que quería dejar atrás. Aunque sí trajo esto consigo. —Mete la mano en la caja de cigarros y saca las dos mitades del Concierto para clarinete de Mozart, que están unidas con cinta adhesiva—. Así que ahora puedes ver que son uno solo. Esto ha estado ahí durante setenta años... —La mira y sonrío—. Él fue el verdadero amor de su vida, su hermano, no yo.

—Eso no es cierto. Te adoraba, papá. Tú lo sabes.

—Bueno, solía decir que yo también tenía a mi ídolo... —Levanta la pieza de ajedrez blanca y la sostiene—. ¿Sabes?, no ha pasado un solo día en el que no haya pensado en ella. En el que no haya sentido un gran peso en el corazón. Todos estos años. Ésa es la razón. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

—Sí. —Natalie asiente, las lágrimas empezando a brotar de sus ojos.

—Ella me dijo: «El bien gana, Leo... Incluso en este lugar». Incluso en el infierno del que salimos. «Vive tu vida», me dijo. «Si no por otra cosa, hazlo por mí.» Y lo he hecho. —Devuelve la mirada a su hija—. He sido un buen padre, ¿no es así, cariño?

—Claro que sí, papá. El mejor.

—Y ¿un buen marido?

—Sí. —Lo coge de la mano de nuevo—. Sesenta años.

—Y ¿os proporcioné todo lo necesario? Construimos una familia. Tú, Greg y los niños...

—Una familia preciosa, papá. Sí, lo hiciste.

—Ése fue el juramento que hice. En aquel avión. Y he tratado de honrarlo cada día. —Mira la fotografía de la hermosa mujer rubia en la barca, con el borde de su gorra blanca de marinero doblado hacia arriba y una bonita sonrisa—. Ninguno de nosotros estaríamos aquí de no haber sido por ella. Tú nunca habrías nacido. Todas las cosas buenas en mi vida nunca habrían sucedido. Habría muerto allí. Así que supongo que, al final, tenía razón acerca del bien.

—Sí. —Su hija mira la fotografía doblada—. Tenía razón.

—Toma, puedes quedarte con todo esto ahora. —Le entrega la foto y la pieza de ajedrez—. Tal vez les cuentes la historia a los niños algún día,

cuando yo ya no esté aquí. Pero, ahora, estoy un poco cansado. Creo que me he ganado esa siesta. Me parece que la última vez que estuve despierto hasta tan tarde fue cuando tu madre y yo hicimos ese crucero por el Caribe y gané dos mil ochocientos dólares en el casino del barco.

—Esa historia tampoco la conocía. —Su hija ríe sorprendida.

—Tu madre se enfadó conmigo. Nunca dejó que me acercara a un casino otra vez. —Esboza una sonrisa—. Pero siempre fui muy bueno contando cartas.

Trata de ponerse de pie, y ella lo agarra del brazo para ayudarlo, un paso cada vez hasta llegar a la cama, donde se tumba relajado y suspira con satisfacción.

—Baja la cama un poquito, cariño. Ahí está el mando. ¿Sabes?, cuando por fin salga de este sitio —le guiña un ojo—, deberíamos conseguir una de éstas para casa.

—Claro, papá. La pondremos en la lista. —Ella pulsa el botón y lo baja suavemente.

—Así está bien. —Él cierra los ojos durante un segundo. Cuando vuelve a abrirlos, se da cuenta de que su hija lo está observando—. ¿Qué?

—Es sólo que te he querido cada día de mi vida, papá. Pero nunca he estado más orgullosa de ti de lo que lo estoy ahora.

Él asiente y esboza una sonrisa de satisfacción.

—Me alegra oírte decir eso, cariño. Pero ahora necesito mi sueño reparador, si no te importa.

—Claro que no. —Se inclina y le da un beso—. Volveré mañana.

Recoge todas las cosas y vuelve a meterlas ordenadamente en la caja de cigarros puros. Se queda mirando la fotografía de la mujer en la barca, cuyo nombre ya conoce ahora, una última vez.

—Gracias —le susurra suavemente.

Luego, guarda la foto en la caja junto con todo lo demás y la cierra, cierra la historia de la que provienen sus vidas, y se dirige a la puerta. Se detiene antes de apagar la luz.

—Sólo tengo una cosa más que preguntarte, papá. ¿Era verdad?

—¿Qué era verdad, cariño? —le pregunta con los ojos cerrados.

—Lo de tu memoria. Siempre supimos que era muy buena. Quiero decir que, sin duda, podías recitar el código de derecho civil de Illinois de carrerilla.

—¿Que si era verdad? Bueno, déjame ver... Si mal no recuerdo, tú naciste el 22 de enero de 1955. —Se lleva los dedos a la frente—. Que fue un sábado, me parece.

—Claro que fue sábado, papá. Lo he oído un millón de veces, fue por eso por lo que no pudiste ir al partido de los Cubs ese día. Tenías entradas de primera fila.

—Oh. Está bien, está bien... Supongo que me he oxidado un poco con la vejez.

Ella sonríe, a punto de apagar la luz.

—Tampoco me has dicho qué pasó con las fórmulas que trajiste. El trabajo de Mendl. ¿Qué pasó con todo eso? ¿Tuvo el impacto que esperaban?

—¿Que si tuvo el impacto...? —Él se encoge de hombros—. Dicen que cambió el curso de la guerra. De la historia, de hecho. Al principio no estaban muy seguros de qué hacer. Quiero decir, ya que ni Alfred ni Nathan estaban allí. Me llevaron a un lugar en Nuevo México y simplemente empecé a recitarlo todo de un tirón... Pusieron a varias personas a anotar todo tan rápido como lo iba diciendo. Aunque resultó que, finalmente, los alemanes no estaban tan cerca de inventar la bomba como todos pensaban. Aun así, ¿sabes qué, cariño?

—¿Qué, papá?

Su padre la mira.

—Nunca entendí ni una sola de las cosas que el viejo me dijo. Sólo lo asimilé todo y lo guardé aquí. —Se toca la cabeza—. Difusión gaseosa... Nunca tuvo sentido para mí. Ahora, si me hablas de derecho tributario, eso sí lo comprendo. —Sus palabras comienzan a debilitarse—. Fideicomisos, testamentos... Todo eso sí tiene sentido. ¿Entiendes a qué me refiero, cari...?

Ella permanece de pie en la puerta un instante mientras él cierra los ojos. En cuestión de segundos, se queda dormido.

—Sí, papá. —Apaga la luz—. Creo que lo entiendo.

EPÍLOGO

En una de las paredes del Bradbury Science Museum, ubicado en Los Álamos, Nuevo México, hay una gran placa, justo detrás de las estatuas de tamaño real del general Leslie Groves y de Robert Oppenheimer, con su icónico sombrero de ala suave. Esta placa conmemora a los científicos que, como parte del Proyecto Manhattan, ayudaron a supervisar el desarrollo de la bomba atómica y cambiaron el curso de la historia moderna.

Hay 247 nombres en la pared. Algunos de ellos son nombres que cualquiera que haya estudiado este capítulo de la historia conoce. Einstein. Fermi. Bohr. Teller. Otros, como Kistiakowsky, Morrison, Neddermeyer y Ulam, pertenecen a físicos teóricos, químicos y matemáticos. Gente que poseía una brillantez fuera de lo común y cuyas contribuciones fueron esenciales; sin embargo, gente cuyos nombres no son tan ampliamente conocidos.

De todos estos nombres sólo hay uno que nunca trabajó personalmente en el Proyecto Manhattan. Murió en Europa durante la guerra, en un campo de concentración, lejos de los laboratorios ubicados en Los Álamos o en Oak Ridge, Tennessee, y las circunstancias de su fallecimiento son imprecisas. Pero su contribución, en materia de difusión gaseosa, que fue traída de vuelta por gente de una valentía extraordinaria, se considera, por aquellos que erigieron este tributo, tan fundamental para el éxito de este proyecto como las contribuciones de aquellos que trabajaron arduamente día tras día en Los Álamos.

Si uno se pone de rodillas, puede encontrarlo entre McKibben y Morrison, cerca del final de la tercera fila.

Alfred Mendl

NOTA DEL AUTOR

Mi suegro, Nathan Zorman, se crio en Varsovia, Polonia, y, por una casualidad del destino que sin duda salvó su vida, se marchó de allí a principios de 1939 para viajar a Estados Unidos meses antes de que estallara la guerra.

Nunca volvió a saber de ninguno de los miembros de su familia.

En 1941, cuando Estados Unidos entró en la guerra, se alistó en el ejército estadounidense y fue ubicado en el cuerpo de inteligencia, debido a su manejo de los idiomas.

Tristemente, murió meses antes de la publicación de esta novela, a los noventa y seis años, pero, como muchos de los supervivientes, nunca contó ni una palabra de sus experiencias, ni durante la guerra ni sobre su vida en Polonia. Evocar en su mente los rostros de los familiares que jamás volvió a ver era simplemente demasiado doloroso. A lo largo de los años, ni siquiera intentó descubrir cuál había sido su destino. Siempre había deseado encontrar la manera de plasmar su angustia en un libro, el dolor y la pérdida, el sentimiento de culpabilidad por haber sobrevivido, el cual, siempre pensé, a pesar de las muchas cosas buenas en su vida, le había impedido encontrar la felicidad a lo largo de más de setenta años.

La mayor parte de esta novela está basada en hechos reales. Alfred Wetzler y Rudolf Vrba existieron de verdad, y su descripción de Auschwitz después de su increíble huida circuló por las vías de comunicación más importantes del gobierno de Estados Unidos y sacó a la luz los horrores que

se cometían allí. Las reuniones con el presidente Roosevelt y su gabinete de guerra sobre este mismo tema tienen una base real, ya que sus secretarios de Guerra revisaron varios planes que se propusieron para detener el genocidio, tales como ataques a los campos o bombardeos a las vías de tren que llevaban a ellos; planes que finalmente fueron rechazados. La cautivadora saga de los judíos de Vittel con sus documentos de identidad latinoamericanos falsificados también es verdadera, así como lo fue su destino, después de haber sido traicionados por un judío del gueto de Varsovia; todos, las doscientas cuarenta personas, fueron enviados a Auschwitz en enero de 1944 y nunca más volvió a saberse de ellos.

Al estudiar el pasado de mi suegro, me topé con las masacres que tuvieron lugar en Leópolis, Polonia (ahora, parte de Ucrania), en junio y julio de 1941, durante la ocupación alemana. En ese momento, Leópolis contaba con una universidad próspera y con la tercera mayor población judía de Polonia. En lo que se denominó un «acto de autopurificación», la universidad del lugar fue brutalmente purgada por nazis y ucranianos, que se encargaron de reunir a miles de intelectuales judíos, profesores, científicos y artistas, ya fuese para asesinarlos allí mismo o para enviarlos a los campos de exterminio de Treblinka, Sobibor y Auschwitz. Partiendo de esa base, no suponía un gran salto para un novelista preguntarse: ¿y si alguno de esos estimados pensadores llevaba consigo conocimiento fundamental que podría cambiar el resultado de la guerra o, incluso más allá de eso, el curso del pensamiento humano, algo que tenía que ser rescatado o, de lo contrario, como un secreto enterrado, moriría junto con él?

Fue con esa idea en mente que me topé con la figura del prominente físico danés Niels Bohr. Considerado uno de los fundadores de la teoría atómica, Bohr recibió el premio Nobel de Física en 1922 y fue una de las figuras científicas más veneradas de su época. En el libro, describo su angustiada huida de Dinamarca, literalmente un día antes de su arresto planificado, después del cual posiblemente habría sido enviado a un campo de exterminio, y su viaje incluso más angustioso hacia Londres, sujeto al compartimento de bombas de un Mosquito británico. Un año después, fue miembro de la misión británica del Proyecto Manhattan en Los Álamos.

Además de ser una figura paterna para muchos de los otros físicos del lugar, en 1945 Robert Oppenheimer acreditó a Bohr una importante contribución hecha a los iniciadores de neutrones modulados que fue crucial para el dispositivo detonante de la bomba. El amplio conocimiento de Bohr nunca ayudó a los nazis, pero no es difícil imaginarse que, si Bohr hubiese sido enviado a los campos y obligado a sucumbir y a ayudar a los alemanes, el curso de la guerra podría haber sido decididamente alterado o, al menos, el resultado retrasado.

Por desgracia, Alfred Mendl no es una figura real (y su mención en Los Álamos también es ficticia). Pero la ciencia que le enseñó a Leo —el proceso de difusión gaseosa, en el cual el uranio-235 enriquecido se separa de su primo más común y no fisible, el U-238— sí se convirtió en el método de separación más eficaz para las primeras bombas atómicas. Cabe mencionar también que no fue un físico europeo quien estuvo al frente de este proceso en 1943 y 1944, sino científicos de la Universidad de Minnesota y la de California en Berkeley. En cuanto a esa investigación, estoy en deuda con varios libros (listados en la bibliografía), pero principalmente con el convincente y monumental estudio, *The Making of the Atomic Bomb*, de Richard Rhodes. También fue de gran ayuda poder hablar con Robert Kupp, un ingeniero químico que trabajó en el Proyecto Manhattan en Oak Ridge.

Mientras investigaba ese libro, también me topé con la historia de Denis Avey, un soldado británico capturado en el norte de África y enviado a un campo de prisioneros de guerra en Polonia, que realmente se infiltró en Auschwitz por una noche y salió para contar de primera mano los horrores que se vivían allí. Se puede leer su excepcional historia en su autobiografía: *El hombre que quiso entrar en Auschwitz*. Así pues, pensar que Nathan en realidad podría haber entrado y salido no le exige tanto a la imaginación.

He tratado de ser lo más fiel posible a la historia verdadera que rodea a los sucesos descritos en el libro. (El testimonio de Filip Müller en *Eyewitness Auschwitz* fue una de varias de las declaraciones de primera mano que resultaron indispensables para la creación de esta novela.) Nunca, ni por un segundo, he creído haber escrito el libro definitivo en cuanto al tema de Auschwitz (las atrocidades que se cometieron en ese lugar han sido

ampliamente documentadas a niveles mucho más gráficos y personales que el mío). Aun así, el tema es sagrado, y, como judío, respeto esa historia tanto como cualquiera. No obstante, sí me he tomado lo que espero sean consideradas pequeñas libertades en relación con la verdad en algunos puntos. Una de ellas es que, después de 1942, el campo de las mujeres fue situado en el campo hermano de Auschwitz, Birkenau, a unos dos kilómetros al noreste. Y, aunque mi historia se desarrolla en 1944, las vías de tren que llegaban más allá de la entrada de Birkenau ya habían terminado de construirse para ese entonces. Aparte de eso, he tratado de ser lo más preciso posible al describir el lugar y relatar lo que allí sucedía. Varias personas, en especial Morris Pilberg, me relataron historias personales de sus experiencias que se incluyen en la narrativa. También tuve la fortuna de que mi vecina, Joanna Powell, compartiera conmigo dos memorias extraordinarias de los testimonios de los miembros de su familia durante la Shoá,^[5] acerca de la vida de los judíos en Polonia antes de la guerra y después, durante la ocupación. Sus historias me ayudaron enormemente. Por último, la organización de inteligencia militar alemana, la Abwehr, siempre fue una espina en el costado de Hitler, ya que los rangos superiores estaban ocupados por miembros del partido que no eran nazis. Se cree que la Abwehr estuvo involucrada en varios intentos de asesinato en contra del Führer y, posiblemente, negociaciones no autorizadas con los rusos. Hitler finalmente cerró la organización en 1944 (y el jefe de la misma, el almirante Wilhelm Canaris, fue arrestado), literalmente, durante la línea temporal de este libro, en los meses que transcurrieron entre la deportación de los judíos de Vittel a Auschwitz y la mayor parte de los eventos que ocurren en el campo. Así pues, decidí retrasar la fecha un par de meses en aras de la narrativa, y en verdad espero que el lector me disculpe por ese pequeño cambio.

Como ya he dicho, una vez que Estados Unidos entró en la guerra, mi suegro se alistó en el ejército y, debido a su facilidad para los idiomas, lo ubicaron en el cuerpo de inteligencia. Así como de su infancia en Polonia, nunca habló de sus funciones en el ejército con ningún miembro de su familia. Esta novela cuenta mi historia, no la suya. Pero si yo hubiese podido, de algún modo, ir más allá de sus expresiones de dolor y melancolía cuando

se lo incitaba a hablar de su pasado; a través de su incapacidad para articular la carga de la culpa y la pérdida que guardó durante tanto tiempo; si él hubiese sido capaz de contar su propia historia, de hablar de su vida en Polonia y del papel que desempeñó durante la guerra, siempre imaginé que el resultado sería algo parecido a este libro.

AGRADECIMIENTOS

Cuando haces algo que la gente no espera de ti, algo más allá de los márgenes de tu currículum, hay una cosa en particular que descubres rápidamente: quién te acompañará en ese viaje y quién se quedará atrás. Una de mis citas favoritas de Henry Ford es: «Algunas personas creen que pueden y otras creen que no pueden, y probablemente ambas tengan razón». Esta novela, que está tan cerca de mi corazón y, a la vez, es tan distinta de cualquier otra cosa que haya intentado hacer antes, representa aproximadamente la ocasión número 6.532 en la que les he pedido a varias personas que me acompañen en ese viaje a lo largo de un puñado de carreras. Supongo que simplemente soy una de esas personas que piensan que siempre pueden, y espero que este libro, de la manera más humilde posible, lo confirme.

Hay numerosas personas a las que debo dar las gracias, algunas de las cuales ya he mencionado en la «Nota del autor», que me han ayudado a que este esfuerzo parezca mucho más logrado y bien documentado.

A Robert Kupp, un nonagenario por derecho propio, que fue un ingeniero químico asociado al Proyecto Manhattan, por ayudarme a mí, alguien que aprobó a duras penas la asignatura de ciencias naturales en octavo curso, a navegar por el complicado océano de la ciencia atómica.

A Joanna Powell, mi vecina, por rebuscar entre sus cajas y compartir conmigo dos memorias familiares extraordinarias que pintaron un vívido cuadro de la vida judía antes y durante la guerra.

A Steve Berry y su esposa, Liz, quienes dejaron claro en su cocina en

Florida que éste era el siguiente libro que debía escribir. Y por su paciencia y perspicacia, lo que me ayudó a enriquecer la trama en algunos de los borradores iniciales.

A Mi amigo, Roy Grossman, que siempre añade suficiente claridad a mi trabajo para que termine poniendo todos mis escritos en elaboración frente a él.

A todas las personas que, a lo largo de los años, han compartido sus historias sobre el Holocausto, especialmente a Magda Linhart y Morris Pilberg, ambos supervivientes de Auschwitz, cuya desgarradora historia del arma que no dejaba de golpear la parte posterior de sus cabezas he utilizado en el libro. Ojalá haya logrado hacerle un poco de justicia a la historia de todos ellos.

A mi agente, Simon Lipskar, que me desafió constantemente a fortalecer los antecedentes históricos de la historia. Y quien tampoco hizo un mal trabajo al encontrarle el mejor hogar para ella.

A mi nuevo equipo en Minotaur Books y St. Martin's Press —mi editor, Kelley Ragland, Andy Martin, Sally Richardson, Jen Enderlin—, por haber visto la virtud en un borrador cuando muchos no lo hicieron y por darle la clase de entusiasmo y la combinación de esfuerzos que un autor rara vez experimenta por parte de un editor. Rezo para que ese borrador se haya transformado en un libro aún mejor.

Y a mi esposa, Lynn, quien me ha acompañado en este viaje, al igual que lo ha hecho a lo largo de muchos otros, creyendo en ellos (casi siempre). Tu apoyo es evidente dentro de estas páginas.

BIBLIOGRAFÍA

Varios libros y relatos de primera mano, algunos de los cuales ya han sido mencionados en la «Nota del autor», contribuyeron enormemente en la preparación y la redacción de *El elegido*:

FRANKLIN D. ROOSEVELT Y EL HOLOCAUSTO

Breitman, Richard, y Allan J. Lichtman, *FDR and the Jews*, Harvard University Press, 2013.

Kranzler, David H., «Orthodox Ends, Unorthodox Means: The Role of the Vaad Hatzalah and Agudath Israel during the Holocaust», en Maxwell Seymour Finger (ed.), *The Goldberg Commission Report: American Jewry during the Holocaust*, 1984.

Rosen, Robert N., *Saving the Jews: Franklin Delano Roosevelt and the Holocaust*, Thunder's Mouth Press, 2006.

Olson, Lynne, *Those Angry Days: Roosevelt, Lindberg, and America's Fight over World War II*, Random House, 2013.

CULTURA JUDÍA

Bird, Kai, y Martin J. Sherwin, *American Prometheus: The Triumph and Tragedy of J. Robert Oppenheimer*, Vintage Books, 2006.

EL PROYECTO MANHATTAN

Reed, Bruce Cameron, *The Physics of the Manhattan Project*, Springer-Verlag, 2015.

Rhodes, Richard, *The Making of the Atomic Bomb*, Simon and Schuster, 1986.

Telushkin, Joseph, *Jewish Literacy*, William Morrow and Company, 1991.

Ulam, S. M., *Aventuras de un matemático. Memorias de Stanislaw M. Ulam*, Nivola Libros y Ediciones, 2001.

AUSCHWITZ

Avey, Denis, y Rob Broomby, *El hombre que quiso entrar en Auschwitz*, Temas de Hoy, 2011.

Müller, Filip, *Eyewitness Auschwitz*, Ivan R. Dee, 1979.

Nomberg-Przytyk, Sara, *True Tales from a Grotesque Land, Auschwitz*, University of North Carolina Press, 1985.

Venzia, Shlomo, *Inside the Gas Chambers: Eight Months in the Sonderkommando of Auschwitz*, Polity Press, 2009.

LA VIDA EN POLONIA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Furst, Alan, *El oficial polaco*, Seix Barral, 2007.

NOTAS

[1]. Referencia a la operación militar mencionada con anterioridad. En castellano, *siluro*.

[2]. *Pan/pani* es el equivalente en polaco de «señor»/«señora». (*N. del t.*)

[3]. Serie de discursos ofrecidos por el presidente Franklin D. Roosevelt en la radio. (*N. del t.*)

[4]. En alemán, término que hace referencia a un edificio similar a un castillo, palacio o casa señorial. (*N. del t.*)

[5]. Término hebreo para referirse al Holocausto. (*N. del t.*)

El elegido
Andrew Gross

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The One Mano*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Roy Bishop - Arcangel

© Andrew Gross, 2016

© por la traducción, Rogelio Alejandro Romero Álvarez, 2019

Publicado de acuerdo con
Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-270-4550-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

